

Ugo Nasi

LAS PÁGINAS PERDIDAS

¿Qué esconde el Manuscrito Voynich?
Un thriller inquietante sobre el libro
más misterioso del mundo



Titulo original de la obra: Le pagine perdute
Ugo Nasi

Primera edición
2016
SERIE ORO
Serie Thriller
Kairós Edizioni

Segunda Edición Publicado por Tektime
www.traduzioneLibri.it

UGO NASI

LAS PÁGINAS PERDIDAS

Traducción y notas: María Acosta Díaz

Thriller

Dedicado a mi padre.

Si miras por mucho tiempo el abismo, el abismo también te
mirará a ti.

Nietzsche

Índice general

Introducción

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

Notas del autor

Agradecimientos

Notes

Introducción

de Guido D'Agostino

¡Una maravilla! *Las páginas perdidas* conducen al lector a través de una zarabanda, un ir de aquí para allá, en el tiempo y en el espacio. Donde se entretajan el presente y el Medioevo, el pasado más cercano con el más lejano; la dulce campiña de la Toscana con Francia, Italia y Alemania. Sobre todo, se entremezclan, con ritmo frenético, situaciones y géneros literarios, actos de valentía, de resistencia extenuante con gestos de crueldad; y todo esto en medio de un torbellino que se desarrolla en torno al eterno deseo de la inmortalidad, o por lo menos de una vida que puede durar un milenio, cuyas “instrucciones de uso” están incluidas en el Manuscrito Voynich (de donde han sido sacados los folios que dan la clave para acceder a la fantástica, pero también peligrosa y demoníaca posibilidad de prolongar en el tiempo la existencia humana).

No debió resultar fácil para el autor seguir el hilo de su “galopante fantasía”, conjugar en un todo misterio, esoterismo, demonios y santos, vida de aquí y del Más Allá, afectos humanos, muy humanos, con ambiciones desleales, que traicionan la confianza, contactos con lo demoníaco y la experiencia del conocimiento de los más sofisticados artilugios de la tecnología informática. En definitiva, hacer convivir a Viola con Calandra, nazis y partisanos, anticuarios apasionados hasta el extremo y abogados y/o jueces empeñados en su difícil trabajo, iglesias y conventos con sus patios del Renacimiento. Una especie de juego, se podría decir, pero que se desarrolla continuamente al borde del abismo, ayudado por una escritura que, definir como incisiva y convincente es quedarse corto; seguramente, no representa con plenitud la habilidad del autor, audaz y valiente al inventar, haciendo plausible aquello que parece absurdo, imposible.

¿Qué puedo decir? Intentaré sugerir a los lectores que se dejen llevar, si es posible que lean el libro de principio a fin sin interrupciones, porque quizás de esta manera podrán conseguir entrar en la dimensión espacio temporal hasta el límite, de quedar sin aliento. A quien, al contrario, se sienta tan confuso como para desear un retorno seguro para sí mismo, le aconsejaría que leyese con atención las páginas del apéndice, en las que, de manera loable, el escritor explica muchas cosas, indica donde ha introducido la fantasía y donde, al contrario, se ha atenido a la Historia, a los documentos, a la impugnable existencia de un misterio, contenido en un manuscrito real, sobre el cual se han

estrujado las meninges generaciones de estudiosos, intelectuales, historiadores, arqueólogos, curiosos y simples apasionados del tema.

En verdad debería haberlo dicho desde el principio: me dedico a la Historia y soy verdaderamente un excelente lector, pero no puedo definirme como un crítico, o mejor dicho, un experto en narrativa. De todas maneras, no creo que me haya equivocado o esté lejos de la verdad al juzgar esta obra como extraordinariamente apasionante y original. Por otra parte, son muchos los motivos por los que se relaciona con la memoria y con la Historia, abundantemente presentes en el libro, como por otra parte demuestran el mismo personaje central, De Fugger (no hace falta decirlo, antepasado de los célebres banqueros alemanes, promotores no desinteresados del emperador Carlos V) o también las muchas referencias a Federico II de Suabia, también emperador, pero en el siglo XIII y, como buen alemán, enamoradísimo de Italia.

Aquí hay, en definitiva, para todos los gustos, a condición de que el lector se deje atrapar y disfrute hasta el final, con todas sus particularidades, la extraordinaria aventura. De un buen libro se dice que es valioso por su ingenio o por lo atractivo de su trama, por la ambientación o el diseño de los personajes, por la calidad de su escritura y su capacidad de evocación al crear discrepancias o dictámenes favorables en quien lee. *Las páginas perdidas* son un reto bien estructurado y una apuesta, a fin de cuentas, ganada; y es por esto que me abstendré de desmenuzar la trama, justo por esto me abstengo de decir “como va a acabar la historia” Corresponde al lector hacer el recorrido de acercamiento y de empatía, si es verdad, como creo que es, que la obra, una vez escrita, no pertenece ya a su autor, sino a quien leyéndola, o admirándola, la hace suya, asumiéndola con el corazón y la mente.

I

Roma, lunes 20 de octubre de 2015

La ambulancia de la Cruz Roja italiana se dirigía con la sirena sonando por el Lungotevere Della Vittoria¹, con el pavimento brillante debido a la lluvia de otoño que caía copiosamente, al puesto de Emergencias del Hospital Policlínico Gemelli de Roma.

A bordo del vehículo, además de la enfermera voluntaria, estaba el joven Edoardo Valenti, M.I.R.² de cardiología, que había puesto en marcha el respirador artificial y aplicado la mascarilla de oxígeno al hombre que estaba tumbado en la camilla.

“Tranquilo” dijo Valenti mientras intentaba mantener, a duras penas, un tono de seguridad.

“Unos minutos más y habremos llegado a Urgencias”

El hombre, de edad indefinida, seguramente rondaba los 70, abrió los ojos, movió un par de veces los párpados, casi con la intención de asegurar al médico que todo saldría bien.

“¡No nos movemos, mierda! Es la hora punta, necesitaríamos un helicóptero” imprecó el conductor mientras el limpiaparabrisas hacía todo lo posible por mantener libre de la lluvia intensa el parabrisas delantero del vehículo. “Entonces coge por Balduina, allí, a la derecha” respondió Valenti.

“No aguanto estos imbéciles de *pendolari*³ tendrían que haberse parado, y me da igual que vayamos en sentido contrario”.

Esquivando los coches que, al venir en contra sentido, se habían apartado a los lados mientras invadían parte del arcén, la ambulancia se metió con decisión por el paso libre y, después de haber recorrido todo Valle Aurelia, entró finalmente por Pinetta Sacchetti y después de 500 metros llegó a la entrada elevada del Gemelli.

“Míreme, mantenga los ojos abiertos. ¿Cómo se encuentra?” preguntó Valenti dirigiéndose al hombre.

Este abrió la mano, como si quisiera confirmar que todo iba bien, aunque a causa de la mascarilla no podía responderle.

Después de un pequeño salto sobre la rampa metálica de entrada de

Urgencias, la ambulancia finalmente se paró delante de las puertas de cristal azules que se abrían y se cerraban por medio de una célula de infrarrojos instalada sobre el dintel.

La situación era surrealista. La luz azul intermitente de la ambulancia contribuía a convertir el color de las puertas, y todo el conjunto, en un azul tétrico, como si estuviera delante de la entrada de un salón de baile de mala fama de la periferia.

Mientras tanto, la lluvia se había intensificado y, ahora ya de noche, las gruesas e insistentes gotas caían de manera ralentizada, y eran iluminadas por las farolas bañadas por el agua, evocando una nevada como hacía tiempo no se recordaba en Roma.

La camilla fue extraída enseguida de la ambulancia. Les estaba esperando Sandro Mohr, un médico especializado en cardiología, que había sido avisado por el equipo de la ambulancia.

“Hola, Edoardo” dijo Mohr, saludando rápidamente a Valenti. Enseguida, volviéndose hacia el hombre de la camilla. “Señor, ¿puede oírme?”

El hombre asintió con la cabeza.

“Dígame si le duele aquí”.

Mohr tocó con cuidado la parte izquierda del pecho del hombre que intentó sonreír y giró la palma de la mano derecha como si quisiese dar a entender que sí, que le dolía un poco... pero no mucho.

Mohr le puso sobre el tórax los electrodos del desfibrilador y del capnógrafo⁴, cogidos en la sala de reanimación.

La frecuencia cardiaca indicaba una sospechosa arritmia, también que la saturación periférica del oxígeno estaba en niveles peligrosos. El monitor del electrocardiograma revelaba la actividad eléctrica del corazón mientras se imprimía sobre papel milimetrado una frecuencia cardiaca anormal.

“No hay tiempo que perder” dijo Mohr volviéndose hacia Valenti y la enfermera de Urgencias.

“Enfermera, advierta al director que debemos intervenir enseguida. Temo que la válvula aórtica se encuentre comprometida. Debemos preparar inmediatamente el quirófano para una intervención a corazón abierto”.

La enfermera asintió y, sin decir nada, se dirigió rápidamente hacia la sala de ingreso del quirófano. Después, Mohr, dándose cuenta de que el paciente lo miraba, aparentemente consciente, se volvió hacia él y, disimulando el pleno control de la situación, le dijo:

“Ahora le quitaré durante un momento la mascarilla de oxígeno. Si se ve con fuerzas me gustaría saber su nombre y los de sus parientes o amigos”

Dándose cuenta que una petición de este tipo podía interpretarse de manera errónea, el médico se apresuró a tranquilizarlo mientras le explicaba:

“Esté tranquilo, es sólo para no preocuparles”

Y mientras hablaba, quitó delicadamente la goma azul que mantenía la mascarilla sobre la cara del hombre. Ahora la cara del paciente se hizo más definida, de la misma manera que, de una fotografía opaca hubieran emergido finalmente las particularidades y el contorno de la cosa fotografiada.

El hombre poseía unos ojos verdes muy brillantes, grandes y límpidos para su edad, sin la acuosidad que por lo general se ve en la mirada de las personas ancianas. Sonriendo al cardiólogo, con una voz un poco ronca, respondió:

“Me llamo Johannes De Fugger, y desde hace mucho tiempo no tengo ni parientes ni amigos”.

No tuvo tiempo de acabar la frase que fue interrumpida por una tos violenta, convulsiones y espasmos incontrolables. Después, de golpe, cerró los ojos, quedando aparentemente sin sentido.

El corredor de ingreso al quirófano era demasiado angosto, con mucha dificultad habrían podido transitar por él dos camillas a la vez. Afortunadamente durante el trayecto hacia el interior no se encontraron ninguna en sentido opuesto.

El paciente, que había ya entrado en coma, fue tendido sobre la mesa de operaciones donde estaban ya el director del hospital Osvaldo Massera, el anestesista y Mohr, además de la ayudante de sala que procuró liberar rápidamente al paciente de la bata verde con la cual lo habían preparado para la operación.

A simple vista, la parte desnuda no tenía ningún aparato cardiaco que se hubiera instalado debido a eventuales malformaciones o a patologías precedentes. Massera, después que la responsable de la sala hubiera desinfectado con tintura de yodo el pecho del hombre, pidió el bisturí. Era necesario actuar lo antes posible, intentando operar a corazón abierto la posible oclusión de la válvula aórtica, oclusión que había provocado el infarto. Mohr procedió con cautela y pericia al abrir la caja torácica de manera que dejase al descubierto el corazón para la intervención.

Terminada la operación preliminar Massera se ayudó con unas tijeras Potts Smith para proceder a la introducción del *stent*⁵ de apoyo para la válvula

mitral.

Se quedó de piedra, y junto con él todo el equipo médico cuando, bajo la luz de los reflectores de la mesa de operaciones, en el tórax del paciente, aproximadamente a doce milímetros del corazón, apareció un objeto que no podía estar ahí, en aquel lugar y en aquel tiempo.

II

Tribunal de Roma, martes 21 de octubre de 2015-Sala de lo Penal 121

“Por lo tanto no existe el más mínimo indicio y mucho menos pruebas circunstanciales que demuestren la participación de mi defendido en los hechos por los cuales ha sido imputado. Por otra parte, señor Presidente del Tribunal, por lo que respecta a las interceptaciones ambientales que, como he ya subrayado, las considero ilegítimas, ya que no aparece en ningún momento el nombre del doctor Reggiani.

La defensa pide, en consecuencia, que este Ilustrísimo Tribunal reconozca la inocencia absoluta de mi asistido con respecto a las acusaciones que han lanzado contra él y, por consiguiente, la liberación ya que no ha cometido delito alguno”.

En la sala 121 del Tribunal de Roma, llena de abogados, asistentes, ayudantes y, obviamente, de una nutrida legión de periodistas, incluso extranjeros, se hizo por un momento un silencio sepulcral.

“Obviamente, como petición secundaria, se pide la absolución del doctor Reggiani porque el hecho del que se le acusa no constituye delito”.

Prosiguió el abogado Stanich con su arenga defensiva.

“¿Réplica?” preguntó el juez de la Sección Tercera de lo Penal del Tribunal, dirigiéndose al Ministerio Público.

“Sí, señor Presidente” responde la joven representante de la acusación pública, alzándose de su silla y ajustándose sobre los hombros la toga guarnecida con alamares de plata. “Una pequeña réplica. Recuerdo a la defensa del señor Sauro Reggiani que, al contrario de lo que ha sostenido, el imputado ha sido mencionado varias veces por el administrador delegado de la Sociedad Farmaglast, así como por las interceptaciones telefónicas hechas por la Guardia di Finanza⁶ de Nápoles”

“Que es inútil subrayar” continuó el Ministerio Público⁷. “en qué medida pensamos que sea un referente de la Nueva Camorra Organizada aquí en Roma. Y es, otrosí, inútil puntualizar que el señor Reggiani ha sido señalado por ambos entes como el administrador principal para la distracción de 12 millones de euros, para ser exactos, de los fondos de la Unión Europea destinados a las empresas farmacéuticas de Nápoles para el tratamiento de los

residuos sanitarios, en cambio, a consecuencia de la deliberación de la Región Campania, han sido movidos íntegramente a las cuentas de Farmaglast que, a continuación, como se ha demostrado, ha distribuido, en su mayor parte, los fármacos caducados”

La representante del M.P. apoyó firmemente las manos sobre la escribanía detrás de la cual se encontraba, casi para poder comunicar mejor al juez sus conclusiones.

“Por los motivos expuestos la Acusación Pública pide que este Tribunal reconozca la plena responsabilidad del señor Sauro Reggiani por todos los delitos por los que ha sido imputado, con el agravante específico del daño producido de notable entidad que juzgo predominante a los atenuantes genéricos y, por esto, sea condenado el susodicho a la pena mínima de 12 años y a la prohibición perpetua para cualquier cargo público. Es todo, gracias”.

El juez miró con aire interrogativo – desde detrás de las gafas de lectura que estaban apoyadas precariamente sobre la punta de su nariz – al abogado Stanich que defendía a Reggiani.

El defensor movió la cabeza confirmando de manera inequívoca que no procedía otra réplica.

“Bien, entonces, nos veremos el 2 de diciembre para la lectura de la sentencia. La audiencia ha finalizado. Gracias” concluyó el juez.

Se oyó un murmullo proveniente del grupo de periodistas que, terminada la sesión, intentaban ganar rápidamente la salida para alcanzar al abogado Stanich. Estaban en juego las esperadas entrevistas a la defensa de uno de los hombres más conocidos y temidos del mundo de las finanzas en Italia. Un hombre que podía contar no sólo con la amistad, por lo general interesada, de una gran parte de los parlamentarios y senadores sino también, se murmuraba, de un subsecretario del Ministerio de Sanidad. El proceso era sólo una parte de un juicio penal más grande, ligado a una corrupción ampliamente difundida y rechazada desde el mismo Ministerio Público, no sólo contra Sauro Reggiani sino también contra otros 12 ejecutivos de la multinacional Farmaglast y 15 asesores provinciales y regionales de Campania. Las investigaciones, comenzadas dos años antes en Nápoles, y denominadas **operación San Genaro**⁸, parafraseando una vieja película cómica, habían ya asistido a la condena en primer grado de 15 años de reclusión del administrador delegado de la Farmaglast, John Beer, ahora prófugo de la justicia en Dubai, de Salvador Incardona (ya en la cárcel) y de otros dos ejecutivos de la Farmaglast, condenados respectivamente a 6 años y medio y a nueve años.

Todo esto se debía a la gran capacidad investigadora de la joven fiscal Viola Borroni que, en representación del Ministerio Público, había coordinado con brillantez las investigaciones con el núcleo napolitano de la Guardia di Finanza y con la Policía di Stato⁹ y había conseguido mandar a juicio a todos los imputados.

Fue ella quien sostuvo la acusación en todas las conclusiones finales y en las fases del proceso hasta el momento en que, sobre el banco de los acusados, se había sentado nada más y nada menos que Sauro Reggiani, un peso pesado de las Finanzas.

Viola Borroni, 28 años, un metro setenta, físico esbelto, pelo oscuro casi negro, ojos de un extraño color esmeralda, poseía una apariencia muy agradable.

El propietario del bar Cappuccio y Brioches, situado en la calle donde la mujer residía, la llamaba “la actriz”, lo que suscitaba en ella un poco de embarazo.

Sin embargo poseía un carácter muy determinado. De esto sabían algo los imputados de la “Operación San Genaro” que se habían visto enviados a juicio por el GUP, Giudice per l’Udienza Preliminare¹⁰, gracias a una labor de investigación desarrollada con diligencia y celo por la incansable fiscal Borroni.

Si la aplicación del derecho procesal penal, de parte de la joven fiscal, era inatacable por el ejército de abogados, cuyas arengas defensivas y excepciones de procedimiento de diverso género se habían hecho pedazos en las conclusiones finales con el Ministerio Público, había que decir que Viola tenía una concepción personal de la Justicia que no siempre coincidía con los artículos y comentarios del Código Penal.

No era un misterio que –todavía estudiante de bachillerato –Viola hubiese participado en las manifestaciones contra el G8 en Génova, aunque en los grupos de estudiantes que no habían actuado violentamente contra la propiedad o la Policía. Todavía, siendo universitaria de la facultad de Derecho Santa Ana de Pisa, a pesar de ser una estudiante excelente, había sido apresada en más de una ocasión por la participación en manifestaciones estudiantiles, siempre en primera línea.

Viola estaba orgullosa de sus ideas sobre la justicia social de la que jamás había renegado, aunque ahora, en cierto sentido, se encontraba en la otra parte de la barricada.

Seguida por las cámaras de televisión la muchacha avanzó rápidamente por el pasillo y, renunciando a usar el ascensor, se fue hacia las escaleras para llegar hasta su oficina en el primer piso. Sergio Ansani, el Procuratore Capo¹¹, estaba esperándola jubiloso, junto a la secretaria de la sección.

“Felicitaciones, un óptimo alegato. Estoy convencido que nuestras peticiones de condena serán aprobadas por el juez de la Tercera”

Viola esbozó una fugaz sonrisa, sabía que era demasiado pronto para cantar victoria.

Era necesario el sello final de una sentencia de condena.

“Ahora no podrás negarme esos cinco días de asueto que te pedí en septiembre”

“Te has merecido un poco de reposo, pero sabes bien que en este momento la Procura¹² está falta de personal, los dos auditores judiciales que me había prometido el Ministerio deben todavía cumplir un período de prueba de diez días en la Procura de Milán” replicó Ansani.

Viola, decidida a jugar duro, propuso con sequedad:

“Concédeme entonces cuatro días”

“Tres” respondió el superior.

“Dado que te encuentro muy bien dispuesto, me gustaría también un aumento de sueldo”

Ansani la miró de refilón, mientras elevaba la ceja izquierda.

“Pásalo bien, Viola. Vete, antes de que me lo piense”

III

Villa Mondragone, 12 de septiembre de 1912, por la tarde

El padre Giuseppe Strickland, prior del Colegio jesuita de Villa Mondragone de Frascati, junto con el padre Agostino, responsable de la biblioteca del convento, rehizo por enésima vez el inventario de los treinta libros.

Fue el Legado Pontificio, el cardenal Willem Van Rossum en persona, que pertenecía también a la congregación de los jesuitas, el que autorizó el traslado de la colección de volúmenes del Colegio Romano y de la Biblioteca General de los jesuitas, en Villa Mondragone, para salvarlos de las expropiaciones del nuevo Reino de Italia.

Ahora, sin embargo, el prior tenía la ingrata obligación de preparar treinta de estos preciosísimos tomos y darlos, al día siguiente, al señor Wilfrid Voynich, un tratante de libros raros, de origen polaco naturalizado inglés, que había llegado desde Nueva York y que los compraría por una considerable suma de dinero.

¡Sólo Dios sabe con cuanto sufrimiento, justo él, el decano representante del Colegio, había escogido los libros para el anticuario!

Era plenamente consciente de que los tomos, que había pertenecido durante siglos a la Iglesia de Roma, viajarían por derroteros desconocidos, dispersándose por los lugares más remotos del mundo, para satisfacción de millonarios que los encerrarían en sus cajas de seguridad o para aumentar la vanidad de museos e institutos universitarios extranjeros.

En el mejor de los casos permitirían consultarlos de manera privada, en sus casas, para suscitar así la envidia de los coleccionistas rivales.

¿Era justo que estos libros y manuscritos, representaciones de la cultura cristiana, de la historia, del arte miniado, piezas raras, sino únicas, de la tradición cultural y religiosa de la Iglesia, fuesen sustraídas al patrimonio de la Humanidad para convertirse en propiedad exclusiva de unas pocas personas afortunadas?

Sin embargo, todo esto era necesario para el sostenimiento de aquella Iglesia que estaba a punto de separarse para siempre de aquellos libros que eran una parte integrante de ella misma. Como una madre que se veía obligada

a ver como algunos de sus hijos partían para siempre hacia tierras desconocidas.

Por otra parte la “Legge delle Guarentigie”¹³, aprobada por el parlamento Italiano el 13 de mayo de 1871 con la toma de Roma, hablaba claro.

Después de la Breccia di Porta Pia¹⁴, los Papas que se habían sucedido en el solio pontificio, hasta Pío X, se habían retirado al Vaticano, y el rey de Italia había anexionado Roma y todos los territorios que habían pertenecido a los Estados Pontificios.

También sobre las basílicas, conventos y abadías se cernía el mismo peligro, lo mismo que sobre los bienes inmuebles y muebles de la Iglesia que, no tardando, serían requeridos o confiscados por el Reino de Italia. Obviamente estas leyes habían traído consigo la abolición de los diezmos y de todo aquello que era necesario para el sostenimiento del clero y de los bienes que formaban parte todavía de la Santa Sede.

Ocurrió de esta manera incluso en Villa Mondragone, cuyo singular nombre se debía al hecho de que en ella había residido el Papa Gregorio XIII, cuyo emblema heráldico era un dragón.

Un edificio que sólo en el año 1865 se había convertido en un convento jesuita para los hijos de las clases sociales más altas. Los orígenes de Villa Mondragone se remontan muchísimos años atrás, en concreto al siglo XVI, cuando el cardenal Marco Sittico Altemps había ordenado su construcción. Pero, la villa podía decirse famosa por un célebre hecho histórico. En el año 1574 allí se había establecido el cardenal Ugo Boncompagni que, convertido en el Papa Gregorio XIII, había residido de forma regular en la villa.

Y fue justo allí, en el año 1582, que fue promulgada la bula papal *Inter Gravissimas* con la cual se reformaba el viejo calendario, instituyendo, en su lugar el calendario Gregoriano, que tomaba el nombre del Papa Gregorio.

Después –observaba con nostalgia el padre Giuseppe Strickland– la Villa había vivido momentos gloriosos, acogiendo en su interior otros papas, como Paolo V, Clemente VIII y Urbano III.

Ahora, desafortunadamente, la estructura necesitaba con urgencia una restauración después de los graves daños provocados por el terremoto de 1910. Hacía falta dinero, muchísimo dinero.

El traficante de libros raros, el tal Wilfrid Voynich, había hecho examinar anticipadamente por un representante suyo en Italia, el señor Giorgio

Parisi, treinta de estos libros y, a continuación, propuesto una oferta de diez mil quinientas liras a la fundación de la Villa.

Con aquel dinero –pensaba el padre Giuseppe –Villa Mondragone retornaría a su antiguo esplendor, y el comedor destinado a los hijos internos de las clases más ricas, podría garantizar, al mismo tiempo, una pequeña ayuda para el convento de los padres capuchinos de Orvieto que ofrecía socorro a los pobres y a los desheredados de la zona, donde ejercía de prior el hermano Dolcino Serpiti, un querido compañero de seminario desde hacía ya mucho tiempo, que había hecho los votos junto con él, tantos años atrás.

La Fortuna había querido que el señor Parisi, antes de ser un empleado del marchante polaco, fuese un devoto de la congregación de los jesuitas y – algo que no resultaba perjudicial – un fiel cristiano que se había confesado a menudo con el Padre Giuseppe en la capilla de Villa Mondragone.

Este pequeño hecho afortunado, en verdad una señal de la Divina Providencia, pensó el Padre Giuseppe, lo ayudaría con su plan.

De los treinta libros objeto de la compra venta, veintinueve serían entregados íntegramente. Pero el trigésimo, aquel manuscrito medieval con un texto incomprensible, enigmático, y sin nombre, no. Esa noche, él mismo lo desencuadraría y lo volvería a recoser con muchísimo cuidado. Por otra parte, no habría ningún problema dada su experiencia como jefe encuadernador en la Biblioteca Pontificia del Vaticano.

Del manuscrito extraería las únicas catorce páginas escritas en latín vulgar. Aquellas, y sólo aquellas, las más preciosas y peligrosas, no podían caer en manos de nadie.

Y mucho menos en las del primer millonario que hubiese adquirido el libro en una de aquellas subastas tan teatrales que estaban de moda en las principales capitales europeas y también en ultramar. Aquellas páginas podían representar la palabra de Dios, pero también un instrumento del Diablo. Todo dependía en que manos fuesen a caer.

Mejor no arriesgarse y eliminar de raíz un peligro latente.

Desde el principio el padre Giuseppe había advertido a Giorgio Parisi que el manuscrito se vendería –a primera vista sin cortar¹⁵ – formado por 102 folios, que conformaban un total de 204 páginas escritas e ilustradas, aunque en origen el número de folios del manuscrito eran 116. Pero aquellas catorce páginas que explicaban como interpretar y leer correctamente las otras 204, no podían, de ninguna manera, atravesar los muros de Villa Mondragone.

Giorgio Parisi no había puesto ninguna objeción ya que el manuscrito

sería encuadernado con un nuevo formato de 102 folios. Además, era el Padre Giuseppe, su confesor, quien se lo pedía, es más se lo imponía. Y si un jesuita, como el venerable prior del convento, le pedía cerrar los ojos ante este hecho ¿quién era él para rechazar la petición proveniente de un representante de la Iglesia tan influyente?

Así que al señor Voynich le habían dicho que el manuscrito estaba compuesto por 204 páginas y no por 232.

El marchante había tratado la compra del manuscrito sobre estas indicaciones. Por lo tanto, Parisi no había cometido pecado alguno. Y aunque lo hubiese cometido, se lo había requerido el prior del convento. Por lo tanto tenía buenas razones –no era necesario preguntarse el porqué –que le imponían atender la petición del padre Giuseppe. Además de la extrema y eterna discreción, él había jurado solemnemente, delante del jesuita, que no diría jamás una palabra sobre los folios extraídos.

Parisi juró por su vida que se llevaría el secreto a la tumba.

Esa noche, el prior, tranquilizado por el juramento de su parroquiano, se armó de bisturí, aguja e intestino de cerdo¹⁶ del siglo XII, proveniente del Codex Arboris miniado que sus hermanos jesuitas habían restaurado hacía poco. Se cerró con llave en su celda para rezar y pedir perdón a Dios por aquello que iba a hacer.

Cuando se sentó en el escritorio, le vino un último y fugaz cargo de conciencia. ¿Cómo podía creer que tenía el derecho de modificar el diseño divino a voluntad, decidiendo el destino y el futuro del Mundo?

Si aquellas páginas cayesen en manos malvadas, la Humanidad conocería peligros inimaginables. El reverendo no quería asumir una responsabilidad de esta magnitud.

Se calmó al pensar que en el transcurso de los siglos que estaban por venir algún otro, probablemente más valiente, o tal vez más inspirado por la Divina Providencia, decidiría si estaba bien o mal divulgar el significado del manuscrito, que por el momento quedaría custodiado allí, en aquel convento.

Él no quería asumir esta responsabilidad. Como humilde siervo de Dios tenía la misión de proteger a la Humanidad, en la medida de sus posibilidades, contra los peligros del Maligno.

Alentado por estos pensamientos comenzó a trabajar con mucho cuidado en el volumen, escrito sobre pergamino de cabrito. Cortó con completa seguridad los hilos que unían los 116 folios y extrajo del volumen las 14 páginas que guardó temporalmente en el cajón del escritorio, que enseguida

cerró con llave.

A su debido tiempo –pensó el decano– escogería un escondite más seguro.

Procuró encuadernar de nuevo el manuscrito, poniendo cuidado en mantener el orden original de las páginas, que se componía de una sección de 66 folios, dedicada a la botánica, de una segunda sección, desde el folio 67 al 73, dedicada a la astrología, de una tercera sección, del folio 75 al 86, dedicada a las figuras femeninas, de una cuarta sección, del folio 87 al 102, dedicada a la farmacología, y de una última sección, la quinta, la más enigmática, donde se encontraba solo una parte del texto del manuscrito, totalmente incomprensible y misterioso, al margen del cual habían sido situadas algunas estrellitas.

El libro, tal como se presentaba en este momento, sería para siempre un enigma irresoluble.

A la mañana siguiente, muy temprano, se presentó en el convento Wilfrid Voynich, acompañado por su abogado italiano Giorgio Parisi.

El padre Anselmo, el vicario del reverendo padre Giuseppe, los hizo esperar en la estancia de audiencias de la biblioteca, compuesta por doce salas, de las cuales al menos seis tenían una superficie aproximada de 100 metros cuadrados con un ancho total de 991 metros cuadrados.

“Una biblioteca inmensa” explicó el párroco a los dos visitantes.

“Las paredes de las habitaciones” añadió “alcanzan una altura de 6 metros, todas están amuebladas con estanterías del siglo XVI y contienen más de 25.000 tomos entre antiguos y recientes”.

Después de una espera de aproximadamente veinte minutos, que Voynich y Parisi pasaron examinando aquel inmenso museo de la sabiduría, fueron recibidos por el padre Giuseppe en su oficina.

“Amados hijos, me debéis excusar por la espera, pero exigen de mi, que soy un pobre y viejo pecador, incumbencias de tipo administrativo y fiscal en las cuales no soy un experto. Y sin embargo, esta fatigosa comisión, por el bien de Villa Mondragone, me ha sido encargada en calidad de humilde representante de este convento” explicó el prior mientras se levantaba de la silla de detrás del escritorio y se dirigía hacia los dos compradores.

Voynich –esbelto, elegante, con el rostro delgado, bigotes y pelo entrecano, aproximadamente de unos cincuenta años –saludó con una reverencia, después, demostrando conocer medianamente la lengua italiana, dijo:

“Eminencia, no podemos sino estarle agradecidos por su hospitalidad y el hecho de haber decidido, imaginamos el precio psicológico, separarse de unos volúmenes tan valiosos y bellos. Puedo asegurarle que los libros no acabarán en malas manos. He ordenado a mis abogados, residentes en la ciudad en donde tendrán lugar las subastas, de insertar en los contratos de compra una cláusula especial que permita, en cualquier momento, a los representantes pontificios acreditados en aquellos lugares, que puedan acceder a los volúmenes para así verificar su estado cuando estén en manos de los nuevos propietarios, hasta la *extrema ratio*, bajo pena de una penalización económica en su contra, que sería depositada en el Ministerio de Cultura de los países donde se encuentran los libros, en el caso de que fuese descuidada la conservación de los mismos”.

Se estaba en los albores del derecho privado internacional que ya permitía esta arriesgada aplicación de las leyes. El padre Giuseppe dejó escapar un profundo suspiro y abrazó a Voynich, declarando que esta noticia no podía sino alegrarlo.

El Prior invitó a los dos hombres a seguirlo hasta la biblioteca central, la sala principal, destinada a la custodia de los tomos.

El primer libro puesto bajo los cuidados de Voynich fue el *Codex Ebneranius*, un manuscrito del siglo XII escrito en lengua griega y que contenía la *Epistula ad Carpianum* y las tablas de Eusebio. El volumen suscitó enseguida el interés del anticuario polaco que, mirando a través de sus gafas de oro, se paró un buen rato mientras admiraba las 426 páginas fabricadas en pergamino que lo componían, pero también su encuadernación en plata incrustada con marfil.

Al huésped le mostraron después una copia del *Commentario letterale, istorico e morale sopra la Regola di San Cutberto*, un tomo del año 1530 que había pertenecido a Ana Bolena donde, en la primera página, había algunas notas escritas a mano por la reina inglesa.

A continuación se pasó al *Sant'Agostino Esténse*, uno de los manuscritos más bellos y raros de la miniatura Esténse, dedicado a Ercole I d'Este, segundo duque de Ferrara, en el año 1482. El tomo estaba en perfectas condiciones de conservación, compuesto de 384 páginas en pergamino y encuadernado con cuero auténtico repujado.

La admiración y el entusiasmo de Voynich y de Parisi aumentaron cuando acariciaron con la punta de los dedos los tres volúmenes encuadernados en piel, con folios de pergamino del *Graal Rochefoucauld*, el

primer manuscrito medieval en lengua francesa, donde se contaba extensamente la leyenda del rey Arturo, de los Caballeros de la Tabla Redonda, de Lancelot y del Santo Grial.

La obra, realizada entre el 1315 y el 1323 por Guy, VII barón de Rochefoucauld, contenía 107 ilustraciones que representaban torneos de destreza, torneos entre escuadras de caballeros, batallas, aventuras caballerescas y pruebas de coraje y valor. Veintinueve de los treinta libros fueron valorados, admirados e inspeccionados por el comprador polaco.

Se llegó al examen del trigésimo libro, aquel que no poseía un título, un nombre.

La atención de Voynich se hizo más intensa, finalmente se encontraba ante el manuscrito que le había obligado a iniciar aquel largo viaje desde Nueva York.

El libro era de modestas dimensiones, no más de 15 centímetros de ancho, aproximadamente 22 de largo y unos 4 de grueso.

Fue el mismo polaco el que, provisto de una lupa, tuvo el honor de abrir las primeras páginas, utilizando guantes de gamuza para no manchar con sus huellas el tejido animal de las hojas.

La sorpresa y la admiración, mezcladas con la curiosidad que aquella misteriosa obra suscitaba, fueron inmensas. El mismo Parisi, que había tenido la oportunidad en el pasado de darle una ojeada al manuscrito, no pudo frenar un gesto de estupor.

El texto del manuscrito semejaba, después de un primer examen, indescifrable. La lengua que se había utilizado parecía desconocida e incomprensible.

Realmente representaba un enigma de lo más inextricable, dado que nada de lo que se encontraba en sus páginas parecía pertenecer a una categoría científica conocida. Extraños símbolos de naturaleza mística o alquímica se unían a representaciones de mujeres, algunas indudablemente embarazadas, inmersas en extrañas bañeras. En particular, había siete figuras femeninas con una sonrisa diabólica que nadaban, o se lavaban, en una especie de piscina de forma octogonal. Pero la fantasía del autor desconocido no conocía límites. Entre las páginas había también ilustraciones de animales jamás vistos por el hombre, símbolos astrológicos, vegetales, flores y hojas desconocidas, redondas o aguzadas, preferentemente de color verde, marrón y amarillo.

En la primera sección, de las cinco que componían el libro, había plantas –a veces de aspecto carnoso– de las cuales descendían filamentos que

culminaban con una cabeza humana.

En la segunda estaban representadas las estrellas y los símbolos astrológicos. En particular los signos zodiacales de Piscis, Escorpión, Aries y Sagitario.

También estaba una constelación que, en la época en que presumiblemente se había realizado el Códice ilustrado, fijada en torno al siglo XV, era imposible que fuese aún conocida: la del Cisne. Un misterio dentro del misterio. La ilustración de extrañas hélices que, partiendo del centro, crecían hacia el exterior mientras difundían rayos de luz, incluso esto no tenía una explicación lógica.

Otras estrellas y planetas, en apariencia conocidos, como la Luna y el Sol, se representaban con rostros humanos.

La tercera sección era quizás la más misteriosa, incluso se podría decir la más inquietante; en ella había figuras femeninas, algunas de ellas unidas a través de un longuísimo cordón umbilical que en los dibujos parecía un miembro del cuerpo humano con vida propia.

Como si aquellas mujeres fuesen en realidad una única criatura, dotada de “terminales” con semblante humano. Muchas de ellas, totalmente desnudas, estaban en un evidente estado de gravidez.

Otras vestían túnicas hasta los tobillos, de color turquesa. Pero su mirada transmitía una particular angustia.

Voynich, invadido por una extraña turbación, tuvo la sensación de haber ya visto aquellas figuras, en lo más profundo de su mente cuando, años atrás, en las Antillas Holandesas, enfermo de malaria, había sido víctima de una pavorosa alucinación. El padre Strickland, que estaba a su lado, intuyó de alguna manera aquellos sombríos pensamientos.

Aquellas mujeres poseían algo siniestro, maligno. Parecían la expresión de una pesadilla de la cual se quiere despertar lo antes posible. Y luego la bañera octogonal, donde algunos de estos seres enigmáticos estaban inmersos en un líquido denso y de un azul desvaído y sucio.

“Reverendo” comenzó a decir Voynich. “¿Me equivoco o el símbolo del octógono, en la época medieval, tenía un significado alegórico?”

“Así es, hijo mío. El octógono nos trae a la mente el número ocho, antiguamente concebido como el símbolo de la Resurrección. Los Padres de la Iglesia insistían sobre el hecho de que Cristo hubiese resucitado el octavo día de la semana”

“Ya que el sábado era el séptimo día de la semana judía, el día siguiente

era el octavo. Y el octavo día sería entonces el día de la Resurrección”.

Esta era la explicación oficial que el padre Strickland se había sentido en el deber de suministrar al polaco. A decir verdad aquella forma geométrica de la bañera, representada en el manuscrito, no tenía nada de mística. Al contrario. Si él hubiese querido explicar su parecer con sinceridad, le habría respondido que una representación de ese tipo, en este contexto enigmático, hacía referencia más bien a símbolos paganos, o incluso diabólicos. Había otros dibujos, de color azul, verde o amarillo, que tenían en su interior otras bañeras, unidas entre sí por un extraño sistema de tuberías.

Incluso estas tenían la forma de un miembro humano o de una probóscide.

Una página mucho más grande que las otras, plegada en seis partes, dividía la tercera sección de la cuarta. En ella había dibujos de nueve objetos circulares, similares a medallas o monedas, que contenían plantas, estrellas y los enigmáticos tubos que aparecían también en la tercera parte. En la cuarta, por el contrario, aquella dedicada a la alquimia, se habían dibujado alambiques y matraces, junto a otros instrumentos de naturaleza desconocida pero, presumiblemente, aptos para un uso científico. En esta parte del manuscrito se encontraban también esbozos de pequeñas plantas y flores cuya procedencia permanecía en la oscuridad.

La quinta y última parte estaba compuesta tan solo por texto escrito, con caracteres absolutamente desconocidos. Lo más inquietante era el hecho de que la escritura se hubiera hecho de corrido, sin el menor titubeo o tentativa. Perfectamente alineada, sin ningún desequilibrio a la vista, desde la parte superior a la inferior de la página.

Como si quien la hubiese escrito hubiese tenido las ideas muy claras, tanto como para cuidar meticulosamente la caligrafía, el orden de las frases y de los caracteres, e incluso su diseño.

La única concesión estética en esta parte del manuscrito estaba en la representación de pequeñas estrellas amarillas o azules ubicadas a la izquierda de las líneas del texto.

Voynich, mientras lo inspeccionaba, descubrió algo muy extraño. Un minúsculo triángulo de pergamino, diferente a la primera página del manuscrito, estaba todavía unido a él a través del hilo de costura del libro. Como si se tratase de un fragmento de una página inexistente en el volumen.

“Padre, venid a ver”

El prior se acercó a él. “Mirad. ¿No os parece que este pequeño

triángulo sea el fragmento de un folio preexistente?”

Un silencio embarazoso cayó en la habitación. Parisi estaba inmóvil con la mirada fija en el prior.

“Creo que tenéis razón, hijo mío” admitió Strickland. “Como podéis notar, ese pequeño fragmento es de un color distinto al de las otras páginas. Mirad con atención”.

En efecto, bajo la lupa se podía ver con claridad que aquel fragmento era de un pergamino distinto del utilizado para los 102 folios del manuscrito. Voynich reexaminó aquella circunstancia, después miró de manera interrogativa al fraile.

“Tiene una explicación muy sencilla, señor Voynich, efectivamente hace algunos años el manuscrito tenía otra primera página. Si me permite un juego de palabras, diría: la primera página de la primera página escrita”.

“De poca importancia, imagino”.

“De cualquier forma, la presencia sobre el folio de algunos parásitos muy peligrosos para el estado del volumen, aconsejó a la excelente alma de nuestro venerable padre Matteo –que el Señor lo tenga en su gloria –de ordenar desencuadernar el libro para no provocar un probable contagio al resto de las páginas”.

Voynich no dijo nada, se limitó a lanzar una mirada penetrante e indagatoria hacia Parisi que parecía que se había convertido en una estatua de cera.

Después, sin siquiera avisar, se levantó de repente de la silla donde estaba sentado y fue hacia el religioso.

“Bien, reverendo Padre, podemos ya firmar el contrato de venta de los treinta volúmenes”.

Dos copias del contrato preliminar de venta habían sido ya redactadas por el abogado italiano.

Después de la firma, el anticuario polaco dio al prior de Villa Mondragone, en presencia de Parisi y del padre Agostino, una señal como adelanto de cinco mil doscientas cincuenta liras, con una garantía bancaria extendida por el Monte dei Paschi de Siena, que garantizaba una suma igual cuando fuese firmado el contrato definitivo. En este momento, el polaco se convertía, a todos los efectos, en propietario de los treinta volúmenes que habían pertenecido a la Iglesia, de los cuales uno, el más raro y hermoso, permanecía desconocido y sin nombre. Pero esto, al anticuario polaco le daba lo mismo; estaba convencido de haber hecho un negocio muy lucrativo sin que

se hubiese dado cuenta el colegio de los jesuitas de Villa Mondragone, en especial aquel ignorante e incapaz padre Giuseppe.

Este último, aunque con el corazón hecho pedazos por haberse separado de unos volúmenes de gran valor, no sólo histórico, y con un sentimiento de culpa por aquello que había hecho, pidiendo permiso al Padre Eterno, escondía dentro de él una sutil satisfacción por no haber entregado a Wilfrid Voynich, sin que él lo supiese, las catorce páginas secretas.

En Derecho, para que una transacción legal pueda decirse que es buena, debe suceder que el efecto que se derive de ella deje descontentas a ambas partes.

Nunca una transacción comercial fue más igualitaria que aquella realizada entre el anticuario y el Prior jesuita. Cada uno creyó haber sido más astuto y perspicaz que el otro.

IV

Monteverdi Marittimo, miércoles 22 de octubre de 2015

Viola había metido en una bolsa de deportes unos pantalones vaqueros, dos camisetas y su maletín de maquillaje. Después de llenar el depósito de su 500 Sport había salido a primera hora de la tarde en aquel su primer día de vacaciones, con tranquilidad, hacia Monteverdi Marittimo, un antiguo y pequeño pueblo medieval de la marisma toscana, en donde tenía una casa de su propiedad.

Durante el viaje había sintonizado el canal de una conocida cadena radiofónica nacional, de FM, con el objetivo de distraerse un poco mientras escuchaba canciones del último *hit-parade*.

De este modo había conseguido liberarse de las preocupaciones concernientes a las investigaciones de la “Operación San Genaro” que la habían absorbido y dejado completamente exhausta.

Liberada de estos pensamientos había comenzado a evocar antiguos hechos relacionados con ella y su familia; no eran, a decir verdad, recuerdos muy edificantes, sobre todo los más recientes.

Viola había sido una de las licenciadas más jóvenes en Derecho de la Universidad de Santa Anna de Pisa, una de las más severas y prestigiosas universidades italianas.

Se había licenciado con 23 años con una tesina sobre Derecho Penal del Trabajo, obteniendo la máxima puntuación. Después había conseguido el doctorado en Criminología y Antropología Criminal, quemando todas las etapas que una joven letrada con muchas esperanzas, aunque con un futuro incierto, debe afrontar en la dura lucha por hacerse sitio en el mundo del Derecho.

Había desenvuelto con provecho la práctica forense en el estudio legal de su padre, y había superado con brillantez las pruebas de acceso para poder ejercer. Después, debido a su irreductible anticonformismo, había decidido no continuar con la carrera forense, algo que por el contrario deseaba su padre, y se había inscrito a las oposiciones de Magistratura¹⁷.

Incluso en esto había obtenido en todos los exámenes orales y escritos la

máxima puntuación y el nombramiento como auditor judicial; el primer paso para convertirse en fiscal. Terminadas las prácticas judiciales en la sección laboral del Tribunal de Perugia, de manera muy meritoria, había recibido el encargo de actuar temporalmente como Fiscal Sustituto de la República en el Tribunal de Roma.

¡Habían sido unos meses gloriosos, llenos de expectativas y proyectos (fundados) para su futuro! Después, llegó la ruina.

La participación del padre, Cosimo Borroni, y de sus dos socios Lorenzo Putignani y Jean Baptiste Oleaux, titulares de uno de los más famosos estudios legales de Roma, en un intrincado negocio de recepción y ocultación de obras de arte provenientes del Museo de Tarquinia.

Sucedió que, ironías del destino, fuese justo Viola la encargada, en calidad de Fiscal, del desarrollo de la primera fase de la investigación, cuando todavía la identidad de las personas implicadas en el delito era desconocida. Y justo ella, a consecuencia de un soplo, se había enterado de la participación de su padre, en cuyo automóvil se había descubierto una parte de los objetos robados. Se había quedado de piedra.

No había podido hacer otra cosa que pedir ser recusada del encargo y ser sustituida por evidente incompatibilidad. El enjuiciamiento de Cosimo Borroni, vistas las pruebas irrefutables de su culpabilidad, había sido conseguido fácilmente por un colega de la joven fiscal, al cual el Fiscal General había confiado el caso. La implicación de los otros dos investigados, Lorenzo Putignani y Jean Baptiste Oleaux, había resultado mínima y su participación en los hechos no pudo ser verificada de manera objetiva. Tanto fue así que se había pedido archivar las investigaciones de los dos socios del estudio legal ya que no habían cometido delito alguno.

Sólo Dios podía saber el drama interior que había vivido Viola durante estos malditos días. Cuando había pedido al Fiscal General, Sergio Ansani, que la sustituyese, por un evidente conflicto de intereses, tuvo que entregar también a Giorgio Bassi, capitán de la Guardia di Finanza¹⁸, en calidad de Policía Judicial todo el expediente que contenía las pruebas en contra de su padre.

El golpe psicológico la había dejado deshecha, como si le hubiese estallado una granada entre las manos, y las relaciones entre padre e hija se habían casi interrumpido después del arresto. Cosimo Borroni había sido condenado a tres años y siete meses de reclusión, pero no habiendo sido nunca condenado con anterioridad, había podido disfrutar después del proceso, de la

suspensión cautelar de la condena.

El choque había sido demoledor.

El hombre se había recobrado, si bien parcialmente, sólo después de una larga terapia a base de antidepresivos.

Hay quien dice que estos medicamentos conducen a una dependencia que es muy difícil abandonar. La verdad es que Cosimo, quizás a causa de los medicamentos, quizás por el tremendo sufrimiento debido al escándalo, había decidido cambiar radicalmente de vida. Un día, inesperadamente, decidió tomar los hábitos y retirarse a Umbría, al convento de los frailes menores franciscanos de Montesanto, en el ayuntamiento de Todi.

En aquel lugar de paz y de meditación, la vida monástica, la renuncia a las cosas materiales y mundanas, que constituían parte de su anterior existencia, el profundizar en el estudio de los textos religiosos, habían conducido al hombre a un renacimiento espiritual y moral con el nuevo nombre de hermano Tommaso.

Viola, mientras conducía, absorta en estas meditaciones, había recordado con dolor la rápida disolución de su familia. Con el padre todavía se hablaba de vez en cuando sólo para hablar de Giada, la hermana de Viola, dos años más joven que ella, que después de un período de desorientación había encontrado un compañero quince años mayor que ella, y se había mudado a Urbino, donde había abierto un salón de belleza en una pequeña casa rural que pertenecía a la madre, Beatrice Della Scala.

No se veía con Giada desde hacía casi un año. Los únicos contactos que mantenían las dos hermanas eran telefónicos o por medio de esporádicos mensajes de texto con el móvil.

Pero el dolor más acuciante y la nostalgia de una familia ahora ya disgregada estaba ligada a la madre que, después de la retirada al convento del marido, se había vuelto a casar con Jean Baptiste Oelaux, ex socio, además de un rico terrateniente francés.

Los dos, después de la boda, se habían retirado al latifundio vitivinícola de Reims.

Viola lo había soportado todo pero no la decisión de su madre de abandonar al marido en un momento de necesidad y volver a casarse con aquel hombre. No podía perdonarla.

Eran estas sensaciones físicas las que –todavía después de dos años– le bloqueaban la boca del estómago, dejándola en un estado de larvada impotencia que la empujaba hacia un estado de melancolía. ¿Tendría que

haberse empeñado más en ayudar al padre? ¿Haberle advertido de las investigaciones de las que era objeto? Sin embargo, justo había sido su padre el que desde que era una niña le había enseñado las normas de la honestidad y de la rectitud moral.

Recordando estos hechos todavía ahora no encontraba una razón a esta manera de proceder.

Absorta en tales pensamientos, la joven no se dio cuenta que había llegado a la meta, después de tres horas de viaje.

Monteverdi Marittimo era un pueblo medieval de Toscana, incrustado entre las provincias de Siena, Pisa y Livorno, que ahora, al atardecer de una límpida jornada de otoño, se coloreaba con aquellos amarillos cálidos y naranjas que en el pasado habían dominado las paletas cromáticas de célebres pintores.

En el centro del pueblo estaba su casa. Era de piedra como todas aquellas del centro histórico. La casa se encontraba en el denominado “Callejón oscuro”¹⁹ a causa de la construcción con forma curva que, introduciéndose en la calle Ricasoli, limitaba la iluminación natural del lugar. Un típico callejón medieval, estrecho y en cuesta. Aquel era su refugio secreto, donde se podía retirar a la paz del campo y de los montes, para darse un respiro, alejada del estrés cotidiano.

Después de haber abierto las ventanas del piso y haber tomado una ducha caliente y revitalizante, Viola se acordó que eran ya las ocho de la tarde. Decidió concederse –como hacía todas las veces que regresaba a Monteverdi –una cena en el “Gallo Rosso”, el único mesón que había en el pueblo.

Giovanna, la propietaria del negocio, conocía a Viola y cuando la vio entrar le propuso enseguida un suculento menú de carne de jabalí con setas, que la muchacha rechazó para decidirse por un plato de queso y jamón. Un remedio delicioso después de un mes de dieta macrobiótica.

En el mesón entraron distintas personas, un poco después dos jóvenes extranjeros. Ella, sobre los veinticinco años, de belleza sencilla, con ropa deportiva. Él, de tipo atlético, algún año mayor, de hermoso aspecto y con una característica muy particular en sus ojos. Tenía el iris de distinto color, uno verde y el otro azul. Los dos rubios y de piel clara. Viola se paró un momento a observarlos intentando adivinar la nacionalidad a la que pertenecían. No fue capaz de descubrirla y volvió a sus meditaciones.

Y allí estaba, cenando sola, delante de una buena botella de vino en

medio de mesas llenas de parejas de enamorados.

No desperdició el tiempo en recordar pensamientos dolorosos sobre la vida que tenía en la actualidad, sobre como había sucedido todo de manera distinta a como había decidido más o menos cinco años antes, mientras estudiaba para convertirse en abogado. En la universidad se había prometido que sí, se convertiría en una afamada abogada romana, pero cultivaría también su vida social, tendría una familia, hijos.

En cambio la repentina desviación profesional de su vida, desde abogado a letrada del Ministerio Público, y sobre todo el haber tenido que interrumpir de manera brusca su vida sentimental con Guido, un joven abogado civilista de su misma edad y compañero de bufete, con el cual había tenido una larga relación, la alcanzaban ahora en medio de un camino hecho de tristes recuerdos y de nostalgia, en un mesón y cenando sola.

Nada más triste, se sorprendió pensando, mientras leía con desgana la etiqueta de la botella de vino blanco EST!, EST!, EST!!! que estaba sobre su mesa. Realmente en la botella había dos etiquetas. En la primera se podía leer el nombre del vino, la proveniencia y la denominación de origen. En la otra, en la parte de atrás de la botella, se relataba en cambio la historia de aquel nombre tan inusual. La tradición decía que un noble caballero de origen alemán, quizás un duque, otros decían que un prelado con funciones de obispo, viajó hasta Italia en los primeros años del siglo XI junto al séquito de Enrico V, el futuro emperador del Sacro Romano Imperio, para acompañarlo a Roma a visitar al Papa Pasquale II. Su nombre era Johannes De Fugger, o Defuk, o Deuc. Gran amante del vino, había enviado a un mensajero, su siervo Martino, en avanzadilla para encontrar en los pueblos de Italia cantinas y tabernas que vendiesen vinos de calidad. Cuando este siervo encontraba una, ponía sobre la puerta del local un sello de reconocimiento para el uso exclusivo de su señor, es decir la palabra latina EST (que significa: hay), para indicar que allí, en aquella posada o taberna había encontrado un vino de calidad.

Muchos EST habían sido escritos, a veces incluso dos EST pero, al llegar al pueblo de Montefiascone, la leyenda decía que el siervo de confianza dejó escrito el famoso dicho: EST! EST! EST!!!, por haber quedado fascinado por la bondad del vino montefiasconese.

Leyendo la historia que había en la etiqueta en letras minúsculas Viola dejó de lado sus melancólicas reflexiones y pensó en cambio en los tiempos antiguos, llenos de romanticismo y de aventuras.

A la mañana siguiente se despertó muy temprano debido a los repiques

de la campana de la iglesia que había en la Plaza del Convento.

Ya en pie decidió hacer una excursión para visitar los restos arqueológicos de la antigua abadía que se decía había sido fundada por San Wilfredo.

Cogió la mochila y unos pequeños prismáticos, puso en marcha el coche y se dirigió hacia la pequeña loma desde donde, a través de un estrecho callejón se llegaba hasta las ruinas. El ambiente era radiante; un cielo límpido, de un azul intenso, hacía que el paisaje semejase uno de aquellos representados en los cuadros renacentistas de Simone Martini y Flippino Lippi. Viola descendió del coche y se puso en marcha.

Pero no estaba sola. A poca distancia, completamente cubierto por un grupo de pinos, estaba aparcado un Jeep Renegade último modelo, de color negro con los cristales tintados y matrícula alemana.

La muchacha, ignorante de lo que sucedía a su alrededor, era ahora el blanco de un teleobjetivo zoom de 1000 milímetros de la cámara fotográfica del hombre que estaba al volante del Renegade.

A mitad de la cuesta el teléfono móvil de Viola, el cual, por razones obvias en Monteverdi Marittimo no tenía suficiente cobertura, comenzó a sonar avisándola de una serie de llamadas perdidas y dos mensajes de texto.

Las llamadas eran de la Procura de Roma que había intentando contactar con ella un montón de veces, y de un número totalmente desconocido, con un prefijo que no era de la zona sino de un distrito del centro de Italia.

Quedó muy sorprendida cuando leyó los mensajes, el primero de los cuales era de su padre, que le escribía: “Hola, soy papá. He descubierto algo increíble, te llamaré en cuanto pueda”.

Era extraño que el padre la llamase, y todavía más raro que le mandase un sms, dado que en el último período de su vida no debió usar con mucha frecuencia los teléfonos móviles.

En el segundo sms la secretaria de la Procura de Roma le pedía que se pusiese en contacto con la oficina a la mayor brevedad posible.

No perdió un minuto. Escuchó al instante lo que le tenía que decir la secretaria del Procurador jefe, y de esta manera supo que le habían asignado un caso sobre un desconocido muerto algunos días antes en el Policlínico Gemelli, en circunstancias no muy claras. Debía volver a Roma enseguida para recoger el expediente que le daría el médico legal y comenzar con las investigaciones.

A Viola no le entusiasmó realmente la noticia, pacientemente intentó

comprender quién era la otra persona que la buscaba. Había recibido una llamada de un número que no conocía. Se sintió obligada a devolver la llamada.

Después de escuchar por tres veces el sonido del teléfono le respondió la voz tranquila de un hombre, seguramente ya mayor.

“He recibido ayer una llamada desde este número, no me he dado cuenta hasta ahora”

“¿Es Viola Borroni? ¿La hija de Cosimo, nuestro hermano Tommaso?”

“Sí, ¿con quién hablo?”

“Querida hija, soy el hermano Ludovico, el prior del convento de Montesanto. Necesitaría saber si tu padre ha ido a buscarte. Si está contigo ahora”.

“No sé nada de eso, Padre. No está conmigo”.

“Hace dos días Tommaso desapareció del convento y pensamos que habría ido a Roma”.

Viola, preocupada, le preguntó si Cosimo había dejado alguna nota a sus hermanos, si en su habitación estaban todavía sus cosas, si en los últimos tiempos había manifestado el deseo de alejarse temporalmente del convento.

“Las circunstancias son realmente extrañas” aclaró el fraile. “Cosimo no habría hecho nada sin avisarme. Y no ha dejado ninguna nota”.

Viola dijo al hombre que, en cuanto concluyese con un asunto que tenía que resolver en Roma, se desplazaría a Montesanto para hablar con él en persona.

La muchacha dio la vuelta y descendió hacia el auto aparcado al inicio de la pendiente. Mientras tanto, desde la ventanilla del acompañante del jeep negro, una mano femenina retiraba del habitáculo una pequeña antena parabólica con micrófono direccional para la interceptación a distancia. El coche dio marcha atrás silenciosamente y abandonó el puesto, así que, cuando Viola llegó al llano quedaba sólo su 500 sport y una extensión de terreno verde sin nada más.

V

Roma, jueves 22 de octubre de 2015, después de comer

Viola Borroni atravesó la puerta de cristal satinado del bufete B.O.P. & Partners en Piazza di Spagna número 2.

El nombre del prestigioso bufete de Derecho Internacional no era otra cosa que el acrónimo de las iniciales de los tres abogados que compartían la sociedad: Borroni, Oleaux, Putignani, además de los susodichos “Partners”, es decir desventurados abogados y abogadas pagados para desarrollar todo tipo de actividades sin horario y sin descanso.

Los sábados y domingos eran días laborables como los otros y sólo en casos excepcionales, Navidades y Año Nuevo, el bufete cerraba.

Esta circunstancia –recordaba Viola– fue uno de los motivos de confrontación con su padre, dado que estaba convencida que también quien trabajaba en una profesión liberal, dado que eran trabajadores, tenían que disfrutar del derecho al descanso y a los días festivos.

Ella había decidido no aceptar aquellas condiciones laborales y se marchó en cuanto ganó las oposiciones a Magistratura²⁰.

“Hola Laura, ¿dónde está él?”

Él era el abogado Lorenzo Putignani, uno de los tres socios. El otro, el padre de Viola, desde hacía tres años en el convento, había abandonado ya la actividad profesional.

Las ganancias derivadas de la actividad del estudio legal, y que habrían sido el estipendio, en forma de cuota fija, de Cosimo Borroni, formalmente todavía socio, fueron transferidas, mediante una acta notarial, a una fundación que tenía como fin el mantenimiento del convento.

El tercer socio, Jean Baptiste Oleaux, residía en París. Sólo una o dos veces al mes, por las causas más importantes, se dejaba ver en el bufete romano, prefiriendo participar en las reuniones con el socio Lorenzo Putignani y los otros abogados que no eran socios, a través de video conferencias Roma-Reims.

De todas formas, de los tres, Oleaux no era en verdad el más preparado profesionalmente pero sí el más dotado naturalmente para las relaciones

públicas.

Era el quien se ocupaba de mantener las relaciones con los clientes más importantes y, en lo posible, era quien se ocupaba de encontrar nuevos clientes. Era, por lo tanto, el responsable comercial, por así llamarlo, del bufete B.O.P. & Partners.

Profesionalmente el padre, Cosimo, había sido el abogado más astuto y preparado en Derecho Internacional, y aquel a quien, antes de que todo se arruinase, uno podía recurrir cada vez que se necesitaba un consejo atinado sobre cualquier duda legal.

Ahora que Cosimo había abandonado la profesión, este trabajo se lo habían adjudicado a Lorenzo Putignani, que lo desarrollaba con dificultad.

Laura Lazzaroni se levantó de su puesto y se dirigió hacia la oficina de Putignani seguida por Viola. Llamó a la puerta y quedó aguardando una respuesta que no se hizo esperar.

“Abogado, es la letrada Borroni”.

Putignani se levantó del escritorio, de madera de teca negra y, dando la vuelta, llegó hasta la muchacha.

“Finalmente te veo, querida Viola. ¡Después de seis meses, al fin te veo! Dame un abrazo.”

Ya de vuelta en su puesto, añadió:

“Cuéntame todo, pequeña,. ¿Qué necesitas?”

Viola se sentó enfrente de él y comenzó a explicar:

“En verdad, no sé por dónde empezar. Me ha llamado el prior del convento de Montesanto para decirme que papá está desaparecido desde hace dos días y para saber si sabía algo al respecto”

“¿Dónde piensas que se ha ido?”

“No sé nada, sin embargo he recibido un mensaje donde me decía que había hecho un descubrimiento y que se dejaría ver en cualquier momento”

“Entiendo”

“Eres el único del que papá se fía, y quería saber si te había llamado, si sabes dónde se encuentra en este momento”.

“También he recibido un mensaje de Cosimo que decía más o menos lo mismo, y este hecho me ha alarmado enseguida. Has hecho bien en venir, tan sólo te has anticipado un poco porque pensaba llamarte desde el despacho, no me gustaría que tu padre se hubiese metido en otro lío”.

Los dos se quedaron mirándose en silencio durante algunos segundos, después el hombre continuó:

“Haremos lo siguiente, Viola, pasado mañana es sábado, cojo dos días de asueto y nos marchamos al convento a hablar con el fraile. ¿Qué piensas?”.

“Parece una buena idea”.

“Por desgracia deberás poner una denuncia de desaparición” observó el abogado.

“Desgraciadamente no es posible, porque ahora papá es, a todos los efectos, un ciudadano del Estado del Vaticano, y su desaparición se ha descubierto, por lo que sé, en el convento, que es un territorio sometido a esa jurisdicción”.

“Formalmente, la competencia de la investigación es prerrogativa del Promotor de Justicia del Vaticano²¹, siempre que el padre Ludovico ponga la denuncia” dijo Putignani.

“Justo. También por esto querría hablar con él. No tengo muchos días disponibles. Tengo que continuar con la investigación de la muerte del hombre en el Policlínico Gemelli. Mañana tengo que estar en la Procura²² para la asignación formal del caso”.

“Me he enterado por los periódicos, un caso muy extraño”.

“Exacto” susurro pensativa.

“El sábado por la mañana, hacia las siete, iré a buscarte a casa con el coche. En tres horas estaremos en Todi, en el convento de Montesanto. Tranquila”

“Estaré preparada, te lo agradezco muchísimo.”

VI

París, jueves 22 de octubre de 2015 –Boulevard des Arabesques n° 4

Sobre la grandísima pantalla de LCD del televisor ultra plano Toshiba de 80 pulgadas, de última generación, colocado sobre la pared del gran salón, se estaba jugando la final del 2015 del Open U.S.A. de tenis. La enésima prueba de fuerza entre el australiano Jan Friliver y el chino Shu Pen.

Ambos en solitario habían ganado ya 12 Grand Slam más una docena de finales.

Parecían *Los duelistas*, un viejo film de Ridley Scott centrado sobre la relación entre dos enemigos acérrimos que siempre encontraban el momento oportuno para retarse en duelo, sin resolver nunca, con la muerte de uno de ellos, su eterna disputa.

El más viejo de los tenistas, si se puede hablar de vejez a esa edad, era Friliver, que acababa de cumplir 29 años. Shu Pen, sin embargo, a pesar de poseer en su palmarés tres Roland Garros y dos Open de Australia, más tres finales en Wimbledon, perdidas ante Jan, tenía sólo 24 años.

La crónica del encuentro en el canal Sky Sport era comentada, como siempre, por aquellas viejas glorias de John McEnroe y Jimmy Connors, empeñados en pincharse por turnos con viejas anécdotas deportivas y encuentros cara a cara, ocurridos entre ellos más o menos treinta años antes. Cuando las raquetas eran de madera y el cordaje de tripa natural. Cuando las pelotas, fabricadas con un tipo de caucho mucho más suave que el actual, viajaban a una velocidad un treinta por ciento más lenta que las actuales. Cuando al acabar el encuentro los jugadores enemigos se encontraban en la discoteca, para disfrutar con la hermosa vida nocturna, comportándose de forma alocada con las muchachas que encontraban en los locales o con las fans del momento, y bebiendo champaña. Otra época.

De frente a la pantalla del Toshiba, tendido sobre un gigantesco sofá de piel blanca, un único espectador degustaba, en la penumbra, Bandol Reserve del 1965, siguiendo, casi sin ganas, las etapas centrales del encuentro que prometía ser la final más taquicárdica de los últimos quince años.

El hombre, de aproximadamente unos sesenta años, atractivo, podía decirse que estaba satisfecho de su posición social. No había tenido que

empeñarse mucho para tener éxito.

Perteneciente a una familia acomodada había visto volatilizarse todo el patrimonio familiar en el espacio de una semana.

En diciembre del año 1961, su padre, un experto viticultor y descendiente de una estirpe de nobles rurales, había invertido todo su dinero en una hacienda vinícola de Lyon, productora de Bordeaux que después, en el 65, fue literalmente arruinada debido al escándalo del alcohol metílico.

El padre, efectivamente, había mezclado el vino de la última producción vinícola –quizás puesta la mira en un fácil beneficio– con una dosis exagerada de aquel compuesto químico, para aumentar la graduación de alcohol, que había resultado muy baja debido a una vendimia pobre en azúcares de la uva del lugar.

A decir verdad, la ley francesa admitía la utilización de metanol, pero no más allá del límite de 0,25 ml por cada 100 ml de alcohol total en los vinos rojos. Aquel límite había sido superado con creces. A continuación, el envenenamiento de tres consumidores. Otros dos casi habían perdido la vista. La familia perdió todo: terrenos, hacienda vinícola, títulos, pero sobre todo la reputación. Su padre se había suicidado ahorcándose poco antes de que la Gendarmería Nacional de Lyon se presentase en la Hacienda de Saint Claude, con un mandato de captura emitido contra él, que lo incriminaba en un triple homicidio involuntario. Había sido justo él, el hijo mayor de un total de dos hermanos y una hermana, quien encontró el cadáver del padre.

Fueron días muy duros. La madre y los tres hijos no habían ahorrado esfuerzos para oponerse al desahucio de la propiedad.

No fue posible. La madre murió, debido a una angustia profunda provocada por todo lo que había sucedido, al año siguiente. La hermana, Catherine, se había casado con un médico de provincias, interrumpiendo drásticamente las relaciones con la familia o con lo que quedaba de ella.

Incluso de Edmond, el hermano, no tenía noticias desde al menos cinco años, aunque él sospechaba que había entrado en una vorágine de apuestas y de préstamos a intereses de locura, donde, cuando traspasas la puerta que te permite el ingreso al infierno, sabes que para ti ya no hay vuelta atrás.

Tuvo que ponerse manos a la obra, e incluso ensuciárselas hasta los codos.

Se había licenciado con mucho esfuerzo, pero de manera provechosa, en la Facultad de Derecho y, a continuación, una serie de hechos afortunados lo habían conducido hasta la filial romana de uno de los grandes estudios legales

de París. Desde ese momento la capacidad de trabajo (y la suerte) habían hecho posible que, junto a dos amigos de la universidad, fundase un estudio legal en sociedad, especializado en Derecho Internacional.

Ahora podía, por méritos propios, considerarse entre los abogados más famosos, admirado y temido –y debido a esto, envidiado– de la ciudad.

En su familia jamás había habido un abogado, por lo menos que él recordase.

Su padre había sido un apreciado profesor de Historia Medieval y, su abuelo un estimado diputado de la Asamblea Nacional cuando el gobierno había sido presidido por Patrice de Mac-Mahon.

Del padre había heredado la pasión por el arte de la viticultura y por la historia medieval, de la cual era un estudioso apasionado.

Ya había llovido mucho desde el año 1965. Y aquel número que, por tantos años había sido un Moloch²³ maldito, ahora se había convertido en el símbolo de su revancha.

El Bandol Reserve, que ahora degustaba complacido mientras estaba tendido sobre el sofá en su ático parisino, con una envidiable vista sobre el río Sena, formaba parte de una partida de ciento cincuenta y una mil botellas, justo de este año 1965.

Prácticamente la totalidad de la preciada añada de Bandol Reserve estaba en sus manos, cómodamente dispuesta sobre estantes botelleros de roble numerados, dispuestos ordenadamente en cubas en el convento medieval de Saint Remy, comprado por él y reconvertido en *resort* y hacienda vinícola.

Aquel vino afrutado, con una sensación al paladar de mora y jazmín, envasado en botellas de color verde esmeralda, tenía un valor aproximado de veintidós millones y medio de euros, al precio de mercado de ciento cincuenta euros por botella.

A lo que se debían añadir los viñedos del convento. Más o menos otros treinta y ocho millones de euros. Por no hablar de los latifundios experimentales de Florianópolis en Brasil y de Algaveros en Chile, donde, desde hacía dos años, en sus límites, era cultivada una vid de Merlot de gran calidad que, según había proyectado, podría convertirse en el Chateaux Lafite de América del Sur. Era el dulce sabor de su triunfo. De todas maneras, habría cambiado encantado el inmenso patrimonio que estaba acumulando por aquello que era el objeto de su obsesiva búsqueda desde hacía tanto tiempo y que ahora, nadie en el mundo, podría impedir.

Mientras estaba inmerso en estos pensamientos y consideraciones el

teléfono móvil comenzó a vibrar al tiempo que emitía un débil sonido rítmico.

“Dentro de poco la encontraremos” dijo sin preámbulos una voz al otro lado del teléfono”.

“¿Cómo puedes estar seguro?”

“¿Te he dado alguna vez razones para dudar de mis capacidades?”

“Dime lo que has descubierto”.

“¿Has leído los periódicos italianos sobre el caso del hombre muerto en el Gemelli?”

“Sí, incluso aquí se habla sobre ello. Entonces, es verdad, ahora todo encaja”.

“Adivina a quién le han encargado la investigación”.

“Conozco también esto. Debemos movernos rápido”.

“Sabes que para mí este negocio es prioritario. Debemos vernos en persona y hablar, no me fío del teléfono”

“De acuerdo, pero tú pégate como una lapa a la fiscal y no despiertes sospechas”.

Sin despedirse siquiera interrumpieron la llamada telefónica.

Mientras tanto, a más o menos seis mil kilómetros, Jan Friliver había obtenido el último punto del partido del año con un golpe hacia la línea lateral del campo, de escalofrío, que había roto la desesperada caída a red del tenista chino en la tentativa de anular el punto de partido. Lo había conseguido. El australiano, finalizado el ritual de lanzamiento de las muñequeras sudadas hacia el graderío, alzaría por tercera vez consecutiva el pesado trofeo de plata, delante de chiquillos implorantes que le pedían un autógrafo, armados de bolígrafos y libretas, y una multitud de fotógrafos que comenzaban a amontonarse en los bordes del campo de tenis. Pero estas imágenes, en este momento, pasaban delante de los ojos del hombre que estaba sentado en el sofá como carentes de significado, que, mientras repasaba mentalmente la conversación telefónica, se servía otra copa de Bandol Reserve.

Había conseguido todo de la vida, el poder, el dinero, el éxito. Sólo le faltaba una cosa: el Tiempo. Estaba dispuesto a todo para obtenerlo, en poco tiempo lo podría dominar y se convertiría en su señor y dueño absoluto.

Aquellas fotografías, difuminadas desde hacía decenios, que mostraban dos misteriosas páginas antiguas, escritas en latín y en lengua vulgar, que él custodiaba en la caja fuerte, dentro de nada serían sustituidas por las correspondientes originales. Sonreía mientras le iluminaba la luz de la pantalla LCD, de manera maliciosa y diabólica.

Dios creó el mundo, el Diablo el tiempo. Decía Boris Ostanin.

VII

Civita Castellana, 5 de junio de 1944

La Tercera Compañía Panzergrenadier de la Wehrmacht estaba acampada en doce tiendas de campaña, más una para uso de comedor y dos como letrinas, fuera de la zona habitada. No había sido posible establecerse en el pueblo antiguo debido a su posición impracticable.

Civita Castellana era un asentamiento cuyo origen se remontaba poco antes del año mil. Como todos los pueblos fortificados de aquel período estaba situado sobre la cima de una escarpada colina, cuyo único acceso era un estrecho y longuísimo puente de al menos cuatrocientos metros, probablemente de la época romana.

Si los militares de la compañía se hubiesen alojado en las casas del pueblo requisadas a la población, o en el viejo cuartel de los Carabineros, tendrían que haber dejado desguarnecidos los cinco carros armados Panzer StuG III F-G, dos de los cañones de artillería ligera de 3,7 cm PaK 35, dos carros y los caballos con las municiones, en la otra parte del puente.

Con los tiempos que corrían no podían arriesgarse a un ataque imprevisto de las brigadas partisanas o de las divisiones americanas que, se decía, avanzaban rápidamente subiendo desde el Lazio después de haber circundado y neutralizado el puesto avanzado alemán de Montecasino.

El teniente de la Wehrmacht, Friedrich Von Geberth, había recibido un despacho de la Quinta Compañía aerotransportada del Reich, que se encontraba en la Toscana y que le comunicaba que, en el transcurso de la tarde, llegaría hasta su batallón el capitán del ejército francés Florian Oleaux. Von Geberth se había preguntado porqué un militar francés que apoyaba la República de Vichy había sido mandado en una misión a la Toscana.

El ejército de la nueva República del mariscal Petain no tenía necesidad de desperdiciar sus oficiales en otros frentes, debido a que en el territorio francés los militares del régimen de Vichy tenían ya sus propios quebraderos de cabeza con las brigadas de partisanos que provocaban atentados terroristas y sabotajes un día sí y otro también.

Por lo demás los Servicios de contraespionaje daban por cierto el desembarco de los americanos en cualquier parte de la costa francesa, aunque

todavía la Unidad Estratégica del Tercer Reich no había conseguido conocer el lugar exacto.

De todas maneras, el futuro del conflicto bélico era incierto, por lo menos en Italia, donde desde hacía tiempo, los cazabombarderos B52 de la aviación estadounidense sobrevolaban la zona, mientras el ejército conquistaba metro a metro el territorio de la península. Hacía poco que habían llegado a Roma.

En cuanto al capitán francés que había llegado a la Compañía, Von Geberth no sabía gran cosa, salvo que de civil fue un eminente estudioso de la historia medieval, de fama internacional, que había enseñado en muchas importantes universidades, entre las que se encontraban la de Berlín, Madrid y la Sorbona.

El hecho de que el francés hubiese llegado a Civita Castellana acompañado por un oficial de las SS, el mayor Meter Sturlitz, infundía la sospecha de que detrás de toda aquella historia estuviese la garra de Göering, Hess y de sus obsesivas investigaciones sobre la mística, lo oculto y lo arcano.

No era un misterio que el Führer y los jefes dirigentes del Partido Nazi cultivasen el culto de una religión que exaltaba la fuerza y el poder del pueblo alemán. El objetivo principal era la consagración de la “raza pura” que fundaría a continuación el Tercer Reich milenario.

En la base del mito de la raza pura estaba la leyenda sobre un pueblo superior: los arios, llamados también hiperbóreos.

Para el nazismo los descendientes de esta estirpe habrían llegado desde el cielo, sus sacerdotes habrían tenido su sede en el Tíbet desde el inicio de los tiempos.

Basándose en estas convicciones Rudolf Hess había promovido desde la Ahnenerbe distintas expediciones empeñadas en demostrar que el pueblo alemán provenía de aquellos descendientes, y había tomado medidas de carácter antropométrico y antropológico.

También es sabido que el Führer y su círculo mágico, formado por los jefes nazis y por los más estrechos colaboradores de Hitler, se habían adherido a la sociedad Thule, de la que formaban parte Rudolf Hess y Alfred Rosenberg, pero también muchos hombres de la alta burguesía alemana de la época como Lanz von Leibenfels y Glauer von Sebottendorff

Todo había comenzado –recordaba el teniente Von Geberth– en 1910 cuando el barón Glauer von Sebottendorff fundó la “Sociedad”, llamada

también “Orden Germánico del Santo Grial”, una secta esotérica fundada sobre una multiplicidad de filosofías y retazos de pensamientos de lo oculto. Helena Petrovna Blavatsky, célebre médium y ocultista, fundadora de la Sociedad Teosófica Internacional, había mantenido que estaba en contacto telepático con los Antiguos Maestros Desconocidos, que correspondían a los antiguos descendientes de la raza hiperbórea, que habrían vivido entre el Tibet y Nepal, y que después de una catástrofe se habrían refugiado debajo de la tierra, en una ciudad llamada Agarhi, cuya capital era Shambala. Esta legendaria ciudad era nombrada en una antigua leyenda tibetana

El teniente de la Wehrmacht, contrariamente al fanatismo del momento y al pensamiento común que imperaba en Berlín, no era un apasionado de este género de cosas. Por el contrario, consideraba estas teorías el fruto de una propaganda política que poco tenía que ver con la realidad. Él, educado en una familia de rígida educación militar, la cual había contado entre sus miembros con dos generales, el padre y un tío abuelo, que habían pertenecido al ejército del Imperio Alemán (cuando al frente del Imperio estaba la dinastía de los Hohenzollern), no estaba habituado a dejarse engañar por discursos de espiritismo y de ciencia esotérica.

Pensaba más bien, al contrario, que la expansión y el éxito del Reich se conquistarían con la estrategia militar, la coordinación de las fuerzas militares en el campo de batalla, el coraje, la fatiga, el sudor, la sangre, pero no ciertamente con sesiones de espiritismo.

¡Maldito el día en que había comunicado al cuartel general de la Wehrmacht de la Alta Italia haber encontrado aquellas cuatro descoloridas y amarillentas fotografías en blanco y negro que mostraban, a ojo de buen cubero, ser muy antiguas, escritas en latín! Lengua que no conocía, pues se había diplomado en Cálculo Mercantil y Contabilidad en el Handelsinstitut de Baden Baden.

La información había sido enviada a los Servicios de las SS que estaban asentados en el paso del Brennero, que a su vez la habían transmitido enseguida, mediante un cablegrama encriptado, a la cancillería de Rudolf Hess. El jerarca, por motivos para él desconocidos, había dado súbitamente la orden a los oficiales de la Tercera Compañía de custodiar con la máxima discreción y defender celosamente aquellos documentos, incluso a costa de sus vidas. Hasta nueva orden y hasta que llegase una Comisión de Estudio e Investigación que había sido mandada desde Berlín y enviada al puesto.

A las quince y treinta del mismo día llegaron cinco motos con sidecar

BMW R75 guiadas por militares de las SS.

Las seguía un todo terreno Stoewer de la Wehrmacht en cuyo interior se encontraban, además del oficial que conducía, tres oficiales, uno de los cuales vestía el uniforme francés del Régimen de Vichy.

El teniente Von Geberth, avisado de la llegada por su ayudante de campo, se precipitó inmediatamente en la plazoleta donde estaban aparcados los carros de combate, justo mientras el Stoewer, frenando bruscamente sobre la gravilla, levantaba una nube de polvo amarillenta que cayó sobre los militares.

Descendieron del coche el oficial de servicio del mayor Peter Sturlitz y el capitán francés Florian Oleaux, mientras que el alto oficial de las SS esperó un minuto largo antes de salir, a su vez, del todo terreno, después de asegurarse que el polvo se había asentado sobre el suelo. Von Geberth, en posición de firmes, recordó con nostalgia cuando, en el 41, todavía oficial de complemento del Primer Regimiento del África Corps destacado en El Bashir, había conocido personalmente al legendario Rommel, “El Zorro del Desierto”, que se vanagloriaba ante sus oficiales de comer más polvo que galletas y carne en lata. Nada que ver con los donjuanes de Berlín.

Estos pensamientos fueron abruptamente interrumpidos por Sturlitz que, salido del habitáculo del Stoewer, se cuadró con desprecio ante Von Geberth y su ayudante.

No era ni el momento ni el lugar para informar al teniente de posibles transgresiones de sus subordinados, pero después le echaría en cara duramente su barba de tres días y que el cuello del uniforme tuviera el primer botón desabrochado, que revelaba un descuido en el vestir del que un oficial del Tercer Reich no podía, de ninguna manera, sentirse orgulloso.

Podría pasarlo por alto si fuesen soldados, pero un teniente de la Wehrmacht, estuviese donde estuviese y sin importar la situación en que se encontrase, tenía el deber militar y civil de mantener una imagen gélida y altanera.

Von Geberth representaba el Orden del Tercer Reich, esto es lo que le tendría que recordar.

Después del saludo nazi, Sturlitz y Oleaux fueron conducidos a la tienda de campaña de los oficiales por el ayudante de Von Geberth, que mientras tanto se había ido a su alojamiento para recuperar de la caja fuerte de la Compañía las fotografías que habían despertado el interés de parte de los jerarcas de Berlín.

En la tienda, amueblada de la mejor manera con una mesa plegable y seis sillas, además de un trípode donde estaba dispuesto un mapa militar topográfico del territorio, el teniente alemán ofreció a sus huéspedes unos cigarrillos austriacos. Después preguntó al Mayor de las SS y al capitán francés si les apetecería un poco de vino.

“Tengo algunas botellas de un blanco excelente, provenientes de Orvieto, a pocos kilómetros de aquí; fueron requisadas durante una inspección en la zona”.

Los dos aceptaron la oferta, sobre todo Oleaux que parecía ser un entendido en vinos.

“He aquí las fotos que encontramos” dijo Von Geberth entregando los documentos al Mayor Sturlitz. No pareció estar muy interesado en las fotografías, a las que apenas dedicó una rápida e inexpresiva mirada, dándoselas a continuación al capitán Oleaux.

Después de un largo minuto en que el francés estudió con atención los documentos, se volvió al teniente de la Wehrmacht para preguntarle, en un alemán bastante comprensible:

“Dígame cómo, dónde, cuándo y quién ha podido conseguir estas fotografías”.

Von Geberth, en vez de responder, volvió la mirada hacia su ayudante – Gerald Schoene– como solicitando su intervención directa para responder de manera pormenorizada a las preguntas del militar francés. Schoene, interpretando la silenciosa petición de su teniente, se dirigió al oficial francés:

“Si me lo permite, señor capitán, fui yo quién encontró las fotos y puedo, por lo tanto, responder a vuestras preguntas”.

“Entonces, hablad” solicitó de malas maneras Sturlitz.

El ayudante dijo que diez días antes, para ser precisos el 11 de octubre, estaba de inspección en la localidad de Civita Castellana, ya que había recibido el soplo de que existía un escondite de maleantes partisanos dentro de la población.

La operación no había tenido mucho éxito, desde el momento en que en los edificios del antiguo pueblo no había sido encontrado nada que pudiera hacer pensar que los partisanos hubiesen pasado por allí o incluso que hubiese cualquier signo de hostilidad de la población, o de parte de ella, en las relaciones con los militares de la Tercera Compañía. En cambio, justo durante la inspección, el sargento Helmut Marconi, que había entrado en un viejo granero de un caserío del lugar, había encontrado un automóvil italiano,

exactamente un Bianchi S9 Sport del año 1929, en donde, en la guantera, aparte del permiso de circulación y un carné del Partido Fascista a nombre de un tal Guido Sereni, habían sido encontradas, en el interior de una pequeña caja de aluminio para tabaco, las cuatro fotografías.

El sargento, ignorante de la lengua que aparecía en los documentos retratados en la foto, le había entregado la documentación a él que, a su vez, después de haber escrito un informe sobre el descubrimiento, había avisado enseguida a Von Geberth entregándole a continuación las fotografías.

“Muy bien, ¿se sabe algo de los propietarios de estas fotos” intervino Oleaux.

Schoene respondió que habían inspeccionado enseguida el caserío y que habían sido interrogados el susodicho Guido Sereni y su mujer Antonia Polleschi.

El italiano, que en la parte derecha de la frente tenía una gran cicatriz, no había podido aportar elementos útiles a la investigación, ya que era totalmente incapaz de entender nada ni podía hacerlo. Se limitaba a farfullar frases sin sentido. La mujer, durante el registro, había mostrado al pelotón de soldados alemanes un certificado de Real Ejército Italiano donde reconocía una grave invalidez militar al marido que lo había liberado del servicio militar, después de que este, que había pertenecido al Trigésimo de Infantería de asalto Caio Duillo, destinado en Albania, había sido herido en la cara, al inicio del año 42, a causa de la explosión de una granada inglesa.

La deflagración le había extirpado parte del cerebro. Antonia Polleschi había confirmado que las fotos habían sido tomadas efectivamente por Guido Sereni, cuando todavía eran novios, pero no recordaba bien si había sido en el año 1932 o 1933. Ella juraba sobre su cabeza que nunca había sabido dónde había encontrado el marido aquellas páginas, que eran el objeto de las cuatro fotografías. Por tanto no podía ayudar a los militares de la Wehrmacht en la recuperación de los originales. Ni siquiera la señora Polleschi podía contar si, además de las dos páginas fotografiadas, hubiese otras más de las que no sabía nada. Oleaux, después de haber meditado durante un rato sobre esta información, se volvió hacia el Mayor de las SS diciendo:

“Está bien, entonces las acciones que debemos desenvolver son dos: yo me ocuparé enseguida del examen de las fotografías y de lo que está escrito en las páginas fotografiadas, usted en cambio verifique que los dos italianos no escondan hechos significativos con respecto a nuestra investigación”.

Una mueca de resentimiento se dibujó sobre el rostro del Mayor Sturlitz

que –en su interior– consideraba inadmisibile que un francés, además con un grado inferior al suyo, pudiese darle ordenes, a la ligera, a él –Mayor de las SS del Tercer Reich– y a sus oficiales subalternos. De todas formas, Rudolf Hess había sido muy claro, Florian Oleaux tenía carta blanca y plenos poderes. El francés podía y debía tener libre acceso a todo el proceso de la investigación, a fin de obtener los resultados que el Führer pretendía de él y de los oficiales que componían la Comisión Investigadora.

En todo caso, una vez obtenidos estos resultados por el oficial francés, el Mayor podría recobrar totalmente su libertad de acción y entonces Oleaux no representaría ya para Alemania un recurso fundamental. Y para la Alemania nazi –meditaba Sturlitz– un individuo insignificante era un individuo que podía ser eliminado.

Mientras tanto habían dado las ocho de la tarde. A los oficiales alemanes y al francés les sirvieron la cena en la tienda de campaña, consistente en vino y queso requisados el día anterior a los campesinos del lugar. Después de lo cual el grupo se despidió y marchó, quedando en que se reunirían al día siguiente.

A Oleaux lo destinaron a una habitación en el cuartel de los Carabineros de Civita Castellana, ubicado fuera del casco urbano. Los carabineros habían abandonado desde hacía tiempo el lugar para echarse al monte. Sturlitz en el fondo sospechaba que ellos se habían adherido a las bandas de subversivos y de canallas que se hacían llamar partisanos.

Como hay Dios, los habría sacado uno a uno, y también ellos, lo mismo que los delincuentes comunes que se habían enrolado en aquellos grupos, serían pasados por las armas.

Oleaux fue acompañado por Gerald Schoene hasta su habitación, después de haber recorrido un largo pasillo iluminado por la débil luz de una sola bombilla. Los muros del pasillo eran de un triste color verde, y estaban completamente desconchados e impregnados de moho.

Sobre las paredes estaba todavía colgado un tablón con las órdenes de servicio con la fecha del 8 de septiembre de 1943. Había además unos viejos cuadros del Duce y del Rey Vittorio Emanuele III, también estos colgados de manera desequilibrada sobre las paredes, parecía que miraban descorazonados –afligidos por los presagios de la tragedia que se cernía sobre Italia– a los dos huéspedes que estaban de paso.

Después de llegar a su habitación, Oleaux se despidió del ayudante que se apresuró a tranquilizarlo diciéndole que en el cuartel se encontraban

también otros seis militares de la Wehrmacht y además un pelotón de fascistas fieles a Mussolini.

Oleaux encontró un catre de campaña apoyado en el muro libre de la estancia, donde estaban colgadas las fotos del Duce y del Rey.

En la otra parte de la cámara, encima de un viejo escritorio, una sobre otra, dos sillas de madera. Completaba el mobiliario un viejo mueble que debía haber servido como depósito de las gruesas carpetas de documentos de la oficina, y una jofaina, parcialmente oxidada, colocada sobre un trípode, la cual estaba flanqueada por un grifo de aluminio esmaltado, al lado del escritorio.

La única fuente de iluminación, debido a que la pequeña lámpara que pendía en el centro de la estancia estaba privada de bombillas, era un flexo colocado sobre un estante al lado del grifo.

Oleaux cerró la puerta tras sí, después se quitó la chaqueta del uniforme y el cinturón con el revólver MAS Mle 35 con el cual dotaba el ejército francés a sus militares. Abrió la bolsa de piel marrón donde se encontraban las fotos, las sacó y las puso de manera ordenada sobre el escritorio, cogiendo a su vez de la bolsa una lupa de 40 x 25 mm.

A primera vista las imágenes parecían amarillentas y muy corrompidas por el tiempo, habiendo perdido aquella pátina de brillantez que era propia de una fotografía nueva o al menos reciente.

Oleaux consideró que el estado de degradación en que se encontraban podía ser debido a la década transcurrida, encerradas y expuestas a las inclemencias del calor, el frío y la humedad, en la guantera del Bianchi S9 Sport. En la parte de atrás de las fotografías estaba escrito el nombre del laboratorio fotográfico que había revelado los negativos, es decir la casa italiana Alfa Tensi, y la fecha, muy difuminada, que a pesar de la lupa podía ser interpretada como 8/01/XIV año de la era Fascista o 8/07/XVI año de la era fascista. Fáciles de leer el día y el año; menos inteligible a los ojos del oficial francés era la lectura del mes, que podía ser 01 (enero) o 07 (julio).

Examinando en completa soledad las 4 fotografías, el hombre no pudo reprimir un nuevo escalofrío de emoción, bien disimulado cuando las había visto por primera vez en presencia de Von Geberth y de Sturlitz.

Lo que había notado, y que deseaba verificar mejor en este momento, provisto de una lupa, fueron aquellas estrellitas estilizadas, dibujadas en todo el contorno de las misteriosas páginas fotografiadas, y que él se preparaba a descifrar.

Pero lo que le produjo un escalofrío de ansiedad fue el dibujo, presente en el ángulo superior de una de las dos páginas, de una minúscula figura femenina inmersa en una bañera con un líquido verde.

Oleaux había ya visto figuras femeninas similares. E incluso las pequeñas estrellas eran inconfundibles. Para un ojo experto como el suyo, las imágenes de aquellas fotografías pertenecían, sin lugar a dudas, al manuscrito sin nombre. Aquel tomo medieval comprado por Wilfrid Voynich en 1912 que el anticuario polaco, naturalizado inglés, había vendido a una biblioteca de los Estados Unidos de América. El volumen, comúnmente llamado Manuscrito Voynich por el nombre del marchante de libros que lo había comprado en Italia a los frailes jesuitas, había sido leído, releído y pasado por el tamiz de millares de historiadores, glotólogos, estudiosos y expertos en esoterismo y en ocultismo.

Pero el libro y la lengua en que estaba escrito permanecían indescifrables. Se podía considerar el enigma más apasionante y emocionante con el cual él, profesor de historia, se había topado hasta este momento.

En contraposición a esto, los misterios, todavía sin resolver, de la escritura etrusca o de la “Piedra Rosseta²⁴” eran comparables con rompecabezas para niños.

Y ahora, pensaba con emoción Oleaux, quizás sería posible descifrar la lengua desconocida, penetrar en los secretos del manuscrito que más que ningún otro había suscitado el interés morboso de los historiadores de todo el planeta en los últimos treinta años.

Sobre el Manuscrito Voynich se habían formulado miles de interpretaciones y conjeturas diversas: que el texto había sido escrito en un lenguaje críptico por los herejes cataros, que fuese una mezcla de diversas lenguas medievales de Centro Europa, que hubiese sido escrito por un tal Jacobus de Tepenece, médico y alquimista de la corte de Rudolph II de Ausburgo, el emperador que había vivido en el siglo XVII y había sido un apasionado del coleccionismo y las ciencias ocultas, o incluso por Ruggero Bacone, o en fin que fuese un códice medieval que contenía una serie de ritos cuya finalidad era alcanzar la inmortalidad.

Justo esta última hipótesis, fuese cierta o no, pensaba Oleaux, había suscitado el interés espasmódico del Führer, hasta la obsesión. Bajo expresas órdenes de Hitler, los jerarcas nazis habían reutilizado incluso una máquina para cifrar textos, cuyo nombre era *Enigma*, pero en una versión más compleja de la original, ideada por el ingeniero Arthur Scherbius en 1918.

Enigma cifraba y descifraba los mensajes de manera mecánica y mediante impulsos eléctricos. Cada máquina tenía cinco rotores numerados, distintos entre ellos, y sólo tres de estos eran utilizados en cada una de las sesiones, en un orden y posición diferentes.

Cuando se pulsaba una letra, el primer rotor que había a la derecha giraba un diente. Cuando el primer rotor había cumplido un giro entero (26 pulsaciones, tantas como letras del alfabeto internacional) se ponía en funcionamiento el segundo rotor, que provocaba a su vez otra pulsación.

Después de las 26 pulsaciones del segundo rotor, también el tercero se movía una letra.

Todas estas operaciones hacían que un mensaje pudiese ser descifrado por Enigma con 150 millones de millones de posibles combinaciones diversas.

Y sin embargo, aquel extraño mecanismo, si bien de extrema utilidad para fines bélicos, no había servido para nada a los servicios secretos alemanes para resolver un texto completamente desconocido como aquel que contenía el Manuscrito Voynich.

“¡Maldito sea el que ha fotografiado estas páginas!” murmuró a regañadientes el francés. Las fotografías debieron ser hechas con un aparato fotográfico sin fuelle. Quizás una Zenith o una Hasselblad, desgraciadamente sin flash. Las páginas fotografiadas no estaban iluminadas de manera homogénea, sólo en la parte superior e inferior. Como si el fotógrafo se hubiese servido de una antorcha eléctrica y hubiese iluminado por sectores cada folio.

El resultado mostraba –en la parte central de las dos imágenes– el texto en penumbra, ilegible.

Quizás con instrumentos más sofisticados, y ayudado por expertos del sector, habría podido entender qué había escrito en las partes oscurecidas.

El capitán extrajo de la bolsa un cuaderno y un lápiz y comenzó a transcribir el texto en su lengua original para después poder traducirlo en líneas sucesivas.

La primera página tenía en la parte alta la fecha y a continuación la escritura en latín con tinta negra muy desvaída.

Anno Domini 1104

Quod tu venis ad viator terram gaudebunt tempore legis verba sunt praesentia praesentibus et quae futura dies.

Que traducido significaba: “Viajero que llegas a esta tierra, lee mis

palabras y regocíjate porque tus días son todavía presentes y los días presentes son todavía futuros”

Oleaux siguió transcribiendo el texto original:

Verba quae ego non modo ad me vocari. Incertum est mihi mors timore decidit in memoriam immortalitati.

Y la traducción: “Las palabras que para mí no tenían sentido ahora son claras en mi pensamiento. La muerte que me aterrorizaba es ahora sólo un vago recuerdo que se atenúa con mi inmortalidad”.

¿Entonces era verdad? ¿El manuscrito hablaba de la inmortalidad? El francés continuó, cada vez más concentrado en la traducción del texto en latín.

“Mi nombre es Johannes De Fugger, cardenal por la voluntad del Señor de la Santa Romana Iglesia y conde de la ciudad de Aquisgran, durante la coronación inminente de nuestro emperador Enrique V, representante en la tierra del Sacro Romano Imperio”.

Por lo tanto era un obispo, un noble imperial, el autor de aquellas páginas, ¿o incluso del manuscrito entero? Sobre este De Fugger no había oído hablar nunca, pero, parecía que el compilador del volumen hubiese sido un alto exponente de la aristocracia o el clero.

Oleaux recordó con una sonrisa las teorías de algunos de sus colegas historiadores y del mismo Wilfrid Voynich, que atribuían la paternidad del manuscrito a John Dee, el célebre mago, astrólogo y filósofo hermético de la época isabelina que había vivido entre el año 1527 y el 1606. Si hubiesen leído estas líneas muchas diatribas académicas se habrían podido ahorrar.

El francés volvió a la traducción del texto de la primera página. Sólo a la parte final, dado que la central era ilegible.

“Quiero que las memorias escritas en mis pergaminos y encerradas en este libro, puedan un día ser claras, como un día sin nubes, al viajero, al peregrino, al señor, al caballero o al hombre de iglesia, que sabrá leerlas porque ellas son el camino que conduce a la inmortalidad”.

Oleaux se paró, con el pensamiento todavía sobre esta última palabra, que parecía era recurrente en el resto de la primera página. Después cogió las otras dos fotografías que reproducían la segunda página, y las tradujo.

“El códice que dejo a la posteridad servirá para desvelar aquello que he visto y escuchado y que juro delante de Dios y de todos los santos que ha sucedido en mi presencia. Que los hechos que aquí recojo sean la prueba de la existencia de las aguas de la salvación y de las plantas de la vida, que estas páginas sean el camino para que el hombre afortunado las utilice al exclusivo

servicio de Dios y de los hombres”.

La parte inferior relataba:

“Que el Maligno quede sordo y ciego, y para él desconocida la lengua en que se ha escrito este libro, de la misma manera todas las cosas del mundo y las plantas y los astros y los hombres que existirán y que yo ya conozco y conoceré. A los caballeros de la santa Cruzada que combatirán para liberar Jerusalén, ruego a Dios que los defienda como yo los defenderé. A los emperadores que sucederán a nuestro emperador Enrique V, quiera el Señor preservar la salud a fin que yo los conozca a todos. A los papas que sucederán a nuestro bendito santo Pasquale II, quiera el Señor concederme servir a todos como su humilde y devoto siervo.”

Del tenor del texto parecía que el autor de aquellas dos páginas y, presumiblemente, de todo el manuscrito, estuviese seguro de sobrevivir a sus contemporáneos, ya que imploraba a Dios que concediese a los futuros caballeros, emperadores y papas conservar la salud, a fin de que él pudiese conocerlos a todos. Justo como si el tal De Fugger fuese inmortal.

Otro dato interesante era que el Obispo hiciese referencia a algunos hechos que, según el texto, podrían conducir a la vida eterna. ¿Era una frase alegórica, ligada a la esperanza en el más allá o el autor del manuscrito se refería justamente a la inmortalidad física?

¿Y el agua de la salvación, de la que De Fugger hablaba en las páginas, era una referencia al bautismo cristiano? ¿O era el producto de aquellos alambiques y de otros extraños instrumentos alquímicos que él recordaba que habían sido dibujados en el manuscrito? ¿Y por qué De Fugger hablaba de plantas de la vida?

Efectivamente, en el libro había muchos dibujos de plantas y raíces desconocidas: ¿estaban relacionadas con todo lo que había sido transcrito por aquel Obispo?

¿Cuánto habría pagado por obtener una respuesta a sus interrogantes y para poder ver los originales de aquellas dos páginas, y poder desentrañar delicadamente su significado. Por sentir el espesor del pergamino, de hacía ochocientos años!

En aquel momento, como apasionado de la historia medieval, sentía envidia y admiración por el anticuario polaco que treinta años atrás había tenido entre sus manos el libro.

Mientras viajaba a través de sus recuerdos, se dio cuenta con sorpresa que en la segunda página que estaba examinando habían dibujadas dos figuras

masculinas, pintadas con los colores habituales utilizados en todo el documento, es decir el verde, el amarillo y el marrón que, si bien muy tenues, debido a la vejez de los folios, conservaban todavía un alto grado de nitidez.

Por cuanto había podido recordar de los estudios precedentes escritos sobre el manuscrito, todas las figuras representadas en el libro eran mujeres, por lo general casi completamente inmersas en misteriosas bañeras rebosantes de líquido y, algunas veces, preñadas. Tan extrañas eran estas figuras que, sobre esta enigmática circunstancia, los estudiosos estaban divididos por teorías diversas. Había quien afirmaba que eran las hijas de Orión, Metioche y Menippe, cuya historia se contaba en las *Metamorfosis* de Ovidio, y quien, en cambio, se inclinaba por unas brujas que habían sido dibujadas mientras celebraban ritos mesiánicos y sabáticos.

Ahora, sin embargo, estas dos páginas inéditas contribuían a suministrar una visión distinta de aquella obra, ya que había dibujados incluso sujetos masculinos. Una de estas figuras era probablemente un noble, o un caballero, vestido ricamente, junto a otro hombre que representaba probablemente a su paje o a un sirviente.

El primero sostenía con la mano derecha una espada y con la izquierda un cáliz. El sirviente sostenía las riendas de un caballo y señalaba con el dedo una iglesia, inmersa en un paisaje espectral, casi lunar, donde se encontraban otros recipientes con forma de cáliz.

Más abajo la escena cambiaba radicalmente; ahora el noble se encontraba montado a caballo, siempre empuñando la espada, mientras se dirigía (o se acercaba, no estaba claro) a un castillo, bastante similar al de Castel del Monte, en Puglia, la enigmática fortaleza octogonal que había sido mandada erigir por Federico II de Suabia en el siglo XIII.

A decir verdad esta representación no era inédita en el Voynich “conocido” –reflexionó el estudioso francés –porque incluso en otras páginas del manuscrito había sido representado aquel castillo. Tanto era así que una de las teorías de los estudiosos que se estrujaban las meninges intentando interpretar el “Libro sin nombre” era que Castel del Monte, lejos de ser una residencia de caza del emperador Federico II, en realidad fuese el escenario de una serie de ritos cuya finalidad era alcanzar la inmortalidad.

Lo más curioso era que, mientras las representaciones de la primera página –aquellas con las mujeres estilizadas y las pequeñas estrellas– eran inequívocamente atribuidas a quien había realizado el Voynich, el diseño de aquellos dos personajes, además masculinos, parecía con claridad fruto de una

mano distinta.

Quién sabe cuál era el contenido de las páginas perdidas –justo doce, además de las dos fotografiadas– se preguntó Oleaux. Y aún más: ¿las páginas perdidas eran la clave para obtener la solución del rompecabezas encerrado en el manuscrito?

Mientras estaba absorto con estos pensamientos alguien desde el exterior llamó discretamente a la puerta.

“¡Pase!” dijo el francés.

En la habitación entró un joven que podía tener, a ojo de buen cubero, unos veinte años.

“Perdonadme, capitán, si os perturbaros a estas horas. Me llamo Maximilian Köhler y soy el capellán castrense de la Tercera Compañía Panzergrenadier”

El oficial francés quedó asombrado ante la presencia del religioso; le resultaba difícil de creer que el Führer hubiese querido asegurar a sus soldados el confort de un apoyo espiritual. Evidentemente Alemania, a pesar de lo que estaba sucediendo en el mundo, consideraba todavía de estratégica importancia conservar las buenas relaciones diplomáticas con la Santa Sede. O quizás esta última había conseguido imponer al Reich una sombra de ética militar. Si de ética se podía hablar en medio del feroz conflicto global.

“Acomodaos, padre” dijo mientras ofrecía al capellán una silla.

Mientras tanto Oleaux, sorprendido por la inesperada visita, se había apresurado a reponer en el cajón el cuaderno de notas con la traducción.

“¿En qué puedo serle útil?”.

“A decir verdad soy yo quien podría serle útil a usted”, respondió Köhler, indicando con la mirada las cuatro fotos que había sobre la mesa.

“¿De qué manera?”

“He sabido que os han encargado traducir el texto de las páginas fotografiadas de aquel italiano, Guido Sereni. Yo podría ayudaros.

Debéis saber que, debido a mi ministerio sacerdotal conozco bien el latín. Además, mi ministerio de Pastor, me constriñe a ofreceros el sacramento de la confesión, o digamos, una ayuda espiritual, si tenéis necesidad de ello”

Las palabras del capellán militar habían sido proferidas en un tono de voz dulce y moderada, que chirriaba con su mirada glacial.

Había algo en aquel cura de uniforme que perturbaba a Oleaux el cual no dejó traslucir sus pensamientos.

Se levantó para ir a coger una vieja botella de Stravecchio Branca de

1935, que había encontrada intacta en el armario de las carpetas, con la intención de invitar a un vaso al capellán.

“Os agradezco mucho la oferta, por lo demás también yo conozco discretamente el latín. Por lo que respecta al confronto espiritual, querido don Maximiliano, sin duda que me cuidaré de dirigirme a usted en el momento en que sienta la necesidad de ello, os lo prometo”.

El joven sonrió con una mal disimulada amargura y cogió el vaso de Stravecchio de las manos de Oleaux. Sorbió su contenido, después, sin pararse en barras, aunque con extrema cortesía, le preguntó como un estudioso de su fama había acabado en aquella aldea perdida del centro de Italia. ¿Tenían un papel fundamental, quizás, las fotografías?

“Desafortunadamente, la discreción me obliga a no responderle, padre”.

“Le entiendo, capitán, una pequeña curiosidad, nada más. Excusadme, os lo suplico”.

Oleaux permaneció por un momento absorto preguntándose como el sacerdote podía estar al corriente de las fotografías encontradas a Guido Sereni, dado que Sturlitz había ordenado el máximo secreto sobre este hecho. Evidentemente la noticia debió filtrarse antes de su llegada, quizás por medio de cualquier militar que había intervenido en el momento en que se habían encontrado las fotografías.

No hubo manera de proseguir la conversación ya que alguien llamó a la puerta. Era un sargento italiano de la Trigésimo sexta Brigada Nera. “Aldo Resera”, Compañía fascista acantonada en Civita Castellana, que pidió a Oleaux que saliese al pasillo para firmar el diario que registraba la estancia diaria de los militares del cuartel. Se trataba de una formalidad de la burocracia militar.

“Le pido me excuse, don Maximiliano. Un minuto y estoy de nuevo con usted”.

Oleaux abandonó la habitación para dirigirse al pasillo donde estaba el diario para firmar, sujeto a un pequeño escritorio verde con una pequeña cadena. Fue una ocasión inesperada para el sacerdote de espiar furtivamente las páginas, traduciendo mentalmente el contenido. Cuando el oficial francés regresó a la habitación, el capellán castrense ya no se encontraba allí. Evidentemente, pensó Oleaux, había sido demasiado brusco con el sacerdote.

VIII

Civita Castellana, 6 de junio de 1944

A la mañana siguiente, a las seis, como si se hubieran puesto de acuerdo, von Generth, Strulitz y Oleaux, se reencontraron en la tienda de los oficiales de la Tercera Compañía para hacer el balance de la situación. El capitán francés, de la misma manera que el teniente de la Wehrmacht, consideraba a Sturlitz un vil adulador del regimiento de Berlín, incapaz de dirigir una operación tan delicada como la recuperación de las páginas que faltaban del manuscrito Voynich. A este sentimiento se añadía un desprecio personal hacia Sturlitz, que se debía al orgullo y altanería del Mayor que no sentía escrúpulos en mostrar esta forma de ser a cada momento ante sus subalternos o ante quienes pensaba eran inferiores en categoría.

Era el clásico hombre “fuerte con los débiles y débil con los fuertes”.

El oficial de las SS pretendió enseguida que Oleaux lo pusiese al corriente de los resultados de su estudio de los documentos. El capitán consiguió disimular su animadversión hacia el alemán y, manteniendo una aparente calma, mintió, respondiendo que aún no había conseguido traducir de manera satisfactoria el texto de las dos páginas, ya que debía tener en cuenta que gran parte del texto no había sido fotografiado en manera legible.

“Capitán, es usted un inepto y un inútil” dijo Sturlitz en un tono amenazante, después añadió:

“Todos los franceses sois una raza de bastardos sin moral”

Oleaux habría querido darle un puñetazo en toda la cara, pero su espíritu de conservación lo retuvo de cualquier reacción que lo habría conducido delante de un pelotón de fusilamiento al instante.

Mejor dejarlo pasar por ahora, en el momento justo se lo haría pagar, pensó. Aunque de mala gana, el francés se limitó a asegurar al Mayor alemán que haría todo lo posible en las próximas horas por intentar traducir el texto contenido en las páginas fotografiadas al italiano.

“Le concedo cuatro horas, capitán, después deberá restituirme el material y quedará libre de cualquier obligación al respecto”

“Mientras tanto” prosiguió muy irritado Sturlitz volviéndose hacia el teniente de la Wehrmacht “me ocuparé personalmente del fotógrafo italiano y

de la puta de su mujer. Quiero saber dónde ha tomado las malditas fotografías y dónde están las páginas. Conducidme en presencia de esos dos cerdos” ordenó Von Geberth.

Antonia Polleschi y su marido Guido estaban encerrados, desde hacía cinco días, en una habitación subterránea de una vieja posada que estaba en la calle central del barrio histórico de Civita Castellana. No era exactamente una bodega, más bien una caverna excavada en la toba, como todas las demás que se encontraban debajo de los cimientos de las casas antiguas de la ciudadela. Probablemente se trataba de una tumba etrusca, readaptada como sótano para los aperos de labranza o, más a menudo, para conservar las barricas de vino o aceite. El guardia de las SS que había sido encargado de vigilarlos tenía la orden de darles una única comida al día, compuesta por una patata cocida mezclada con salvado pútrido y un vaso de agua para satisfacer las ganas de beber.

Antonia, recluida con Guido en aquellas habitaciones secretas sin luz, había ya perdido la noción del tiempo. ¿Había transcurrido un día o una semana? ¿Era de día o de noche? La mujer no encontraba una respuesta satisfactoria a estas preguntas.

Cuando hacía el bachillerato había leído la “Divina Commedia” de Dante y, a menudo, se había burlado de su profesora de Literatura, una mujer fervientemente religiosa y también estudiosa, por el énfasis que ponía al explicar a sus estudiantes los nueve círculos del “Infierno”.

Una desgraciada, eso era, pensaba ahora. Nunca habría imaginado que estaría sufriendo una pesadilla semejante, encerrada en un subterráneo maloliente y mohoso, con las ratas que corrían alrededor, completamente a oscuras junto a su pobre marido, que desde que estaban allí no hacía otra cosa que lamentarse y repetir de manera obsesiva palabras sin sentido y sin ninguna lógica. Quizás fuese este hecho el que más la aterrorizaba. El hecho de no poder contar con nadie, es más, de ser ella misma la responsable del marido incapaz.

¿A qué fin horrendo había sido condenada? ¿Por qué, de qué era culpable? ¿De haber guardado unas fotografías –de las que no conocía la existencia– en un viejo coche aparcado que pertenecía a su marido? ¿Cómo la matarían y cuándo? ¿Quizás serían torturados por turnos, cuando el hambre hubiese hecho mella en ellos, como sucedió al conde Ugolino con sus hijos²⁵? El miedo y la angustia se transformaron en desesperación. Era como si el corazón y el cerebro se estuviesen fundiendo junto con el estómago, y este

ovillo de órganos ahora le apretaba el pecho. Un llanto sordo comenzó a hacerse camino en la desventurada mujer que, sin embargo, no calmó su desesperación.

En aquel sepulcro medieval le volvieron a la mente los horripilantes cuentos y las historias ligadas justo a aquel período oscuro, cuando a quien era acusado de homicidio se le inflingían los más terribles castigos como ser sepultado vivo junto al cadáver de la víctima.

¿Dónde estaba ahora, se preguntaba Antonia, aquel Dios misericordioso y salvador al que había rezado insistentemente desde el momento en que su Guido se había marchado al frente albanés y había vuelto sin memoria y sin inteligencia?

¿Quizás el Señor quería castigarla por no haber sido una ferviente y devota practicante? O quizás, mucho más sencillo, Dios se había olvidado de ella.

“Aufstehen” dijo amenazante el guardia abriendo de golpe la puerta de la prisión. La mujer quedó más impresionada por el grito inesperado que por la luz de la antorcha que empuñaba el militar que, penetrando en el oscuro sótano, le había dañado los ojos tanto que tuvo que cubrirse la cara con sus manos.

Bastaron pocos segundos para que se diese cuenta en dónde se encontraba. El pavimento era de tierra, con una yacija de paja y un colchón viejísimo y asqueroso, que Antonia enseguida reconoció que había sido, durante todo este tiempo, su cama. En un rincón de la bodega, había rastros de heces, probablemente de su marido Guido. Este último estaba en posición encogida, sobre la tierra, con la cabeza entre las manos y la mirada fija en sus rodillas mientras dejaba escapar un lamento largo sin ningún significado, perdido quizás desde hacía mucho tiempo en su nada existencial.

Al militar de las SS, lo habían precedido, pocos segundos antes de su entrada en la bodega, Sturlitz y otros dos soldados alemanes armados con gruesas barras de hierro y puños americanos. En este momento el Mayor, con ferocidad, se volvió hacia Antonia diciéndole en italiano:

“Perra bastarda, ahora me dirás dónde están las páginas que el cerdo de tu marido ha fotografiado”.

El hombre fue sostenido por los hombros por dos de las SS que, a pesar de no conocer la lengua italiana, comenzaron a reír de manera vulgar pues habían intuido, por el tono de voz de su oficial, que este sin duda estaba amenazando e insultando a la temblorosa mujer. Comenzaron a blandir las

barras de hierro hacia la italiana mientras el soldado que había estado de guardia hasta ese momento, por motivos desconocidos, corrió hacia arriba.

El carcelero de las SS se encontraba en pie al lado del marido de la mujer, que estaba a cuatro patas cerca de las botas del jerarca. La escena recordaba aquellas de los cuadros flamencos del siglo XVII que mostraban a un aristócrata en la campiña, a cuyos pies dormitaba un costoso sabueso de caza o un galgo alsaciano.

Sturlitz, queriendo regocijarse plenamente del terror y la violencia de las cuales serían víctima dentro de un momento ambos desventurados, comenzó a acercarse poco a poco a la mujer mientras blandía una fusta para caballos en la mano izquierda, que batía rítmicamente sobre la palma de su mano derecha.

Sucedió en el momento en que el Mayor se acercó a menos de un metro de Antonia y alzó la fusta para comenzar a golpearla, que se escuchó una fortísima explosión. Los muros de la prisión subterránea temblaron y un polvo muy fino invadió el ambiente como si fuese una lluvia blanca.

El golpe fue tremendo y fueron necesarios algunos segundos para que los alemanes se recobrasen de la impresión. Justo el tiempo que tardó el carcelero en volver jadeante a la bodega, trayendo noticias inquietantes al oficial de las SS.

Antonia no conocía el alemán, de otra manera habría cogido al vuelo que los partisanos de la Brigada Garibaldina “Antonio Gramsci” habían conseguido sitiar a las tropas alemanas con un ataque sorpresa a la Tercera Compañía Panzargrenadier, con bombas de mano, morteros y ametralladoras. Sturlitz dejó escapar una blasfemia, después, mientras miraba como un chacal sus presas, extrae de la funda la Luger P08 de reglamento.

El primero en morir fue Guido Sereni. Una sonrisa maliciosa y sádica se pintó sobre el rostro de Sturlitz que, manteniendo los ojos fijos en Antonia Polleschi, dirigió, con toda la calma de la que era capaz, el cañón del revólver hacia su derecha mientras lo apoyaba en la sien del pobre hombre que, mansamente, se encontraba postrado a sus pies. Sin ni siquiera apuntar disparó dos veces rápidamente. Siempre manteniendo la mirada sobre la pobre mujer que fue asesinada con otros tres disparos, uno de ellos en la cara y los otros dos en el pecho.

“Auf Wiedersehen” dijo el oficial nazi antes de abandonar el sótano. Si no podía obtener información de los dos italianos mejor hacerles callar para siempre.

Arriba, mientras tanto, las cosas se estaban desarrollando de la peor manera para los soldados alemanes. No sólo debido a las brigadas partisanas. Los hombres del general Clark con la Octava Compañía Armada británica que operaba en Sabina, en la primera mañana de aquel 6 de junio de 1944, habían conseguido interrumpir cualquier comunicación ferroviaria y por carretera en la zona, abriendo el frente por las localidades de Sassacci y Borghetto. La Sexta División Acorazada Sudafricana, ayudada por el Sexto Regimiento Gurka Nepalí, en cambio, había destrozado la Centésima División Paracaidista del Reich, y tenía en jaque, esperando el ataque final, ya a la Décimocuarta Armada alemana del general Lemelsen, cerca del castillo de Borghetto, ya a la Tercera Compañía Panzergrenadier de Von Geberth, en Civita Castellana.

Sturlitz consiguió llegar al cuartel de los Carabineros, donde, mientras tanto, se habían atrincherado los militares de la Tercera Compañía y un batallón fascista. Por el momento allí no se había producido ningún tiroteo, porque los caminos que conducían al cuartel estaban vigilados por francotiradores alemanes y soldados armados con ametralladoras Fallschirmjeger Gewehr 42. Era sólo cuestión de tiempo.

En el interior del cuartel reinaba el caos más total. Una pequeña satisfacción para el Mayor fue su encuentro con Von Geberth. Todavía no estaba todo perdido, pensó el oficial nazi.

Después, de manera sorprendente se lanzó, mientras recorría el largo pasillo que unía entre sí los locales de los dos edificios, contra el capitán Florian Oleaux.

Ninguno de ellos podía esconder su mirada de profundo y recíproco odio. Fue el alemán quien dejó claras sus intenciones intimidando al francés para que le diese inmediatamente las cuatro fotografías. Y para ser más convincente extrajo la Luger de la funda y le apuntó con ella.

El francés, con mucha calma, respondió que lo único que estaba buscando era unas alforjas de piel que tenía en su habitación.

“Vayamos juntos a cogerlas” dijo Sturlitz.

Y mientras los dos se dirigían hacia la habitación del capitán, los soldados del cuartel, a las órdenes de Von Geberth, preparaban la defensa desesperada frente a un ataque de las fuerzas enemigas. No fue difícil para Oleaux intuir que una vez que diese las fotografías al nazi, para él no habría ya salvación posible

Una vez en la habitación fue empujado, con el revólver en la nuca,

contra las alforjas que pendían de la pared. Fue la pura desesperación la que incitó al francés a extraer con rapidez del saco su MAS M1e 35 antes de que Sturlitz pudiese oponer resistencia. A continuación se escucharon ráfagas de ametralladora fuera del cuartel y un potentísimo estruendo que hizo temblar el edificio.

Ahora los dos oficiales estaban sobre el suelo en un feroz cuerpo a cuerpo. Después un disparo sonó dentro de la estancia, entre los muchos que provenían de fuera. El tiro había herido en un brazo a Sturlitz que, debido al dolor, había perdido la Luger. Mientras tanto el portalón del cuartel había sido desfondado por los ingleses y los partisanos que provocaron una tremenda lucha cuerpo a cuerpo en el pasillo.

Se oyeron muchos disparos, al poco una muchacha de no más de veinte años, con un pañuelo rojo en torno al cuello, Cecilia Liverani Sala, nombre en código “Cleopatra”, Claudio Zavoli, nombre de guerra “Fulmine”, Pietro Della Riva, llamado el “Nibbio” y Sandro Pecaroli alias “Comandante Livio” irrumpieron en la habitación.

Encontraron a Sturlitz que, arrodillado y con las manos en alto, aunque con un brazo ensangrentado, imploraba a los cuatro partisanos que le perdonasen la vida ya que era un prisionero de guerra. Pero no tuvo suerte porque fue reconocido enseguida por el “Nibbio” como la bestia que tres meses antes había hecho fusilar a seis inocentes en represalia por el solo hecho de que uno de ellos, mientras pasaba una camioneta de las SS, no había respondido al saludo nazi.

Sturlitz fue ajusticiado allí mismo con cuatro ráfagas de ametralladora en el abdomen que casi lo dividieron en dos. Después, los cuatro jóvenes verificaron que en la habitación no hubiese otros soldados enemigos, quizás escondidos debajo de la cama o en el armario de las carpetas.

La habitación fue revisada minuciosamente. Solo la ventana que daba al patio estaba abierta. Del capitán francés y de las fotografías que él guardaba nadie supo jamás nada.

IX

Roma, viernes 23 de octubre – Depósito de cadáveres del Policlínico Gemelli

Después de llegar a su oficina en la Procura²⁶, Viola sólo tuvo tiempo de beber un café en la máquina de bebidas del pasillo del séptimo piso al lado de la Dirección Investigadora Antimafia²⁷.

Enseguida fue convocada por el Procurador jefe –Sergio Ansani– en su oficina, donde le fue asignada de manera formal la investigación sobre la muerte de un desconocido, cuyo cadáver se encontraba en el depósito de cadáveres del Hospital Gemelli.

“Según las declaraciones del personal de Urgencias parece que este tío había dicho que se llamaba Johannes De Fugger” dijo el jefe a Viola.

“¿De qué se trata?”

“De un caso rarísimo. El hombre, al que le dio, al parecer, un infarto, fue operado de urgencias en el Gemelli, y el equipo que intervino en la operación, mientras lo estaban operando, encontró una esquirla metálica en el corazón. El pobre, por desgracia, falleció poco después. No sé qué más decirte, de verdad. Pero debes entender que las circunstancias poco claras de la muerte nos obligan a abrir una investigación”.

De vuelta con el dossier del caso en su oficina, la joven fiscal meditó sobre cómo actuar. Tenía dos alternativas: delegar la investigación en el inspector Prisco de la Policía Judicial, reservándose, al menos por el momento un papel secundario; o podía adjudicarse la investigación ocupándose personalmente del caso, y encargar a la Policía Judicial sólo las fases puramente operativas.

Se decidió por la segunda solución. Las sesiones de la “Operación San Genaro” habían sido puestas al día hacía mucho tiempo y ella sentía la necesidad de ocuparse de un nuevo caso que no implicase intrincados asuntos de delitos de sociedades o de delincuencia organizada. La desaparición del padre, en este momento, representaba la mayor de sus preocupaciones. Mejor ocuparse de algo que fuese fácil de resolver.

Decidió dirigirse al Policlínico aquella soleada mañana de finales de octubre. Tenía una cita al mediodía con el forense que había dirigido la autopsia del cadáver del desconocido. Más tarde se comunicaría con la Policía Judicial para recabar información sobre los datos personales y la vida del hombre.

En el piso 2 del Gemelli Viola encontró el camino que la conduciría hasta el depósito de cadáveres donde el olor de formaldehído y alcohol desnaturalizado era muy potente.

Conteniendo la respiración pulsó el botón del timbre que estaba al lado de una puerta de vidrio satinado. Por ella salió un joven doctorando que la condujo junto al médico forense.

Fue una sorpresa encontrar una mujer joven, de unos 27 años, de su generación, que vestía una bata verde de cirujano, que le habló con simpatía y particular familiaridad. Era Laura Adami, la doctora que había efectuado la autopsia del desconocido.

“¿Estás aquí por el caso De Fugger, el tipo al que le he hecho la autopsia hace tres días?”.

“Justo”.

“¿Qué quieres saber?”

“En primer lugar, la causa de la muerte”

“Para ser sincera este caso tiene cosas sorprendentes, cuanto menos desde el punto de vista científico. Te anticipo que, después de acabar con la autopsia del cadáver, vistos los resultados, por decir de alguna manera, tan extravagantes, he creído oportuno consultar con colegas de otras especialidades y hospitales, pero todos, te lo aseguro, se han quedado en shock”.

“No comprendo nada”.

“El caso ha suscitado un serio interés en la Comisión Científica de la facultad de medicina de Sapienza. Sospecho que los barones de la Universidad pedirán al Ministerio que instituya una comisión de estudio *ad hoc* para analizar el cuerpo del desconocido, o por lo menos lo que queda de él”.

A Viola la dejaron estupefacta las palabras de Adami, que le estaba exponiendo un caso mucho más complicado de lo que se había figurado, pero seguía sin entender nada.

Había otra cosa que, desde aquella mañana, continuaba a darle vueltas en la cabeza sin que pudiese encontrar una respuesta. ¿Quién era Johannes De

Fugger? ¿Por qué este nombre le resultaba tan familiar? ¿Quizás lo había ya investigado?

“¿Qué has encontrado durante la autopsia?”

La doctora le explicó que todo lo que había descubierto en la autopsia estaba en el dossier rojo que le había entregado. Después aclaró:

“Si me preguntas la causa de la muerte, puedo decirte enseguida que De Fugger no murió a causa de un infarto. Intentaré utilizar un lenguaje menos técnico y profesional, para simplificar al máximo la exposición y comprensión de los hechos. Es bien sabido que un cuerpo extraño muy raras veces es aceptado por nuestro cuerpo porque, en la mayoría de los casos, nuestros anticuerpos, después de un cierto tiempo, tienden a actuar rechazándolo. Basándonos en los más recientes estudios científicos, podemos asegurar que, la rotura del tejido cardíaco de las zonas periféricas del miocardio, conduce a una muerte segura en el cien por cien de los casos. Pues bien, ahora verás qué cosa he encontrado en el corazón de De Fugger”.

La joven estuvo manipulando durante un tiempo el proyector que estaba en un ángulo de la oficina, después pulsó una tecla del mando a distancia de rayos infrarrojos. El zumbido de un ventilador en el interior del proyector indicó que se había puesto en funcionamiento.

Viola quedó sorprendida cuando, sobre el espacio de la pared destinada a la proyección de las diapositivas, aparecieron, en rápida secuencia, fotos que mostraban un objeto oscuro, pulido, de forma triangular, apoyado sobre un papel milimetrado de color blanco.

Las dimensiones del objeto eran, aproximadamente, de 15 milímetros de base por casi el doble de largo. La fiscal. no pudo contener su estupor.

“¿Qué se supone que es esa cosa?”

“No puedo estar segura de lo que voy a decir... Es por esta razón que el objeto está ahora en manos de la Científica, por lo que serán ellos los que hagan un examen más exhaustivo. Pero si quieres mi opinión, esa cosa, como tú la llamas, no es otra cosa que la punta de una flecha”.

“¿Una flecha? He visto un montón de tipos de armas del delito pero me faltaba esta”

“La Científica maneja la hipótesis de que se trate de la punta de una flecha medieval” respondió la médico forense, dejando a Viola de piedra.

“Pero lo más increíble” siguió diciendo Laura Adami “es que la punta se encontraba en el interior del corazón sin que yo haya podido encontrar sobre el cuerpo del hombre una cicatriz que me diese una pista sobre la entrada del

trozo de metal. En conclusión, puedo decirte con seguridad que sobre el cadáver no hay ningún punto de entrada de la flecha, ni en el pecho del hombre, ni en la espalda. Como si la punta hubiera estado siempre allí”

Viola permaneció por unos momentos patidifusa. Después preguntó:

“¿Pero no sería posible que el hombre se hubiese sometido a una operación de cirugía plástica? ¿Para esconder las imperfecciones estéticas o lo que sea?”

“Rotundamente no, además, como ya te había dicho, he procurado hacer un contraanálisis ayudándome de colegas más expertos que yo. Otra cosa que debes saber es que un cadáver sufre un proceso de descomposición que está relacionado con la temperatura del ambiente en el cual se encuentra. Obviamente la descomposición de un cadáver está también ligada a otros factores, pero podemos decir que, estadísticamente, un hombre muerto desde hace 36 horas comienza a descomponerse si la temperatura externa está en la franja de 10-12 grados; mientras que si la temperatura es inferior la descomposición se retarda”.

“¿Y entonces?”

“¿Me crees si te digo que he debido hacer la autopsia al cadáver a saltos? En primer lugar tuve que verificar el aparato cardíaco, después devolver a la celda frigorífica el cuerpo del pobre hombre y, a continuación, reiniciar la autopsia desde el punto en que la había dejado, para adentrarme de nuevo en la autopsia de la epidermis del pecho y de la espalda y así verificar las posibles cicatrices de las que te hablaba. ¿Sabes por que he tenido que hacer todo esto? Porque De Fugger ha comenzado a descomponerse enseguida después de su muerte. Me lo trajeron del quirófano cuando ya tenía los primeros signos de descomposición en los tejidos y, parecerá increíble, si no hubiese procedido con la congelación del cadáver, nos encontraríamos ahora con un montón de huesos resecos, o puede que con cenizas”.

“Déjame recapitular” dijo Viola llegado a este punto de la conversación. “Si he entendido bien: a) en el corazón del hombre se ha encontrado una extraña esquirra, o puede que una punta de flecha antigua, y es imposible que un hombre pueda vivir con un objeto de este tipo en el corazón.

b) sobre el pecho y la espalda del cadáver el tejido epidérmico estaba intacto y no se han encontrado cicatrices que expliquen el punto de entrada del objeto, es decir el lugar de penetración de la esquirra,

c) el cuerpo, inexplicablemente, ha sufrido una repentina descomposición que ha obligado, después de la autopsia, a meterlo en la celda

de congelación, ¿me engaño?”

La médico legal confirmó el discurso con un movimiento de la cabeza.

Laura Adami confirmó que el equipo de la academia científica se pondría rápidamente en marcha, por lo que, si apareciesen nuevos datos, la llamaría para ponerle al corriente del desarrollo de la investigación.

Después le confirmó que las investigaciones sobre la punta de la flecha eran dirigidas por el teniente del grupo especial de Carabineros R.I.S.²⁸, Antonio Soleri.

Mientras conducía de vuelta, Viola contactó telefónicamente con el oficial.

“¡Todo un placer volver a escucharla, letrada! Desde el robo a la joyería de Piazza Genova que no trabajábamos juntos en un caso” respondió el Teniente.

Viola explicó al oficial que acababa de salir del laboratorio de la sala de autopsias del Policlínico Gemelli, donde había visto los resultados del examen hecho a De Fugger.

“Precisamente, doctora, si después de comer quiere que nos veamos en su oficina o en el cuartel general del R.I.S, estaré encantado de exponerle lo que hemos descubierto hasta el momento”

A las quince y cuarto Viola entró en el Cuartel general de los Carabineros del R.I.S. que se encontraba en la centralísima calle Casati. El teniente Soleri no se hizo esperar, para ser exactos, se encontraba justo a la entrada del cuartel junto a la oficina del puesto de guardia esperando a la mujer.

“Le confirmo” explicó Soleri “todo lo que le ha dicho la médico forense, el cuerpo extraño encontrado en el corazón del hombre no es otra cosa que la punta de una flecha de hierro”.

Viola preguntó al teniente si se había encontrado con un caso semejante.

“Nunca jamás, es la primera vez que me encuentro con un hecho de este tipo. Algunos años atrás le tocó investigar a un compañero el presunto homicidio de un atleta de tiro con arco, que había sido herido en el pecho justo por una flecha, poco después se descubrió que la flecha había sido lanzada con un arco deportivo por otro atleta, de manera totalmente involuntaria”.

“Sí. Lo recuerdo. El delito fue declarado homicidio involuntario”.

“Además, la ubicación de la flecha es totalmente diferente. En el caso del atleta la flecha estaba en posición perpendicular al punto del impacto, es decir el pecho. En el caso de De Fugger, en cambio... No sé si ha leído las

declaraciones sobre la intervención quirúrgica del Policlínico, la punta estaba en el corazón pero en paralelo al órgano, como si hubiese entrado por una axila más bien que por el pecho, pero esto es, a todas luces, imposible, porque en la autopsia no se ha descubierto ningún punto de entrada, ni siquiera cicatrizado”.

Viola le preguntó si había llegado a una opinión personal al respecto. Pero el teniente, levantando los brazos desconsolado, confesó no haber entendido nada. La única solución posible estaba en que el hombre hubiese tenido, de manera inexplicable, la flecha en el corazón desde hacía muchísimos años, de manera que la cicatriz que se había formado con el correr del tiempo en el punto de entrada hubiese desaparecido. A pesar de todo esto, observó el oficial, el misterio seguía sin aclararse.

“En cuanto a la punta de la flecha he encargado una investigación a nuestro maestro armero. Le confieso que ni siquiera él sabía por dónde tirar. Más adelante hemos consultado un antiguo tratado sobre las armas blancas, que por fortuna conservamos todavía en nuestros archivos, aquí en el Cuartel General. La punta es muy parecida a las que se usaban entre los siglos X y XI por los arqueros imperiales y de nuestras Comunas²⁹”.

“Me parece inaudito”

“En concreto es bastante parecida a las flechas usadas con los arcos ligeros utilizados durante los combates a corta distancia o, lo más probable, a las de una pequeña ballesta”.

“Un misterio dentro del misterio” suspiró Viola.

“Le aconsejo que encargue a un consultor técnico del Tribunal, un experto en armas antiguas, que haga un examen en profundidad”.

“Teniente, ¿me podría decir que es lo que llevaba encima el desconocido en el momento de su muerte?”

“Sí, claro. Le diré incluso los objetos encontrados en la ropa de De Fugger”

El hombre no pudo continuar porque tuvo que responder una llamada telefónica proveniente del exterior de su despacho.

Volvió después de algunos minutos con una expresión muy seria, mientras sostenía con una mano unos folios amarillentos.

Después se volvió hacia la fiscal, que lo miraba con aspecto interrogativo. Entregándole la documentación le dijo:

“Acabo de recibir el informe pericial del examen del Carbono 14 sobre la punta de la flecha. Lea usted misma”

Sobre la primera página del informe aparecían diversos aspectos de la investigación. En primer lugar se hablaba del tipo de metal que se había utilizado en la fabricación del utensilio: una “mezcla binaria eutéctica” de hierro y carbono. Unas palabras totalmente incomprensibles para Viola.

Había un gráfico tridimensional donde se indicaban los tipos de átomos que correspondían a un tipo muy concreto de electronegatividad de la mezcla que se examinaba.

Pero la gráfica que más le llamó la atención fue la gráfica cartesiana. La abscisa (horizontal) indicaba el tiempo y –en este caso en concreto –tenía como punto de referencia 0 el año 1 después de Cristo.

Mientras que las ordenadas (verticales) indicaban el grado de probabilidad de la fabricación del objeto. Que la flecha hubiese sido forjada a partir del año 1950 estaba dentro de una posibilidad del 0,000012%

Aunque imperceptiblemente, el tanto por ciento ascendía a medida que se retrocedía en el tiempo, hasta llegar a la curva máxima de probabilidad del 95,6666% que el gráfico determinaba estar entre el año 958 y el año 1120 después de Cristo.

El informe decía en las conclusiones finales: “Objeto de aleación hierro y carbono aproximadamente de 1000 años de antigüedad”.

La joven fiscal se había quedado de piedra. Ahora el asunto se complicaba.

¿Qué hacía una punta de flecha de hacía mil años en el corazón del cadáver de un desconocido? ¿Y que además el cuerpo hubiese sufrido un descomposición incontrolada justo después de la muerte del hombre? ¿Y cómo no se habían podido encontrar sobre el cuerpo heridas que indicasen el punto de entrada de la flecha? ¿Quién era Johannes De Fugger?

Cuanto más se empeñaba en encontrar una respuesta, más se adentraba en un océano inexplorado y misterioso.

Había algo muy misterioso en todo aquel asunto, Viola sentía que algo se le escapaba. Algo que tenía que ver con el muerto y que ella, de alguna manera, había comprendido, pero que ahora se encontraba en el archivo de su memoria y no conseguía saber qué era.

El oficial del R.S.I. se aclaró la voz y reanudó su historia. Todavía debía darle algunos datos útiles para la investigación.

“Por desgracia, estimada Viola, en las ropas del hombre no se han encontrado efectos personales, ni un documento. Debemos fiarnos de aquello que nos dijo poco antes de morir. En los bolsillos tenía solamente cinco

billetes de cincuenta euros”.

Mientras decía esto el teniente del R.I.S. abrió un cajón de su escritorio y extrajo un saco de plástico transparente, en el cual había pegado un código de barras, donde estaba el dinero.

“Como puede ver nos movemos a ciegas, no sabemos quién es el hombre y de dónde proviene. A no ser que un pariente o un conocido aparezca en las próximas horas para denunciar su desaparición, estamos en una vía muerta”

X

A la mañana siguiente, a las siete en punto, el timbre del portero automático de Viola sonó. Era Lorenzo, que acababa de llegar a la calle Baldassarre Vitali donde, en el último piso del número 4, la joven vivía en un pequeño y coqueto ático. Había aparcado el automóvil con las ruedas posteriores sobre la acera y, como se acercaba un vehículo del parque municipal limpiando la calle, pidió a Viola que bajase lo antes posible.

Salieron enseguida en dirección a la autopista.

La muchacha intentó mantener una conversación con el exsocio de su padre, pero estaba muy nerviosa y preocupada. Casi sin fuerzas.

Aquellos últimos días no habían sido los mejores para ella. Después de un rotundo éxito procesal que la había ilusionado prematuramente con cerrar la semana de manera perfecta, se había encontrado con que tenía que dirigir un auténtico rompecabezas sin poder darse un respiro, y el peso de la desaparición del padre.

A mitad de camino, Lorenzo introdujo el tema de la investigación del caso De Fugger. La mujer dudaba si revelar los pocos indicios que poseía o si atrincherarse detrás del secreto del sumario. Sentía, sin embargo, que podía fiarse de Lorenzo, al que consideraba un segundo padre. Además, explicar todo el lío a un experto como él podía serle de utilidad.

Le contó aquello que había descubierto sobre la autopsia del cuerpo del desconocido, de la flecha, fabricada entre el siglo XI y el XII, que estaba insertada en el corazón, y de la increíble descomposición del cadáver.

Putignani escuchó en silencio sin dar su opinión.

A las once y media llegaron a Todi. El pueblo estaba situado sobre la cima de un monte, como todos los antiguos núcleos fortificados.

El hotel “El Duque de Todi”, un antiguo edificio episcopal readaptado a prestigioso hotel, se encontraba en la Piazza del Popolo, donde los dos llegaron a pie después de haber aparcado el auto fuera de las murallas de la ciudad.

Después de haber dejado las maletas en las habitaciones, la fiscal y Putignani se encontraron para comer en el restaurante de la planta baja.

Tenían ya las ideas claras sobre el recorrido más rápido para llegar al convento de Montesanto donde el padre de Viola, Cosimo, se había retirado a

la vida monástica para después desaparecer sin dejar rastro. El complejo estaba pocos kilómetros del centro dado que estaba situado justo fuera de las murallas del pueblo medieval.

Antes de convertirse en una casa de retiro espiritual y una parroquia de los frailes menores de Umbría, el convento había sido en el siglo XIII un monasterio de las monjas clarisas. Fue readaptado, en torno al año 1367, en fortaleza por el cardenal español Albornoz.

Lorenzo y Viola vieron al padre Ludovico justo después de comer.

“Paz y bien, hijos míos. Tú debes ser Viola, la muchacha con la cual he hablado por teléfono hace unos días, la hija de nuestro amado hermano Tommaso” comenzó a decir el prior mientras les iba al encuentro.

“Sí, padre, apenas he podido he venido, acompañada de un amigo íntimo de papá, el abogado Lorenzo Putignani. No le oculto que estamos muy preocupados por esta desaparición”.

“También nosotros, hija mía, también nosotros. Pero venid, vamos a mi estudio”

Se unió a ellos un joven fraile con el rostro picado de viruela que había sido el último que había visto a Cosimo Borroni.

Los cuatro atravesaron el atrio del siglo trece que formaba el corazón del convento, refrescado por la sombra de un gran tilo que la leyenda decía que había sido plantado por San Bernardino de Siena, y llegaron a una entrada lateral coronada por un antiguo portal de piedra de estilo gótico que mostraba el inicio de una escalinata. Desde allí alcanzaron el pórtico del primer piso de edificio, cuya parte frontal daba sobre el claustro en todo el perímetro.

Cada cuatro o cinco metros encontraban la puerta de acceso a una habitación o sala, con una luneta³⁰ sobre la puerta, en donde estaba escrito el nombre de un santo. Putignani contó 32 puertas.

Finalmente llegaron a aquella que debía ser la del estudio del padre Ludovico y entraron.

“Acomodaos, hijos míos. También tú, hermano Gustavo, queda con nosotros”.

La oficina del sacerdote estaba ubicada en una gran sala en cuyas paredes se exponían cuadros del siglo XV y del XVI que mostraban los principales padres priores que se habían sucedido en la dirección del convento.

En una de las paredes había una amplia estantería plena de libros antiguos mientras que en otra se erguía una imponente chimenea de piedra,

decorada con símbolos renacentistas y palabras en latín; sobre la repisa de granito que sostenía la garganta de la chimenea estaba la fecha de su construcción, que se remontaba al año 1441.

El prior explicó cuál era la misión del convento de Montesanto, abierto a las familias o grupos de fieles que desearan pasar, entre aquellos viejos muros, unos días de retiro espiritual. Pero los frailes franciscanos acogían también reuniones de empresa, congresos y hasta encuentros de formación y orientación. Lo importante, se apresuró a subrayar el padre Ludovico, era que todas estas actividades se desarrollaban con un extremo respeto hacia el prójimo y en la cultura de la paz y de la fraternidad.

“Volviendo a Cosimo Borroni, ¿qué nos puede decir de su desaparición?” dijo Putignani ansioso.

El Padre alzó los brazos en señal de desconsuelo. Respondió que no sabía nada que pudiera servirles de ayuda. Por otra parte, aquel día había visto al hermano Tommaso sólo en las oraciones matutinas. Después tuvo que viajar a Perugia para hablar con el obispo con respecto a la enorme participación que había reavivado entre los fieles la Fiesta de la Consolación que se había desarrollado, como todos los años, en el Templo de Santa María de la Consolación. Quizás, añadió el prior, el hermano Gustavo, sentado allí con ellos, podía serles de ayuda.

“Lo que puedo recordar” comenzó un poco cohibido el joven franciscano “es que me encontraba en la sala de lectura junto al hermano Tommaso. Leíamos los periódicos que sor Caterina cada día nos trae desde Todi, yo estaba inmerso en la lectura del “Avvenire”³¹ mientras que el hermano Tommaso estaba hojeando el “Giornale dell’Umbria”³². Lo recuerdo muy bien, porque me mostró una noticia muy rara en la primera página, aquella del hombre muerto en el Gemelli”.

Viola y Putignani se intercambiaron una mirada mientras contenían un getso de asombro.

“El hermano Tommaso, después de leer el artículo, se comportó de una manera inusual. Él, siempre tan tranquilo y benévolo, parecía muy agitado. Se levantó rápidamente diciéndome que debía preparar la habitación para la pernoctación de una familia que se iba a hospedar en el convento”.

“¿Tenéis todavía el ejemplar del Giornale dell’Umbria?” preguntó Viola.

“Por supuesto” intervino el padre Ludovico. Después pidió al hermano

Gustavo que fuese a por el periódico.

Fue Lorenzo Putignani quien indicó a Viola una pequeña noticia en la parte de abajo, a la izquierda, sobre la “extraña muerte en el Policlínico Gemelli” –así titulaban la noticia –que prometía más información en la página 12 del periódico.

Los dos leyeron ávidamente el artículo en el cual el periodista, retrotrayéndose a fuentes no precisadas del equipo quirúrgico que había participado en la operación, revelaba que el hombre, un tal Giovanni De Fugger había muerto durante el curso de la operación y que en el corazón había sido encontrada la punta de una flecha, aparentemente muy antigua.

El periodista proseguía con la exposición de las declaraciones del teniente de alcalde de Roma y del presidente de la FIDASC, la Federación de Armas Deportivas, que aseguraban que todas las armas estaban registradas así como sus propietarios. No se excluía, sin embargo, que algún “lobo solitario” hubiese podido utilizar una de ellas de manera inapropiada. Pero esto no podía convertirse en una excusa para culpabilizar a la totalidad de los atletas que integraban la FIDASC. El artículo terminaba diciendo que la investigación todavía estaba en su fase preliminar.

Otra vez el caso de aquel hombre se entretecía con la desaparición del padre de Viola. Cosimo Borroni había desaparecido justo en el mismo momento de la muerte de De Fugger. Y ahora la fiscal aprendía que la desaparición del padre podría estar estrechamente relacionada con los hechos ocurridos en el Policlínico Gemelli. Algo en su interior y en su instinto de investigadora le decía que era así.

“Reverendo Padre, ¿nos permitiría visitar la celda del hermano Tommaso, para buscar alguna pista sobre su desaparición?” preguntó Putignani, anticipándose a Viola, que quedó asombrada por cómo Lorenzo se había inmiscuido de manera tan insistente en la investigación, casi como si quisiese sustituirla.

El prior esbozó una sonrisa precisando que en el convento de Montesanto los hermanos no habitaban ya en celdas, dormían en habitaciones. El hermano Gustavo los acompañaría a la de Cosimo.

Tuvieron que subir un piso, recorriendo una escalinata muy estrecha y no muy iluminada, para llegar a las habitaciones destinadas a los frailes.

“Esta es la habitación del hermano Tommaso” dijo el joven entrando el primero en el cuarto. La habitación no podía decirse que estuviese sin adornos pero, por otra parte, definirla como amueblada era mucho suponer. Encalada

hacía poco tiempo, además de la cama sobre la cual había un crucifijo de estilo franciscano, estaba compuesta por una modesta estantería de madera contrachapada blanca con algunos estantes y de un pequeño escritorio del mismo material.

Viola y Lorenzo se pusieron a observar los libros apoyados sobre la pequeña librería. Aparte de una vieja Biblia y una edición de bolsillo de “Las confesiones” de San Agustín, todos se referían a la iglesia de San Flaviano de Montefiascone o eran monografías sobre los frescos del siglo XII de la Italia Central. En particular Viola quedó estupefacta por un libro muy viejo, fechado en el año 1887, donde se contaba la leyenda medieval de los tres vivos y los tres muertos, acompañada de imágenes en blanco y negro de los frescos que se encontraban en una iglesia de Basilicata y, ¡que casualidad!, en la basílica de Montefiascone. Una página del libro estaba ocupada por dos fotografías del fresco que se encontraba justo en esta última iglesia. Al margen de las fotos se habían añadido unos números escritos con pluma estilográfica: 1104 y 1332.

En el fresco estaban representados tres hombres, de los cuales el primero tenía un halcón apoyado sobre la muñeca, que se encontraban con dos muertos (representados como esqueletos) y un hombre vivo.

“Mira esta foto, Lorenzo, ¿te sugiere algo?”

Putignani se acercó a Viola que le mostró el libro.

“Yo diría que no”

“¿Y estos números?”

“No sabría decirte. Podrían hacer referencia a los números de página, o quizás sean fechas”.

Mientras abría el pequeño cajón del escritorio la muchacha encontró una hoja de un bloc de notas en la que estaba escrita un número de teléfono y un nombre, Patricia Crosignani. Una nota que Viola deslizó en su bolso. Nada más que pudiese servir de ayuda para su investigación. De todas maneras la fiscal quería saber más cosas con respecto a los libros encontrados en la habitación del padre. Pidió poder ver de nuevo al padre Ludovico.

El prior los esperaba en el claustro del convento, bajo el tilo de San Bernardino. Viola fue a su encuentro seguida por Lorenzo.

“Padre, antes de dejar el convento, me gustaría hacerle otra pregunta”

“Dime, hija mía”

“En la habitación de papá he encontrado algunos libros concernientes a una iglesia de Montefiascone, San Flaviano, y a la leyenda de los tres vivos y los tres muertos. En concreto he encontrado esto”

Viola mostró al padre Ludovico el tomo de 1887 con las ilustraciones del fresco e indicó la página donde estaban los dos números escritos con pluma estilográfica.

El prior miró con cara entristecida aquellas viejísimas fotografías. Después cambió de expresión y sonrió.

“Ahora lo entiendo”

Dirigiéndose, también a Lorenzo, continuó:

“Mirad, queridísimos hijos, el hermano Tommaso, desde el momento en que llegó ha manifestado un fuerte interés por el arte medieval”

Después señaló las fotografías y siguió.

“En honor a la verdad tu padre estaba particularmente interesado en aquella leyenda y en lo atípico del fresco que veis aquí”

“¿De qué se trata?”

“La leyenda de los tres vivos y de los tres muertos narra la historia de tres peregrinos que, durante su camino, se encontraron con tres muertos los cuales les previnieron sobre la caducidad de nuestra existencia terrenal y sobre lo efímero de los bienes materiales de este mundo. Nosotros fuimos aquello que vosotros sois, vosotros seréis aquello que nosotros somos”.

“¿Pero por qué fijarse en estas fotografías y en este fresco en particular? ¿Y los números escritos al margen, tienen un significado?”

“Este fresco representa un pequeño misterio, si me permitís la expresión, de naturaleza eminentemente artística”

Cogió el libro de las manos de Viola y, abriéndolo en un punto, señaló una imagen.

“Como podéis ver, aquí los tres vivos no encuentran tres muertos, como la leyenda difunde en todas las representaciones presentes en muchos frescos esparcidos por nuestro territorio, desde el Trentino hasta la Puglia. En el fresco de la iglesia de San Flaviano hay una versión anómala. Los muertos son sólo dos, acompañados de un vivo”

“¿Qué piensan los expertos en Arte?”

“Esta representación no ha sido nunca explicada satisfactoriamente. Además este fresco no está entero, como se podía ver en la época de este libro que, si no me equivoco, se remonta a finales del siglo XIX. Trabajos de restauración del techo han causado, en los años veinte del siglo XX, la pérdida de parte de la obra. Justo la representación del hombre vivo.”

“¿No existen pistas sobre quién pueda ser el hombre vivo?”

“Algunos creen que se trate del promotor de la obra, que quería ser

representado y de esta manera mostrar a los fieles –como en la leyenda – nuestro destino mortal. En aquella época era normal que el promotor de un cuadro o de un fresco apareciese en la misma obra, a veces por deseo expreso del promotor, que pedía ser inmortalizado junto a santos y otras figuras sagradas, y a veces, en cambio, porque era el mismo artista que, queriendo agradecer al promotor y en señal de agradecimiento, lo incluía espontáneamente en la obra”.

“Volviendo a las fotografías del personaje que me está mostrando, se ve con claridad que el vivo que está junto a los muertos debía ser un hombre de iglesia”

“Sí” admitió el prior.

“¿Y los números en rojo?”

“Ese es un misterio dentro del misterio”

“¿En qué sentido?”

“Estos números, que imagino hayan sido escritos con estilográfica por nuestro hermano Tommaso, representan dos fechas: 1104 es la fecha que se descubrió en el fresco, descubierta recientemente por medio de rayos X, que nos diría la presunta realización de la obra en la basílica de San Flaviano en Montefiascone”

“¿Y 1332?” preguntó Viola.

“Esa es la fecha de un fresco similar, encontrado sin embargo en una iglesia de Basilicata. Así que este último fresco representa la leyenda que conocemos, pero aquí los tres vivos son personas muy famosas: Federico II de Suabia, la consorte Isabel de Inglaterra y el hijo Corrado IV”

“¿Dónde está el misterio?”

“En el hecho de que algunos historiadores piensan que también en el fresco de Montefiascone esté representada la familia de Federico II. En efecto, uno de los tres vivos posee un semblante claramente femenino muy similar al que se encuentra en Basilicata. Además las vestiduras de los tres vivos son la típica indumentaria de la alta nobleza imperial de la época de Federico II. En el fresco de Montefiascone, el primero de los vivos, aquel que precede a los otros dos en el encuentro con los muertos, es claramente un halconero, ya que en su muñeca hay un halcón. Y como sabéis, Federico II era un apasionado del arte de la cetrería, tanto que había escrito incluso un libro sobre el tema”

“Por lo tanto, ¿el fresco del 1104 representa al emperador Federico II?”

“Una teoría muy sugerente” concluyó el fraile.

“Pero ¿dónde está el enigma?” insistió Viola, que todavía no había

conseguido entender el sentido de aquellas revelaciones.

Lorenzo, anticipándose al Prior, explicó:

“En el año 1104, cuando este fresco se realizó, Federico II no había nacido todavía”.

XI

Dejaron el convento cuando ya había oscurecido. Era evidente que aquello que había contado el Padre Ludovico tenía que estar conectado con la desaparición de su padre. Viola estaba firmemente convencida, era una sensación casi a flor de piel. Incluso su intuición se lo confirmaba.

Una enorme luna se alzaba en el cielo estrellado de la noche.

Iluminados por aquella luz, Viola quiso resumir con Lorenzo los hechos principales de los últimos días.

“Lo que no entiendo es la prisa de papá por abandonar el convento tan pronto leyó la noticia sobre el hombre del Gemelli. Y también su búsqueda obsesiva con respecto a la iglesia de San Flaviano en Montefiascone. Cuánto más lo pienso más siento que estoy a punto de encontrar la respuesta, pero no consigo atraparla”

Lorenzo escuchaba en silencio con las manos detrás de la espalda.

Mientras abandonaban el restaurante del hotel donde se habían parado a cenar, Viola vio un gran cartel en la recepción. Era la publicidad de una convención de enólogos y *sommelier* que tenía como objeto de estudio los vinos típicos de la zona de Perugia y de las comarcas limítrofes. El evento se celebraría en la sala de congresos del hotel la semana siguiente. En la iniciativa participaría un famoso director de cine italiano, además del Presidente del Colegio de Notarios de Perugia y, obviamente, el alcalde de Todi.

Mientras leía el cartel la muchacha reconoció, entre los vinos que destacaban en las fotografías del tríptico, el d.o.c. de Montefiascone, aquel denominado EST! EST! EST!!! que ya había conocido cuando se lo habían servido en Monteverdi Marittimo en la trattoria³³ del Gallo Rosso. A Viola se le encendió la bombilla de las ideas.

“¡He aquí lo que se me escapaba durante estos días y que no conseguía recordar con precisión!” comentó en voz alta.

Recordó que justo sobre la etiqueta de aquel vino se explicaba la leyenda del noble alemán que en el siglo XII se había introducido en Italia como parte del sequito del emperador Enrico V.

Decidida a comprender qué sucedía y presa de la excitación, sin dar ni

siquiera explicaciones a su amigo, corrió a su habitación para consultar su ordenador portátil.

Entró en Google y escribió el nombre de Johannes De Fugger. Aparecieron una miríada de enlaces que daban información sobre el hombre que había vivido entre el año 1015 y el 1104.

Algunos de estos sitios eran promocionales y no hacían otra cosa que dar publicidad del vino blanco de Montefiascone. Otros, en cambio, afrontaban de manera histórica y científica las aventuras del antiguo caballero, pero de manera tal que daba pie a muchos lectores para intervenir y comentar las diversas teorías que otorgaban a De Fugger un aura misteriosa y enigmática. Actualmente los restos mortales de aquel personaje reposaban en un sarcófago recubierto con una lápida sepulcral en la iglesia de San Flaviano.

Ahora ya no tenía dudas, el hombre sobre el cual estaba investigando era, por increíble que pareciese, el homónimo de aquel caballero o religioso medieval cuyos restos habían sido sepultados en una iglesia de Montefiascone.

Aquel asunto estaba lleno de hechos inverosímiles. En una página Web dedicada a Johann de Fugger estaba escrita su fecha de nacimiento: el 22 de octubre de 1015. No era posible.

El obispo De Fugger del que hablaban las crónicas antiguas había nacido el mismo día en que había muerto en el Gemelli su homónimo. La extrema racionalidad de la que Viola estaba dotada le impedía creer que el paciente llevado en estado agónico a Urgencias fuese el mismo personaje del que hablaban los libros de historia y aquella extraña leyenda de EST! EST! EST!!!

De todas formas era verdad que todos los elementos y todas las circunstancias la conducían en aquella dirección, aunque parecía imposible que las dos personas fuesen la misma.

Descartó estos peligrosos pensamientos asustada por la idea de que sólo por pensarlos abriesen una grieta en su granítica seguridad, y que la habitasen poco a poco a la idea de que fuesen, cuanto menos, plausibles. Antes de cerrar el navegador se paró en un último sitio donde se mostraban algunas fotografías que tenían que ver con De Fugger.

Quedo intrigada, en particular, por dos de ellas en blanco y negro que se remontaban a los años previos a la Guerra, e inmortalizaban a algunos de los arqueólogos y restauradores de la Subsecretaría de Bellas Artes del Ministerio de la Cultura Popular del régimen Fascista que, acompañados por estudiantes de la Universidad de Perugia y de Siena, habían intentado la

restauración de la lastra sepulcral de la iglesia de San Flaviano.

Una pequeña noticia del periódico local de la época enfatizaba el trabajo desarrollado por la “Animosa escuadra fascista de recuperación histórica” para la restauración de la lápida. Las fotografías, concluía el periodista anónimo, habían sido hechas por un tal Guido Sereni de Civita Castellana.

Mientras tanto, en el aparcamiento exterior de los muros del pueblo, se paraba un Jeep Renegade de color negro. De él salió una pareja de jóvenes extranjeros que se dirigió hacia el hotel “El Duque de Todi”.

Viola, estupefacta por el desarrollo de los hechos, no dudó en telefonar a Putignani.

“Lorenzo, tengo novedades. Por medio de una búsqueda en Internet ¡he descubierto una inquietante homonimia entre el De Fugger muerto en el Gemelli y un personaje de la época medieval que existió realmente!”

“Hablemos delante de un aperitivo, dentro de diez minutos, ¿vale?”

Con la excitación del momento la muchacha no perdió el tiempo. Recogió el papel con las anotaciones que había escrito y salió. Mientras caminaba hacia el bar del hotel observó delante del ascensor la pareja de extranjeros que había encontrado en el Gallo Rosso en Monteverdi Maritimo.

Los ojos del hombre, con los iris de distinto color, que en cierto sentido ya habían llamado su atención, eran inconfundibles. Curiosa coincidencia, pensó Viola.

Fue Lorenzo quien le hizo olvidar estos pensamientos mientras se paraba delante de ella con su traje azul oscuro combinado con una vistosa, al mismo tiempo que elegante, corbata de color amarillo.

Ya sentados a la mesa en espera de los licores ordenados, Viola contó lo que había descubierto sobre la historia de De Fugger y sobre las extrañas coincidencias que conectaban el caso con la desaparición del padre. ¿Eran sólo conjeturas fantásticas o había algún fundamento en sus deducciones?

“Querida Viola, debo admitir que después de la visita al convento de Montesanto, estoy convencido de que la desaparición de Cosimo está realmente conectada con el caso de De Fugger, por una serie de hechos ocurridos mucho tiempo atrás. Y es necesario que te hable ahora de esto” dijo Lorenzo.

“¿De qué hechos hablas? Yo no sé nada”.

“Entre los años setenta y ochenta, cuando tu padre, yo y Jean Baptiste Oleaux éramos unos pobres estudiantes universitarios, nos sentimos atraídos,

por camaradería y por diversión, por el mundo de la arqueología”.

“No me lo puedo creer” suspiró la muchacha, dando un sorbo al vaso que el camarero le había servido hacía un momento.

“Jean Baptiste, realmente fascinado, llegó a dudar incluso si proseguir con los estudios de Derecho o matricularse en la facultad de Filosofía y Letras. Un día, Oleaux nos mostró unas fotografías tomadas antes de la guerra en Italia por un tal Guido Sereni”.

Este nombre Viola lo conocía. Pertenece al fotógrafo que había participado a mediados de los años treinta en la restauración de la lápida sepulcral de De Fugger.

“Aquellas fotografías” explicó Putignani “mostraban dos páginas, que el padre de Jean, un famoso historiador estudioso del medioevo, pensaba que pertenecían a un enigmático libro del siglo XII, denominado Manuscrito Voynich, por el nombre de su descubridor”.

El hombre se concedió una pausa para beber, después continuó:

“Debes saber que en la actualidad el libro se encuentra en la Universidad de Yale, en los Estados Unidos. Las dos páginas fotografiadas, que no han sido encontradas jamás, podrían formar parte de un conjunto de páginas inéditas del manuscrito. Son importantes porque podrían contener el código que traduce el texto del Voynich, que nadie hasta el momento ha conseguido descifrar”.

“¿Lo dices en serio, Lorenzo? Me cuesta relacionar a papá con toda esta historia”.

“Pues bien, debes creerme. Nosotros, tres estudiantes, nos rompimos la cabeza para intentar resolver el enigma, estudiando aquellas fotografías y traduciendo el texto que, en la parte legible, parecía que había sido escrito en latín y en lengua vulgar”.

“¡Increíble!”

“¿Y sabes quién descubrimos que era el autor del manuscrito?”

Viola comenzaba a intuir algo.

“¿Debo intentar adivinarlo?” dijo irónicamente.

“Inténtalo”

“¿Tiene relación con De Fugger?”

“Johannes De Fugger, también conocido como Giovanni Defuk”

“Estás loco”

“Sí, entiendo tu reacción. Y si me preguntas como es posible que aquel hombre, muerto en el Policlínico Gemelli, pueda relacionarse con el Defuk

sepultado en San Flaviano, pues, te has equivocado de persona, porque me siento tan descolocado como tú”.

“Ya”

“Si lo que me pides es mi opinión, así por encima, sobre esto, entonces sí, creo que existe una correlación entre la desaparición de tu padre y la muerte de aquel hombre. Date cuenta que en los años siguientes Cosimo se dejó arrastrar por la búsqueda de las páginas perdidas del manuscrito, incluso después de que fundáramos el estudio legal asociándonos con Jean. Y sospecho que haya continuado con la investigación incluso después de su retiro espiritual en el convento” concluyó.

“Pero, entonces, las páginas habrían podido ser descubiertas y escondidas por aquel fotógrafo, Guido Sereni, cuando formó parte del equipo de restauración de la tumba de Defuk” observó Viola con la mirada perdida en un punto indefinido de la sala.

“Tienes razón, pero por desgracia Sereni no podrá revelárnoslo jamás porque, por lo que sé, fue asesinado junto con su mujer por los nazis, en los momentos finales de la ocupación alemana”.

“Si papá cree que existen estas páginas, ¿crees que habría podido comenzar a buscarlas? No puede ser verdad”.

“Lo creo probable”

Viola se quedó pensativa.

“¿Por qué no hacemos mañana una visita a la iglesia de San Flaviano?”

La voz de Lorenzo la devolvió a la realidad.

“Mañana lunes tengo que estar en la oficina, pero no puedo resistirme a la tentación de visitar ese lugar”

“Si estás encargada de investigar la muerte de De Fugger, en teoría estarías de servicio siguiendo una pista, diría yo”

“No es un mal argumento. Partiremos hacia allí mañana cuando amanezca”.

Y mientras miraba a su alrededor sin un fin determinado su atención se dirigió hacia una mesita al fondo del local donde estaban sentados los dos extranjeros rubios.

“¿Algún problema, Viola? Te veo preocupada”

“No, nada. He visto dos personas que he conocido hace poco”.

Aquella noche le costó coger el sueño repasando los hechos de la jornada.

Finalmente el cansancio prevaleció. Pero no fue un sueño tranquilo para

Viola. Pesadillas inquietantes se apoderaron de su sueño.

Se encontró con su padre sobre la tumba de Defuk que los observaba mientras estaba tumbado en el sarcófago abierto. Ella intentaba con desesperación gritar pero de su boca no salía otra cosa que un gemido inaudible, sin que pudiese avisar a su padre del peligro que se cernía sobre ellos. Cosimo parecía hipnotizado-. Finalmente, con un esfuerzo sobrehumano conseguía coger su mano para tirar de él y sacarlo de allí, pero siempre que se volvía a mirar encontraba a los dos turistas extranjeros que, impertérritos como dos cadáveres o dos maniqués, impedían que se alejase de la tumba.

Se despertó bruscamente, empapada de sudor y con el retrato de un maligno prelado que la miraba desde la pared.

Mientras tanto, en la oscuridad de la habitación de al lado, una mano anónima marcaba un número de teléfono.

“Hola, ¿preparado?”

“Sí”.

“Buenas noticias, todo bien”

“Perfecto. Pero ten cuidado, la fiscal no debe descubrir nada”

“No lo ponga en duda”

XII

Baden Baden, 23 de octubre de 2015

La cita había sido fijada para las once en punto en Karlsruhe Strasse número 25, cerca de una cervecería del barrio.

Había contactado con él por medio de su teléfono móvil, con un número encriptado, un hombre que se había presentado como amigo de Hans Fritz. Obviamente un nombre falso, utilizado por quien tenía la necesidad de “gozar” –por utilizar un eufemismo –de los servicios de James Ladoni. El interlocutor telefónico había señalado a este último una secuencia de dos cifras y dos letras suministrada por la organización intermediaria a la que Ladoni pertenecía.

Un código secreto, distinto en cada ocasión, que garantizaba la seguridad y evitaba posibles intromisiones.

Ítaloamericano, 50 años, perfecto dominio de la lengua italiana, Ladoni había servido en los cuerpos especiales de los Marines desde el año 1985 hasta el año 2008, participando en misiones en Afganistán, Sudán, y en las dos fracasadas invasiones de Irak, ya bajo el mandato del presidente Bush padre, ya cuando estaba en el poder el hijo.

Se había distinguido por su espíritu independiente y su valentía en los principales enfrentamientos con el enemigo, obteniendo cartas de elogio y la promoción, primero al grado de sargento y después a sargento mayor.

La experiencia militar le había enseñado las principales técnicas de neutralización del enemigo, sobre todo en la lucha cuerpo a cuerpo, de las que era un maestro consumado. El asesinato, incluso de manera despiadada, de un hombre por medio del tajo de la vena yugular, estrangulado con un cordel de nylon, fracturar el hueso del cuello con sus propias manos, no representaba ningún problema para Ladoni.

Era sencillamente un trabajo como otro cualquiera; siempre había habido asesinatos en la historia del hombre y siempre los habría.

El inútil, a la par que pernicioso pacifismo de las multitudes llamadas “no violentas”, ya fuesen ateos o creyentes de cualquier tipo de religión, lo irritaba, considerando que era fruto de una hipocresía utilitaria.

En el año 2007 el teniente de su Compañía se había licenciado de los

Marines para entrar en una organización que –le había dicho –se ocupaba de servicios de seguridad industrial. Al año siguiente había contactado con él para proponerle dejar el ejército y trabajar por su cuenta como profesional, ofreciendo sus servicios al mejor postor.

Las prestaciones –no hacía falta precisarlas –preveían la eliminación del enemigo o del presunto enemigo. Esto lo sabía hacer y parecía que en el mercado internacional encargos de este género estaban muy bien pagados.

La Organización para la cual trabajaba funcionaba como un servicio de taxis. La práctica era más o menos la misma. El cliente contactaba con la Organización y esta, a su vez, lo ponía en contacto con el profesional que debía desarrollar el “trabajo”, y retenía a la persona que los contrataba una cierta cantidad de dinero por la mediación. Después el cliente y el “suministrador del servicio” eran libres para ponerse de acuerdo sobre la cantidad de dinero, al contado o a plazos.

La Organización, con la mediación entre cliente y profesional, había cumplido su parte y se le pagaba inmediatamente. Ladoni no sabía quién se encontraba al frente de la Empresa, constituida por una trama impenetrable de sociedades esparcidas por todo el mundo.

Sabía, por otra parte, que su identidad estaba también protegida por un código, conocido sólo por el jefe de la Organización que, obviamente, tenía interés en mantener en secreto los nombres de sus colaboradores.

Ladoni se presentó a la cita con un traje oscuro, una camisa blanca y una elegante corbata rojo cardenal. Más que un asesino profesional parecía un manager de las finanzas o un abogado de la City londinense.

Por otro lado, no era frecuente encontrarse en persona con los clientes y, en todo lo posible, quería dar una imagen de extrema profesionalidad.

Normalmente los contactos se producían por carta, con la foto del sujeto (o sujetos) que debía mantener bajo vigilancia o neutralizar, y un código para la futura transferencia, en una cuenta corriente cifrada que había sido abierta por Ladoni en las Islas Caimán.

Esta vez no había ocurrido de este modo, el cliente había pedido verlo en persona. Obviamente, James Ladoni, bajo la chaqueta y por seguridad, llevaba siempre una *Mágnun P38 special* de cañón largo, además de un cuchillo de asalto dentado de 22 centímetros, escondido en una funda ceñida al tobillo derecho. Pero estas no eran las únicas medidas de seguridad del ítaloamericano. Detrás del ojal de la chaqueta había instalada una potente micro cámara digital que enviaba imágenes a un sofisticado, y minúsculo,

sistema de identificación facial.

Concretando, el aparato estaba conectado via wi-fi con una base de datos suministrada por la Organización, en la cual se incluían aproximadamente tres mil quinientos millones de personas.

Prácticamente todo el mundo excepto, quizás, los aborígenes de Nueva Zelanda o de Borneo, los de la selva amazónica y los componentes de la tribu Masai de África Central,

Y excepto quien –durante su existencia –no se hubiese dejado fotografiar, ni una sola vez, en público o en privado.

Lo más sorprendente era que este sofisticado aparato, que se conectaba con el servidor de la base de datos de la Organización, cuando estaba ante una óptima cobertura con Internet, tenía una velocidad de reconocimiento casi instantánea.

Ladoni entró en la cervecería, el lugar de la cita, llevando en la mano un maletín de color caoba, la señal de reconocimiento que había acordado con el cliente.

Desde el fondo del local, frecuentado sobre todo por turistas, se movió una mujer de mediana edad, de rasgos asiáticos, que se le acercó.

“¿Busca un trabajo?” le preguntó en inglés.

“Sí, quería conocer al empresario” respondió Ladoni, utilizando la frase convenida.

“Sígueme”.

La mujer acompañó al hombre hasta la parte de atrás de un biombo, donde había incluso una vieja cabina telefónica de fichas, ahora ya fuera de uso.

Un anciano caballero, con una espesa cabellera grisácea, lo esperaba sentado a una mesa.

El leve pero perceptible temblor de su mano derecha dejaba intuir la fase inicial de la enfermedad de Parkinson.

“Buenos días” dijo el anciano sin levantarse “¿Es usted el suministrador del servicio?”

“Justo” respondió Ladoni.

Entonces el viejo hizo una señal a la mujer filipina que inmediatamente se acercó llevando en la mano un sobre amarillo que entregó a Ladoni.

“Gracias, Simona” dijo el desconocido. Después, volviéndose a su interlocutor: “Es mi cuidadora, como puede ver soy muy viejo”

Ladoni asintió desganado, preguntándole qué es lo que contenía el sobre.

“Ahí dentro están las fotografías de una muchacha, el nombre y su dirección. Vive en Italia, en Roma. En el sobre encontrará también un pasaje de la Lufthansa para hoy mismo, las 13 horas. Destino: Fiumicino”

“¿Alguna orden en concreto?”

“Debe vigilar estrechamente a la señorita hasta que encuentre las páginas de pergamino. En ese momento tendrá que hacerse con ellas y traérmelas”.

“¿Eso es todo?”

“Le dejo cincuenta mil euros al contado para sus pequeños gastos. En el momento en que la misión se haya cumplido recibirá diez veces esa cantidad”.

“¿Cómo debo comportarme con la muchacha?” le preguntó.

“Creo que el fin justifica los medios. Si opusiese resistencia, neutralízela ¡Quiero esas páginas!”

Los dos, la filipina y el anciano, se despidieron de Ladoni y se alejaron del local.

De vuelta en la habitación del hotel, el “suministrador” se quitó el armamento de encima y conectó el verificador de identidades a su ordenador portátil mediante un pequeñísimo dispositivo USB.

Bastaron unos pocos segundos para ver aparecer sobre la pantalla del PC la frase “Personas identificadas” con las imágenes del hombre y de su cuidadora.

Con un clic sobre la fotografía de la mujer descubrió que se trataba de Elizabeth Corona della Cruz, de 49 años, nacida en Filipinas en Porto Princesa. De profesión: monja de la congregación de las Carmelitas de Mónaco de Baviera, que en la fotografía aparecía con la clásica túnica clara. Además de cuidadora.

El hombre que le había hecho el encargo, poniendo sobre el tapete incluso el posible homicidio de una mujer, era, sin embargo, Maximilian Köhler, obispo de la Archidiócesis de Mónaco de Baviera y de Frisinga, nacido en Ingolstadt en el año 1924. Köhler había sido sacerdote en la basílica dedicada a San Gottardo de Hildesheim en Colonia en el año 1942, apenas cumplidos los 18 años.

Después se había enrolado en la Wehrmacht con el grado de subteniente, en el cuerpo de capellanes castrenses y había participado en la Campaña de Italia. Se había licenciado en el año 1945, después de haber pasado un año en el campo estadounidense de prisioneros de Coltano, en la provincia de Pisa.

Sucesivamente había sido nombrado vicario episcopal de la diócesis de

Norimberga e, incluso, había residido durante ocho años en el Vaticano, con funciones de secretario jefe de la Limosnería Apostólica hasta conseguir el cargo de Obispo de la Archidiócesis de Mónaco de Baviera y de Frisinga.

“¡Caray con el viejo” se dijo Ladoni con una sonrisa sarcástica. He aquí la prueba de su teoría; el pacifismo, el altruismo, la bondad: unas solemnes tonterías. La demostración se la había dado un alto prelado que en público predicaba los principios del amor y de fraternidad entre los hombres y en privado deseaba con ansia la posesión de aquellos “pergaminos”, incluso si debía matar para conseguirlos.

Preparó la maleta con las cosas indispensables y unos pocos objetos de utilidad, después se dirigió al aparcamiento subterráneo del hotel. Mejor no dejar pistas de su paso. Había ya quemado el billete de avión que le había dado el Obispo en el momento en que subió a bordo de su Hammer color plata, partiendo como un rayo hacia su destino: Roma.

Mientras tanto el obispo Massimilian Köhler se encontraba a bordo del Mercedes S600 con matrícula del Estado del Vaticano, conducido por sor Elizabeth, a punto de entrar en la autopista que le llevaría hasta Mónaco de Baviera.

Aislado en la parte de atrás del vehículo, en la mayor privacidad, el prelado se puso a recordar los últimos acontecimientos en los que se había visto envuelto. Dada su edad, no pensaba que le quedase mucho tiempo de vida. Desde que había vuelto a Alemania, en el 45, había cultivado la extraña curiosidad por aquellas dos páginas fotografiadas por el italiano Sereni, que él, de prisa y corriendo, había memorizado mientras las traducía del latín.

Se había apasionado incluso con el estudio del Manuscrito Voynich, al cual parecían que pertenecían aquellas dos páginas. Y había profundizado en la investigación histórica de su antiguo predecesor, el obispo Johannes De Fugger o Defuk, que había vivido en el siglo XI, y de aquellas enigmáticas palabras, contenidas en las dos páginas, sobre aquella sustancia –quizás vino o quizás otra cosa –que podría otorgarle la inmortalidad.

Después, el tiempo, sus compromisos eclesiásticos, lo habían alejado de su pasión secreta, hasta que la noticia, a todas luces sorprendente, de un hombre que se hacía llamar Johannes De Fugger y que había muerto en Roma a consecuencia de una flecha medieval, había reavivado en él su obsesiva curiosidad.

En verdad estaba a punto de cometer una serie de hechos impíos, pensó el prelado. Pero, si sólo existía una posibilidad de impedir el destino

inevitable de cada hombre, la muerte, que ocupaba sus pensamientos a cada momento, debía aferrarse a ella sin dudar.

¡Dios tenía que entenderlo!

Y él serviría a la Santa Romana Iglesia por siempre, como su devoto y humilde servidor.

XIII

Todi – Lunes 26 de octubre de 2015

Putignani y Viola desayunaron en el hotel a las nueve y media, después pagaron la cuenta y dejaron el albergue. La joven intentó por enésima vez hablar con su padre por teléfono. Pero la línea estaba o no disponible o fuera de cobertura.

El que sí estaba activo era el teléfono de la secretaria de la Procura de Roma, que continuaba a buscarla.

“Buenos días, soy Viola Borroni”

“Letrada, el fiscal general Ansani necesita con urgencia que se ponga en contacto con él para el informe del C.S.M³⁴ con respecto al inventario de los productos informáticos asignados a nuestras oficinas. Además deberíamos contactar con el nuevo inspector de la Policía Judicial que el Ministerio ha enviado desde Milán para la unidad Antifalsificación”

“Entiendo, pero debe decirle al fiscal general que por el momento estoy concentrada con el caso De Fugger. Dudo mucho que pueda ocuparme también de otras cosas al mismo tiempo”

La comunicación se interrumpió cuando el Audi TT rojo que conducía Lorenzo entró en un túnel.

“¡No puedo más! No te oculto que comienzo a estar seriamente preocupada por papá. Su teléfono está desconectado desde hace días”.

Lorenzo escuchó con paciencia y en silencio. Más tarde, inevitablemente, durante el resto del viaje, la conversación recayó sobre De Fugger y las circunstancias que todavía cubrían su vida de misterio.

“De aquel hombre no se sabe mucho” afirmó Viola.

“Tampoco se sabe tan poco. Si conoces, por ejemplo, su fecha de nacimiento, el 22 de octubre de 1015. La certeza de este dato se debe al hecho de que él pertenecía a una familia de banqueros de Augusta. En aquellos tiempos los nobles tenían la costumbre de anotar en su “Liber Focorum” el registro de los acontecimientos más relevantes de su familia”

“¿Liber Focorum?”

“Literalmente, “libro de los fuegos”, el libro del núcleo familiar donde

se registraban todos los datos relativos a la familia, incluidos nacimientos, bautismos, matrimonios y fallecimientos de sus componentes”.

“Interesante”

“Está históricamente probado, de hecho, que este hombre asumió efectivamente un cargo cardenalicio o episcopal en el seno de la Iglesia de Roma, y que formó parte del séquito de Enrico V cuando éste se trasladó a Roma y fue coronado por el papa Pasquale II. Sobre su vida existen incluso crónicas póstumas que se remontan al siglo XIII, cubiertas por un manto de leyenda, algunas de las cuales contaban que en realidad el Obispo viajó desde Alemania hasta el corazón de Italia no tanto por seguir a Enrico V, o por lo menos no sólo por esta razón, sino para perseguir un fin personal”

“¿En qué sentido?”

“El prior de la abadía de Cluny, Bernard De Robillant, escribió en su *De Cognitione Maleficarum* que Defuk estaba empeñado en la búsqueda del vino que habían bebido los apóstoles antes de la crucifixión de Jesús. Debido a tan diabólica perseverancia, insistía el prior, tendría que haber sido condenado a la hoguera por brujería. También el abad Anselmo da Aquilea, aproximadamente 70 años después, sobre finales del siglo XII, en su *Dierum Sociis Maeldixi Pulchritudini*, cuenta que en definitiva Defuk había abrazado una teoría herética que ponía en discusión el evangelio de Mateo y de Lucas, y que se fundaba, en cambio, en algunos escritos apócrifos o creencias que contaban que María no había subido a los cielos en Palestina sino que había viajado, junto con el apóstol Juan, a Éfeso. Teorías de semejante índole en aquellos años eran muy peligrosas, te podían llevar directamente a la hoguera”.

“¿Cómo y cuándo murió Defuk?”

“En este punto el misterio se vuelve más intrincado” respondió Lorenzo. “Si damos crédito a la hagiografía oficial, él murió en torno a los inicios del siglo XII a consecuencia de haber bebido demasiado vino. Pero esta historia no me convence porque da una impresión demasiado simplista de aquel hombre”

“¿Por qué Defuk no podía ser un borracho muerto de cirrosis hepática como muchos de su época?” rió Viola y después añadió:

“Quizás no conoceremos nunca la verdad”

“No excluyo que al inicio el Obispo fuese en busca del vino de la Última Cena o del Santo Grial, o de cualquier otra reliquia mitificada en aquel tiempo. Pero después debió de suceder algo inesperado que echó por tierra

sus planes. Es verdad que en las crónicas de la época, y también las póstumas, no indican ni de pasada el hecho de que Defuk muriese por una flecha o debido a una herida”

“Y entonces prevalece la leyenda popular de la muerte debida a la pasión desatada que sentía por el vino, ¿me equivoco?”

“Justo, como en toda buena leyenda existen algunos hechos con rasgos de verosimilitud, o casi. En fin, sobre la lápida sepulcral del Obispo esculpieron dos cálices que hacen creíble, según la creencia popular, la historia oficial de su pasión por el vino”.

Viola lo interrumpió para mostrarle una señal viaria que señalaba su destino. El hombre, después de meter una nueva marcha y seguir la dirección indicada, reinició el discurso.

“El misterio se hace más intrincado incluso sobre la fecha de su muerte. Muchos historiadores piensan que la lápida sepulcral sobre la que está escrita la fecha de la muerte del Obispo es falsa, muchos se arriesgan incluso a afirmar que en la tumba se encuentran los restos de un hombre que no es Defuk”

“No lo entiendo, de verdad que me cuesta entenderlo”

“En primer lugar, el monumento fúnebre” explicó Putignani “está formado por una lastra oblonga de granito y está representada, en un bajorrelieve toscamente esculpido, una persona de abolengo, aparentemente un prelado. Desgraciadamente, arruinada por el tiempo y la erosión constante, actualmente es totalmente ilegible la inscripción original esculpida en la parte inferior de la piedra. El material utilizado, el granito, -y no el mármol, que en cambio se comenzó a usar para las lápidas sepulcrales solamente del siglo XIII en adelante– nos induce a creer que la tumba se remonte al siglo XII”.

“¿Estás diciendo que una zona de la lápida de granito es totalmente indescifrable? ¿Y el resto qué muestra?”

“EST! EST! EST!!! , es la frase que todavía se puede ver. Algunos estudiosos piensan que haya sido añadida más tarde por parte de un cantero listillo, mientras otros historiadores la consideran contemporánea a la tumba. Pero para demostrar que en el sarcófago no está Defuk, siempre sobre la base del estudio hecho sobre la lápida sepulcral de San Flaviano, tenemos el escudo nobiliario, que representa un escudo dividido verticalmente en dos partes con un león rampante a la izquierda y tres bandas horizontales a la derecha. Este escudo no pertenece a la familia alemana de los De Fugger. De hecho los símbolos heráldicos de la familia de banqueros de Augusta eran muy

distintos”.

“Lorenzo, me doy cuenta que has estudiado al personaje muy atentamente”

“Siento muchísima curiosidad por él”

“¿Qué más dicen los historiadores con respecto a esto?”

“Resumiendo, no se han encontrado elementos que relacionen el hombre sepultado en San Flaviano con aquel que la leyenda había conocido como Johannes Defuk. A pesar de esto, los dos enigmáticos cálices, situados sobre los ángulos superiores de la lápida sepulcral, fomentan la leyenda del Obispo en busca del Santo Grial o del preciado vino en él contenido”.

Justo en ese momento el motor del Audi comenzó a perder potencia.

“¿Qué está sucediendo?”

“¡Maldición!” imprecó el hombre mientras del capó del coche comenzaba a salir un vapor blanquecino. Putignani, de mala manera, consiguió dirigir el vehículo hasta la plazoleta del aparcamiento.

“¿Y ahora qué hacemos?”

Lorenzo levantó los brazos desolado, explicando que los pocos conceptos de mecánica rudimentaria que poseía eran de hacía cuarenta años, cuando había tenido que hacer el examen teórico del carné de conducir. Y ahora no le servirían de mucho. Mientras ambos observaban desconsolados la nube de humo blanco que invadía el parabrisas un auto se paró a poca distancia de ellos. Era un Citroen C3 y a bordo iba un hombre de unos cincuenta años que se aproximó para preguntar si necesitaban ayuda.

“En efecto” respondió Lorenzo “una ayuda nos vendría bien. Gracias, es una suerte que haya pasado usted por aquí. Tenemos un problema con el filtro del aceite o quizás con el radiador”.

El desconocido abrió el capó del motor y manipuló durante unos instantes en su interior, demostrando una cierta familiaridad. A continuación sentenció:

“Por desgracia no se equivocaba, es el radiador, existe el riesgo de que la culata del motor se haya fundido”.

“¿Y ahora qué hacemos?” repitió Viola inquieta.

“¿A dónde se dirigen?”

“A Montefiascone” respondió ella.

“También yo voy allí. Suban, les acerco. Perdónenme si todavía no me he presentado, me llamo Stefano”

“Encantada, yo soy Viola, y este es mi tío Lorenzo”

Durante el viaje el hombre les contó que debía quedar en Montefiascone un par de días. Los tres se prometieron buscar juntos un hotel para alojarse.

Alcanzaron su meta aproximadamente dos horas después. Llegaron al hotel Astoria donde, después de las consabidas fórmulas de agradecimiento y convención social³⁵ se despidieron.

Sin tardanza Lorenzo se dirigió al encargado de la recepción para preguntarle a qué distancia estaba la iglesia de San Flaviano.

“A no más de cinco minutos a pie. La iglesia es muy conocida en la zona, basta con salir del hotel y seguir los carteles turísticos de color amarillo, imposible que se equivoquen”

En este momento el teléfono móvil de Viola comenzó a sonar. Era Cosimo.

“¡Papá, por fin! ¿Dónde estás, qué te ha sucedido?”

“Nada grave, tranquila. Pero dime, ¿dónde estás ahora?”

“Estoy en Montefiascone, es una larga historia que ya te explicaré, te estaba buscando”

Estas palabras debieron sorprender a Cosimo Borroni porque durante unos segundos no dijo nada. Al poco volvió a hablar:

“¿En Montefiascone? ¿Qué haces ahí?”

“Papá, no te lo podrías imaginar”

“No lo entiendo, era justo el sitio donde quería que nos encontrásemos lo antes posible”

“¿También estás aquí?”

“Sí, dime dónde puedo encontrarte”

James Ladoni –el conductor del Citroen C3 que se había hecho pasar por Stefano, un comerciante de zapatos –según llegó a su habitación puso en funcionamiento el receptor de onda corta, conectado por medio de ondas de radio con un micrófono diminuto que había instalado en un pliegue del trolley de Viola.

Y se puso a esperar pacientemente.

Pasó casi una hora antes de que desde recepción llamasen a la muchacha para decirle que había llegado Cosimo Borroni.

Lo esperó en la habitación, donde finalmente pudo abrazarlo.

Se había comportado muy duramente con él los últimos años, ahora se daba cuenta. Se le encogió el corazón cuando lo vio tan descuidado y desaliñado, con unos pantalones vaqueros baratos, zapatillas de deporte y un jersey verde militar que llevaba puesto debajo de un plumífero de color azul

desteñido. La barba descuidada lo hacía parecer más viejo de lo que en realidad era.

Cosimo se portó afectuosamente con la hija y simplemente cortés con Putignani, cuya presencia representó para él una sorpresa.

“Deberías estar agradecido a Lorenzo, papá, ya que se ofreció a acompañarme al convento. Hemos estado muy preocupados por ti”.

“¡Ah!” exclamó el hombre. “Habéis estado en Montesanto...”

“Sí” intervino Putignani “nos dio la sensación de que estabas muy involucrado en el caso de Johannes De Fugger”

La mirada de Cosimo echaba fuego. Se volvió hacia la hija y comenzó a decir:

“Viola...”

“Lorenzo me ha contado la historia de vuestras investigaciones cuando erais estudiantes, en compañía de vuestro socio francés, para encontrar el *Manuscrito Voynich*”

Borroni no sabía si sentirse aliviado u horrorizado por lo que le contaba la hija, que de manera extremadamente sintética había resumido los principales puntos del asunto.

“El motivo que me empujó a dejar el convento, hija mía, tiene que ver con De Fugger. No os equivocáis”.

“¡Lo sabía!” exclamó Lorenzo con un hilo de voz.

“Durante mucho tiempo estudié al personaje, valiéndome de la excelente y rica biblioteca del convento, donde pude profundizar en la antigua historia de aquel hombre, después, hace unos días, leí en los periódicos la noticia de la muerte de un tío con el mismo nombre del Obispo y del descubrimiento de una punta de flecha milenaria en su corazón”

“¿Qué relación tiene esto con tú búsqueda, papá?”

“Estoy convencido que el Defuk de la sala de autopsias de Roma es el mismo Defuk del que estudié su vida y su historia”

Que estos razonamientos fuesen el fruto de una hipótesis increíble, que había comenzado a abrirse camino en el pensamiento de Viola, y que ella –de manera racional– había desechado, no la asustaba ya. Lo que verdaderamente la turbaba era que fuese justo su padre, un convencido hombre de iglesia, el que avalase, o al menos pensase que era posible, un hecho semejante.

“Me preocupas, no puedo creer que pienses realmente todo lo que has dicho”

“Sí, parece una locura, no puedo llevarte la contraria. Sin embargo

poseo una serie de indicios que sostienen mi tesis”

Aquella resolución turbó todavía más a la muchacha, que conseguía a duras penas reconocer en él al hombre apasionado de la filosofía racionalista, que le había enseñado el principal y sagrado principio del pensamiento crítico y de la razón acerca de las creencias irracionales y las supersticiones.

“Mil indicios no hacen una prueba, papá. Me lo enseñaste tú”

“No reniego de lo que te haya dicho en el pasado, pero ahora no estamos en la sala de un tribunal. La historia es muy distinta”

“Yo te creo” dijo Putignani que había sido hasta este momento un espectador respetuoso. “¿Cuáles son esos indicios?”

Cosimo explicó las inquietantes analogías que, como piezas de un rompecabezas, se insertaban en un cuadro deductivo más amplio, que permitía entrever no sólo las partes marginales del caso sino una completa y nítida imagen.

Entre los elementos se encontraban: el nombre del hombre, la causa de la muerte determinada por una flecha del siglo XII, la fecha de su muerte que coincidía, exactamente mil años después, con aquella del nacimiento del Obispo, las dudas sobre el hecho de que en la tumba de San Flaviano reposasen los restos de Defuk al cual se debía, con toda probabilidad, la paternidad del manuscrito sin nombre, hoy llamado Manuscrito Voynich. Las teorías más recientes sobre este libro confirmaban el tema central de la inmortalidad, y esto era lo que confería certeza a sus deducciones. Viola se guardó para sí desvelar las últimas noticias recibidas del depósito de cadáveres de Roma, la falta de cicatrices sobre el cuerpo de Defuk y la rápida descomposición física que había ocurrido justo después de la muerte, como si realmente hubiera vivido durante una decena de siglos.

Noticias que habrían avalado firmemente la tesis del padre, y que quizás, pensó, le comunicaría cuando fuese el momento oportuno.

“Pero ¿todo esto qué relación tiene con tu desaparición de Montesanto, papá?”

“Cuando leí en los periódicos la noticia sobre Defuk, decidí abandonar temporalmente el convento y a mis hermanos. Padre Ludovico me reñirá un poco cuando vuelva pero debo descubrir dónde están escondidas las páginas perdidas del manuscrito de Defuk”

“¿Qué piensas encontrar en Montefiascone?” preguntó Lorenzo.

“Es probable que sea en la tumba de Defuk donde se esconden esos folios. Quizás alguien los haya puesto allí”

“No se si te acuerdas, pero estudiamos hasta la obsesión las fotografías tomadas por Guido Sereni antes de la guerra, y llegamos a la conclusión de que el fotógrafo los debió coger del sarcófago” dijo Putignani.

“No creo que se deba dejar nada al azar”

“¿Qué querrías hacer, Cosimo?”

“Quiero abrir el sarcófago esta noche, con vuestra ayuda”.

“Te has vuelto loco, papá, ¿eso se llama profanar un cuerpo, es un delito!”

La muchacha no consiguió contener su desacuerdo y continuó sin darse un respiro.

“¿Cómo te pueden venir a la cabeza tales ideas?”

“Viola, por favor no te indignes, y no me nombres el Código Penal. Esta es una circunstancia excepcional, importantísima por cuanto atañe a los fines científicos e históricos” intervino Lorenzo Putignani.

“De hecho, hija mía, el cadáver de Defuk, o de quién esté allí dentro, te lo aseguro, no será vilipendiado. De otro modo, las prisiones estarían llenas de historiadores, investigadores y de responsables de expediciones arqueológicas”.

“Cosimo, iré contigo”

Lorenzo en estos momentos tenía el rostro encendido por la excitación.

Viola ya no sabía qué hacer, qué decir para disuadir a aquellos dos locos de cumplir con su propósito. Estaba desarmada.

Los dos abogados. Para ellos no se considerarían ni siquiera las atenuantes genéricas una vez que estuviesen en el banquillo de los acusados, reflexionaba. ¡Profanar una tumba! Se esperaba todo del futuro menos esto. Por aquellos delitos, si todo iba bien, podía sufrir una imputación por complicidad. Si iba mal podría venirle encima el agravante de asociación con delincuentes.

“Escucha, Indiana Jones, ¿siquiera te das mínimamente cuenta de cuáles podrían ser las repercusiones sociales y las consecuencias penales si os cogiesen en flagrante delito? ¿No piensas en mí? Estáis como cabras y yo no os quiero escuchar más”

En la habitación cayó un silencio de ultratumba que les hizo reflexionar. Al poco Viola sin poder contenerse dijo:

“¡Yo soy una representante de la Ley no una ladrona de tumbas!”

Cosimo se mantuvo en sus trece, también porque era respaldado por su socio que se adhería a cualquier afirmación que dijera.

“¡Qué ladrona de tumbas ni qué gaitas! Se trata de una expedición científica. Y si encontramos algo, te lo puedo asegurar, se lo daremos a las autoridades competentes”

Lorenzo, intuyendo un momento de incertidumbre en la muchacha, añadió:

“Si lo que quieres ver es el aspecto secundario criminal en esta operación, consideremos lo siguiente: dado que estás en pleno desarrollo de la investigación, estás autorizada, lo sabes, a llevar a cabo incluso acciones que en otras circunstancias podrían ser consideradas como delito. Así que, introducirse en una iglesia y abrir un antiquísimo sarcófago, aunque sea un acción reprobable, está justificada si tenemos en cuenta que la investigación de ello está relacionada con el homicidio de un hombre”

“Así es, hija mía” confirmó Cosimo.

“Por otra parte, sin tu ayuda la misión podría fracasar y piensa en los problemas que podría tener tu padre. Contigo, en cambio, que estás siguiendo una pista sobre la misteriosa muerte del desconocido del Gemelli, la acción de esta noche podría adquirir un sentido legal”

Lorenzo Putignani esbozó una extraña sonrisa.

“Eres diabólico, no lo habría jamás imaginado”

Cosimo la miró suplicante.

“¡Hazlo por mí, Viola! He perseguido la solución de este misterio durante toda mi vida. Ahora que siento que estoy cerca de la solución, no me niegues la oportunidad de conocerla”

La muchacha titubeó, intentando contener la rabia que quería explotar. Después dirigió una mirada a su padre y casi le dio pena.

“Vale, lo haré por ti”

El hombre cogió la oportunidad al vuelo y explicó:

“Bien, escuchadme, entraremos en la iglesia de San Flaviano dos horas después de que haya tenido lugar la última misa. Más o menos sobre las veinte y una horas, después esperaremos a que don Antonio haga su recorrido diario de recogida del dinero de los cepillos de las limosnas, y es en este momento cuando podremos acceder a la tumba”

“Conoces el nombre del párroco y sus movimientos habituales” observó Lorenzo.

“Durante estos días en que he estado desaparecido me he ocupado de estudiar el lugar para elaborar un plan”

“Perfecto, ahora tenemos incluso el agravante de premeditación” dijo

Viola abriendo los brazos en señal de rendimiento.

Lorenzo Putignani y Cosimo Borroni no fueron los únicos complacidos en haber convencido a Viola de seguirlos en la alocada empresa. Una sonrisa triunfal apareció en los labios de James Ladoni que escuchaba la conversación por medio de un sofisticado aparato de interceptación ambiental mientras estaba cómodamente sentado en la butaca de su habitación, a no más de treinta metros de aquella donde se encontraban Cosimo, Lorenzo y Viola.

“¡Perfecto!” exclamó.

En cuanto aquellos tres encontrasen los folios se apoderaría de ellos.

Volvió a pensar en la cifra que le había prometido el Obispo de Mónaco, y en la importancia –ahora también él estaba al corriente –de las páginas del manuscrito del cual, hasta el momento, no había oído hablar. Sería más inteligente, meditó, dejar que los tres encontrasen los pergaminos y descubriesen qué diablos contenían que fuese tan importante como para obligar a un fraile a destapar una tumba y a un obispo a pagar 500.000 euros para poseerlos.

En el momento justo intentaría extraer el máximo beneficio pidiendo al prelado alemán diez veces la cantidad que le había ofrecido.

En el restaurante del hotel, Lorenzo, Viola y Cosimo cenaron sin ganas y a las veinte y cuarenta y cinco minutos salieron del hotel para ir hasta la basílica. Había comenzado a llover, no muy fuerte pero sí lo suficiente como para convertir las calles escasamente iluminadas del centro histórico en poco hospitalarias. Recorrieron en silencio Via Butinale sin encontrar un alma. Al llegar a la intersección cogieron Corso Cavour y Via San Flaviano, hasta llegar a la iglesia de San Flaviano Mártir, considerada incluso basílica. Se trataba de un edificio medieval, construido en el año 1032 sobre la antigua Via Francigena. Para alcanzarla se debía recorrer una rampa externa lateral que conducía a terreno consagrado y en pendiente, y después al portal gótico. En la oscuridad la iglesia, de piedra negra, había adquirido una imagen cuanto menos siniestra.

Ahora que estaban allí debían encontrar la manera de introducirse en el antiguo edificio sin ser descubiertos.

Desde la otra parte de la carretera James Ladoni observaba la escena desde la penumbra de un kiosco de revistas cerrado. Encendió un cigarrillo y la llama del mechero iluminó a un hombre gitano que, a poca distancia, lo observaba amenazante.

Después de algunos segundos de sorpresa, el asesino se movió lo justo

para meter miedo al gitano que extrajo una navaja que comenzó a blandir en la dirección del ítaloamericano.

Los dos se enfrentaron en silencio.

Ladoni, más joven que su adversario, podría haber huido y nadie habría salido herido. Pero estaba allí para cumplir una misión muy concreta y el gitano estaba en el lugar y en el momento equivocado.

Fue muy fácil para él dar una rápida y a la vez dolorosa patada al codo derecho del gitano, provocando que saliese volando la navaja.

Antes de que este pudiese emitir un grito cayó encima de él. Mientras lo mantenía contra el suelo con todo el peso de su cuerpo, le oprimió con una mano el cuello y con la otra le tapó la boca, y acercándose a una oreja le susurró:

“Si te dejas marchar, ¿juras que te irás sin decir a nadie que me has visto?”

El hombre, aterrorizado, dijo que sí con un movimiento de la cabeza.

“Genial, quedas libre” dijo Ladoni, después cogió el cuchillo de asalto y se lo metió en un ojo.

“Ahora eres realmente libre. Te puedes marchar, si crees que puedes hacerlo”

La sangre del cuchillo se estaba diluyendo con el agua de lluvia que ahora ya descendía copiosamente sobre la ciudad. El asesino limpió la hoja pasándola un par de veces sobre la vestimenta empapada del cuerpo inerme del gitano. Después, casi sin esfuerzo, lo cogió por los pies para arrastrarlo a algunos metros de distancia, donde estaban aparcados algunos coches.

Miró alrededor en busca de un lugar donde esconder el muerto.

Enfrente de él estaba aparcado un Jeep Renegade negro, con los cristales tintados y matrícula extranjera.

No podía dejarlo allí, pensó. Podía ser el automóvil de unos turistas que podrían volver de un momento a otro.

Mejor la fila de coches con matrícula italiana aparcados en batería sobre la parte derecha. Escogió dos coches particularmente poco distantes el uno del otro y puso el cadáver en medio de ellos.

Los tres corrieron furtivamente hacia la entrada principal de la basílica. Cosimo fue el primero en arrimarse al antiguo portal.

“¡Todavía está abierto! ¡Deprisa, entremos!”

Viola, que los seguía como si fuese un robot, cerró a sus espaldas la pesada puerta que conducía al interior de la iglesia.

Llegó hasta ellos un sonido estridente para nada tranquilizador. Parecían estar en una escena de un film de Alfred Hitchcock o de Dario Argento.

“¡Vete a saber desde hace cuanto tiempo que alguien no se ocupa del mantenimiento de las bisagras del portón!” pensó, antes de meter un pie en la iglesia.

XIV

Mons Faliscorun (Montefiascone) – 19 de septiembre del Año del señor de 1104

La puerta de la basílica de San Flaviano se había cerrado a sus espaldas produciendo un sonido estridente, un sonido siniestro, para nada tranquilizador.

Evidentemente, pensó el obispo Johannes Defuk, el maestro herrero que había fabricado las bisagras de la puerta debió cometer un error de diseño o, simplemente, aquella bisagra debería ser lubricada con un poco de grasa.

Es extraño como a veces no nos paramos a considerar que el mismo suceso que vivimos en el momento presente, o el mismo pensamiento, o la misma emoción, incluso la más íntima, no nos pertenece totalmente, que pueda ser patrimonio de todos, que haya podido ser vivida, por otros hombres, en distintas épocas, antes de nuestra llegada a esta tierra o después de nuestra inevitable desaparición.

Esta era la sensación que había sentido Defuk al escuchar el sonido estridente del portón.

Era un bonito día de septiembre, el diecinueve exactamente, del año del Señor de 1104, demasiado cálido para estar tan próximo al otoño. Una estación que, buscando una similitud con las estaciones de la vida, Johannes había ya superado desde hacía mucho tiempo, ya que había sobrepasado el invierno de sus años. De hecho había cumplido hacía poco los ochenta y nueve. Muchos de sus coetáneos yacían en la tumba, pero él no era como los otros, todavía se sentía poderoso y, desde lo alto de su cargo de Obispo de Augusta, en Alemania, imbuía en el pueblo y en los dignatarios de la corte imperial un fuerte respeto, e incluso un temor reverencial.

Sin embargo, para quien lo conocía, el obispo Defuk era de todo excepto un hombre despótico o de escasa sensibilidad. Más alto de lo normal, con un físico todavía musculoso, por la mañana solía dar largos paseos a caballo mientras que después de comer ponía al día las tareas administrativas de sus feudos ayudado por su secretario Martino, o también impartía la Santa Misa en las basílicas e iglesias que se lo pedían. Viajero entre los viajeros, peregrino entre los peregrinos.

En verdad su familia, originaria de Augusta, compuesta en su mayor parte por banqueros –los Fugger –habría querido que fuese condotiero del ejército imperial.

Era cierto que Johannes había endosado la cota de malla y la armadura con los pendones de los Fugger y había combatido en la batalla de Civitate el 18 de junio de 1053, donde, por desgracia, las fuerzas imperiales y pontificias, de las cuales formaba parte, habían sido derrotados por los normandos de Roberto el Guiscardo que había, además, hecho prisionero al Papa Leone IX.

Había seguido al emperador alemán Enrico IV, incluso cuando se había aliado con el emperador bizantino y con el antipapa Onorio II para combatir otra vez contra los Normandos en Calabria y Puglia. Pero, si había empuñado la espada, había sido por una buena causa, servir a la Iglesia Cristiana.

Hacía ya tiempo que había regresado a Italia y ahora pasaba una temporada en un castillo ubicado en el lugar más alto de Montefiascone, cerca del lago de Bolsena, como huésped de Bobone Orsini. Había aceptado de buen grado la petición de Enrico V de seguirlo a Roma para su coronación como Emperador del Sacro Romano Imperio con la anuencia del Santo Padre.

Su plena lealtad a la Iglesia de Roma y al Papa Pasquale II no le impedía mantener, en el interior de su corazón, una visión de los dogmas cristianos más libre y menos ortodoxa que la que propugnaba el clero.

Defuk seguía con interés las tesis místicas de Amalrico di Bena. Según él, Dios era la esencia fundamental y originaria de todo lo que existe en la tierra. Sus discípulos habían llegado a la conclusión de que “todo es divino”, que “todo es bueno”, que no existe diferencia entre el bien y el mal.

Pero si el bien y el mal en lo esencial no eran contrarios, entonces la vida y la muerte tampoco eran distintas.

Amalrico estaba convencido de que la madre de Dios, María, había preservado de la destrucción el vino de la Última Cena, con el fin de que el apóstol Juan lo ofreciese a la humanidad como el triunfo de la vida sobre la muerte. A causa de esto Amalrico había sido condenado por herejía por un sínodo que tuvo lugar en París. Pero, debido a que en el momento en que fue sentenciado él ya estaba muerto, los jueces habían ordenado desenterrar el cadáver porque era indigno de reposar en terreno consagrado.

Estas teorías eran demasiado peligrosas para ser pronunciadas públicamente.

Por mucho menos, hombres y mujeres, que habían acabado en la

hoguera, habían sido denunciados y procesados por los tribunales de la Santa Inquisición por herejía.

Unos pensamientos parecidos acompañaron a Defuk en su recorrido por la nave central de la basílica de San Flaviano hasta el altar mayor, donde un joven clérigo lo esperaba para la misa de primera hora de la tarde.

Al finalizar el rito religioso, apenas había descendido del púlpito, un paje se acercó hasta él: “Reverendísimo Padre, mi dueña, la condesa Vannoza Cantelmi del Cangrande, desearía hablar con su santa Señoría, y le pide si sería posible que le concediese una audiencia privada”

El Obispo, en aquellos días, estaba absolutamente concentrado, más que en otras épocas, en una búsqueda que desde hacía mucho le obsesionaba. El vino. Pero no un vino cualquiera.

El vino que Jesús había dado a sus discípulos y que, la Santa Virgen, había llevado a Efeso, como contaban algunas crónicas de la época, aunque este hecho no había sido transcrito en los evangelios de Lucas, Mateo, Juan y Marcos.

Creía en aquella leyenda que confirmaba las teorías de Amalrico.

Sus cabalgadas matutinas se desarrollaban a través del recorrido de la Via Francigena, acompañado por su siervo Martino que lo precedía como si fuese un guía imperial, mientras seguían itinerarios que eran fruto de estudiadas reflexiones.

Sus inspecciones del territorio habían comenzado a partir de Siena donde el camino pasaba cerca de la ciudad. El largo camino los había llevado hasta el ducado de Montefiascone donde se habían establecido hacía cuatro meses.

Durante el recorrido habían encontrado todo tipo de personas: peregrinos que se dirigían a Roma para visitar las santas reliquias de San Pedro y para conocer al Papa; caballeros y militares bizantinos retornados después de pelear en feroces guerras que, vencidos por los normandos, volvían a sus feudos, siempre que estos no hubiesen pasado a las manos de Roberto el Guiscardo; malhechores del bosque, bandidos, que no tenían escrúpulos en asesinar hombres, mujeres y niños, para poder apropiarse de sus escasas posesiones. Y también anacoretas que se autoflagelaban, mientras profetizaban el inminente fin del mundo.

Sin embargo siempre había conseguido proteger las tablillas escritas en griego y arameo encontradas durante el asedio de Orvieto, en una escaramuza contra los Normandos, dos años antes.

Herido en un brazo se había refugiado ensangrentado, en una choza encontrada casi por casualidad en la pendiente del monte Celso, cerca de Bolsena.

Había sido hospedado y cuidado por Brunilde y por sus dos hijos Jacopo y Fiammetta, que habitaban en la casa.

El marido de la mujer, Bartolomeus, de profesión herrero y carpintero, había trabajado a sueldo un año antes para el Duque Gerolamo Manfredi, llamado también El Duque de la Sangre Amarga, y había muerto en la guerra.

El Obispo, en reconocimiento por haberle salvado la vida, había regalado a la viuda seis monedas de oro y ella, agradecida, conociendo la fama de Defuk y su pasión por las reliquias, le había mostrado aquellas tablillas de barro que el marido había encontrado algunos años atrás.

Interrogada sobre el lugar en que las había encontrado Brunilde le había respondido que no lo sabía porque el marido no había querido nunca revelar el lugar. Decía que era la cueva del diablo. Mientras dormía, una noche que Bartolomeus había tenido pesadillas, había farfullado algo sobre una caverna y sobre nichos llenos de huesos. Pero no había conseguido entender dónde las había encontrado. ¿Sería una catacumba?

Esto Brunilde no lo podía confirmar. El matrimonio, dado que no sabía leer, no había comprendido qué había escrito en las tablillas, de todas formas las habían guardado celosamente.

Le dio vueltas al asunto mientras se las mostraba. Había traducido el texto que hablaba de un matrimonio que había llegado hasta las costas del Imperio Romano de Oriente desde un país muy antiguo.

¡Sus nombres eran Johannes y Marhya! ¿Una coincidencia? ¡No! No podía serlo, estaba convencido. El texto hacía referencia al Monte Solmisso.

Aquel monte estaba muy cerca de Efeso. De todas formas, durante la temporada que pasó en la casa de Bartolomeus, había sentido curiosidad incluso por una tercera tablilla, encontrada junto a las otras dos, pero escrita en una lengua desconocida.

En la parte de atrás se podía ver todavía, aunque un poco desvaída, la imagen de una mujer vestida con una túnica azul turquesa, a bordo de un extraño barco –sin velas ni remos –, de aspecto fusiforme, que navegaba hacia una isla grandísima, totalmente desconocida para él.

Aquella figura femenina no podía ser la Santa Virgen, porque la tradición decía que el apóstol Juan había muerto poco tiempo después de la ascensión de María a los cielos.

Por lo tanto aquella mujer sin un compañero de viaje, debía ser alguien que no tenía nada que ver con San Juan y la madre de Jesús, de otro modo – junto a ella –habría sido dibujada una figura masculina.

Aparte de aquella tercera tablilla –de contenido muy misterioso– Defuk estaba convencido firmemente de la veracidad de las profecías de Amalrico y de la leyenda de la Virgen y San Juan que se habían transferido desde Palestina a Efeso. Desde ese momento, y en secreto, con el fiel Martino, habían recorrido la Via Francigena a lo ancho y a lo largo, manteniendo como punto central Montefiascone.

Para no provocar habladurías, e incluso sospechas entre la población y los órganos de gobierno eclesiásticos, se había inventado la estratagema de la búsqueda de un vino de calidad.

Apartando de la mente aquellos recuerdos, volvió con el paje que, todavía inclinado, esperaba una respuesta con respecto a la audiencia pedida por la señora Vannoza.

“Comunicad a vuestra Señora que podré recibirla dentro de tres días, a las cuatro de la tarde”.

El siervo, después de hacer una rápida reverencia, abandonó la nave de San Flaviano.

Al lado del portal mayor, delante de la pila de agua bendita, esperaba su secretario Martino de Buchenwald, fiel servidor, y si había necesidad escudero del obispo Defuk. Viendo que se dirigía hacia la salida, Martino se le anticipó, y fue a soltar los dos caballos que estaban atados en el exterior.

Volvieron juntos al castillo de Montefiascone, propiedad de Bobone Orsini, su anfitrión por puro interés. Orsini quería congraciarse con el Emperador Romano de Occidente, y para conseguirlo había ofrecido una estancia ilimitada en su castillo a uno de sus más estrechos dignatarios, el obispo Defuk.

Johannes no llevaba muy bien la arrogancia del Duca, pero aquel acuerdo por ahora le era muy útil.

Debía quedarse en el feudo de Montefiascone para alcanzar una meta mucho más importante y fundamental: encontrar el vino de la Última Cena

Bobone Orsini había organizado un banquete invitando, además de a Defuk, a algunos nobles italianos, franceses y alemanes que deseaban compartir con el Duca una iniciativa muy ambiciosa. Querían ofrecer sus servicios militares al Papa y marchar hacia Jerusalén para liberarla de los musulmanes infieles.

El proyecto, dado que los caballeros tendrían que recubrir sus armaduras con túnicas blancas con un dibujo de la efigie de la Santa Cruz, se llamaría Cruzada.

Aquella tarde, la sala central del castillo de Montefiascone fue engalanada para el banquete. Una enorme chimenea, tan grande como una habitación, sobre la cual sobresalía el emblema de los Orsini, estaba iluminada por el fuego que crujía bajo una gran olla de cobre donde se estaban cocinando lechones en un caldo de coles y miel.

Para la ocasión se habían asado en espetones dos cerdos y un ciervo, cazado en los territorios del feudo de los Orsini, sobre los que se habían esparcido azúcar y tocino con el objetivo de que la piel resultase crocante y dorada. Y también aves salvajes y diez liebres.

El Duca había también mandado cocer ciento cincuenta bollos de pan, algunos rellenos de nueces, otros de castañas. El vino, rojo o blanco, sería servido por medio de dos barricas que la servidumbre había ya transportado desde las bodegas directamente hasta la sala de las libaciones.

Para conseguir que la sala fuese más espaciosa fueron sacadas y puestas en la otra ala del castillo las dos armaduras del Duca, las cincuenta picas de su escolta privada, además de ballestas, arcos y espadones, que componían la armería ducal.

Fue dada la orden de iluminar el salón como si fuese de día, con cincuenta antorchas que pendían de las paredes y que se unirían al inmenso candelabro de hierro batido, de forma octogonal, que pendía del centro del techo sostenido por robustas cadenas. Para poder colgar las antorchas fue quitado el gran tapiz con los colores verde, marrón y rojo vivo, que simbolizaban a San Jorge en el momento de matar al diablo con figura de dragón. Emblema que fue puesto sobre la pared que había enfrente de la chimenea, y que había pertenecido a los antepasados de Bobone, los cuales habían vivido antes del año 1000.

Se prohibió a las dos sirvientas que cuidaban del pequeño Ildebrando, el único heredero, por el momento, de Bobone Orsini, de pasear por la sala con el chiquillo. Y la misma prohibición se impartió al resto de la familia y siervos, salvo aquellos que debían servir a los comensales.

En cambio dejaron entrar a seis músicos, que acompañarían con baladas y sonatas, las poesías recitadas por Bernart de Ventadour, un trovador provenzal que había llegado desde la corte de Leonor de Aquitania y Anjou. Los músicos y el cantante fueron colocados justo enfrente de la chimenea.

Finalmente, cuando las campanas avisaron de la llegada de la primera hora después del anochecer, comenzaron a llegar al castillo los primeros invitados.

Entre ellos, sobresalían por prestigio e importancia de su linaje, el duque de Todi, Manlio Della Scala, el duque de Sajonia Friedrich Hohenzollern, el picardo Bertrand Dejust, también llamado “El Conde de las dos espadas” porque durante las batallas acostumbraba a empuñar dos espadas de doble filo.

Llegó incluso Defuk, formalmente el vicario papal, que bendeciría la cena.

Cuando todos los nobles estaban ya acomodados en torno a la larga y estrecha mesa de madera maciza, semejante a la utilizada en los refectorios de los conventos, entonces Bibione presentó a todos a su mujer, la duquesa Raimonda Cantelmi, que estaba acompañada por sus damas.

Raimonda, a pesar de tener ya treinta años, era todavía una mujer muy agradable e ingeniosa, que sabía responder con mucha cabeza, inteligencia y cultura a las adivinanzas maliciosas propuestos por los juglares y los trovadores, a menudo huéspedes del castillo.

La Señora Raimonda poseía una rarísima cualidad, contraria a los principios imperantes entre su clase social: sabía leer y escribir.

De todas maneras era una pálida luz en comparación al sol que representaba su hermana Vannoza, once años más joven que ella y que había ya enviudado.

Bobone Orsini pidió un momento de silencio a los vociferantes huéspedes y anunció en tono solemne:

“Amigos, compañeros de armas Antes de adentrarnos en la descripción de la misión que, bajo el estandarte de Cristo, queremos llevar a cabo y que se llamará Cruzada, deseo establecer un día de fiesta en vuestro honor. Fiesta que sellará este nuestro pacto con un torneo que se desarrollará en la plaza del pueblo”

Ante esta noticia todos los caballeros gritaron entusiasmados.

Después el duque de Sajonia Friedrich Hohenzollern, dominando con su potente voz los gritos de los otros comensales, preguntó: “¿Cuál será el premio para el vencedor, noble Orsini?”

Bobone, levantándose con aires de superioridad, respondió:

“¡La mano de la condesa Vannoza Cantelmi del Cangrande!”

Se hizo el silencio en el salón. Tan sólo se escuchaba el crujido de los

lechones en la cazuela bajo el fuego de la chimenea. Ninguno de los presentes podría haber negado que la propuesta del Duca los sorprendió de manera inesperada.

La joven y bella Vannoza era la viuda del conde Ascanio del Cangrande, muerto a traición a puñaladas un año antes, mientras regresaba, en las primeras horas de la mañana, solo, a su palacio de Bolsena. Las malas lenguas habían dicho enseguida que había sido el cuñado quien había urdido la trampa. En efecto Bobone Orsini había convocado al duque Ascanio en el castillo de Montefiascone, pidiéndole que se personase urgentemente.

Este se había presentado con dos soldados como escolta, pasando allí la noche.

De qué hablaron los dos nobles, nadie lo supo jamás. Es cierto que los dos guardias, a petición del propio Ascanio, que regresó solo, se quedaron en el castillo. Después ocurrió el homicidio.

Vannoza, la mujer de Ascanio del Cangrande, era un espíritu rebelde pero temerosa de Dios y fiel sirviente de la Iglesia.

De todas formas compartía, con una especie de tácita correspondencia de pensamiento, las dudas de fe que habían asaltado también a Defuk.

En más de una ocasión, ella y el prelado, habían disertado de filosofía, de lógica y de teología, desembocando a menudo en temas religiosos.

Defuk repetía los dogmas irrefutables de los evangelios pero, de esto Vannoza se había dado cuenta, con ciertos matices de comprensión tales que podía intuir que el Obispo experimentaba sus mismas tribulaciones espirituales.

“En fin, mi señor Bobone, ¡esta propuesta es demasiado atrayente como para que yo no participe y no venza la prueba enfrentándome a todos estos nobles caballeros!” gritó el conde Berengario Fortebraccio, un soldado mercenario que se había ganado el título de nobleza en la guerra contra los sarracenos. A aquella adhesión al torneo siguieron entusiastas las de los otros caballeros que todavía no se habían casado. A decir verdad incluso de algunos que ya tenían esposa pero que estaban más que dispuestos a convertirse en viudos de buena gana si el premio era la mano de la condesa.

“Será sobre esto de lo que me quiere hablar la señora Vannoza” pensó Defuk.

Mientras tanto se oían los versos y la música de Bernart de Ventadour, que después de haber declamado la gesta de Carlomagno contra los sarracenos, había interpretado una balada melancólica inspirada en una

castellana³⁶ que había muerto con el corazón roto mientras esperaba la vuelta de su amado, que había ido a la guerra contra los normandos.

“¡Basta ya de tristeza, juglar! ¡Canta algo más alegre!” ordenó Orsini al trovador provenzal, bajo la mirada irritada de la duquesa consorte Raimonda.

Entonces los músicos, acompañados por flautas, laúdes y panderetas, comenzaron a entonar sonetos y baladas celtas y sienesas en honor de los nobles –sajones y de Baviera– huéspedes del Duca.

La música alegre y la noticia del torneo caballeresco excitaron a los comensales, que comenzaron a acompañar las canciones con palmas. Quien había dejado la mesa para ponerse a bailar con las damiselas de la señora Raimonda, era remplazado –en el incontrolable consumo de libaciones– por otros caballeros, ya concentrados en devorar faisanes con uvas pasas y ciruelas, cerdos y otros manjares. La fiesta continuó hasta bien entrada la noche mientras se hablaba sobre los pronósticos del torneo que en breve se disputaría en la Plaza de Montefiascone.

XV

Mons Faliscorun (Montefiascone) – 20 de septiembre del Año del Señor de 1104

A las cuatro de la tarde, mientras Johannes Defuk –en el jardín del castillo –estaba absorto en la lectura de las *Confesiones* de San Agustín, un sirviente del Duca le anunció la llegada de la señora Vannoza.

La mujer se presentó vestida con un preciosa túnica verde esmeralda sobre una camisa de seda roja. La acompañaban dos sirvientas que permanecieron a distancia.

“Su Excelencia me perdone si he pedido con urgencia el poderlo ver, pero se trata de una cosa muy importante y demasiado delicada” dijo Vannoza haciendo una reverencia.

“Estoy a vuestro servicio. ¿De qué se trata?”

“¿Su señoría ha escuchado ayer los planes de mi señor Bobone con respecto a mí?”

“Os quiere dar como esposa al vencedor del torneo”

“¡Mientras estoy todavía de luto por mi amado marido, muerto a traición!”

“Por desgracia nadie podrá devolver la vida a vuestro marido, mi señora, ni siquiera el dolor que sentís. Bobone Orsini es ahora vuestro tutor, y por vuestro bien y también el de vuestro linaje, cree oportuno encontraros un nuevo y devoto marido, que os ame y que sepa administrar los bienes y las propiedades que os pertenecen”

“Sólo se trata de una maniobra de conveniencia. Atiene al interés de Bobone solo de él”

“Estoy seguro que os interesa a ambos, a vos y a él, querida”

“¿Y si os dijese que sospecho que el asesino de mi marido haya sido justo él, que envió a sus sicarios para matar despiadadamente a traición a Ascanio?” continuó con ímpetu la mujer.

“¿Y si os dijese que mis esponsales traerán, inevitablemente, una dote en dinero y otras prebendas de las que se beneficiará, no ciertamente mi linaje, Excelencia, sino mi tutor Bobone Orsini?”

Vannoza decía la verdad y Defuk lo sabía.

“Así es nuestro mundo, no podemos hacer nada. Son las reglas del juego”

“¿Me queréis dar a entender, Excelencia, que aunque vos seáis el representante en la tierra de Nuestro Señor no podéis hacer nada en mi favor?”

Dado que Defuk parecía no querer tomar posición sobre el problema que tanto afectaba a Vannozza, esta jugó su última carta.

“Sea, mi señor; en las conversaciones que tengo celosamente guardadas en mi corazón, vos más de una vez me habéis hecho partícipe de los tormentos espirituales que os afligen...”

Vannozza dejó en suspenso la frase como si quisiese medir el efecto de aquellas palabras sobre el Obispo.

“¿De qué tormentos habláis?”

“Siempre habéis encontrado en mi una devota confidente de vuestros pensamientos e incluso yo soy propensa a creer en la existencia de una verdad más allá de aquella de los Santos Evangelios”

“¿A qué os referís?”

“¡Por favor, Eminencia! Sabéis muy bien de qué cosa os estoy hablando, sobre aquellos Evangelios que cuentan una historia distinta sobre la ascensión al cielo de la Santa Virgen. A las tesis de Amalrico de Bena” susurró la mujer.

“¡Callad, por el amor de Dios! No sabéis la sarta de tonterías que estáis diciendo... y encima en presencia de un ministro de Cristo”.

“No son tonterías y sé que incluso vos pensáis lo mismo que yo, que soy una pobre pecadora”

“Recordad, hija mía, que cuando la inteligencia no está al servicio del diablo o de la mala suerte por culpa de los hombres, sólo Dios podrá juzgar”

“Vuestras palabras, Eminencia Reverendísima, son la expresión de mi pensamiento porque también en mi se alimentan las dudas sobre la observancia de las santas escrituras”

Un pesado silencio cayó entre ellos, después Vannozza dijo:

“Conozco vuestro secreto, señor”

“¿Qué queréis decir?”

“Estáis buscando la bebida ofrecida por Jesús a los doce apóstoles. La sangre de Cristo, un vino que según la leyenda daría la inmortalidad”

El hombre le lanzó una mirada llena de sospechas. ¿Cómo lo había sabido?

“Un día os parasteis en un bosque cerca de Bolsena para abreviar los caballos, estabais con vuestro siervo Martino. Yo estaba allí, a pocos pasos de

vosotros. Recogía hierbas medicinales que me había enseñado Calandra degli Uberti, una mujer del pueblo”

Aquel nombre suscitó un escalofrío en Defuk. Conocía a Calandra, porque una tarde del mes de junio había socorrido a un chiquillo en una calle del pueblo, que había sido tirado por tierra por un caballo desbocado de un soldado de Bobone. Parecía que el pequeño fuese en las postrimerías de la muerte debido a una profunda herida que tenía en la cabeza. Pero Calandra, que intervino rápidamente para encontrar la manera de mantenerlo con vida, pidió a los padres que recogiesen algunas hojas y raíces de algunas plantas presentes en el bosque de Bolsena. Había preparado una decocción, la había dado a beber al pequeño que pocos días después sanó. No había quedado rastro del hematoma.

Desde aquel momento se habían empezado a difundir palabras maldicientes sobre la mujer, fomentadas por las comadres del pueblo que sostenían que Calandra participaba en ritos orgiásticos con el diablo y que el niño en realidad era hijo suyo y del demonio.

Había tenido que intervenir el obispo Defuk, que había calmado los ánimos ordenando a Calandra que cruzase las piernas. La joven, obedeciendo, había demostrado no poder ser una bruja porque las brujas tienen miedo de la cruz.

Después, para tranquilizar definitivamente a los villanos³⁷ supersticiosos, había ordenado a Calandra presentarse en la villa en el cruce de San Martino, el 24 de junio, y como enseñaban las prescripciones de Santa Valburga, había hecho apoyar el mentón de la mujer sobre los dientes de una horca³⁸.

Dado que el mentón había sangrado copiosamente, Calandra no podía ser acusada de brujería. Estas pruebas habían calmado el ímpetu de los más excitables que no conocían las prácticas del momento en los países alemanes, donde las mujeres sospechosas de brujería eran sometidas a la ordalía del río. Atadas y metidas en un saco, las tiraban a un río. Sólo si sobrevivían se demostraba su inocencia, presuponiendo que Dios no habría permitido su muerte.

“¿Cómo conocéis a Calandra?” preguntó Defuk.

“Esa mujer me ayudó cuando mi marido murió y yo creí enloquecer. Cada noche era presa de pesadillas atroces. Me curó con sus decocciones que provocaron en mí una serenidad beneficiosa, tanto de espíritu como del

cuerpo”

“De todos modos, mi señora, veré cómo puedo ayudaros, pero os ruego que me creáis cuando os digo que la empresa de lograr que Bobone desista de sus intenciones será ardua”

Vannoza cogió las manos del Obispo y se las besó: “Os estaré eternamente agradecida. Rezaré a Dios por vos, Eminencia, porque sois un hombre de buen corazón”

El reconocimiento de la mujer no lo confortó, porque un segundo después de haber asumido este gravoso deber, ya se estaba preguntando cómo hacer para convencer a Bobone que debía anular el torneo o, por lo menos, dar al vencedor un premio que no fuese la mano de la condesa Vannoza del Cangrande.

XVI

Mons Faliscorun (Montefiascone) – 25 de septiembre del Año del Señor de 1104

Y llegó el día. En la plaza ducale de Montefiascone los servidores del Duca, ayudados por la guardia, habían preparado ya, desde la noche anterior, un palco cubierto con una especie de baldaquín, donde se acomodarían el Duca Bobone Orsini con la condesa consorte Raimonda, Vannozza del Cangrande y el obispo Johannes Defuk. Detrás se colocarían las damiselas de las dos nobles y los dignatarios de la corte.

El exterior del palco estaba adornado con los estandartes de las familias que participaban en el torneo.

Entre todos ellos sobresalía el emblema de los Orsini, bandado³⁹ en plata y rojo, con una rosa roja, sostenida por una barra cosida, de oro, donde se incrustaba una anguila serpenteante en una faja verde⁴⁰.

En la parte opuesta del palco, apenas a unos cincuenta pasos, los trompetistas con las trombas esperaban la llegada de los duques para comenzar a tocar los instrumentos.

El protocolo del torneo preveía que todos los contendientes estuviesen presentes, y que sólo cuando el último de ellos hubiese llegado, entonces llegarían Bobone Orsini y su familia. Y así ocurrió.

Una hora antes del mediodía, los ocho caballeros habían llegado ya a la plaza, montados sobre potentes caballos de guerra, por lo general de raza frisona, flamenca o alemana, como estaba estipulado en la disciplina del cruce de razas equinas de batalla, estipulada después de la batalla de Hastings de 1066.

Se oyeron los sonidos vibrantes y agudos de las trompas que anunciaban la llegada de la familia Orsini y de sus dignatarios. La plaza estaba llena de habitantes del pueblo y de comerciantes expectantes por ser testigos de la disputa caballeresca.

Apenas los duques se acomodaron sobre el palco, el heraldo de la corte comenzó a proclamar solemnemente los nombres y el linaje nobiliario de los caballeros, los cuales, una vez nombrados pasaban revista a caballo, con sus

estandartes, delante del palco del duque.

“El duque de Todi, Manlio della Scala”

“El duque de Sassonia, conde de Bohemia y de la Frisia, Friedrich Hohenzollern”

“El conde de Lyon, Bertrand Dejust, también llamado Conde de las dos espadas”

“El duque de Lodi y de Cremona, Berengario Braccioforte”

“El duque Amerigio de Spoleto”

“El duque de Parma y de Piacenza, Ranuccio Farnese”

“El duque de Orvieto, Egidio Monaldeschi”

“El duque de Urbino, Buonconte de Montefeltro”

Bobone primero dirigió su mirada hacia su derecha, donde estaba sentada su mujer Raimonda, después a la izquierda hacia la cuñada Vannoza. Se encontró con señales de completo rechazo, tanto que Bobone mismo decidió comenzar el ritual de inicio del torneo, que en realidad tendría que haber sido competencia de la mujer, el premio del torneo. Así que el duque alzó el pañuelo rojo antes de dejarlo caer al suelo de la plaza.

Era la señal que esperaban los ocho caballeros, que mientras tanto se habían dispuesto cuatro de una parte y otros cuatro de la otra, en posición frontal.

Las reglas del torneo caballeresco preveían que el combate se considerase finalizado a la primera sangre. Los cuatro vencedores tendrían, a su vez, que combatir en un nuevo reto que decretaría el vencedor del torneo. Este recogería a continuación el pañuelo que ofrecería como regalo a Vannoza.

El primer enfrentamiento fue el más caótico. Bertrand Dejust cayó de su yegua después de recibir un tremendo golpe de la lanza de Ranuccio Farnese, que consiguió, hábilmente, esquivar el arma de Bertrand. Este último se levantó enseguida pero no consiguió esquivar un violento golpe inferido con la espada de dos puntas de Ranuccio Farnese. Bertrand, de nuevo por tierra, ensangrentado, alzó un brazo en señal de rendición. Los otros dos caballeros que se enfrentaban, Friedrich Hohenzollern y Berengario Braccioforte, cayeron del caballo a la vez. Mientras que Hohenzollern consiguió, aunque a duras penas, levantarse mientras blandía la maza de hierro⁴¹, el duque de Lodi permaneció sobre el pavimento de piedra, con la espalda destrozada bajo el peso de la armadura.

El duque della Scala se enfrentó con Amerigo de Spoleto. Al primer

encuentro los dos caballeros se esquivaron al mismo tiempo, ante el clamor y el griterío de los villanos presentes en el borde de la plaza que lanzaban pullas y risas de escarnio.

En el segundo asalto, en cambio, Amerigo de Spoleto fue el que mejor reaccionó, apuntó la lanza hacia la celada del yelmo de Manlio della Scala y, aparatándose repentinamente en el momento del impacto, logró de nuevo esquivar el golpe del adversario, dando en el blanco. El golpe destrozó completamente el hueso del cuello del duque de Todi que cayó destrozado al suelo totalmente exánime.

La última pareja de combatientes fue la formada por el duque de Orvieto, Egidio Monaldeschi, y el duque de Urbino, Buonconte de Montefeltro. También estos dos caballeros se descabalgaron mutuamente en el primer encuentro. Y también aquí, uno de los dos –el duque de Urbino – durante la caída se produjo una fractura en el hombro que lo puso al instante fuera de combate.

Los cuatro caballeros victoriosos fueron saludados por la gente con gritos de entusiasmo. Pero el combate proseguía.

Ahora se enfrentaban –a pie –Ranuccio Farnese y Friedrich Hohenzollern, de una parte, y Buonconte de Montefeltro contra Amerigo de Spoleto. Ranuccio blandía la espada larga⁴² y una maza de armas⁴³, sin escudo. Hohenzollern disponía de un escudo ligero, pero robusto, y de una espada corta. El primero, de todas formas, resultó ser el arma vencedora porque el alemán consiguió poner de manifiesto el ímpetu de Farnese, que blandió varias veces el espadón contra su adversario sin conseguir nunca romper su defensa. El escudo se había revelado como crucial durante el combate. Ocurrió cuando Farnese, exhausto, comenzó a perder energía momento en que Hohenzollern contraatacó con la espada, hiriéndole en un brazo. Él al principio pidió tregua, después, debido al dolor lacerante que sentía, se dio por vencido.

Egidio Monaldeschi y Amerigo de Spoleto, después del primer ataque, se hirieron mutuamente. También en este caso fue Amerigo de Spoleto el que decidió retirarse.

Los dos caballeros supervivientes se enfrentaron delante del palco ducal. Escogieron la espada corta y el escudo. Pero el combate se redujo a una simple escaramuza, porque Egidio Monaldeschi, seriamente herido en una pierna, prefirió declararse vencido.

Así que fue Friedrich Hohenzollern –en aquella soleada mañana del 25 de septiembre de 1104 –quien venció el torneo. Orgulloso por su actuación se

dirigió hacia el palco donde lo esperaba la familia ducal.

Mientras caminaba sobre el polvo, entre los aplausos del pueblo y de los dignatarios de la corte, con el largo cabello rojo que tocaba la barba, se imaginaba retornando a las tierras de su castillo, en Baviera, donde presentaría la esposa a su familia. Parecía que estaba oyendo las preguntas que le harían. ¿Una italiana? ¡Y encima emparentada con los Orsini!

Un linaje poco fiable por los continuos cambios de bando en los campos de batalla. Pero, no obstante, la unión de las dos familias en el campo político podía representar una sólida alianza también en tiempos de guerra. Por desgracia, sin embargo, el vencedor, que había recogido el pañuelo rojo, no encontró al lado del palco la esposa a la que debía haberlo restituido, sino un Duca Orsini con la cara desfigurada por la ira.

Bobone dejó la plaza gritando enfurecido mientras se dirigía hacia su heraldo:

“¡Ordeno que la señora Vannoza del Cangrande sea buscada por todas partes y una vez encontrada, sea conducida al castillo por las buenas, o incluso mejor, por las malas!”

La casa de Calandra degli Uberti se encontraba justo en los alrededores del pueblo de Montefiascone, detrás de la plaza de la Santa Cruz, fuera de los muros de la ciudad fortificada.

El edificio se encontraba en uno de los límites del pueblo, más allá del cual la naturaleza crecía exuberante en medio de un bosque de hayas, casi del todo inexplorado y justo por esto alimentaba, desde tiempo inmemorial, extrañas leyendas sobre brujas y ritos mágicos.

Se hablaba incluso del espectro de un antiguo guerrero longobardo que, en las noches de invierno, se veía entorno al pueblo montando el esqueleto de su caballo.

Quizás había sido la ubicación de la casa, edificada en la periferia de la ciudadela, o quizás el comportamiento de Calandra, que recogía a menudo en el bosque extrañas plantas y raíces para preparar sus pociones y decocciones, que había suscitado entre sus vecinos peligrosos rumores y la maledicencia de practicar la brujería. El mismo prior de la abadía de Bolsena había debido intervenir y había mandado, basándose en un viejo decreto, que Calandra llevase al boticario de la abadía aquellas hierbas, para que certificase que no tenían su origen en el diablo.

De todas formas el hermano boticario, después de consultar los textos más eruditos en materia de plantas y hierbas –tras los que se encontraba el

“Liber Arborum” de San Damaso –había debido, muy a su pesar, declararse incompetente en dar una respuesta acertada, por cuanto las hierbas y raíces de Calandra no se encontraban en ningún catálogo conocido.

Pero esta aura de misterio no fastidiaba a la mujer, que podía ser libre de cultivar su pasión por la herbología en su propia casa.

El edificio podía decirse que era acogedor. La única pega era que se encontraba en un callejón de paso que era usado como un estercolero al aire libre, donde, aparte de los desechos humanos que se mezclaban con el fango, tirados allí por algunos habitantes del barrio, no era difícil de encontrar carroña de perros e incluso de ratas en descomposición, huesos de ovejas y cerdos, libres de nervios y cartílagos debido a los mendigos y los peregrinos que dormían al sereno.

Aquel día se sentía una quietud irreal en las calles, debido al hecho de que casi todas las mujeres y los hombres del pueblo habían abandonado sus cabañas para asistir al torneo caballeresco. Calandra estaba intentando encender el fuego de la chimenea cuando alguien llamó a la puerta.

“¿Quién es?”

“Soy Vannoza, ¡en nombre de Cristo Redentor, abridme!”

Calandra quitó el robusto cerrojo que bloqueaba la puerta de entrada.

“Mi señora Vannoza, ¿qué os ocurre?”

“Necesito tu ayuda, Calandra”

“Entrad, os lo ruego”

“Tengo razones para pensar que la guardia del Duca vendrá a buscarme para llevarme al castillo. Necesito un lugar seguro donde esconderme”

La condesa, intentando ocultar una cierta repulsión hacia un ambiente tan descuidado y pobre, entró suplicando a Calandra que cerrase firmemente la puerta. El antro estaba a oscuras, solo aclarado por las llamas que provenían del fuego del hogar. En el centro había una pequeña mesa sin sillas, en la pared un mueble como despensa y, en un hueco semiescondido, una yacija de heno recubierta con una tela de yute y pieles de carnero.

La gran chimenea completaba el mobiliario de la casucha cuyas paredes estaban impregnadas de hollín.

Pero no todo lo que había en aquella casa estaba ennegrecido por el hollín, porque Vannoza quedó asombrada por algunas hojas de pergamino completamente blancas, tendidas a secar en un rudimentario tendal apoyado en la pared. Otros folios ya secos estaban esparcidos sobre la mesa. Vannoza se acercó para examinarlos y se dio cuenta que contenían extrañas ilustraciones e

inscripciones del todo incomprensibles. ¿Quizá era verdad que Calandra fuese una bruja? Se preguntó la noble dama. Mejor quemarse entre las llamas del Infierno que sufrir las imposiciones del Duca Orsini, reflexionó.

“Calandra si me ayudases te recompensaría con largueza”

“Decidme, mi señora, ¿cómo puedo seros útil?”

“¿Conocéis al obispo Defuk?”

“Estaría muerta si no hubiese sido por él”

“Debéis ir a su encuentro y decirle que estoy aquí, de manera que pueda venir a verme”

Calandra cogió de la despensa una taza de cerámica y echó el contenido en un vaso de barro.

“Es vino, mi señora, os lo ofrezco encantada”

Vannoza apartó educadamente con la mano el vaso y explicó:

·”Me encuentro en esta situación por culpa de mi cuñado, el Duca Orsini, que probablemente en estos momentos habrá elegido un caballero totalmente desconocido para darme como esposa. ¡Debéis ayudarme!”

Calandra asintió en silencio.

XVII

Mons Faliscorun (Montefiascone) – 25 de septiembre del Año del Señor de 1104 – de noche

“¡Las ocho en punto y sereno!” Dijo a gritos uno de los dos soldados del escuadrón que hacían la ronda encargados de recorrer el pueblo de Montefiascone mientras vigilaban que no tuviesen lugar ni robos ni emboscadas dentro del conglomerado urbano.

Una figura encapuchada salió de la penumbra del callejón de San Mateo apenas la ronda giró hacia la iglesia de los Santos Apóstoles. Se dirigió con rapidez hacia el palacio del vicario que estaba en la otra parte de la calle y golpeó en el portón del edificio. Después de un par de minutos, desde la verja de una pequeña puerta lateral, un sirviente se dejó ver preguntando quién estaba en la entrada.

“Necesito hablar urgentemente con su gracia el obispo Defuk”

El sirviente cerró la mirilla y se dirigió al apartamento en que, desde hacia unos días, el Obispo residía, por haber dejado el castillo de los Orsini. Después de algunos minutos Defuk llegó a la entrada del palacio e hizo abrir el portón a su siervo que en su mano izquierda llevaba una antorcha y, en la derecha, un grueso bastón por si acaso la persona que preguntaba por el obispo escondía malas intenciones.

“Revelad vuestra identidad, señor, si queréis que os escuche”

Fue enorme su sorpresa cuando descubrió que bajo la capucha se escondía la joven Calandra.

“¿Qué hacéis aquí?”

La mujer le reveló que Vannoza estaba escondida en su casa, a las afueras del pueblo y que necesitaba su ayuda.

“Encontrémonos mañana al toque⁴⁴ del mediodía en el bosque, cerca de la cascada del torrente Ombrone” respondió el hombre. “Si no pudieseis estar allí a esa hora, mejor que la condesa vuelva a su morada o abandone definitivamente Montefiascone”

“¡Que Dios nos ayude!”

“Me reconoceréis porque llevaré una capa roja con la capucha negra. Llegaré a caballo. Ahora, idos”

Poco tiempo después, en la calle central del castillo de los Orsini, Bobone era informado por Bardo, un sirviente de Defuk, que una pinche de cocina, con un cierto tufo a brujería, había pedido audiencia al obispo en nombre de la condesa del Cangrande. El sirviente, que estaba escondido detrás de la puerta durante la conversación, no había conseguido escuchar todo lo que se habían dicho. Pero una cosa había logrado comprender. Defuk y Vannoza se encontrarían al día siguiente en un lugar muy concreto del bosque.

Aquella noche Vannoza y Calandra dividieron la poca comida que esta última poseía. Un bollo de pan negro, un poco de queso de oveja y una sopa de verduras en la cual había sumergido un poco de piel de cerdo.

La condesa sentía curiosidad por los pergaminos que estaban a secar, pero aún más por aquellos que tenían impresos algunos símbolos y dibujos. De todas formas tenía miedo de que fuesen verdad las murmuraciones que corrían sobre Calandra; que fuese una bruja y que aquellos extraños esbozos sirviesen para poner en práctica ritos demoníacos para invocar a Satán.

No le hubiera asombrado, recordando como, sólo dos años atrás, una mujer de Montefiascone había sido apresada en el bosque mientras tenía relaciones carnales con el diablo y había confesado, bajo riguroso interrogatorio de los frailes inquisidores, de haberse alimentado con algunos niños de la zona.

También es verdad que desde tiempos inmemoriales se había comprobado –aunque raramente –la misteriosa desaparición de mujeres, hombres y niños, que nunca más habían vuelto con sus familias.

Calandra se dio cuenta de la curiosidad de Vannoza por aquellos folios de piel de oveja y explicó:

“Me los suministra la abadía de Montefiascone. Son páginas viejas de órdenes de los abades, ya en desuso, sin vigor ninguno, que yo pongo a macerar en la olla para convertirlos en hojas nuevas, exentas de nada escrito.

“¿Y aquellos secos, con los extraños dibujos?”

“Son representaciones de plantas y hierbas que crecen en el bosque en un lugar muy concreto” respondió Calandra. Debido a la curiosidad que la noble dama demostraba, aclaró: “En ninguna otra parte del mundo se encuentran estas plantas que tienen unos poderes de los que todavía no he descubierto sus límites, mi señora”

Acabada la cena, apagaron el fuego que estaba convirtiendo el aire del local en irrespirable y se acostaron juntas sobre la yacija de heno.

Quizás fue el frío lacerante, o el hollín acre que penetraba en los

pulmones, o la comida ingerida, pero Vannoza tardó en dormirse y, cuando finalmente lo logró, su sueño fue atormentado por pesadillas de todo tipo, entre las que se encontraba el de ser concedida en esposa a un hombre deforme que la transformaba en bruja. De tal forma que los dos fueron condenados por el obispo Defuk a la hoguera

La mañana despertó Montefiascone y Bolsena envueltas en una espesa niebla y una llovizna helada. Las dos mujeres, cubiertas por un mantón y capucha, salieron de la casa recorriendo el callejón de los Inocentes hasta conseguir salir del pueblo. Se dirigieron al bosque.

Llegaron empapadas y atemorizadas, después de una hora, a los alrededores del riachuelo Ombrone, donde Defuk les había dado cita. Se pusieron debajo de un haya a esperar, estrechándose la una contra la otra, un poco debido al miedo de encontrarse en aquel lugar perdido, un poco por el frío.

Un ruido sospechoso detrás de ellas acrecentó su angustia. El ruido se convirtió en el sonido de los cascos de un caballo hasta que, delante de ellas, se paró un caballero montado encima de un imponente caballo de batalla.

“Señora Vannoza, estoy muy contento de volverla a ver”

“¡Reverendísimo Obispo, Dios os bendiga!”

“Siento mucho tener que desilusionaros, mi señora. Pero mi nombre es Bobone Orsini”

Las dos mujeres lanzaron un grito que alertó a los dos soldados que escoltaban al Duca, armados con espadas y ballestas de cremallera.

“¡Coged a la criada, yo me ocupo de la condesa!” ordenó Orsini.

Los dos guardias aferraron a Calandra que no dejaba de agitarse y gritar.

Muy distinto fue el comportamiento de la condesa que, pasado el miedo inicial, permaneció inmóvil, oponiéndose al Duca como si fuese un peso muerto, por lo que, debido a esto, no conseguía subirla al caballo. Apenas él intentaba cargarla en la silla, cuando ella comenzaba a agitarse y volvía a apoyar los pies en la tierra.

El chapucero intento de raptó de las dos jóvenes continuó de este modo durante unos cuantos minutos hasta que de la niebla surgió un cuarto jinete.

“¿Quién está allí?” gritó uno de los guardias que intentaba, sin conseguirlo, inmovilizar a Calandra.

“¡Daos a conocer!”

El caballero avanzó hacia ellos mientras se amparaba con un enorme escudo. En la mano derecha blandía un espadón de doble filo con dos puntas.

El primero que reconoció al caballero fue Bobone: “Obispo Defuk, llegáis tarde”.

Defuk, que no era solamente obispo de la Santa Romana Iglesia, sino también un soldado, caballero de la Orden de Jerusalén, y un valeroso combatiente contra los normandos, cuando vio las dos mujeres que le imploraban ayuda se lanzó con su caballo contra el Duca Orsini.

“¡Mi señor Orsini, os veo y me aflijo!” gritó. Los guardias, sin saber decidirse entre mantener prisionera a Calandra o correr en ayuda de su señor, escogieron la segunda opción y dejaron libre a la joven para lanzarse contra Defuk. El primer guardia se enzarzó en un combate con arma blanca contra el Obispo, intentando dar un golpe en diagonal de arriba a abajo, destinado a la cabeza del adversario.

Este, sin embargo, consiguió parar el golpe con el escudo mientras que con la espada le cortaba las piernas a la altura de los tobillos. La sangre salió disparada de las articulaciones destrozadas del soldado que lanzó un grito estridente antes de caer a tierra y quedar fuera de combate.

En verdad no se podía decir que la situación se desarrollase a favor de Defuk que todavía tenía que enfrentarse con el otro soldado además de con el Duca. Orsini, mientras tanto, había descabalgado y se acercaba amenazante hacia el Obispo, protegido por la imponente armadura que lo convertía poco menos que en invulnerable. Al menos el duelo se había equilibrado un poco.

“¡Vamos, Defuk!”

Bobone se paró enfrente de él mientras el guardia giraba alrededor con mucha cautela y se ponía a su espalda. Johannes siguió con el rabillo del ojo los movimientos del soldado mientras no perdía de vista al Duca.

Sabía que ahora, aquella posición sin salida, podría volverse a su favor en cualquier momento, apenas uno de sus adversarios decidiese tomar la iniciativa. Parar el golpe fendente⁴⁵ del atacante lo dejaría al descubierto, inevitablemente, ante el otro agresor, que tendría tiempo de sobra para herirlo por la espalda.

Decidió, entonces, anticiparse. El adversario más lento era, sin lugar a dudas, Bobone que, con su pesada armadura, no podía moverse ágilmente. Así que atacó al soldado echándose a un lado para, a continuación, salir con rapidez de aquella maniobra envolvente y mortal.

El soldado empuñaba una espada de combate y una maza de armas que movía en círculo de manera amenazante contra Defuk. Este había abandonado el escudo y ahora estaba armado con una espada de dos puntas y una daga por

defensa.

El Obispo fue muy ágil al esquivar el fendente del soldado, y todavía más al moverse hacia atrás mientras su agresor intentaba herirlo con la clava. Un movimiento que fue fatal para el soldado porque el golpe, que cayó en el vacío, lo desequilibró totalmente logrando que se encontrase indefenso ante Defuk

El Obispo tuvo, de este modo, tiempo de golpear en un flanco a su asaltante que cayó a tierra gravemente herido.

Ahora el combate podía decirse en verdad que estaba equiparado. El Obispo contra el Duca. El Bien contra el Mal.

“¡Fraile, estáis todavía a tiempo de quitaros de en medio!”, gritó Orsini. Después, sin esperar ni un segundo, se tiró a fondo con la espada hacia Defuk que consiguió esquivar el golpe. Sin embargo, el movimiento hacia atrás le hizo perder el equilibrio provocando que cayese al suelo. De esta manera perdió la espada larga, la única arma que podría haber mantenido a raya al Duca.

La situación se aceleró. Bobone se acercó a él con una mueca satánica, dispuesto a dar el golpe de gracia. Defuk encomendó su alma a Dios y cerró los párpados esperando la llegada del fin. Pero no sucedió nada. Entonces abrió los ojos y encontró a Bobone petrificado, con los brazos en alto y la boca llena de sangre. El cuerpo del Duca cayó al suelo.

Detrás apareció Calandra con un puñal en la mano.

La joven había introducido el arma en el cuello de hombre con tanto ímpetu que había atravesado la malla de hierro que lo protegía.

Las dos mujeres ayudaron a Defuk a levantarse.

“Alejémonos rápidamente, Eminencia, antes de que lleguen otros guardias”, exhortó Vannozza.

Cogieron el caballo de Bobone y se pusieron en camino por el sendero que los devolvería a la aldea. Pero, de repente, un silbido que recorrió surcando el aire, los dejó paralizados.

Al principio Defuk no hizo caso. Se dio cuenta, sin embargo, Vannozza, que, horrorizada, miraba fijamente los hombros del Obispo. Una flecha le había atravesado el centro de la espalda.

La condesa se dio cuenta, sólo entonces, que el soldado al que había perdonado la vida el Obispo, a pesar de estar malherido en el suelo, había conseguido empuñar la ballesta y lanzar una flecha contra Defuk, que había sido herido a la altura de los pulmones, y quizás en el corazón.

Fue en este momento cuando el hombre sintió un dolor lacerante en el pecho y un sabor ferroso que le invadía la boca. Cayó a tierra de espaldas, provocando de esta forma la rotura de la punta de la flecha que quedó definitivamente dentro de la carne.

Tendido sobre el pavimento vio finalmente el cielo. Mientras tanto la niebla y la bruma se habían aclarado dejando en su lugar una claridad infinita e intensa.

Quedó muy sorprendido por el hecho de que, aún consciente de la cercanía de la muerte, hubiese tenido aquella visión.

Desde hacia muchísimos años, desde que era un muchachito, que no había visto el suelo desde esa posición, pegado a la madre tierra, cuando en el jardín del palacio de su familia, después de haber jugado con Konstanza, una de las sirvientas, y haber corrido hasta perder el aliento, se dejaba caer sobre la hierba, cansado y feliz, para a continuación quedar asombrado mirando la magia de las nubes que recorrían el cielo azul. Pero, aquel color tan reconfortante que ahora llenaba cada célula de sus pupilas vino improvisamente sustituido por el color de las tinieblas.

XVIII

Montefiascone – Basílica de San Flaviano – martes 25 de octubre de 2015 – 01:00

Al abrir el portón de la basílica la primera impresión fue que el aire frío y húmedo de aquella noche de lluvia, que provenía del exterior, se había unido al templado y dulzón, perfumado de incienso, que provenía de la basílica de San Flaviano.

Aquel microclima –si podía llamarse de esta forma –a fin de cuentas no era otra cosa que, en las proporciones correctas, el resultado de lo que ocurría en la atmósfera cuando las temperaturas frías del norte se encontraban con el clima templado de las zonas meridionales. Al menos, este fue el primer pensamiento de Viola que, atravesando el portón de la iglesia, alcanzaba con premura a Cosimo y Lorenzo.

Además de los aromas, la muchacha percibió un extraño zumbido que provenía de arriba, como el de uno de aquellos pequeños ventiladores a pilas que se venden en los puestos de las gasolineras. Fue sólo un momento, después el zumbido paró. Debía ser un aparato de aire acondicionado instalado en el edificio para asegurar una temperatura constante para la protección de los frescos medievales que enriquecían las paredes y los arcos de la iglesia, pensó.

El ambiente era espectral, también debido a que, para no arriesgarse a ser descubiertos desde el exterior, no habían encendido todavía las linternas eléctricas.

En una de las paredes Viola reconoció el fresco que representaba la leyenda del encuentro de los tres vivos con los tres muertos. En silencio recordó cuanto le había contado el padre Ludovico acerca del misterio de aquella pintura. Ahora que estaba delante de ella la macabra representación resultaba todavía más sugestiva.

A pesar de que la luz era muy tenue admitió que el joven que estaba representado en la parte izquierda de la obra podía ser una mujer. Lo infería por sus facciones.

Quizás eran ciertas las teorías sobre Federico II de Suabia, la mujer y el hijo Corrado IV. Sólo pensarlo resultaba increíble.

La nave central estaba iluminada por unas extrañas lamparitas con forma de vela, una especie de cirios votivos puestos para proteger la estatua de la Virgen María y la de San Flaviano.

Lorenzo se aseguró de que el portón estuviese cerrado. Fue el primero que encendió la linterna y que preguntó con impaciencia:

“¿Qué se hace ahora?”

“Escondámonos aquí, es necesario esperar a que el sacerdote pase para cerrar la entrada.”

“¿Cuánto tiempo debemos esperar?”

Lorenzo estaba nervioso. Viola bufó:

“Ahora, por favor, estad callados y tranquilos”

Tuvo que transcurrir todavía un cuarto de hora antes de que una figura saliese de la penumbra con un mazo de llaves en la mano. Don Antonio, debido al peso de los años, caminó penosamente hacia el portón de entrada con lentitud. Cerró con llave e hizo el recorrido a la inversa para volver a sus habitaciones.

Los tres permanecieron tranquilos en su escondite hasta que el párroco desapareció detrás de una pesada puerta de nogal macizo.

“Seguidme” susurró Cosimo. “Detrás del altar mayor encontraremos lo que buscamos”

Recorrieron el pasillo central de la basílica, que estaba flanqueado por los bancos y los reclinatorios destinados a los fieles.

Delante del altar, Cosimo giró a la izquierda, superando la fila de bancos que estaban ubicados sobre aquella parte del pasillo. Caminó unos cinco metros, flanqueando las capillas de la nave, después se paró dudando. Inspeccionó durante un momento el lugar, había algo que no lo convencía. Volvió sobre sus pasos y fue a iluminar el pavimento de la cuarta capilla.

“Justo, es aquí” dijo apuntando el haz de luz hacia una piedra con una lápida mortuoria de granito que estaba delimitada por cuatro palos de hierro batido sobre los que pendía una cadena. La lápida era antigua y estaba muy consumida. Pisada por las suelas de quién sabe cuántos miles de personas que habían pasado por allí en el curso de casi mil años.

La figura esculpida en el granito, y que todavía se podía ver en la lápida, parecía la de un noble, o de un prelado, y estaba envuelta en una larga capa. Una parte de la inscripción, todavía legible, era la frase EST! EST! EST!!! Era, por lo tanto, la lápida mortuoria del Obispo. También Viola y Lorenzo iluminaron la obra.

“Es la tumba de De Fugger” confirmó Lorenzo.

“Ahora que la hemos encontrado, ¿qué debemos hacer exactamente?” preguntó Viola.

Sin siquiera responder, Cosimo extrajo de la mochila dos pequeñas palas desmontadas que ensambló en un pispás.

“Cosimo” dijo Lorenzo “fuerza la lápida desde tu posición, del mismo modo que haré yo desde la mía. Tenemos que conseguir moverla”

En realidad la operación no se presentaba sencilla. En primer lugar porque Cosimo y Lorenzo no tenían la edad adecuada para afrontar semejante esfuerzo, ni tampoco la habilidad para aquel tipo de trabajo. Y también porque la lápida de De Fugger era muy maciza y pesada. Pero la excitación y la adrenalina jugaron en su favor dándoles la fuerza necesaria. Después de algunos intentos, consiguieron, mediante la incrustación de las puntas de las palas entre la lápida sepulcral y el pavimento que la delimitaba, que la lápida se moviese ligeramente.

Llegado este momento Cosimo extrajo de la mochila dos pequeños picos, que puso a los lados en los resquicios que había abierto.

“Usémoslos como palancas y empujemos con fuerza”, sugirió Cosimo a Lorenzo.

Empujaron utilizando los picos como habían dicho; la piedra, produciendo un crujido, comenzó a moverse, deslizándose hacia Lorenzo y Viola, que estaba a su lado.

La muchacha apuntó el haz de luz de su linterna hacia la fosa que había comenzado a abrirse.

“Un poco más... Viola, ayúdanos”

Intentaron mover la lastra hacia la base de la tumba, pero al hacerlo así provocaron la caída parcial de la lápida en el agujero obstruyendo el paso.

“¡Maldición!”

“¡No era esto lo que quería!” casi gritó Lorenzo. “¿Ahora qué hacemos?”

Cosimo no dejó que se lo dijeran dos veces, cogió la linterna e iluminó la fosa, después se sentó sobre el borde de la tumba y, con mucha prudencia, descendió al agujero.

Justo debajo de él, aproximadamente a un metro de profundidad, se encontraba la parte superior de un sarcófago de piedra. Podía ser el del obispo De Fugger.

Cosimo apoyó los pies sobre la cubierta de piedra, mientras sostenía la

lastra que estaba a punto de caer abajo.

“Yo empujo desde aquí, vosotros intentad deslizarla sobre el suelo. ¡Y no dejéis que me caiga encima!”

Viola y Lorenzo desde el exterior tiraron con todas las fuerzas de que eran capaces. Después de un esfuerzo enorme consiguieron sacar la lastra.

“Estoy exhausta, el corazón me bate a lo loco”

“Has estado estupenda, Viola” susurró Lorenzo.

“Venga, iluminad aquí abajo, no perdamos tiempo”

Cosimo volvió a coger la linterna y comenzó a investigar la fosa que, en el interior, parecía que medía unos cuatro metros por tres, como si fuese una especie de habitación subterránea. Descendió del sarcófago e invitó a los otros dos a bajar.

“Ni loca, papá”

Fue en aquel momento cuando Viola volvió a escuchar aquella especie de zumbido sobre su cabeza. Ella no podía saberlo, pero un minúsculo dron Explorer F550, con una tele cámara térmica FLIR de alta definición, con zoom, no más grande que una caja de cerillas, daba vueltas aproximadamente a diez metros de altura de la fosa con la tumba de De Fugger registrando todo lo que había sucedido hasta el momento en la basílica.

El dron había comenzado a volar por la iglesia como una mosca cuando los tres atravesaron el umbral. Un hombre y una mujer miraban en silencio en el monitor las imágenes que les llegaban desde la micro cámara de aquella especie de murciélago tecnológico. Se encontraban en el interior del Jeep Renegade de color negro, aparcado a no más de 50 metros de la entrada de la basílica.

Mientras tanto Lorenzo, que había bajado a la tumba, se preparaba para investigar los lugares más remotos acompañado por Cosimo.

“Es posible que lo que estamos buscando se encuentre en el sarcófago o por esa parte”

“Lo abrimos y vemos qué hay”

Un crujido resonó en el sepulcro. Los dos movieron la tapa del ataúd de piedra y en su interior encontraron el cuerpo momificado de un hombre de aproximadamente un metro setenta, vestido con una túnica reducida a fragmentos y de color indistinguible. Una espada de hierro oxidada completaba el atuendo fúnebre.

“¡Sabía que aquí dentro no podían estar los restos de De Fugger!”

“Sí, Cosimo, tienes razón. El Obispo, por lo que dicen las crónicas, no

podía tener una altura inferior al metro ochenta y cinco”

“Este hombre alcanza a duras penas el metro setenta”

“Su Defuk no se encuentra aquí, ¿es entonces el que murió en Roma hace unos días?”

“Lo cual es imposible, lo sabéis, ¿no?”

Viola estaba muy agitada, no veía el momento de largarse. Añadió: “Moveos y salid, yo sola en medio de esta oscuridad no quiero quedarme. Me pone nerviosa esta iglesia”

Lorenzo, desde abajo, le lanzó una mirada no precisamente de estar a sus anchas.

“¿Qué podemos decir nosotros que somos los que estamos en el interior de una tumba?”

Aunque el cadáver tenía siglos de edad, en el ambiente reinaba todavía un hedor a muerte y putrefacción que se mezclaba con aquel olor a cerrado típico de los sótanos húmedos. Continuando con el examen de los restos mortales del hombre, Lorenzo se dio cuenta que sobre los restos de la parte superior de la túnica, aquella que un tiempo atrás debió de corresponder a la parte del pecho, era todavía visible, a la izquierda, una frase en gótico, probablemente bordada en oro: Servus Martino.

“Y ahora sabemos quién se encuentra aquí abajo. Lee, Cosimo”

“Ya veo, Y tú mira aquí”

“¿Y esto? ¿Qué hace aquí?”

Los dos estaban sorprendidos y muy excitados.

“¿Me queréis explicar qué habéis encontrado?” preguntó Viola con voz nerviosa. Para sentirse más próxima a ellos se sentó sobre el suelo con las piernas pendiendo sobre el hoyo.

Cosimo había encontrado detrás de la calavera del esqueleto un viejo carné de identidad de los años treinta. Era de Guido Sereni, el fotógrafo que aparecía en las fotografías y las imágenes del catálogo que habían sido hechas durante la expedición organizada por la Comisión Universitaria de Estudios Medievales durante los veinte años vividos bajo el fascismo. Esto demostraba que el hombre había estado en el sepulcro.

Quizás había perdido el documento durante la apertura de la tumba. O lo había dejado como pista a propósito. Pero, ¿con qué objetivo?

Cosimo le dio el carné a Lorenzo y este, después de haberla examinado, alzándose con los pies sobre el sarcófago, se la tendió a Viola que la iluminó con la linterna.

La muchacha la miró con atención, después preguntó: “Papá, ¿has notado la flecha que hay pintada con un pluma estilográfica sobre el documento?”

“Sí. ¿Qué puede significar? ¿Qué opinas?”

“Quizás el fotógrafo quería dejar una señal, porque pensaba que volvería. O quizás era una pista destinada a la posteridad. Difícil saberlo”

“Ya” suspiró Lorenzo un poco desilusionado.

“De todos modos, podemos intentar algo. Vuelve a poner el documento en la posición y el sitio exacto donde lo encontraste.”

“Un poco difícil, pero lo intento”

“Debes encontrar la huella que dejó el documento sobre el polvo”

“En efecto, he encontrado una huella. Hecho. ¿Qué sugieres ahora?”

“Intenta comprender hacia qué punto está orientada la flecha”

Cosimo iluminó una zona del ataúd de piedra, teniendo cuidado de no mover la calavera.

“Quizás tengas razón. Tengo el sudor frío”

Lorenzo acercó al máximo la linterna.

La flecha señalaba una pequeña protuberancia que emergía de la pared lisa del sarcófago.

Bastó ejercitar una ligera presión para que una especie de rústico cajón apareciese desde el fondo de piedra. En su interior encontraron un paquete de cuero rojo o marrón muy viejo y polvoroso, en forma de cilindro.

“Viola, hemos encontrado algo” dijo Cosimo con voz trémula por la emoción.

“¿Pueden ser las páginas perdidas del Manuscrito Voynich?” preguntó Lorenzo abriendo el paquete cilíndrico que estaba cerrado con un lazo negro.

“Sereni debió descubrir sin querer el cajón secreto. Después fotografió algunos folios, quizás importunado por el equipo de arqueólogos que trabajaban con él, y pensó en esconder todo para volver más tarde sin levantar sospechas” dijo Cosimo.

“Por desgracia no pudo conseguirlo jamás”. Lorenzo parecía cegado por los pergaminos extraídos de la pequeña saca de cuero.

“¡Venga, vamos! No creo que encontréis nada más. Vamos, coloquemos de nuevo la lastra” dijo Viola muy inquieta.

A pocos metros de distancia de la iglesia, la muchacha rubia, sentada en el puesto del pasajero en el jeep negro, sonrió satisfecha, mientras cambiaba una mirada de complicidad con el hombre que estaba sentado a su lado.

Detrás de la estatua de San Flaviano, colocada a la entrada de la cripta

que custodiaba los restos del santo muerto en el año 361 durante las persecuciones de Juliano el Apóstata, James Ladoni estudiaba la escena mientras meditaba su siguiente movimiento.

“Apresuraos, es muy tarde”

“Vale, Viola, estamos subiendo, tiéndenos una mano” dijo en voz baja Lorenzo.

Recogieron las herramientas y las pusieron en la mochila, después consiguieron, con mucho esfuerzo, recolocar la lápida sepulcral sobre el pavimento de la capilla. En fin, mirando furtivamente a su alrededor, llegaron a la nave central seguidos por aquel extraño zumbido que no se sabía muy bien de dónde provenía.

De donde venía ni siquiera lo sabía Ladoni, que había quedado estupefacto al ver aquel objeto vagar por la iglesia. De qué se trataba, eso sí que lo sabía. Había entendido perfectamente que aquel artefacto era una maravilla de la tecnología electrónica. Los había utilizado incluso él en Afganistán y en Irak. Quizás incluso un poco menos sofisticado, pensó. ¿Pero quién mandaba a distancia el dron? Se preguntó.

“¡Genial, Cosimo! ¿Y ahora cómo piensas que vamos a salir de aquí?” preguntó alarmado Lorenzo mostrando con un gesto el portón cerrado con llave por el sacerdote.

“Hombre de poca fe, sígueme”

Mientras hablaba de este modo se dirigió hacia un hueco lateral donde una pequeña puerta que daba al callejón que había al lado de la iglesia estaba cerrada con un simple tablón.

En pocos minutos los tres estaban fuera, seguidos por la mosca electrónica y, un poco después, por Ladoni, el cual no se dio cuenta pero el dron lo había esperado fuera de la basílica y ahora daba vueltas sobre él, aproximadamente a cincuenta metros de altura. Desde aquella distancia el zumbido de sus pequeñas hélices era absolutamente imperceptible. Los dos que estaban escondidos en el Jeep Renegade sabían donde se dirigirían Cosimo, Lorenzo y Viola. Querían, sin embargo, entender quién era el hombre que había seguido y espiado a aquellos tres, después de haberse desembarazado sin demasiados cumplidos del gitano.

XIX

Mons Faliscorun (Montefiascone) – 27 de septiembre del Año del Señor de 1104

De Fugger, que había sido atravesado en la espalda por la flecha del soldado de Orsini, creyó que estaba ya próximo a la muerte. Enseguida se encontraría en presencia del Señor para rendir cuentas de todos sus pecados mortales.

La condesa Vannoza y Calandra lo transportaron con mucho esfuerzo hasta la casa que estaba en los límites de la aldea, de la que habían partido al amanecer.

“Calandra, no creo que podamos hacer nada por este pobre hombre. Encomendemos su alma al Señor”

“No está todo perdido, mi señora, quizás quede un poco de esperanza. Ayúdame a transportar a su excelencia”

Mientras decía esto se dirigió al fuego del hogar. Apartó un atizador oxidado que obstaculizaba el paso y pareció que buscaba algo con la mano debajo de la gran capa de la chimenea. Fue solo un momento y, con un extraño crujido, en el interior de la pared de la chimenea, la pared giró noventa grados descubriendo un camino secreto que mostraba una escalera muy empinada que les sumergiría en un ambiente oscuro y desconocido.

Vannoza no salía de su asombro. No es que fuese la primera vez que veía un pasadizo secreto. Ya otras veces había conseguido encontrar una salida segura justo a través de uno de aquellos recorridos escondidos.

La primera vez fue cuando, con siete años, el castillo fortificado que pertenecía a su familia, en Gargonza, había sido atacado por los ejércitos del duque Guiduccio de Girolamo que quería anexionarse el feudo.

La madre, Matelda, junto con la hermana mayor Raimonda y su hermano pequeño Giovanni, habían conseguido huir del asedio justo por medio de una estrecha galería subterránea, escondida detrás de un tapiz de la sala principal del *castrum*, mientras que el padre, el duque Giacomo Odescalchi, resistía al asalto de los ejércitos de Guiduccio de Girolamo.

En otra ocasión habían tenido que abandonar rápidamente el palacio de Bolsena, en el momento en que los guardias del papa Alessandro II, cuyo

nombre en realidad era Anselmo di Baggio, habían intentado vencer a su marido, el conde Ascanio del Cangrande, acusado de ser simpatizante del emperador Enrico III durante la guerra por la investidura.

También en ese momento se habían servido de un pasaje secreto escondido detrás de un falso trono, colocado en su habitación.

Nunca habría pensado poder encontrar uno en la modesta casa de Calandra.

“Por aquí, seguidme, y cuidado con las escaleras”, dijo Calandra. La galería era estrecha y tétrica. Una escalera de caracol de piedra, con un techo que daba vueltas, casi completamente oscura, hacía entrever sin embargo una débil luz, si bien al fondo de los escalones. Las dos mujeres, que sostenían a Johannes ahora ya moribundo y preso de una fiebre altísima debida a la infección, estuvieron varias veces a punto de tropezar y caer.

Vannoza, mientras que con una mano sostenía por los hombros al Obispo, con la otra mantenía una antorcha para iluminar el recorrido que, de todos modos, resultaba tenebroso.

Finalmente llegaron hasta una puerta de piedra. La atravesaron y se encontraron en una gran sala subterránea.

La habitación, excavada en el granito, era de planta octogonal. Desde cinco de los lados partían pasajes con arcos ojivales, flanqueados por pilastras verticales y de columnas dóricas con motivos vegetales.

Aquel lugar debía ser muy antiguo, porque Vannoza reconoció muchas analogías arquitectónicas con las grutas que había descubierto en Gargonza, mientras jugaba cuando era chica con su hermano Giovanni en sus escapadas aventureras fuera de los muros.

Grutas donde se encontraban extraños sarcófagos, encima de los cuales había estatuas de hombres y mujeres del pasado.

Las paredes de la sala estaban adornadas con nichos con forma de capilla, en el interior de los cuales se encontraban estatuas que simbolizaban unas figuras que recordaban en parte la imagen del hombre, en parte de animales desconocidos y en parte de vegetales.

En algunos puntos de las paredes destacaban plantas que Vannoza no había visto jamás, de color verde y turquesa.

Diez antorchas ardían en las paredes difundiendo una luz intensa, de color naranja, como la de una puesta de sol del mes de septiembre. Vannoza parecía desconcertada.

En el centro de la sala había una gran bañera de piedra, también de

forma octogonal, en el interior de la cual había una bañera más pequeña, en forma de espiral, como si fuese la cáscara de una gran concha.

El agua de la piscina, de color turquesa, parecía surgir de las mismas paredes de la bañera.

Después, desde uno de los lados de la sala se materializó una muchacha, con una túnica del mismo color turquesa del agua y de las plantas. Un sutil hilo de oro ceñía su frente. Sin decir una palabra se dirigió hacia las dos mujeres.

Calandra le ordenó algo en una lengua desconocida. Probablemente le pidió que la ayudase a sumergir al hombre en la bañera. Así lo hicieron.

La sierva cogió con mucha delicadeza algunas de aquellas plantas y las distribuyó, casi como si estuviese siguiendo un ritual, en el agua al lado de De Fugger.

Aunque sentía una innegable admiración por Calandra, que había demostrado una gran valentía, ahora Vannoza temía que las habladurías sobre ella y las acusaciones de brujería estuviesen realmente fundadas.

“Ahora idos, condesa, regresad a casa”

Calandra cogió de la mano a Vannoza y la acompañó hasta la puerta central de la sala, y desde allí, siguiendo una galería similar a la recorrida antes para llegar a la estancia subterránea, alcanzaron una pequeña gruta, cuya entrada estaba oculta por un enorme matorral de zarzamora. Desde allí, apañándose las lo mejor posible entre las ramas espinosas, consiguieron salir, justo de frente a un enorme roble, en el bosque de Montefiascone.

Vannoza reconoció el sitio. No estaban muy lejos del lugar en que ella, Calandra y De Fugger habían sido atacados por los soldados del Duca Orsini.

Las horas siguientes fueron quizás las más importantes para la existencia de De Fugger. Marcarían su destino.

Inmerso en aquella extraña piscina, sintió que renacía, como si se despertase de un largo sueño sin sueños. La sensación que había sentido estaba lejos del entendimiento humano, y derivaba del contacto con aquello que a primera vista parecía agua, pero que al tacto podía definirse como energía en estado líquido. Una fuerza sobrenatural que invadía su cuerpo, y no sólo eso. Incluso su mente parecía que se fortalecía, de tal forma que las cosas comenzaron a aparecer claras aún en su simplicidad.

¿Pero era que su mente se estaba purificando o sólo pesadillas y visiones? De Fugger se veía suspendido en el aire como si fuese el espectador de una obra de teatro alucinante.

Escrutaba desde lo alto una tierra desconocida, con hombres y mujeres

que vestían unos ropajes diversos a aquellos conocidos por él. Cerca de ellos unas pequeñas criaturas, aparentemente de metal, del tamaño de un niño o de juglares enanos, como los de la Corte. Después vio unas legiones que aclamaban a un soldado a caballo, quizás un emperador.

La escena cambió y apareció otro hombre, ricamente vestido con una capa de piel de armiño, en el momento en que estaba siendo coronado, durante una noche de invierno, quizás por un papa. Podía tratarse del Emperador del Sacro Romano Imperio. No sabría decirlo con seguridad..

Vio también un hombre rubio e imponente, parecía un alemán, con un halcón apoyado sobre la muñeca, mientras alcanzaba a caballo un *castrum* con las mismas formas geométricas de la habitación y de la piscina octogonal en la que estaba inmerso.

La escena debajo de él cambió otra vez. Ahora había otros hombres, quizás francos, o sajones, que utilizaban máquinas militares que lo turbaban, carros que echaban fuego con una fuerza mil veces superior a aquella de una catapulta. Su general llevaba un extraño gorro con una enorme letra N en el centro. El sueño se transformó en pesadilla cuando se reconoció en un futuro lejano, y vio claramente y con nitidez su muerte.

Pero la pesadilla no parecía tener fin. Siempre como si estuviese suspendido en el vacío, vio extraños pueblos y ciudadelas, donde se erguían casas altísimas y torres de cristal tan altas como un obelisco. Y vio un planeta que destruía todas estas ciudadelas con toda su violencia. ¿Era el Armageddon, el Apocalipsis contado por Juan?

Las casas y las torres que no habían sido destruidas por el mar de rocas estaban ahora recubiertas de hielo. De la misma manera que los mares, los lagos y los ríos. E incluso los hombres se transformaban en estatuas de hielo.

Las lúgubres visiones fueron interrumpidas por un hecho del todo inexplicable. En la sala habían entrado siete mujeres que se habían sumergido a su lado.

Parecía, sin embargo, que no se daban cuenta de su presencia, como si él no existiese. Criaturas etéreas en apariencia que, si bien tenían piernas desaparecían bajo las largas túnicas que vestían, y parecía que se movían flotando a unos palmos del suelo.

Las mujeres ocuparon la totalidad de la piscina, sentándose en círculo sobre los bordes de la bañera. Una de estas ocupó, incluso, el puesto de De Fugger, como si él no existiese, sobreponiendo su figura a aquella del hombre. Como si él y aquellas figuras femeninas viviesen en dimensiones espacio

temporales distintas.

¿Era él quien se había convertido en incorpóreo o aquellas criaturas no tenían sustancia física? ¿Había sido el diablo quien había organizado aquella siniestra puesta en escena?

Algunas de estas criaturas estaban, claramente, encintas. Conversaban entre ellas en una lengua desconocida que él –al principio –no comprendió.

Una letanía musical que no había escuchado jamás comenzó a vibrar en el aire, sin que fuese posible entender cuál era su origen o de dónde provenía. De Fugger reconoció un especie de canal o tubo que, partiendo de una de las paredes de la sala, introducía el agua –o aquella especie de fluido de color turquesa –en la piscina, trayendo con ella incluso las extrañas plantas que nacían espontáneamente sobre las paredes de la caverna. Pero aquel conducto parecía animado, como imbuido de inteligencia, porque se movía entre una mujer y otra, o en el interior de la bañera, casi como si siguiese un esquema lógico y según una fuerza autónoma.

A la vista de aquel espectáculo Johannes estuvo a punto de gritar, con toda la fuerza que había en su cuerpo. Pero de su boca no salió ningún sonido.

Las mujeres que estaban sentadas en el borde de la piscina ahora parecía que se habían dado cuenta de su presencia. Su mirada era impresionante, pavorosa.

El hombre no había visto jamás nada igual. El iris de sus ojos era de color rojo fuego, como los del diablo. Pero fue sólo un instante, porque un segundo más tarde aquellas figuras se disolvieron en la nada, como humo en el aire. De Fugger se encontró solo otra vez. Aunque siempre se había considerado un hombre valeroso, aquella experiencia, que no tenía nada de normal, le había producido una angustia que sólo con mucho esfuerzo había conseguido dominar.

De todos modos el cansancio prevaleció y enseguida perdió el conocimiento.

A la mañana siguiente el cielo apareció claro y prometía una jornada radiante. Incluso parecía que la niebla no había envuelto con sus tentáculos los campos de la aldea de Montefiascone. Se oyó llamar a la puerta. Calandra abrió la puerta sin temor ninguno. Vannoza entró y preguntó sin preámbulos dónde estaba el obispo Defuk.

“Todavía está reposando”

“No tenemos un minuto que perder. Los soldados del Duca vienen hacia aquí, ¡debéis salir de esta casa!”

“No es necesario, condesa. Nos refugiaremos en los subterráneos, en la sagrada habitación de las plantas acuáticas”

La noble dama no comprendía nada; había un montón de cosas que no entendía de todo lo que estaba pasando, empezando por quién era esta mujer, y aquel lugar que había visto la noche anterior. Pero no hizo preguntas.

Siguió a Calandra, que fue hacia la otra habitación de la casa, donde De Fugger estaba tumbado sobre un colchón de paja y dormía profundamente. Calandra lo sacudió:

“¡Excelencia, despiertaos!”

De Fugger abrió los ojos, todavía un poco torpe por los hechos ocurridos el día anterior. Evidentemente alguien lo había desvestido y ahora se encontraba endosando una especie de camisón de lino de color turquesa, del mismo color que aquel que vestía Calandra. La mujer lo ayudó a levantarse. Al hacerlo el obispo la miró. ¿Dónde había visto a aquella mujer antes?

De Fugger creía que ya se había encontrado con aquella doncella ⁴⁶ otras veces, incluso antes de la actual circunstancia, pero no recordaba ni dónde ni cuándo.

Vannozza debió contenerse para no emitir un grito de asombro cuando el hombre, al alzarse, descubrió sin darse cuenta la espalda.

No existía ni rastro de la herida de la flecha que lo había atravesado el día anterior.

La piel aparecía limpia y entera. Sin ningún tipo de cicatriz ni señal que diese a entender la existencia de una herida.

¿Milagro o brujería?

De Fugger, todavía confuso por los hechos ocurridos, preguntó por Martino, su fiel escudero, que lo había acompañado en tantas batallas, y al que necesitaba ver.

“Por desgracia Martino murió, excelencia. Fue herido por la espada de Orsini o por una de los guardias, antes de que nos agrediesen” respondió Calandra.

“Lo más probable es que lo cogiesen por sorpresa en el bosque mientras estaba intentando venir en vuestro socorro”

El Obispo, que en su vida había visto de todo, y había vestido según las circunstancias lo requiriesen la túnica de obispo de confesor de almas o la armadura del soldado imperial, no supo contener la gran pena que le produjo aquella noticia.

Una parte de él había muerto junto a su sirviente.

Unas voces agitadas se oyeron desde detrás de la puerta. Debían ser los guardias del Duca.

“¡Seguidme!”

Calandra se dirigió a la chimenea y, rápidamente, accionó la maquinaria que había debajo de la capa de la chimenea, que el día anterior ya los había salvado.

Los tres se metieron en el pasaje secreto que enseguida se cerró a sus espaldas. Recorrieron de nuevo las antiguas escaleras hasta llegar a la sala octogonal. Vannoza fue la primera vez que vio a las mujeres.

“No temáis, ellas no pueden veros” aseguró Calandra. Pero no era cierto. De Fugger era visible a sus fríos ojos de color fuego.

Las criaturas inmersas en la piscina se volvieron hacia él, como si lo hubieran reconocido y, sin emitir ningún tipo de sonido perceptible a los oídos humanos, consiguieron de todos modos transmitir su pensamiento al Obispo, en una lengua desconocida pero que sin embargo él ahora comprendía.

Entendió –porque era este el significado trascendente que una fuerza oscura transmitía a su cerebro –que ellas provenían de otro mundo, un planeta muy lejano, desde el cual, muchos años antes, habían llegado a la Tierra. Aquellas plantas que salían de las paredes de la misteriosa habitación y aquella agua que manaba de aquella antigua fuente, provenían –mezcladas con otra cosa –de las rocas extraterrestres que habían caído a la Tierra tantísimos años atrás. El Obispo estaba convencido que había alcanzado el conocimiento de lo ignoto, y con él la aceptación de la existencia de una mente superior, mucho más antigua que la humana, que podía modificar el espacio y el tiempo, y podía conducir incluso a la inmortalidad.

Si aquello significaba poner en entredicho sus principios religiosos, en estos momentos a De Fugger no le importaba. Él sólo quería comprender. Quería saber lo que aquellas criaturas sabían. Había sido atraído por su mirada enigmática y por la sabiduría desconocida que demostraban tener. El universo, la religión, la vida y la muerte le fueron explicados –según un credo todavía desconocido –en una fracción de segundo.

Aquellas criaturas pavorosas lo aterrorizaban, pero su naturaleza, crítica y hambrienta de conocimiento, lo impelía a permanecer en contacto con ellas.

Pocos después aquellas presencias se transformaron en formas etéreas hasta que desaparecieron en la nada.

Vannoza quedó sin palabras, incrédula por todo lo que había visto, después miró de manera interrogativa a Calandra, y De Fugger,

comprendiendo su turbación, respondió: “Ayer fui iniciado en la energía mística. Aprehendí mi mortalidad y sobre los años que todavía me quedan por vivir”

“He sido alcanzado por una intuición: existe una fórmula que frena el envejecimiento de los miembros y de la carne. Quiero que los hombres conozcan mi experiencia. Quiero que los hombres puedan iluminar su vida por el camino de la razón y el conocimiento”

Calandra se volvió de golpe hacia Johannes. Aquel lugar y aquellas criaturas no podían ser conocidos por la Humanidad. Aquellas mujeres eran seres sobrenaturales que constituían un peligro para los hombres y para las mujeres de Montefiascone y quizás del mundo entero. Tenían poderes que si se usasen contra los hombres serían peores que aquellos de los que Satanás podría disponer.

“Yo también pertenecía a la humanidad terrenal, mi señor, antes de ser iniciada en la transmutación de mi esencia por aquellos seres. Creedme” prosiguió la mujer. “No desharé aquello que he hecho. Aquellas criaturas son justo lo opuesto al Diablo, pero también a Dios. La continuidad de vuestra vida que estas prodigiosas aguas os han regalado, es efímera porque llegará el momento en que la muerte os alcanzará”.

De Fugger recordó las proféticas palabras del apóstol Juan: mil y no más de mil.

“Así sea, sabré utilizar esta vida de más que me han regalado para intentar dar un sentido a mi existencia” dijo el hombre. “¿Prometéis llevar este secreto a la tumba aunque sea dentro de mil años?” preguntó Calandra a Johannes, mientras la condesa asistía atónita a la conversación.

“Lo prometo”

“Entonces, coged esto”

Fue entonces cuando la mujer dio a Johannes un rollo de pergamino.

XX

Mons Faliscorun (Montefiascone) – 28 de septiembre del Año del Señor de 1104

El soldado superviviente que había participado en la emboscada y había herido en la espalda a De Fugger no volvió nunca más al castillo..

Una auténtica suerte, pensó la condesa Vannoza, que le ofrecía la oportunidad de mantener, delante del vicario pastoral de Montefiascone, la tesis de que el Obispo había muerto por causas naturales el día anterior.

Había sido ella testigo del síncope que había sufrido Su Gracia después de haber ingerido un poco de vino en algunas de las cantinas de Montefiascone. Y para dar valor a esta versión había distribuido con generosidad diez escudos de oro entre dos fieles sirvientas de su palacio, que sostendrían, incluso bajo tortura, si hubiese necesidad, que el hombre encerrado en el ataúd de fresno era el obispo Johannes De Fugger. Aquellas mujeres no sabían que en realidad, en la caja del muerto, reposaban los restos del siervo Martino.

No tenía sentido sospechar intrigas urdidas contra la persona del Obispo, y mucho menos de un envenenamiento. Era famosa la pasión que sentía De Fugger por el vino. Ya en otras ocasiones había sido víctima de alguna intoxicación. Por lo tanto, el hecho, aunque dramático, había pasado a un segundo plano dado el caso mucho más trágico de la muerte del Duca Bobone Orsini y de un hombre de su escolta, que se decía habían caído en una emboscada a traición, quizás obra del duque Odezio Odescalchi, enemigo jurado de los Orsini.

El oficio fúnebre estuvo a cargo del vicario pastoral en la basílica de San Flaviano, delante de los nobles del feudo de Montefiascone, de los frailes del convento de San Eustachio y del pueblo. Fueron recordadas las empresas ecuménicas del difunto, un humilde siervo de la Iglesia. Y también las empresas militares, contra los normandos, por la defensa del Imperio y del papa, Pasquale II, estrechos aliados en aquel momento histórico.

Se contó que el obispo de Augusta era un incansable investigador y perseguidor de reliquias sagradas. Tanto que se decía, incluso, que había encontrado los recipientes que contenían el vino ofrecido por Jesús a sus

discípulos durante la última cena.

Se habló también de su pasión por el buen vino, y de cómo gracias a él y a su benévola intercesión frente al Emperador habían florecido los acuerdos comerciales entre los productores de Montefiascone y de la Tuscia y las familias nobles del Imperio de Enrico V. Y ello en virtud de la rutinaria costumbre del Obispo de señalar con la palabra “Est” el lugar donde se encontraba el néctar de la uva.

Fue un funeral doble porque, después de la homilía por la muerte de De Fugger, se ofició otra en conmemoración del Duca.

Quien recordó los hechos de Bobone Orsini fue la mujer Raimonda, que habló sobre los hechos heroicos del valeroso condotiero, del marido fiel y del devoto cristiano. Recordó a todos los presentes como había sido justo el duque quien había invitado a su castillo a las familias de los principales nobles fieles al papa, con la intención de organizar una expedición a Tierra Santa bajo el signo de la Santa Cruz, roja en campo blanco. Fue un mensaje político que la viuda quería dar a conocer al vicario pastoral. Y lo consiguió.

Este bendijo con gesto solemne los dos féretros y declaró que la misa había terminado.

De Fugger, o mejor dicho, los restos que se encontraban en aquel ataúd, fueron sepultados en la basílica. Justo después el vicario ordenó al maestro Samuele de disponer la lápida sepulcral, como estaba prescrito en el “Codex Vaticanus” para los hombres que pertenecían al clero. El féretro de Orsini, en cambio, fue transportado por un batallón militar fuera de la iglesia, donde lo esperaba un carro fúnebre que lo transportaría a la capilla familiar del castillo para ser enterrado.

Mientras tanto, detrás de la primera nave a la izquierda de la entrada de la basílica, entre los frailes del cercano convento de San Eustachio, una figura encapuchada, con el rostro escondido en la penumbra, ofrecía en silencio el último saludo al secretario Martino. El hombre que había sido para él un amigo, antes que un siervo fiel.

Habiendo salido de la iglesia, alcanzó caminando a grandes pasos el establo de la hostería de la Sagrada Espina y, después de haber pagado al dueño de las caballerizas, montó en su caballo, y fue directo a Sovana, en las tierras de Tuscia, con el propósito de dar un giro a su vida, para lanzarse de cabeza al conocimiento de lo desconocido.

Pero cuanto más se alejaba de la ciudadela de Montefiascone, más atraído se sentía por el impulso irracional de pararse y contar por escrito

aquello que había visto y sentido con la mente en aquella habitación subterránea. La antigua letanía, oída hacía unas noches en la habitación de las cinco puertas, no dejaba de martillearle el cerebro, atormentándolo. Sabía que aquello representaría no cumplir la promesa que le había hecho a Calandra, la mujer que le había salvado la vida. Estos pensamientos fueron interrumpidos por un fogonazo mental. Ahora recordaba dónde la había visto.

¡Su imagen estaba representada sobre la tablilla de terracota que le había mostrado la señora Brunilde, en la casa de Bolsena!

Era ella, la figura femenina dibujada con una túnica turquesa, a bordo de un extraño bote sin velas ni remos que navegaba proveniente de una tierra desconocida. ¿Cómo era posible que aquella mujer estuviese viva cuando aquellas tablillas de barro habían sido fabricadas? Debían de tener más de mil años.

Aquel descubrimiento no podía influir de ninguna manera en su entendimiento. Incitó al caballo a aumentar el paso, quería alejarse de allí lo antes posible. Y así lo hizo.

Ya en Sovana, decidió pararse en el Dragón de Fuego, el principal hostel de la ciudad.

Había cogido de la Intendencia de la abadía de Sovana una gran cantidad de hojas de pergamino, vendidos de manera fraudulenta por un peregrino recién llegado de Siena que, antes de alcanzar Roma, quería escribir sus últimas voluntades en previsión de su muerte.

Pagó dos piezas de plata por catorce folios. Y otras dos piezas por la tinta de colores: verde, amarillo, negro y roja.

Después ordenó al dueño del hostel y a sus siervos que no le molestasen durante el tiempo que permaneciese allí. A no ser por la noche, para entregarle la cena que sería llevada a sus aposentos. Debido a que las habitaciones de la hostería –si podíamos definir las de esta manera –tendrían que haber hospedado más huéspedes, comerciantes o peregrinos que a través de la Vía Francigena llegaban a Roma, De Fugger pagó al posadero quince escudos para asegurarse el uso exclusivo de aquel tugurio durante siete días.

Necesitaba tener un margen de tiempo amplio que le permitiese poner en marcha su proyecto, sin perturbaciones. Esa misma noche desenrolló los pergaminos que le había dado Calandra. Un frío escalofrío recorrió su espalda.

Los folios estaban escritos en un idioma desconocido. No era latín, no era griego, no era franco, no era gótico. ¡Y de todas maneras comprendía el

significado!

Mientras tanto, aquella extraña y macabra letanía había vuelto a martillearle el cerebro, implacable.

Los pergaminos explicaban como las propiedades de las plantas que crecían en la sala subterránea y del fluido prodigioso que manaba de la bañera milenaria podían dar el poder de alargar la vida, y quizás la inmortalidad. Se mostraba la constelación del Cisne, a la cual pertenecía el antiguo planeta que se había unido con la Tierra, y describía los seres, hijos de ese planeta, que ahora vivían en la sala subterránea.

Después se contaban hechos de los cuales no había oído hablar jamás. Profecías que predecían el futuro. Se hablaba de un castillo –que tendría el nombre de Castel del Monte –de forma octogonal, construido por un soberano, de nombre Federico II, donde se desarrollarían los mismos rituales de la sala subterránea.

En el futuro él encontraría a aquel hombre, que en este momento aún no había nacido, cuyas obras había podido observar en un sueño profético. Se lo prometió a si mismo. Le vino a la mente una idea que a su debido tiempo pondría en funcionamiento. Pero ahora necesitaba profundizar sobre el significado del pergamino.

Por cada tema existía una sección adornada con imágenes y representaciones casi reales de plantas, planetas e incluso de las inquietantes mujeres que estaban inmersas en la bañera.

Aquellas mujeres. Estaba seguro que eran ellas las que manejaban su mente, aunque no estaba convencido de que representasen el Bien. Lo comprendía todo, consciente de que ningún otro ser humano poseyese aquel privilegio. Pero algo en su interior le decía que aquello era el Mal.

Se dio cuenta de que el primer pergamino del rollo que le había dado Calandra tenía dibujos sólo en los márgenes, eran pequeñas estrellas. Además, en un ángulo del folio aparecía uno de aquellos seres femeninos que, ahora ya, representaban para él el diablo. Decidió que justo desde aquella página –en su mayor parte vacía de contenido –comenzaría su historia, como queriendo realizar una continuación ideal entre aquello que él escribiría y aquello que, sin embargo, contenían los pergaminos recibidos de la mujer. Explicó las razones que lo había llevado a Bolsena y a Mons Faliscorun. Contó los hechos de la condesa Vannoza y de Calandra. Dio explicaciones sobre la sala subterránea de forma octogonal.

Después –terminado este trabajo –comenzó a fabricar un código que

permitiría la traducción al latín de todo lo que estaba escrito en aquel lenguaje desconocido.

Aquel trabajo inmenso lo dejó sin energía de manera tal que, al alba, cuando hubo terminado parte de la traducción, cayó sin remedio en un sueño profundo.

Durmió ininterrumpidamente durante dos días, para satisfacción del hostelero que de esta manera pudo reciclar la pésima cena que le había preparado sirviéndosela a los otros clientes del local.

Defuk vivía ahora ya en un estado de perpetua y lúcida alucinación, intercalando momentos de absoluto olvido con momentos de indescriptible excitación que lo impelían a continuar con la obra.

Hasta que, cinco días después de su llegada a Sovana, el relato de la historia que había vivido, y la transcripción del código que representaría la clave para traducir la incomprensible escritura, llegaron a su fin. Quedaba sólo un último esfuerzo.

Las páginas donde se contaba la manera de descifrar el texto oscuro que contenían los pergaminos de Calandra se unieron en un único volumen. De esta manera los nuevos folios pasaron a ser una especie de prólogo.

Ahora el manuscrito estaba completo y podía ser interpretado, al menos en sus partes más importantes, gracias al código que ayudaría a su traducción.

Justo en el momento en que había acabado el proceso de encuadernación se materializó en la estancia una de aquellas misteriosas y aterradoras criaturas con semblante femenino. De Fugger intentó retroceder hacia la pared, pero cuanto más retrocedía, más lo perseguía implacablemente, sin darle tregua, la figura, que ahora había asumido las características físicas de su siervo Martino, aunque dotado de una mirada diabólica. ¿Era una pesadilla o era real? El hombre, aterrorizado, intentó gritar, pero de su boca salió solamente un rumor sordo y débil, enseguida cubierto por la letanía que lo obsesionaba.

“¿Qué crees que estás haciendo, Johannes?”

Una voz siniestra resonó en su cerebro mientras el espectro de Martino lo traspasaba con la mirada de iris rojos.

A continuación una escena terrorífica tomó el lugar del fantasma. De Fugger se encontró de nuevo en la cámara subterránea. La imagen era tan real que habría jurado poder tocar las paredes.

Delante de él estaban Calandra y aquella doncella con el hilo dorado que le ceñía la frente. Las dos mujeres se habían transfigurado hasta asumir la

misma apariencia de las siete diabólicas figuras femeninas que estaban inmersas en la bañera.

Un tubo unía los ombligos de ambas mujeres, visiblemente embarazadas, con otra figura que había en uno de los nichos de la pared de la habitación secreta. Recordaba haber entrevisto unas estatuas, que representaban unos seres en parte hombre y en parte vegetales o animales. Como los parteluces que recorrían la catedral de Siena y Massa Maritima, esculpidos en la piedra para rechazar al Maligno.

Reconoció en una de las estatuas el soldado del Duca. El soldado que, después de la agresión en el bosque, había desaparecido. Ahora, los ojos de aquel desventurado, unido a través de la siniestra excrescencia a las dos mujeres, se habían convertido en llamas. Una visión onírica que tenía en sí misma algo de alucinante.

Finalmente se explicaba la desconfianza del pueblo hacia Calandra, y las acusaciones de brujería que habían lanzado contra ella, a consecuencia de las misteriosas desapariciones de mujeres y hombres, incluso de niños, que no regresaron jamás a la aldea.

La inmortalidad o el prolongamiento artificial de la vida, ¿se obtenía a costa de la vida de otras personas? ¿O, al contrario, los poderes prodigiosos de aquella agua y de aquellas plantas no tenían que ver con aquellos seres diabólicos?

¿Por qué Calandra le había dado aquellos pergaminos, si ella misma se comportaba como una de las responsables del sortilegio? ¿Quizás por un poso de arrepentimiento?

No lo sabría jamás. Pero ahora lo comprendía: aquel secreto era demasiado peligroso para ser desvelado a todos los hombres, porque los malvados podrían servirse de aquellas criaturas y utilizarlas contra la humanidad.

¡Una desgracia más grande y peor que mil catapultas cargadas con bolas de fuego, peor que cualquier máquina de guerra que fuese concebida, peor que la peste!

Estos pensamientos lo apartaron de la imagen siniestra que se había presentado ante sus ojos. El monstruo se había desvanecido.

Había tomado una decisión. Conservaría celosamente el manuscrito y el código que contenía, pero sólo los puros de corazón podrían tener acceso a aquel conocimiento y a la cámara subterránea.

Le quedaba una última misión por cumplir, y tenía que ver con la imagen

que tenía en mente, ligada a la de aquel condotiero que nacería muchos años después: Federico II.

De Fugger sabía –lo había visto con los ojos de la mente –que aquel hombre iluminado construiría en Apuliae⁴⁷ un castillo que se llamaría Castel del Monte, donde fabricaría una especie de réplica de la cámara octogonal subterránea de Montefiascone. Tenía la intención de disuadirlo de aquel proyecto. Lo intentaría, aunque había visto proféticamente que el siglo siguiente el castillo se construiría.

El hostelero Bertrando dormitaba con la cabeza apoyada sobre una mesa sucia de grasa y de verduras putrefactas, de frente a la entrada de El Dragón de Fuego. De Fugger golpeó con su bastón sobre la tabla, despertándolo sobresaltado.

“¡Por las barbas de Belcebú, mira quién se deja ver! ¿Habéis decidido dejar la estancia libre? Tened en cuenta que el pacto era por siete días, ni uno más ni uno de menos. Si habéis decidido ir os un día antes, es asunto vuestro. No os voy a devolver el dinero”

“Calmaos, posadero”

Defuk habló de manera tan sombría que el dueño de la hostería cambió de expresión y, visiblemente aturdido, se quedó escuchando.

“Aquello que os he dado, vuestro es. Es más, decidme, ¿dónde puedo encontrar un buen dibujante?”

“No sabría decirlo, mi señor, no soy un hombre entendido en estas cosas, pero hace unos meses estuvo en mi hostel un joven que decía que era pintor”

“¿Su nombre?”

“No lo sé de memoria. Os puedo decir que se aloja en la Hostería de los Peregrinos de San Patricio, muy cerca de la Piazza del Priore”

“Os quedo agradecido”

“El agradecimiento no llena la barriga....” dijo por lo bajines el hostelero

El obispo, que no era sordo y comenzaba a sentir una cierta repugnancia por aquel hombre ávido y vil, extrajo de debajo de la capa una bolsita de cuero de la que cogió una pieza de plata que tiró sobre la mesa.

En pocos minutos De Fugger llegó a la Hostería de los Peregrinos de

San Patrizio. El fraile hospitalario del refugio, que era el encargado de asegurar a los viajeros una yacija para la noche y una sopa caliente, le explicó que el pintor ya no se encontraba allí.

“El Maestro Guidarello se ha ganado la estima de los señores de Sovana y Bolsena y ahora vive en la ciudad vieja” aclaró y añadió a continuación: “Abrió su taller. Os explicaré dónde encontrarlo”

Esa misma noche de Fugger, siempre escondido tras la capucha de la capa, llegó al taller de Maestro Guidarello

“¿En qué puedo ayudaros, señor?”

“Me han dicho que sois un pintor capaz de retratar personas y cosas como si fuesen reales”

“Trabajé en el convento de Orvieto en la realización de los frescos de la vida de San Ignacio, y también para el Duca Orsini, Dios lo tenga en su gloria, en las pinturas murales de la capilla de su castillo, mi señor. Y nunca jamás nadie se ha lamentado de mis servicios”

“Perfecto”

“¿Qué deseáis pedirme?”

“Deberéis realizar un fresco por encargo mío en la iglesia de San Flaviano”

“¿Quién sois vos para ordenarme un trabajo de esa clase, un clérigo o un prelado?”

“Soy el albacea testamentario de un hombre de iglesia, el obispo Johannes De Fugger”

“He oído hablar de él”

“Deberá ser la imagen más real que sea posible de la leyenda de los tres vivos y los tres muertos, ¿lo habéis entendido?”

“Conozco la historia, mi señor”

“Dibujareis un boceto en vuestro taller, de manera que yo os pueda mostrar cómo quiero que sean las figuras de los tres vivos” dijo Defuk. “En cuanto a la representación de los muertos, serán sólo dos”

“Se hará como mandáis”

“El tercer representado seré yo. De esta manera sucederá que la familia del Emperador Federico II se podrá encontrar con los dos muertos y conmigo mismo”

“¿De que emperador Federico II habláis, mi señor? Quizás no sabéis que nuestro Emperador se llama Enrico V. El otro no sé quién puede ser”

“No os preocupéis, pensad tan solo en hacer un buen trabajo y recibiréis

la justa recompensa”

Transcurrieron de esta manera dos días de intenso trabajo en los cuales Guidarello, sobre un fino pergamino de grandes dimensiones, predispuso el retrato del Obispo.

Después, siempre bajo las indicaciones de su empleador colocó la figura de De Fugger en la imagen alegórica en la cual los tres vivos se encontraban con los dos muertos, además de él.

“Muy bien, *messer* Guidarello, confío en que copiaréis sobre las paredes de la basílica de San Flaviano con la máxima fidelidad este espléndido boceto”

“Pondré la máxima atención en no desilusionar las vuestras expectativas, señor”

El pintor había recibido veinte escudos como anticipo por la obra pictórica que se disponía realizar. Recibiría otros veinte escudos en el momento en que el fresco estuviese terminado.

“¿Vuestro nombre, señor?”

“¿Por qué lo queréis saber?”

“De manera que yo pueda decir quién es mi empleador cuando alguien me pida una justificación”

“Me llamo Martino, servía a mi patrón y señor el obispo Johannes De Fugger. Deberéis dar, solamente al fraile de la basílica, esta carta que contienen las últimas voluntades de mi dueño y señor y veréis que os concederán todo el tiempo y el espacio necesario para tu obra”

Nada más salir del taller del Maestro Guidarello, De Fugger ensilló su caballo y partió para Roma. Su nombre había dejado de existir y reposaba en aquella tumba donde en realidad se encontraba el pobre Martino.

Pero no era la necesidad de encontrar una nueva identidad lo que ahora le inquietaba. Sino aquellas macabras y horrorosas visiones que cada noche le harían compañía, en cualquier sitio que se encontrase. Solo la muerte podría liberarlo de aquellos espectros terroríficos. Pero para esto tendría que esperar.

XXI

Montefiascone – Hotel Astoria, martes 27 de octubre de 2015 – 04:30 horas

Observaban con atención las catorce páginas de pergamino del Manuscrito Voynich, colocadas sobre el suelo de la habitación de Viola.

Los folios parecían en buen estado de conservación, si se exceptuaban unas minúsculas rebabas en los bordes, y algún pequeño agujero, debido probablemente a la acción de algún insecto. Cosimo, que tenía en una de sus manos una lupa, se dispuso a traducir el texto, escrito en latín medieval.

La emoción y las expectativas que cada uno de ellos sentía con respecto a aquellos enigmáticos mensajes eran palpables.

“Centremos nuestra atención sobre las doce páginas que quedan, dejando aparte por ahora las dos primeras que, a ojo, parecen ser aquellas fotografiadas por Guido Sereni durante la guerra”

Transcurrieron, de esta manera, más de cinco horas hasta que fueron traducidos todos los folios encontrados en el sarcófago de De Fugger.

Turbados e incrédulos aprendieron la crónica de mil años antes, cuando el Obispo había conocido a Calandra degli Uberti y a la condesa Vannoza del Cangrande.

Aprendieron que el Manuscrito Oscuro había sido realizado por aquella mujer –Calandra– que tenía fama de bruja. Y que solamente las catorce páginas que se habían añadido eran obra de Defuk.

Leyeron sobre la existencia de extrañas y desconocidas plantas que quizás habían sido la causa de su salvación. O quizás se podía atribuir el mérito al agua de la enigmática fuente situada en el centro de la misteriosa estancia octogonal excavada en las entrañas de la tierra. Aprendieron cosas sobre aquellas diabólicas figuras, de apariencia femenina, inmersas en la bañera, de las que ni siquiera De Fugger conocía el origen.

Pero sobre todo, descubrieron el código –la clave– que permitiría a la Humanidad descifrar aquel alfabeto oscuro.

El enigma que había atormentado por siglos a los historiadores, profesores de filosofía medieval, expertos de todo el mundo, dentro de poco estaría revestido de la luz del conocimiento y de la revelación.

Ahora los tres estaban convencidos que caerían, como un castillo de naipes apoyado sobre una mesa mal equilibrada, todas –o casi todas– las teorías que durante mucho tiempo habían intentado dar un sentido a aquel texto inexplicable.

Las hipótesis que atribuían la obra a Leonardo da Vinci, o aquellas que, por el contrario, atribuían su paternidad a Francesco Bacone no tenían ya validez alguna. Igual que aquellas que pretendían atribuir al manuscrito una función apócrifa, que había sido falsificado magníficamente, en el siglo XVI, por Jacobus da Tepenece, médico y alquimista en la corte de Rodolfo II de Hasburgo, para congraciarse con el emperador, un apasionado del coleccionismo y las ciencias ocultas.

Todas estas teorías, más o menos pomposamente defendidas por expertos o por los que se decían serlo, serían desmentidas de manera clamorosa. Todas excepto quizás una.

Lorenzo Putignani recordó cuando, todavía estudiante, junto con Oleaux y Cosimo, el estudio del Manuscrito Voynich los había llevado a formular una idea muy sugestiva que, por otra parte, ya había sido propugnada por algunos expertos en esoterismo y que había sido el impulso que había desencadenado y suscitado el interés de Adolfo Hitler.

Se decía, de hecho, que el Manuscrito Voynich encerrase la fórmula de la inmortalidad. Y ahora aquella teoría temeraria, que había entusiasmado tantos años atrás a los tres estudiantes de Derecho, podría encontrar su confirmación.

“Ahora que conocemos la historia de De Fugger y estamos en posesión de la clave para descifrar el texto del manuscrito, nos queda tan sólo una última pregunta por responder”

“Ya, Cosimo, la madre de todas las preguntas”, asintió Lorenzo.

“¿Estáis por casualidad preguntándoos donde se encuentra la estancia octogonal?” dijo Viola.

Efectivamente, en ninguna de aquellas páginas se hacía referencia a la ubicación de la habitación subterránea. Ni siquiera estaba dibujado algún mapa que pudiese ayudar en este sentido.

También existía la posibilidad de que la indicación de la posición de la cámara secreta estuviese contenida en el texto cifrado, o lo que es lo mismo aquel texto que estaba compuesto por caracteres de una lengua desconocida. Pero aquello no suscitaba en ellos una gran convicción. Además el manuscrito no estaba en sus manos ya que se encontraba en la biblioteca de Yale.

También era cierto que podrían haber tenido fácil acceso –a través de Internet –a todas las páginas del Voynich, desde cualquier sitio especializado en el tema. De todas maneras Viola, y sobre todo Cosimo, eran propensos a creer que no encontrarían pista alguna de un mapa en el manuscrito. Y había que tener en consideración el hecho de que el mismo De Fugger había escrito sobre la reticencia de Calandra a que fuese revelado a los hombres aquel lugar secreto. Por lo tanto si había algún indicio sobre esto, no podía sino encontrarse en el interior de los catorce folios escritos de puño y letra por el Obispo. Vale, pero ¿dónde?

“A menos que...” dijo Viola en voz alta.

“¿A menos qué?” respondió como un eco Cosimo con curiosidad.

“A menos que el secreto no esté en la leyenda popular que envuelve la vida del obispo” respondió la joven absorta en sus vagos pensamientos.

“¿Qué quieres decir?” replicó Lorenzo Putignani.

“Es sólo una hipótesis, calmaos”

Mientras tanto el hombre y la mujer que estaban en el Jeep Renegade negro, aparcado a poca distancia del hotel, escuchaban la conversación que estaba teniendo lugar en la habitación de Viola, por medio de auriculares wi-fi.

“A ver, si tu no conocieses la auténtica historia de De Fugger, para entendernos, aquella que hemos aprendido a través de la lectura de estas catorce páginas, ¿qué me podrías decir del Obispo?”

La pregunta era tan sencilla que Cosimo se las vio y se las deseó para organizar una respuesta sensata.

“Puf, hija mía, te respondería que De Fugger era un obispo soldado”

“¿Qué más?”

“Te diría que sus restos reposan en la basílica de San Flaviano”

“Bien, pero ¿cuál es el elemento que caracteriza su mito, su leyenda?”

Cosimo, un poco perplejo, no conseguía entender a dónde quería llegar Viola con su razonamiento.

“Te respondería que De Fugger es conocido por su pasión por el vino de calidad y por el empeño que ponía en encontrarlo, tanto que...”

“¿Tanto que?”

“Tanto que la leyenda dice que señaló con las palabras Est! Est! Est!!! el emplazamiento de los buenos vinos” dijo Cosimo

“Est, en latín, puede tener el significado de: es aquí”

Se hizo un silencio sepulcral en la habitación.

“Viola, estoy orgulloso de ti” dijo Lorenzo preso del entusiasmo.

“Es posible que De Fugger diese pábulo a esta leyenda justo para dejar una pista sobre el paradero de la sala octogonal...”

“En efecto, podría ser una interpretación plausible para encontrar la casa de Calandra”

Mientras tanto, en la oscuridad del habitáculo del jeep, la mujer y el hombre, iluminados por la débil luz azul proveniente del dispositivo de escucha ambiental, se intercambiaron la enésima y victoriosa mirada de confirmación. Y no solamente ellos.

También James Ladoni, en una habitación del hotel, se complacía por la perfecta recepción sonora del aparato que había emplazado en la maleta trolley de la fiscal

“Muy bien, pero ¿quién dice que la casa de Calandra, después de mil años, siga todavía en pie?”

“Os recuerdo que, según escribe De Fugger, el único acceso a la sala secreta, estaría detrás de la chimenea” observó Cosimo.

“Sin contar con que, aunque la casa existiese todavía, no sabríamos cómo encontrarla” respondió Viola.

“Siempre que el nombre de Calandra no aparezca sobre el timbre o sobre el buzón de la correspondencia” intervino Lorenzo de manera cansina.

“Creo que tengo una idea. Viola ¿tienes todavía el número de teléfono que encontraste en mi habitación en el convento?”

La joven asintió, después revolvió un poco en su bolso y extrajo el post-it de color amarillo.

“¿Sabéis a quién pertenece este número de teléfono?”

Los dos se miraron entre ellos antes de hacer una señal de que no tenían ni idea.

“Es el número de Patricia Crosignani, una experta en arquitectura urbana y toponimia medieval”

“Necesitaríamos contactar con ella enseguida”, dijo Lorenzo. “Pero no antes de desayunar”

De hecho eran las diez y media pasadas, después de las vicisitudes nocturnas de las cuales habían sido los protagonistas, decidieron concederse algunas horas de reposo. Se reencontrarían en la habitación de Viola dos horas después, para proseguir con sus investigaciones.

Ladoni fue molestado durante la recepción de la conversación por un fastidioso silbido en el auricular, que sólo podía ser debido al efecto Larsen, el eco de la señal de radio que indicaba la presencia en la zona de al menos otro receptor de alta frecuencia.

Abrió el maletín y extrajo un rastreador óptico de señales. Se acercó a la ventana, adyacente a aquella de la fiscal, y presionó una pequeña tecla sobre el dispositivo.

Un rayo láser de luz azul partió de la ventana de la habitación de Viola para dirigirse hacia un SUV negro de gran cilindrada. Quizás un jeep.

Era desde aquel coche aparcado a unas pocas decenas de metros del hotel de donde provenía la señal de radio que interceptaba la conversación.

Ladoni se convenció enseguida que en el auto debía de estar la misma persona que había hecho volar aquella noche el dron sobre su cabeza. Era necesario desembarazarse de ella. El trabajo se volvía más interesante, pero también más complicado de lo previsto.

Mientras tanto, sin embargo, convenía mantener la vigilancia, con las orejas pegadas a los micrófonos de la habitación de la fiscal, y con los ojos bien abiertos sobre la plaza, en dirección al SUV. Antes o después el ocupante del jeep saldría y le tendría reservada una bonita sorpresa.

Hotel Astoria martes 27 de octubre de 2015 –sobre las 13 horas

Después de dejar a Viola y Lorenzo y llegar a su habitación, Cosimo se echó sobre la cama con el propósito de dormir un poco. Tenía que hacerlo.

Pero los pensamientos continuaban acumulándose en su cabeza sin que pudiera echarlos fuera. Se regeneraban por sí mismos, como las nubes. Las pupilas del hombre, tendido sobre la cama, se movían frenéticamente, casi investigando –sin un objetivo preciso –el entorno de la habitación: la mesita que había enfrente de él con un televisor LCD de 15 pulgadas, el cuadro en la pared que reproducía una vista de Montefiascone, probablemente fotografiada desde un helicóptero, la ventana con el pequeño balcón desde el que se veía la plaza del hotel.

¿No tenía nada que debiera confesarse a sí mismo? ¿No tenía nada de que reprocharse? En aquellos años de oración había encontrado finalmente la paz interior, pero los últimos acontecimientos ligados a la obsesión de un viejo pasado continuaban atormentarlo. ¿Podía decirse que era todavía, por méritos propios, un hombre de iglesia, o su fé había sido puesta a prueba en beneficio de aquellas teorías paganas, si no incluso blasfemas, sobre la

inmortalidad?

¿Aquella investigación obsesiva de las páginas perdidas del Manuscrito Voynich y, ahora, la de la estancia secreta, no escondían en realidad una duda existencial?

Era cierto que en aquellos años se había documentado ampliamente, y no sólo sobre la vida de aquel obispo alemán medieval. El conflicto entre fé y hechos paranormales no se podía decir que se hubiese resuelto. Porque la Iglesia estaba en contra de las creencias sobre el espiritismo y el ocultismo, ya que las consideraba una forma de idolatría.

Pero recientemente –y no sólo –se habían alzado muchas voces, incluso de ilustres teólogos, que no pensaban que fuesen infundadas algunas teorías posibilistas, o al menos no negacionistas de algunos fenómenos paranormales.

Recordaba haber leído, por ejemplo, en una entrevista al antiguo titular de la Cátedra de Parapsicología de la Universidad Pontificia Lateranense, el padre Andreas Resch, que había afirmado que el hombre no sobreviviría solamente con aquello que se puede verificar científicamente, y había declarado que existen fenómenos inexplicables que son parte esencial de la vida del hombre, y que debían ser considerados, estudiándolos, profundizando en ellos, pero no dejarlos de lado sólo porque, por el momento, no se había encontrado para ellos una explicación satisfactoria.

Incluso el padre Ulderico Pasquale Magni, célebre teólogo y filósofo, había explicado que incluso los fenómenos paranormales dan testimonio de la existencia del más allá.

Y aquel fresco de la leyenda del encuentro de los tres vivos y de los tres muertos, representación alegórica que, además de estar en la basílica de San Flaviano, se encontraba en otras abadías y lugares de culto cristiano, ¿no estaba testimoniando una forma de aceptación por parte de la Iglesia de algunos fenómenos paranormales? Pero ¿por qué atormentarse de esta manera si en el fondo él, como muchos otros hombres más ilustres y preparados que él, respondía a la necesidad humana de entender, de comprender? Todas estas afanosas consideraciones le impidieron conciliar el sueño, siquiera unos pocos minutos.

Dieron, de esta forma, las catorce horas. Cosimo decidió que dejaría para más adelante hacer cuentas consigo mismo. Ahora, sin embargo, debía poner en marcha el proyecto que se había prefijado. Llamó desde el teléfono del hotel a la doctora Crosignani del Instituto Cartográfico Militar de Florencia.

Unos tonos de llamada y de la otra parte del teléfono le respondió la voz femenina de una mujer de mediana edad.

“Doctora, soy el hermano Tommaso”

“Buenas tardes Padre, he ya avanzado mucho con aquella investigación que me ha pedido. ¿Quiere que le envíe parte del trabajo?”

“Sí, hija mía. Junto con el padre Ludovico y con la ayuda de nuestros hermanos, como bien sabe, estoy acabando el libro sobre la historia de Montefiascone, enriqueciéndolo con imágenes de la ciudad vieja. Faltan solamente los mapas topográficos de la época”

“No podía escoger una persona mejor para este trabajo” respondió la mujer.

“Le pido que me entregue, en el menor tiempo posible, los mapas históricos de los que hemos hablado”

“Será cuestión de pocas horas. Por la noche tendrá los documentos”

A las veintiuna y treinta Cosimo, Lorenzo y Viola, que mientras tanto se habían reencontrado en la habitación de esta última, recibieron a través del correo electrónico en formato PDF los planos antiguos de la ciudad.

“Estimada señorita Borroni, como acordé con el padre Tommaso, procedo a enviarle una copia escaneada de los planos de Montefiascone.

De acuerdo con vuestras indicaciones, he limitado mi investigación a los documentos presentes en nuestro archivo a partir del año 1000, obviamente la investigación se ha limitado a los planos topográficos donde aparece la frase Est! , en uno o más lugares.

He conseguido, por tanto, recuperar 3 planos topográficos, de los cuales el primero data de 1251, de un tal Jacopus Dalamberto. El segundo, sin una fecha concreta, pero presumiblemente datado entre los años 1378 y 1391, dibujado por el padre Jeronimus Dandolo y, el último, se remonta al año 1518, de un tal James Dee.

Convencida de haber completado de esta manera el encargo que se me había conferido, le envió mis mejores saludos. Patricia Crosignani –a continuación la factura”

Viola descargó enseguida el material adjunto en el correo electrónico, teniendo cuidado de dejar abiertos los documentos en el escritorio por medio de iconos, de manera que pudiera verlos al mismo tiempo. Los PDF estaban impresos a color y habían sido reproducidos perfectamente. Indudablemente el Instituto Cartográfico había hecho un buen trabajo.

El primer plano medieval representaba la ciudadela fortificada de

Montefiascone, con las calles principales del burgo. En la parte derecha había una breve descripción en latín, con la cual el compilador Jacopus Dalamberto, después de agradecer a su mecenas, el duque Settembrino Valdiccesi, señor de aquellas tierras en el año 1251, ponía en evidencia la fama de monseñor Falasorum gracias a las obras del difunto obispo Johannes De Fugger, más conocido como Defuk. Sobre el plano estaban señalados los cuatro puntos con la frase Est!, donde la tradición había dicho que Martino había señalado –en interés del Obispo –las tabernas con el mejor vino de la zona.

El segundo plano –que se remontaba, sin embargo, al siglo XIV –tenía también una breve descripción de la tradición y de la leyenda de De Fugger y de los lugares señalados por él con la frase Est!, además, en el ángulo derecho, se entreveía, si bien de manera difuminada, una señal o un sello, que se refería a la frase *In vino veritas*, probablemente debida al promotor del plano, que debió de ser una hermandad vinícola. También sobre este plano la palabra Est!, indicaba tres lugares.

El plano más reciente –datado en 1518 –en sustancia, representaba el pueblo con las mismas calles y los mismos edificios de los otros dos planos cartográficos. Salvo que era evidente una expansión territorial de la ciudadela, con la edificación de nuevas iglesias en la zona periférica y la ampliación del castillo. También estaban presentes dos imágenes alegóricas, una de un joven Baco y otra del zorro y de las uvas. Después continuaba la misma historia de De Fugger y la leyenda de Montefiascone. Venía indicada la basílica de San Flaviano, donde reposaban los restos mortales del Obispo, y cuatro lugares en el interior del burgo, con la frase Est!, una vez más.

Ahora podían pasar a la fase dos: la superposición de los objetivos.

Se comenzó por contraponer el plano más antiguo con aquel de la época intermedia y después con el de 1518. Tanto en el primer plano cartográfico como en el segundo estaban presentes dos lugares comunes donde la frase Est!, aparecía siempre.

El resultado final del trabajo de comparación de los tres mapas fue que la mayor parte de los lugares marcados con Est!, y que estaban presentes en uno de los planos, no estaban indicados en los otros dos, y viceversa. Excepto en un caso, común a todos los planos. Era una casa que se encontraba en la parte de atrás de una iglesia, en los alrededores de Montefiascone.

“¡Creo que lo hemos conseguido!” exclamó Lorenzo.

“Sólo esa casa está señalada con la palabra Est!, en los tres mapas cartográficos”

“¿Sabéis lo que significa? Que ese lugar tiene la máxima puntuación: Est! Est! Est!!!” respondió Cosimo.

“Los tres autores, Jacopus Dalamberto, Jeronimus Dandolo y James Dee, habían indicado el lugar pero mezclándolo con sitios equivocados”

“Pero ¿cómo conocían la situación exacta de la casa?” preguntó Lorenzo.

“Muy sencillo” respondió Cosimo. “El mismo hombre ha dibujado estos planos, aunque en siglos distintos. Y es Johannes De Fugger”

Viola todavía no conseguía adentrarse de manera racional en aquella extraña historia. Movi6 la cabeza incrédula, después susurr6:

“Fijaos que las iniciales de los tres top6grafos son J y D, las mismas que Johannes Defuk”.

“¡Increíble!” dijo Lorenzo.

“Por lo tanto, el viejo brib6n del obispo, había diseminado las pistas sobre los tres mapas, para así poder indicar el punto justo en que se encontraba la casa de Calandra, creando tres nombres falsos cuyas iniciales se referían a él mismo”

“Sí, lo admito, parece una locura sólo pensarlo, pero creo que ocurrió justo de esa manera” confirmó Cosimo.

Pero el problema ahora era saber si aquel lugar existía todavía. Era posible, de hecho, que la casa de Calandra hubiese sido tirada abajo y sustituida por otro edificio. Después de mil años el riesgo no se podía decir que fuese remoto.

Viola guardó como PDF el mapa de la actual Montefiascone, descargándola de Google Maps Después lo comparó con los planos antiguos.

En un primer momento pareció que nada de la antigua ciudadela hubiese permanecido en pie.

A primera vista en la moderna Montefiascone faltaban algunos puntos de referencia con los edificios representados en los mapas antiguos.

“Esto ocurre porque la ciudadela era mucho más pequeña que la actual” sugirió Cosimo.

“Pero si reducimos gradualmente la actual Montefiascone...” prosiguió, pulsando el zoom y manejando el rat6n del PC “y eliminamos toda la periferia que hace mil años no existía...Encontramos el actual centro hist6rico que coincide casi perfectamente con el antiguo”

Efectivamente, al borrar la parte más moderna de la ciudad y limitar el perímetro a las viejas murallas, la topografía de la Montefiascone medieval

coincidía perfectamente con aquella que habían descargado de Google Maps. El descubrimiento los sorprendió.

El lugar señalado con los tres Est! en los planos topográficos antiguos era una casa en la parte de atrás de una iglesia. Ahora, sobreponiendo los tres planos con aquel moderno, se dieron cuenta que la iglesia existía todavía, y también la casa.

“¡Asombroso!” exclamó Lorenzo.

“Cosimo, agranda sobre Google esta iglesia” prosiguió.

Se trataba de la iglesia de Sant’Andrea del Campo, en el actual Largo del Plebiscito, una de las más antiguas de Montefiascone, mencionada ya en el año 853 como *Ecclesiam S. Andreae in Campo*. La construcción estaba situada en la parte de atrás de la primitiva muralla.

Todo coincidía dado que en la crónica de De Fugger presentes en las catorce páginas encontradas, la casa de Calandra estaba indicada justo detrás de los muros de defensa del burgo. Y la casa estaba allí, todavía en pie.

Una sensación de plena satisfacción golpeó a los tres investigadores, que desde el satélite de Google habían recibido la inesperada confirmación de la existencia de la casa, debajo de cuyos cimientos se escondía, quizás, uno de los más sorprendentes descubrimientos de la era moderna. La habitación subterránea con la piscina octogonal de la inmortalidad.

XXII

Aix-en-Provence – Casino Municipal, martes 27 de octubre de 2015 – 22:30

La pequeña pelota de marfil no se decidía a caer, no obstante la impaciencia de una vieja señora alemana que continuaba a girar nerviosamente los vistosos anillos de oro, enfilados en los descarnados dedos de la mano derecha. Apeataba a humo. Signo irrevocable de la pasión por el tabaco que compartía a partes iguales con su otro vicio desmesurado: la ruleta.

En la otra parte de la mesa un señor francés de edad avanzada, que podría haber sido confundido con el actor Jean Gabin, si este estuviera todavía vivo, mostraba un vago desinterés por el éxito de la próxima jugada. Pero era patente, a cualquiera que hubiese seguido de pasada su estrategia de juego, que aquel hombre estaba jugando –y perdiendo –una suma considerable de dinero.

Si la pequeña bola no hubiese caído en uno de los pequeños huecos de los números 13, 27 o 36, números sobre los que había puesto tres piezas de 1000, aquel tío habría asumido –aquella noche –una pérdida de 35.000 euros. No era una fortuna pero tampoco una cosa sin importancia.

“*Vingt-cinq, impair e passe!*” anunció sin emoción el crupier, mientras la mujer alemana y el doble de Jean Gabin no escondían su insatisfacción.

Justo en aquel momento el teléfono móvil del hombre comenzó a vibrar.

“*Hello?*”

De la otra parte del teléfono una voz agitada lo ponía al corriente de los últimos acontecimientos.

“¿Estás seguro? *Bien sûr*, claro que iré. Mañana cojo el avión para Roma. Estaré contigo el mismo día. Mientras tanto muévete con precaución” dijo con voz suave.

Las precauciones no eran necesarias, dado que aquel desecho de humanidad que se entretenía en torno a aquella mesa de juego tenía un único interés, perder el propio dinero. Obviamente lo más lentamente posible, el fin de todo esto no era ganar, sino únicamente jugar.

Los hechos acaecidos durante la última semana habían modificado de manera notable los objetivos, pensó Jean Baptiste Oleaux, mientras retiraba el

abrigo del guardarropa del casino.

Pero si el objetivo –al menos de aquel que tenía conocimiento –no estaba en las ampollas del vino de Jesucristo, no importaba.

Los términos del juego permanecían invariables. Se trataba, sobre todo, de entrar en posesión de aquella agua o de aquellas plantas que le darían la inmortalidad o, de todas formas, mil años de existencia, como le había sucedido al viejo De Fugger.

Pero ahora, debía informar a sus dos colaboradores, Dragan Karlovich y Karin Satashvily, acerca de su llegada a Italia para ponerse de acuerdo con ellos sobre los detalles del plan.

Mientras tanto necesitaba festejar la buena noticia apenas recibida.

Lo haría con una de las botellas de sus bodegas, un Château Lafite Rothschild de 1938.

A la mañana siguiente en Montefiascone una fastidiosa llovizna había comenzado a caer desde antes de amanecer.

En el canal por satélite de la televisión instalada en la habitación del hotel –a la que había sacado el volumen –estaban transmitiendo el *put* vencedor de Percival Metz, en el torneo de Golf de Saint Andrews, un obeso franco australiano que era capaz de tirar la pelotita a 265 metros de distancia con un palo híbrido del número 3.

El campeón de golf que dos años antes había vencido la prestigiosa Ryder Cup en Chaska, en el estado de Minnesota, ahora con aquel *birdie* vencedor estaba sólo por debajo de 14 golpes en el *score* general de la clasificación parcial. ¡Y sólo le faltaba un agujero de 3 par! Sin duda vencería el torneo.

Los transmisores ambientales volvieron a trabajar a las nueve y media en punto, cuando Viola recibió en su habitación una llamada de Lorenzo que, desde el hall del hotel, junto con Cosimo, la invitaba a bajar para desayunar.

“Dos minutos y estoy con vosotros”

“Date prisa Viola, debemos hacer una inspección *in situ* en Largo del Plebiscito”

“¿La iglesia de Sant’ Andrea del Campo estará abierta a estas horas?”

Ladoni corrió hacia la ventana con unos sofisticados prismáticos dotados de reconocimiento de identificación personal.

Pasaron unos cuantos minutos y del Jeep salieron dos jóvenes de aspecto

atlético. Era evidente que incluso ellos habían interceptado la llamada de Viola y ahora se preparaban a apostarse a los lados de la plaza para no perder de vista a ninguno de los tres, apenas salieran del hotel.

En el restaurante del hotel, durante el excelente desayuno de café con leche, bollos, yogur y zumo de piña, Viola se fijó en la primera página de un periódico local apoyado sobre una butaca que estaba al lado. Le llamó la atención la noticia del brutal homicidio ocurrido la noche anterior justo en los alrededores de la basílica de San Flaviano.

Un hombre –un tal Vladimir Pascheck –de etnia gitana, había sido brutalmente asesinado a cuchilladas, al parecer, entre las 12 de la noche y las 4 de la madrugada del día anterior.

Un suceso horrible e inquietante, pensó la muchacha.

“¿Según vosotros puede estar relacionado con nuestra investigación?”

“Estás hecha toda una fiscal. Déjame decirlo, ¡ves conspiraciones por todas partes!” dijo Lorenzo.

“Hombre, por todas partes....”, se defendió Viola.

“Está claro que se trata de un ajuste de cuentas por un robo o un atraco fallido o por la partición de un botín. Mejor escuchad en qué consiste mi plan” continuó el hombre. “Esta mañana vamos a Largo del Plebiscito, después buscaremos la casa de Calandra, esperando que no se haya convertido en una sala de bingo o algo peor... un cuartel de Carabinieri”.

“Si fuese necesario podremos preguntar al párroco de la iglesia de San Andrea” propuso Cosimo. “Entonces me presentaré como el padre Tommaso y veréis como seré capaz de sacar algo de información”.

Terminado el desayuno los tres se pusieron en camino hacia su objetivo.

Mientras tanto había parado de llover. La escena, vista desde lo alto, parecía salida de uno de aquellos viejos telefilmes cómicos, en blanco y negro, que ESPN²⁴⁸ transmitía de vez en cuando, en Santa Mónica, en el estado de Indiana, donde James Ladoni había comprado un carísimo apartamento, su domicilio oficial.

Lorenzo, Cosimo y Viola se dirigieron con paso decidido hacia el otro lado de la plaza, seguidos a distancia por Dragan Karlovich y Karin Satashvily.

Para Ladoni había llegado el momento de actuar.

Descendió rápidamente las escaleras, dio un empujón, cayendo a continuación al suelo, a la camarera de pisos que en ese momento comenzaba la limpieza de las habitaciones.

Llegado a la plaza se aseguró de que nadie lo estaba vigilando. Después, con un sofisticado mando a distancia de búsqueda múltiple puso en marcha el escaneo a rayos infrarrojos del código de alarma del Jeep Renegade.

Le bastaron cinco segundos para obtener el código de alarma del coche y, en fin, abrió sin problemas el jeep Renegade.

Lo primero que hizo, después de entrar en el habitáculo, fue escanear el libro de circulación del automóvil.

Era improbable que fuese robado. Mucho más sencillo que hubiese sido alquilado.

Bastaría poco tiempo para descubrir la identidad de los dos clientes. La segunda cosa que hizo fue extraer de una cajita de color gris oscuro, con el interior recubierto de felpa, una especie de píldora negra, no más grande que un grano de maíz, dotada de un sutil film adhesivo.

Ladoni la colocó con cautela en una ranura de la goma del acelerador. Se adaptaba perfectamente al pequeño espacio. Aquella minúscula pastilla contenía 10 mg de cianuro potásico, comprimido en estado gaseoso. Bastaría pisar fuerte el acelerador para provocar la salida del gas inodoro capaz de invadir el habitáculo en menos de cinco segundos.

Después de lo cual...*bye bye baby!* Pensó Ladoni mientras salía del auto. Aquel era su día de suerte. El cartel que había a los lados de la plaza advertía que los últimos miércoles del mes los automóviles debían ser sacados del aparcamiento para poder limpiar la zona.

Lo que significaba que antes de que fuese de noche los dos tendrían que subir a bordo y poner en marcha el jeep para aparcarlo en otro sitio.

“¡He aquí la plaza, y he aquí la iglesia de Sant’Andrea!” exclamó Viola apenas llegaron a Largo del Plebiscito.

La plazoleta estaba rodeada casi en su totalidad por un antiguo muro, ahora fornido de faros a ras de tierra que de noche contribuían a poner en valor la importancia histórica de la muralla.

A pocos metros la antiquísima iglesia de San Andrea y, adyacente a ella, una casa de piedra con la puerta y las ventanas de medio punto. Ni la más mínima duda: allí había vivido Calandra.

Sobre la fachada externa del edificio ondeaba con desgana una enorme tela de color marrón claro que indicaba los horarios de apertura del Museo de Arte medieval y religioso.

“¿Un museo?” dijo para sí Cosimo.

“Ya, ¡muy justo que lo sea!” replicó Lorenzo.

“El hecho de que se custodien restos arqueológicos religiosos quizás nos pueda servir de ayuda” prosiguió Cosimo.

“¿En qué estás pensando, papá?”

“Estoy valorando el hecho de que, mientras no se demuestre lo contrario, soy todavía un hombre de iglesia y que, en virtud de esta circunstancia, puedo gozar de ciertos privilegios al visitar el museo. Seguidme.”

Los dos siguieron a Cosimo que, en menos de un segundo, había llamado al timbre de la sacristía de la iglesia. En el portero automático había escrito un nombre: don Marco. Después de algunos segundos se presentó en el umbral una muchacha de color.

“Buenos días, ¿en qué puedo serles útil?”

“Buenos días, soy el hermano Tommaso y necesito hablar con don Marco con respecto a una visita al museo”

“Dentro de un rato llegará, vuelve de la Granja de San Agostino. Ha llevado a algunos compatriotas de Senegal a conocer a un posible empleador. ¿Queréis esperarlo? Me llamo Jasmina y soy una monja laica⁴⁹. Por favor, entrad”.

La *hermana* hizo entrar a los tres huéspedes en la sacristía donde destacaba un viejo sofá de los años sesenta y una butaca de la misma época. En las paredes viejas fotografías en blanco y negro representaban grupos de parroquianos junto al párroco de la época. Algunas de estas fotos, presumiblemente, se remontaban incluso a los primeros años del siglo XX.

“Hermana, una pregunta. ¿Se puede visitar el museo?” preguntó Lorenzo.

“Por supuesto. Es el museo de Arte Sacro mas importante del alto Lazio” dijo la hermana. “Resaltan, entre los objetos en custodia, un retablo preciosísimo de Simone Martini y un crucifijo de madera del siglo IX”

“¡Impresionante!” suspiró Viola.

“Por el momento debéis contentaros con las tres salas principales, porque la sala de los frescos y la de la chimenea están actualmente en plena restauración”

Sentir nombrar la estancia de la chimenea les dejó sin aliento. No consiguieron vencer la tentación de mirarse recíprocamente a los ojos.

“¿Entonces, estas dos salas no son accesibles?” dejó caer Lorenzo con una cierta desilusión.

“Accesibles, sí, pero no abiertas al público. Por desgracia la degradación ambiental de estos años las ha arruinado completamente y ha sido

necesario intervenir para restaurarlas, apenas se ha comenzado. Son las salas más bellas y más antiguas del museo”

“Vos, hermana, sois en verdad inteligente porque sabéis poner el énfasis justo en vuestras explicaciones. Ha hecho que nazca en mí una irrefrenable curiosidad por visitar esas salas. Una verdadera pena que estén cerradas al público” dijo Viola con tono melifluido.

Jasmina no podría creer que pudiese hacer de guía artística. Había sido siempre su pasión, incluso se había diplomado en el liceo artístico⁵⁰ de Siena, justo especializándose en Historia del Arte. De todas formas don Marco parecía no darse cuenta de su pasión y de su preparación escolástica y le mandaba solamente trabajos humildes y de perfil bajo que cualquiera podía desenvolver.

“¿Sabéis qué vamos a hacer? Os llevo a verlas. Rápido. Vamos, venga, seguidme, una visita rápida. Los obreros están comiendo” propuso la hermana.

“Muy bien, vamos”

Cosimo hablaba con tranquilidad pero a duras penas podía contener el entusiasmo.

Después de algunos minutos estaban en el museo, donde un adormilado pensionista voluntario esperaba la llegada de los turistas.

“Hola Osvaldo, los señores son mis invitados, les llevo a ver las salas cerradas. Él es el hermano Tommaso” anunció Jasmina mientras hacía las presentaciones.

El conserje cogió un puñado de llaves y se lo dio a la hermana diciéndole: “La llave es la que está marcada con el número 4”

“Espere, desconecto la alarma”

Mientras decía esto pulsó un botón que había bajo el mostrador.

Viola, Lorenzo y Cosimo, se intercambiaron una imperceptible mirada de complicidad.

La entrada al museo no parecía muy antigua. Más adelante, a través de una puerta, tuvieron acceso a la construcción original que se remontaba, como la iglesia de Sant’Andrea, al siglo X.

La hermana enfiló la llave en la cerradura e hizo entrar a los tres invitados. El local parecía muy amplio. El pavimento era de piedra, de la misma forma que las paredes, y estaba perfectamente conservado. En cambio el techo había sido reestructurado recientemente. No cabía duda: las vigas a vista y la cubierta que recubría el techo no eran antiguas.

“Por favor, señores, por aquí” dijo la hermana Jasmina.

“¡Un momento!” gritó Viola, dándose cuenta de la imponente chimenea sobre la que resaltaba un antiquísimo pendón nobiliario. “¿Es esta la sala de la chimenea?”

“Sí.”

La voz de Jasmina resonó entre las paredes.

“Pero la sala de los frescos es con mucho la más interesante, aunque es más nueva que esta. Tened en cuenta, además, que el pendón sobre la capa de la chimenea es posterior a la construcción de la casa, aproximadamente del siglo XIV. En esta sala, además de la chimenea, podéis admirar algunas armas originales del siglo XII. De su conservación se ocupa personalmente Osvaldo, el guardián del museo, que antes de jubilarse trabajó como maestro armero”.

Colgadas de las paredes, a la derecha de la imponente chimenea, había expuestas algunas alabardas y arcos compuestos o de doble curva, además de unas picas. En dos tecas⁵¹, en cambio, reposaban inocuas tres espadas de doble filo y una maza de armas. En una repisa aparte –perfectamente exhibida e iluminada por un pequeño proyector de luz difusa –se encontraba, en cambio, una ballesta de cremallera, provista de flechas, con el cuerpo de madera sobre el que todavía se podían reconocer antiguas huellas de color púrpura.

El pequeño cartel puesto al lado del arma explicaba que había sido encontrada en el edificio, pero que era bastante probable que hubiese pertenecido al duque Bobone Orsini, o a algún hombre de su guarnición. En el ángulo entre la puerta y la pared de la chimenea, una armadura perfectamente conservada, parecía esperar a su caballero, preparada para ser de nuevo utilizada.

Lo que tenían que ver, ahora ya lo habían visto. Así que siguieron a Jasmina a la estancia de los frescos, mostrando un gran interés por aquellas pinturas de arte profana.

En una de las paredes estaban representadas dos escenas. En la primera una mujer noble, inmersa en una bañera, quizás una piscina, circundada por siete jóvenes damiselas que permanecían fuera del agua.

En la otra escena, presumiblemente la misma dama señalaba con el dedo a un hombre del cual, sin embargo, faltaban los rasgos del rostro y del hombro derecho, a causa del desprendimiento, ocurrido en época remota, de parte de la pintura del fresco. Según la opinión de los expertos podía tratarse de la preparación al matrimonio de la dama.

Con la otra pared el tiempo había sido más clemente, de tal manera que el fresco se habría conservado mucho mejor. En él se representaba a un

caballero, acompañado por un escudero, mientras regresaba de un castillo pleno de torres, que estaba situado encima de un precipicio. Aprendieron de la hermana Jasmina que la casa, en origen, era la morada de gente humilde, no de una familia noble. Sólo con el tiempo, aproximadamente trescientos años después de su construcción, el edificio había sido anexionado a la capilla familiar del conde Ottavio Guarnacci, para luego convertirse en una pertenencia de la iglesia de Sant'Andrea.

De todas formas, de los frescos de las paredes no se sabía mucho por el momento. Algunos historiadores y experto de arte medieval creían que, basándose en las iniciales que todavía se podían leer sobre el manto del caballero, éste fuese Johannes Defuk, también conocido como De Fugger. Por otra parte, la historia y la leyenda que cubrían, con un manto de misterio a aquel personaje, eran bien conocidas en Montefiascone.

Y la interpretación de los expertos era más que verosímil, considerando que la datación del fresco coincidía con aquella del pasaje del obispo-soldado por aquellos lares.

El personaje se parecía mucho al célebre Guidoriccio de Fogliano, retratado en el momento de atravesar en solitario una llanura montado a caballo, en un célebre fresco de Simone Martini de 1315, ubicado en la Sala del Mapamundi del palacio publico de Siena. Al fondo un castillo y un burgo rodeado por un muro.

La semejanza entre el personaje representado en aquella sala y el fresco de Guidoriccio era debida, particularmente, a la plasticidad del movimiento de los dos caballos y también al diseño de los dos caballeros, bien erguidos en las sillas de sus respectivos caballos de batalla.

Permanecía desconocida, en cambio, la identidad de la dama, vestida con una túnica de color turquesa y circundada por las siete jóvenes mujeres próximas a una bañera o piscina.

Quizás, se atrevió a conjeturar la hermana, se tratase de una alegoría de la primavera o del amor, o puede que en aquella enorme habitación –o en las que eran inmediatamente adosadas –antiguamente se encontrasen unas termas. Los tres se intercambiaron una mirada imperceptible de complicidad.

Todo tenía sentido, aquel era el lugar justo.

Los tres estuvieron a punto de salir del museo justo en el momento en que don Marco entraba en la sacristía. Jasmina explicó al párroco quienes eran los visitantes y qué buscaban.

Cosimo prometió al sacerdote que regresarían después de comer para

visitar la parte del museo abierta al público.

“Será un placer teneros como invitados” dijo don Marco. “Advierto enseguida a Osvaldo para que os deje entrar sin pagar”.

XXIII

Dragan Karlovih, desde un bar pastelería, donde se encontraba junto a Karin, observaba a través de la vitrina mientras estudiaba los movimientos de Viola y su séquito. Después recibió una llamada de teléfono.

“Sí, mister Oleaux, han encontrado el lugar. Se trata de un museo situado en la plaza de Montefiascone, llamada Largo del Plebiscito. ¿Debemos intervenir?”

“¡No, absolutamente, no!” ordenó secamente Jean Baptiste Oleaux. “Ahora me encargo yo del asunto. Vosotros permaneced a mi disposición hasta nueva orden”

Los dos que estaban en el bar eran controlados, a su vez, por Ladoni.

Con ayuda de un programa hacker de los utilizados por la CIA, que tenía en su iPhone, el hombre había descubierto que el jeep modelo Renegade de color negro estaba a nombre de una sociedad de exportación-importación que tenía su sede legal en Santo Domingo. Apuntó a distancia con un teleobjetivo reconocedor de imagen sobre el rostro de los dos y, enseguida, pulsó la tecla *enter* de la pantalla de la tablet. Necesitó poquísimo tiempo para que aquel precioso artefacto identificase con precisión al hombre y a la mujer.

Él se llamaba Dragan Karlovich y era un ex teniente del ejército serbio, de treinta y ocho años. Ya se había distinguido por haber matado a doce ciudadanos kosovares cuando tenía tan solo diecisiete años. Buscado por el gobierno debido a esta matanza y condenado en juicio sumario a la cárcel, era sospechoso de haber organizado, como asesino a sueldo, el atentado de Igor Goshvuk, un político ucraniano de la oposición. En el atentado, además de Goshvuk, había muerto toda su familia, la mujer y dos niños de tres y cinco años.

Ella, en cambio, era Karin Satashvily, de veinticinco años, georgiana, denominada por los *adictos al trabajo* “Satansvhily”. De hecho, había quien decía que su verdadero apellido fuese este último y que el padre había conseguido modificarlo en el registro civil de Vilniuk, debido a la embarazosa asonancia con uno de los nombres del Diablo.

De físico atlético, de pequeña había sido convocada para integrar el equipo de gimnasia para participar en los mundiales de Ottawa. Poco tiempo después lo dejó. Se decía, que a causa de su altura, un metro y setenta y cinco,

inusual para una atleta de aquella disciplina deportiva.

La realidad era mucho más sencilla: a Karin le gustaban el lujo y las cosas bellas y aquella vida de renuncias y entrenamientos no se la habrían garantizado. Por un tiempo había incluso intentado ejercer como prostituta de *alto standing* para un proxeneta ruso cuyo nombre era Serghej, que se quedaba con el setenta y cinco por ciento de los beneficios de su trabajo. Ella, no pudiendo trabajar por su cuenta porque el hombre se lo impedía, un día le clavó un destornillador en el cuello.

Ahora la buscaba la mafia rusa. Pero la mujer ahora ya no tenía miedo de nada, se había convertido en una profesional. Mataba por encargo.

“Perfecto, dos personas honestas” susurró Ladoni. Después volvió la mirada hacia el bar. Los asesinos habían desaparecido.

Había sido Karin la que se había dado cuenta de la presencia del hombre y había advertido a su socio Dragan. Ladoni estuvo bajo su control desde el momento en que habían visto desde las ventanas tintadas del jeep como había matado al gitano. Incluso se habían reído de él aquella noche, cuando el hombre, totalmente ignorante de que era observado, había arrastrado el cadáver del gitano cerca de su automóvil, pensando dejarlo allí.

Lo habían espiado con el dron mientras se colaba en la iglesia de San Damiano. Karin y Dragan conocían todo acerca de él. Había bastado con apostarse delante del Astoria para descubrir que se hospedaba allí. Y había sido suficiente dar un billete de cien euros al conserje nocturno para saber que su habitación estaba justo al lado de la de Viola Borroni. Mejor adelantarse a él antes de que regresase al hotel, para darle la bienvenida de manera apropiada, se dijeron.

Mientras tanto, en el aeropuerto de San Egidio, a doce kilómetros de Perugia, estaba a punto de aterrizar un CESSNA Citation Mustang 510, proveniente de Reims-Saint Remy. Oleaux había escogido un vuelo privado, también porque el comandante del lujoso vehículo, denominado *Business jet*, era un cliente con el cual tenía una estrecha amistad.

También es verdad que le había costado la bonita suma de quince mil de los grandes, pero había viajado solo, comiendo caviar del Volga y degustando Champagne Perrier-Jouët de 1956. Y, sobre todo, en el precio del billete estaba incluida la máxima discreción acerca de su presencia en Italia.

Oleaux se despidió de su amigo, comunicándole que en el menor tiempo posible se pondría en contacto con él para el viaje de vuelta. Esperándolo en el aeropuerto había un taxi que lo llevaría hasta Montefiascone.

“Llegado a este punto creo que estaréis de acuerdo conmigo con que deberemos actuar después de comer. Inútil perder más tiempo” dijo Lorenzo Putignani, escrutando la reacción de Viola y de su padre.

Los tres, en la habitación de Viola, pensaban cómo deberían actuar.

“Estoy de acuerdo” respondió Cosimo. “Mejor descubrir una vez por todas lo que se esconde debajo de aquella casa. Siempre que haya algo que sacar a la luz”

El plan era sencillo: provistos de las herramientas necesarias –entre ellas linternas eléctricas de alta autonomía –se presentarían en el museo y, utilizando una treta, distraerían al guarda para conseguir las llaves. Una vez en posesión de aquella que daba acceso a la sala de la chimenea,... ¡ya está!

“Mientras tanto vamos a comer algo y después, sobre las dieciocho horas, nos encaminaremos hacia el museo”.

“Muy bien, Cosimo, después de comer me ocuparé de buscar las herramientas para la expedición subterránea” dijo Lorenzo. Después, volviéndose hacia Viola: “Será mejor que lleves contigo las páginas del manuscrito, dejarlas en el hotel sería muy arriesgado”

La noticia era demasiado buena como para que Köhler no fuese informado. Al diablo las precauciones, pensó Ladoni. El obispo debía ser advertido de inmediato.

Se levanto del puesto de vigilancia para coger el teléfono móvil que tenía encima de la mesilla de noche. Le enviaría enseguida un sms sobre el desarrollo de las investigaciones. Justo en ese momento oyó llamar a la puerta.

“Servicio de limpieza” anunció la encargada de la limpieza de la habitación.

Cuando Ladoni abrió la puerta se encontró con la mujer girada de espaldas, concentrada en meter en la habitación el carrito con los productos de limpieza. Fue sólo un momento. El hombre reconoció a Satanshvily, se había disfrazado de sirvienta.

Se necesitaba algo más que una muchachita para neutralizarlo. Por desgracia, detrás de la puerta se escondía Dragan Karlovich que le lanzó un puñetazo al estómago y otro a la cara. Una vez dentro de la habitación, la mujer cerró la puerta a sus espaldas.

James Ladoni, ensangrentado, todavía atontado, tuvo la rapidez de reflejos suficiente para sacar de detrás de la cintura un cuchillo de asalto, escondido para casos de emergencia. Consiguió herir en el costado a Dragan.

El serbio emitió un quejido imperceptible, a continuación extrajo de la

chaqueta una semiautomática Smith and Wesson 686 con silenciador, pero el exmarine ítaloamericano estuvo ágil al desviar el revólver.

Partieron de él seis disparos que se incrustaron en un cuadro muy vulgar con el retrato de un payaso, que estaba colgado enfrente de la cama, y en el televisor LCD. Parecía que Ladoni conseguiría vencer a Dragan. Pero no se había dado cuenta de que la señora *Satan shvily* se había colocado detrás de él.

Tenía entre las manos un cable de acero parecido a aquellos que se usaban para los frenos de las bicicletas. El alambre tenía unido a sus extremos dos pedazos de madera. Se lo apretó en el cuello y comenzó a torcerlo como había aprendido en los entrenamientos en Siria.

La víctima podría haberse llamado Hércules, Sansón, Tyson o como diablos fuese. Pero contra aquella arma letal que quitaba el oxígeno de los pulmones y cortaba la carótida, no había nada que hacer.

Ladoni intentó golpear violentamente con el puño hacia atrás, hacia su espalda, después la energía se disolvió como la nieve en un microondas.

Revivió en un segundo toda su vida.

Incluso aquel día cuando, con nueve años, había vencido el torneo de tenis de Lemon Bowl en el estado de Minnesota, para felicidad y orgullo de papá y mamá.

Volvió a ver a sus amigos. Y a aquel idiota de Andrew Avenakis, que lo había introducido en la banda del barrio griego de Saint Louis, y lo había presentado como “un duro”.

Quizás debería haber estudiado en vez de andar con malas compañías.

Quizás no tendría que haberse enrolado en el ejército y dejar de lado aquella maldita pasión por las armas y la acción.

Quizás debería haber buscado una profesión respetable y formar una familia, como habían hecho la mayor parte de sus conocidos.

¡Al diablo con todo! Su tiempo había terminado. Después, la oscuridad. La niebla eterna.

XXIV

Cogieron el ascensor de servicio para transportar el carrito de la ropa sucia donde, en uno de los sacos de la basura, habían metido el cadáver del ítaloamericano. En otras circunstancias habrían dejado a la víctima en el lugar en que la habían matado, pero en este caso no era posible. La noticia del delito podría poner en riesgo toda la operación.

Disfrazados de empleados de la limpieza salieron al jardín interior del Astoria y desde allí, a través de una entrada secundaria, a la plaza, donde les estaba esperando el jeep aparcado. Tuvieron suerte, porque si hubieran llegado algunos minutos más tarde, los empleados de la limpieza urbana habrían movido el coche, dado que aquel miércoles era el día de limpieza de la zona. Justo a tiempo para cargar el saco y desaparecer. Después de cerrar el maletero subieron a bordo del SUV y Karin lo puso en marcha mientras Dragan, herido en un brazo, estaba en el puesto del pasajero.

El pequeño pie de la muchacha no llegó a pisar completamente el pedal del acelerador, así que el auto partió con normalidad, dirigiéndose hacia Vía Garibaldi. Después, sin embargo, al llegar a un cruce con el semáforo en rojo Karin se tuvo que parar.

Una ingente cantidad de pensamientos se agolpaban en la cabeza de la asesina. ¿Dónde podrían abandonar el cadáver? ¿Y si la policía los paraba? ¿Si hubiese un control policial, qué sería más oportuno, pararse o saltárselo? Nada de eso, pensó la mujer, mejor conducir con prudencia, como si fuese una turista inmersa en el tráfico de la ciudad, para no levantar sospechas.

Perseverando en la decisión que había tomado, comenzó por acomodar mejor el asiento, que estaba demasiado lejos de los pedales y del volante, normalmente regulado para la altura de Dragan.

Cuando el semáforo se puso en verde la mujer aceleró, esta vez con más energía. La acción fue fatal para ellos ya que el zapato, esta vez perfectamente adherido al pedal, provocó la rotura de la pastilla colocada por Ladoni debajo del acelerador y, asimismo, la salida del gas letal. Los dos continuaron su marcha durante un poco más, giraron a la derecha y cogieron la carretera secundaria para Orvieto.

La visión de Karin comenzó a ofuscarse mientras que Dragan tosía violentamente al tiempo que babeaba un líquido amarillento. Ahora incluso

ella era víctima de violentos reflujos ácidos. Una especie de espuma invadió la garganta y la boca, y como un torrente desbocado, le corroyó el esófago y la lengua. El dolor en el estómago y en los pulmones fue lacerante, como si tuviese una roca de una tonelada aplastándole el pecho.

La contracción muscular debido al espasmo volvió rígidas las piernas de la mujer provocando el empuje, ya incontrolable, sobre el acelerador del vehículo, que fue a estrellarse contra un camión TIR Renault Trucks T proveniente de la vía contraria.

El impacto fue violentísimo. El gigante pasó sobre el jeep Renegade descabezándolo por entero. Después la repentina salida de la carretera y una explosión.

Sin ninguna duda Ladoni, cuando había organizado el atentado, había sido un excelente profeta... *bye, bye baby!*

La eliminación de los dos asesinos se había completado..

XXV

Museo de Montefiascone – el mismo día

El francés, después de pagar el taxi que lo había llevado hasta Largo del Plebiscito, si dirigió al Museo Municipal. Antes, sin embargo, extrajo del bolsillo del tabardo el teléfono móvil y marcó el número de Dragan.

El receptor continuaba a estar fuera de cobertura, o al menos eso decía la voz metálica de la compañía de teléfonos.

“¡Al diablo esos mal nacidos!” imprecó. “No debería haberme fiado de los dos esclavos”

En la entrada del edificio no había turistas. Encontró al conserje, que no le dedicó demasiada atención.

“Querría una entrada para la exposición, por favor”

El hombre, sin ni siquiera levantar la vista hacia el cliente, separó de la matriz un billete para una visita no guiada y se lo dio.

Después el turista entró en la primera sala del museo y desapareció.

Poco tiempo después se presentaron en la entrada Viola, Lorenzo y Cosimo.

Osvaldo los reconoció enseguida.

“¡Encantado de volverlos a ver! Don Marco me ha dicho que desean visitar las salas abiertas al público”.

“Sí, gracias. Hemos venido aposta” respondió Lorenzo.

Una vez dentro se encontraron en una habitación con estanterías llenas de libros de arte y de historia medieval en venta. Adentrándose llegaron al auténtico museo, adornado con cuadros y obras del Renacimiento.

El ambiente –si bien suficientemente iluminado –infundía un algo de siniestro. Quizás, pensó Viola, aquella sensación se debía a las estatuas de madera, diseminadas por todas partes, que representaban a la Virgen y otros santos. Todas de tamaño natural y todas con expresiones que, a decir verdad, no eran muy tranquilizadoras.

Como sucedía en las viejas películas de los años setenta, ¿entre aquellos antiguos maniqués podía esconderse alguien? Viola rechazó aquel pensamiento y centró la atención en el plan que habían trazado para conseguir las llaves de la sala de la chimenea.

Volvió sobre sus pasos abandonando la sala de las estatuas y dejando atrás a Cosimo y Lorenzo. Se acercó al conserje.

“Perdone Osvlado. Me he dado cuenta esta mañana, he extraviado mi foulard de seda preferido. Creo que lo perdí en la habitación de la chimenea o en la de los frescos, cuando las visitamos con la hermana Jasmina”

“¿Está segura, señorita?”

“No estuve en ningún otro lugar. ¿Sería tan amable de acompañarme allí, aunque sea solo para verificarlo?”

El conserje, un poco contrariado, cogió las llaves y se levantó de su puesto.

Comenzaron a buscar mirando al suelo. Es más, fue Osvlado el que inspeccionó como un sabueso el suelo y los rincones alrededor de la chimenea, mientras Cosimo y Lorenzo entraron, sin ser vistos, para esconderse en la zona de los frescos.

“¡Aquí está, lo sabía!”

Viola extrajo del bolsillo el foulard y se lo mostró a Osvlado que mientras tanto estaba buscando muy lejos de ella.

“Estaba justo aquí, sobre el antepecho de la ventana. El color del granito lo había mimetizado”

“Menos mal que los obreros no lo han ensuciado” dijo el hombre que, soñoliento, no veía la hora de volver detrás de la caja.

Apenas había regresado a la entrada del museo cuando Viola recibió una llamada en su móvil. Así que, respondiendo de manera que la conversación se oyese perfectamente, dijo: “Estaba con el señor Osvlado en los locales cerrados al público buscando el foulard. ¿Cómo? ¿Habéis terminado la visita? ¡Ahora os alcanzo!”

Después se volvió hacia el conserje para repetir:

“Mis amigos han salido del museo mientras buscaba el foulard, me voy. Buenas tardes y gracias”.

Viola desapareció y el hombre, en vez de echar una siesta, se puso a intentar terminar el difícil crucigrama que había comenzado el día anterior.

Mientras tanto, caía la noche.

XXVI

Los pocos visitantes de la exposición se habían ido hacia ya un buen rato, pero el conserje permaneció en su puesto, contrariado. No había obtenido el éxito esperado con el crucigrama que se resistía a ser resuelto con cuatro líneas horizontales y dos verticales. Miró el reloj, ya eran las diecinueve y treinta.

“Mejor cerrar antes de que cualquier rezagado, puede que extranjero, se presente en el último momento” dijo para sí Osvaldo.

Cogió las llaves de la entrada y se puso el tabardo. Afuera había empezado a llover otra vez. Salió del portón, que cerró a sus espaldas, y se encaminó a la plaza, donde había aparcado su viejo Punto.

“Viola, ¿estás ahí?”

“Sí, ¡estoy aquí fuera!” respondió la joven desde su móvil.

“¡Te abro!” dijo Lorenzo, moviendo el cerrojo interior del portón.

Una vez dentro, con la linterna proyectada hacia el suelo para no llamar la atención desde el exterior, se dirigieron hacia la caja.

“¡Ánimo, desconectemos la alarma!” susurró Cosimo.

Lorenzo obedeció. Después, comenzando a andar guió a la pequeña comitiva a la entrada de las dos salas cerradas al público. Durante unos segundos jugueteó con el mazo de llaves que había cogido de debajo del mostrador del conserje y, finalmente, después de varias tentativas introdujo la llave adecuada en la cerradura de la puerta.

Entró el primero, seguido por Cosimo y Viola. El ambiente, apenas iluminado por una farola que había en el exterior ubicada cerca de las antiguas ventanas, era espectral. La habitación aparecía completamente libre de adornos, si se exceptuaba una sencilla despensa de época y una mesa frailuna, también original, que estaba en el centro. Además de la pequeña colección de armas, en parte colgadas de la pared y en parte guardadas en anchas estanterías. La sombra siniestra de la armadura de metal bruñido, colocada en un ángulo de la habitación parecía que quisiese, de un momento a otro, marchar contra ellos para defender el lugar.

En las cuatro paredes, en lo alto, se podía entrever todavía parte de los frescos de tema religioso y emblemas de algunas de las casas nobiliarias del siglo XIV. Señal inequívoca de que el edificio había sufrido diversos cambios

de propiedad en el curso de los siglos. Y, obviamente, la imponente chimenea de piedra que sobresalía desde la otra parte de la habitación, reinaba como dueña absoluta. Si los tres no hubiesen conocido el lugar en el cual se encontraban, podrían haber creído que estaban en la sala gótica de una película de terror ambientada en el castillo de Drácula, como en la novela de Bram Stoker.

Cosimo, adelantándose a Lorenzo, se dirigió apresuradamente hacia el antiguo hogar, se puso en cuclillas y comenzó a escrutar el interior de la capa, con la linterna eléctrica. No parecía muy satisfecho con aquella comprobación.

“¿Problemas?”

“Diría que sí, Lorenzo. Parece que el interior de la chimenea ha sido cerrado con una placa de acero”.

“¡Maldición! ¿No se puede hacer nada?”

Efectivamente, el interior había sido precintado con una lámina de zinc de color negro, instalada probablemente por motivos de seguridad.

Dado que el edificio había sido destinado a museo y debido al flujo de público en las habitaciones de la casa, la Superintendencia de Bellas Artes debió decidir evidentemente cerrar el hueco, que habría podido representar un peligro para los visitantes un poco torpes.

“Déjame observarlo mejor”

“Mira lo que quieras, la placa está atornillada a la piedra” respondió Cosimo. Después pidió que le pasasen la mochila que Lorenzo había traído. Extrajo un destornillador eléctrico y comenzó a sacar los tornillos uno por uno.

“Para un momento” ordenó Viola. “¿No habéis oído un ruido?”

“¿Qué hemos debido oír?”

“No lo sé, quizás unos pasos”

Lorenzo dirigió la luz de su linterna hacia los rincones de la habitación, pero todo estaba inmóvil.

“Te has dejado impresionar. Mira, aquí no hay nadie excepto nosotros”.

“Si no os importa yo continuo a desatornillar” dijo Cosimo.

Necesitaron muy pocos minutos para desenroscar todos los tornillos. Después, con cautela, los dos hombres, en cuclillas, consiguieron con esfuerzo destapar la boca de la chimenea. El interior estaba más negro que la pez. Y no podía ser de otra forma, dada la acumulación de hollín de tantos siglos. Las dimensiones eran las justas para poder alojar cómodamente dos hombres en

posición erecta. Antiguamente, de hecho, las chimeneas tenían una doble función, como fuente de calor y como cocina para la cocción de la comida. A menudo estaban diseñadas, al menos aquellas de las estancias principales, con bancos de piedra en su interior, donde las mujeres, o las familias, podían sentarse a esperar la cocción de los animales cazados o a la fermentación del pan.

“Lorenzo, ayúdame” pidió Cosimo. “Si las páginas dicen la verdad, en alguna parte tendremos que hallar una palanca o cualquier otro dispositivo capaz de abrir el pasaje”.

Si la situación no hubiese sido de por sí complicada y arriesgada, podría haber pasado por una escena cómica. Los dos hombres, completamente ennegrecidos por culpa del hollín, parecían dos deshollinadores en busca de las llaves perdidas de la casa. Lorenzo toqueteaba con las palmas de las manos las paredes internas de la garganta de la chimenea. Pero por el momento sólo había encontrado –al tacto –pequeñas asperezas de la piedra.

Nada que pudiese equivaler a un mecanismo o instrumento para abrir el pasaje secreto. Poco después tocó levemente una protuberancia de piedra, que habría podido servir, en el pasado, de sostén de una cadena desde en cual poder colgar un pote o cualquier otro cacharro de cocina.

Apretó con todas sus fuerzas hacia abajo. Nada. Sin darse por vencido hizo fuerza hacia arriba. La piedra respondió al movimiento de Lorenzo, revelando que era una palanca. Se oyó un sonido chirriante y la pared interna comenzó, como por encanto, a rotar sobre si misma. Ninguno se atrevió a respirar, tanto era el estupor por aquel descubrimiento.

A medida que la pared interna de la chimenea rotaba, desvelando un pasaje, salían de la cavidad soplos de aire gélido que llenaban el aire de un olor dulzón.

La misma sensación debió sentirla Howard Carter –pensó Viola – cuando había abierto la pared que dividía la excavación arqueológica de la tumba de Tutankhamon.

Fue Cosimo el que consiguió despertar a todos de la sorpresa.

“Bien, ¿a qué esperamos? Vamos, pasadme la mochila y bajemos” dijo indicando con la luz de la linterna el pasaje, más allá del cual se veían las escaleras de bajada.

Cosimo fue el primero, seguido por Lorenzo y Viola. El pasaje, angosto, olía a moho viejo, de centenares de años.

Bajaron la primera tanda de escalones, recorriendo una escalera

atornillada sobre si misma como un sacacorchos. Después la segunda y la tercera.

Finalmente llegaron al final del descenso, donde se encontraba una pequeña antecámara circular con una puerta de piedra que anticipaba una cueva de inmensa oscuridad. Como si aquello fuese la entrada hacia la nada.

El olor dulzón que Viola había percibido cuando se abrió el pasadizo secreto ahora era más intenso, y provenía incontenible, como un soplo de viento imprevisto, intermitente y antiguo, del vientre de la cueva.

Desde lo alto caían heladas gotas de humedad, que se reunían en huecos del pavimento de piedra excavados por el agua en el curso de los siglos. El silencio era absoluto, tan sólo roto por la cadencia del sonido de las gotas de agua. No se podía decir que la atmósfera fuese tan relajante como una escapada dominical al campo.

Antes de que cualquiera de los tres pudiese decir algo, ocurrió un hecho sorprendente. Viola, Lorenzo y Cosimo fueron, con toda probabilidad, víctimas de una alucinación, o al menos esto les pareció. Porque más allá de la puerta vieron moverse algo.

Habrían podido jurar haber visto unas sombras humanas fosforescentes que desaparecieron enseguida. O quizás unos resplandores de color verde y azul, como semejantes a pequeñas auroras boreales.

La joven no pudo contener un grito de horror. Parecía que había vuelto a la infancia, cuando junto a su hermana pequeña, su padre y su madre iban al parque de atracciones. Había odiado siempre la Galería de los Horrores, donde los inconscientes que subían a bordo de los vagones que se movían sobre los rieles –durante el breve paseo en el túnel –se veían rodeados por monstruos y brujas de cartón piedra que los atormentaban con voces y gritos estridentes. ¡Cuántas veces había maldecido aquel modo estúpido de gastar el dinero, que otros llamaban diversión! Pero su hermana Giada habría cogido una rabieta si papá no la hubiera llevado a dar una vuelta, y ella que era la mayor tenía la obligación de acompañarla. Ahora le parecía que estaba reviviendo la misma y angustiosa sensación.

“¿Habéis visto lo mismo que he visto yo?”

“Sí, papá, he visto unas formas verdes que se movían en el interior de aquel pasaje. Es terrorífico, marchemonos de aquí”

“Viola, no te asustes, creo que hemos sido víctimas de una alucinación. Será debido a algún gas emitido por las rocas” dijo Cosimo.

La puerta no prometía nada de bueno, daba justo sobre un antro negro

como la pez. Era necesario decidir si atravesarla o no.

“Entonces, ¿renunciamos a continuar o proseguimos?” preguntó la muchacha, albergando la esperanza de que Cosimo o Lorenzo decidieran renunciar a la empresa.

“Sigamos. Creo que es la única solución, es necesario tener fe y coraje.”

Quizás fué aquella la primera vez que Viola se dio cuenta de que su padre era definitivamente un hombre de iglesia. Escuchar justo a él hablar de fe le resultaba extraño. No cabía duda, había abandonado para siempre la vida mundana, hecha de contenciosos extrajudiciales, de casas costosísimas y de coches de lujo. Le hubiera gustado sentir la misma fe. Algo que, desgraciadamente, le faltaba.

De todas formas, la seguridad de Cosimo le ayudó a intentar hacerse la valiente.

¡La valentía! Representaba otra de las exhortaciones, o de los incitamientos. Se convenció, sin embargo, de seguirlo todavía, una vez más, en aquella aventura que cada vez se volvía más siniestra. Dejando atrás cualquier tipo de duda, entraron en la oscuridad infinita del pasaje.

Se encontraron en una habitación octogonal. La descripción de la sala, de la misma forma que había sido hecha en las páginas encontradas en la tumba de Defuk, reflejaba plenamente la realidad del lugar.

La habitación era muy grande, en el centro estaba la famosa bañera de ocho lados descrita por el Obispo alemán.

Faltaba una fuente de iluminación, sin embargo, en el momento de entrar, desde la parte de la piscina surgió, como por arte de magia, una irradiación de luz azulina que provenía del agua y que iluminó toda la estancia. Como si en la bañera hubiesen sido instalados unos reflectores que se habían activado mágicamente cuando ellos aparecieron.

El efecto era muy extraño, porque el reflejo ondulatorio del agua sobre las paredes de la sala confería al ambiente un no se qué de irreal.

Sobre los muros había un sinfín de inscripciones, ya horizontalmente ya verticalmente, que llegaban incluso al techo abovedado. ¿Cómo era posible que alguien hubiese conseguido escribir aquellas frases a diez metros o más de altura del suelo? Un trabajo monumental que difícilmente habría podido ser llevado a término sin los instrumentos adecuados para una época tan remota como a la que se remontaba aquella habitación.

Los caracteres utilizados eran aquellos de la oscura y típica escritura del Códice Voynich. E incluso en aquel lugar la caligrafía era plana, regular,

sin ningún tachón o recomposición, como si quien la hubiera trazado tuviese muy claros los pensamientos y los conceptos que deseaba expresar sobre las rocas de aquellas paredes y de aquellos techos de los cuales surgían extrañas plantas.

“Mirad” susurró Lorenzo casi atemorizado por aquel lugar.

Mediante la luz de la linterna eléctrica iluminó uno de los nichos que había en la habitación.

En el interior estaban colocadas estatuas con semblante humano mezcladas con vegetales y animales horripilantes.

Aquella inquietante representación no se limitaban a una sola capilla, porque bastó iluminar los otros nichos para confirmar que en todos se encontraban criaturas pétreas de aspecto horrible. Una especie de museo de los horrores.

Cosimo estuvo a punto de hacer el signo de la cruz, casi como si quisiese exorcizar un lugar pagano, cuando se oyó un ruido proveniente de la puerta, amplificado por el eco que provocaba la altura del techo.

“¡Queridos amigos, qué placer veros después de tanto tiempo!”

Una voz que no pertenecía a ninguno de los tres rompió el silencio.

“¿Tú, aquí?” fue todo lo que consiguió pronunciar Cosimo al ver a Jean Oleaux.

El estupor golpeó a todos como un puñetazo en plena cara.

“Creía que iba a recibir una acogida un poco más calurosa de parte de mis exsocios” dijo sarcástico el francés.

“¿Pero como has conseguido descubrir este puesto, es más, como has conseguido descubrirnos?” preguntó Viola duramente.

“Se da el caso, pequeña, que el susodicho utiliza algún que otro informador, justo para proteger sus propios intereses”

“¿Tus intereses? ¿Y cuáles serían?”

Cosimo caía finalmente de las nubes.

“¿No vais a contarme la fábula sobre la curiosidad puramente científica de este descubrimiento, verdad? Todos sabemos que en aquella piscina puede esconderse el secreto de la inmortalidad. ¿Quizás hayas olvidado, querido hermano Tommaso, que hace algunos años nosotros tres nos habíamos asociado para encontrar las páginas perdidas del Manuscrito Voynich?”

Cosimo y Viola habían asumido una expresión horrorizada. No podían dar crédito a lo que estaba sucediendo. Lorenzo parecía haber enmudecido.

“¿O has olvidado, fraile, que las fotografías de las dos páginas tomadas

por Sereni os las había traído yo cuando mi padre murió?” continuó a decir Oleaux. “Sin aquellas imágenes estarías ahora en el convento a darle vueltas a la cabeza. ¿No creéis que el mérito de este descubrimiento sea mío? Canallas...”

“Mi padre no es un canalla”

“Y no sólo esto. Tu padre es un soñador muy poco astuto, ¿verdad Cosimo?”

“¿Qué quieres decir?”. La muchacha había comenzado a ponerse nerviosa.

“Te lo digo yo, Viola” respondió el hermano Tommaso con la cabeza baja. “Fue Jean quien construyó las prueba falsas contra mí”.

“¿Cómo?”

“Sí, fui yo. El débil de tu padre no tenía nada que ver”

“Papá, ¿por qué me has mentado?”

“Me obligaron, niña mía. Un día me di cuenta de que Oleaux había organizado el robo de los restos arqueológicos. Pero por miedo al escándalo que habría explotado si se descubría el delito, decidí callar. Estaba en juego el destino del estudio legal”.

“¡Dios mío, papá, no puedo creerlo!”

“Cuando me percaté de que había una investigación en curso de la Fiscalía, y que tu padre sabía todo, actué de manera que encontrasen en su automóvil algunos de los restos arqueológicos, y ya está”

“Maldito. Has destruido la reputación de mi padre y de mi familia”.

“Calma, pequeña, no es el momento para desenterrar el pasado y nuestras viejas rencillas” respondió Oleaux. “¿Dadme enseguida las páginas del manuscrito!”

“¿Y tú cómo sabes que las tengo?”

“Se lo dije yo” intervino Lorenzo, sosteniendo de manera altanera la mirada incrédula de los dos amigos. Un similar golpe de escena, Cosimo y Viola no se lo habrían esperado nunca.

“¿Pero qué estás diciendo? Dime que no es verdad, que es todo una broma”.

La muchacha, verdaderamente turbada, se abrazaba a su padre.

Por toda respuesta el francés extrajo de su bolsillo una beretta calibre 9 y la apuntó hacia ella.

Después, volviéndose hacia su socio: “Lorenzo, recupera las páginas”.

El hombre obedeció con una mueca de maldad totalmente inesperada.

Los Borroni habían sido traicionados por su mejor amigo. Sin tener en cuenta el hecho de que, para Viola, Lorenzo era como un segundo padre. Había sido borrado de esta manera en un segundo y con terrible dolor el sincero afecto que la joven sentía por él.

“¿Y bien, las páginas?”

Putignani se acercó a la muchacha para sacarle la bolsa, donde sabía que estaban los catorce folios del manuscrito, los cuales extrajo y entregó a Jean Baptiste.

Se sentía como un Judas, pero no le importaba ni lo más mínimo.

De todas formas sintió la necesidad de justificar de alguna manera su comportamiento.

“Para vosotros siempre he sido un colega de segunda, ¿verdad? Mientras Jean se ocupaba de las relaciones públicas con ricos clientes, bebiendo champaña en los mejores restaurantes de París, y tú Cosimo te dedicabas a las causas de mayor prestigio. Para hacer el trabajo pesado y la redacción de las actas estaba yo, Lorenzo Putignani. Como si fuese un pasante del bufete”.

Los dos escuchaban sorprendidos.

“Y tú, querida Viola, ¿Pensaste que podrías continuar siendo la prima donna cuando decidiste dejar la abogacía? ¿Tengo razón? Lástima que fuese yo el que tuvo que aguantar todas tus malditas prácticas, sin que tu padre se dignase siquiera a agradecermelo nunca”.

Lorenzo y Oleaux se cambiaron una mirada de complicidad, casi como si el primero buscara el apoyo moral y la aprobación del segundo.

Parecía que aquella noche, en aquella tétrica habitación, fuese la ocasión perfecta –tan deseada ardientemente por aquellos dos hombres –para vomitar sobre Cosimo y Viola su resentimiento y desprecio.

“¡Estás loco!” respondió la muchacha.

Después algo cambió en la expresión del francés, que sonrió diabólicamente hacia su cómplice. Ahora –inesperadamente –estaba apuntado el revólver hacia Lorenzo y lo intimidaba a beber del agua de la bañera.

“¿Qué? ¿Por qué demonios tendría que hacerlo?”

“Sabes perfectamente el porqué” respondió duramente el francés. “Te estoy dando la oportunidad de ser el primero, después de mil años, de convertirte en inmortal”.

Putignani lo miraba aterrorizado. A Oleaux se le había ido la cabeza.

“¿Creíais que me contentaría con las páginas perdidas del manuscrito? Eres un auténtico estúpido. ¡Venga, bebe!”

Y le indicó con el cañón de la pistola el agua de la piscina, para a continuación apuntarle nuevamente con el arma.

Lorenzo, realmente aterrorizado, se había quedado de piedra.

“Vamos, ¿no me has entendido, italiano estúpido?”

El hombre, bajo la amenaza del francés, se dobló sobre el borde de la piscina, recogió un poco de agua con las manos y la bebió.

“Muy bien, ahora verificaremos si todo aquello que habéis descubierto sobre De Fugger es realidad o una completa estupidez”

Se oyó un golpe seco que retumbó miles de veces en el subterráneo. Lorenzo, herido en el pecho y ensangrentado, se había deslizado hasta el pavimento de piedra. Respiraba dificultosamente mientras desde el techo, debido al estruendo provocado por la explosión, comenzaron a caerle encima polvo y fragmentos de piedra.

“¡Eres un asesino!” gritó Cosimo, intentando alcanzar a Jean. Pero Viola, con gran esfuerzo, consiguió retenerlo por un brazo.

“Desgraciado, debemos pedir ayuda enseguida o Lorenzo morirá”

“Nada de eso, quedaos quietos. Esperemos a ver si nuestro amigo es realmente inmortal”

Lorenzo estaba ya agonizando. De todas formas intentó explicar a sus amigos el motivo de su traición. Pero el poco aliento que quedaba en sus pulmones sólo le servía para aferrarse desesperadamente a la poca vida que le quedaba.

Desgraciadamente no se pudo hacer nada por él. Exhaló el último suspiro.

“Es una pena” dijo Oleaux con mirada de fiera. “El experimento con Lorenzo no ha funcionado, pero no nos dejemos abatir. Todavía quedáis vosotros”

Y diciendo esta frase apuntó con el arma a Cosimo.

“¡Venga, letrado, bebe!”

El hermano Tommaso miró a su hija, petrificada en un rincón de la habitación, después se acercó a la piscina para sumergir, a su vez, las manos en el agua, pero las retiró enseguida. El agua comenzó a bullir cada vez más velozmente. Al mismo tiempo una letanía, acompañada por una melodía antigua, se difundía vibrante en el aire.

Oleaux no entendía qué estaba ocurriendo. Primero vio una imagen, después fueron dos, después tres. Quizás eran fantasmas que fluctuaban en el aire. Disparó en su dirección, pero continuaban a moverse, como si los

proyectiles de la beretta fuesen bolitas de goma de una pistola de juguete.

Cuando los espectros se hicieron más visibles, se dio cuenta que eran espantosos, idénticos a las figuras pintadas en el manuscrito desconocido. Eran mujeres, cuyos ojos, rojos como el fuego, brillaban con una luz siniestra. Mientras tanto la letanía se volvía cada vez más fuerte.

Oleaux se quedó de piedra, como si fuese un maniquí sin alma. Los seres inquietantes, que parecían flotar sobre el pavimento, se acercaron al francés, hipnotizándolo. Quizás eran solo el fruto de la sugestión de aquel momento. Y cuando después de algunos minutos volvió a ser consciente tomó nuevamente como objetivo a Cosimo Borroni con intención de dispararle.

“Para” gritó la joven, intentando llegar hasta el padre para hacerle de escudo. Un silbido cortó el aire. Después un segundo disparo al que siguió un eco repetido mil veces.

Oleaux se había quedado quieto, con la pistola vuelta hacia un punto indefinido de la pared. Proveniente de un punto muy remoto se escuchaba de nuevo la letanía, y otra vez polvo y trozos de roca comenzaron a caer. La letanía, en realidad, era una sorprendente broma acústica provocada por el proyectil que había traspasado la pared de granito y se había ido a incrustar en una habitación vacía más allá del muro.

Cosimo estaba realmente atónito. ¿La Divina Providencia lo había salvado desviando la bala de Oleaux? ¿O aquel desagradable personaje había fallado la puntería y ahora se reharía, apuntando mejor a su blanco? Las preguntas quedaron sólo por un momento sin respuesta.

Porque el francés, golpeado por una extraña tos, se llenó de sangre. Un regurgito rojo salía de su boca. Sus ojos desorbitados no dejaban lugar a dudas.

El hombre cayó hacia delante. En la espalda tenía clavada una flecha.

Un segundo, después el estupor se convirtió en miedo, los dos se giraron simultáneamente hacia la entrada de la habitación octogonal.

Un hombre, muerto de miedo, abrazaba todavía la ballesta que había herido a Jean Baptiste. Era Osvaldo, el conserje del museo que, como si estuviera en trance, repetía: “Tuve que hacerlo, no tenía opción, no tenía opción”

Mientras tanto el agua, con un gorjeo siniestro, comenzó a salirse de la piscina y a inundar el subterráneo peligrosamente. Quizás habían sido los disparos que habían despertado la antigua fuente. O quizás habían sido aquellos seres paranormales salidos de un antiguo sueño. Nadie lo sabría

jamás.

También, desde el techo, comenzaron a caer de manera incontenible polvo y pedrisco. El lugar –si alguna vez lo había sido –no era ya seguro. Había riesgo de que la bóveda se viniese abajo. Cosimo y Viola alcanzaron a Osvaldo en la puerta de salida de la habitación medieval.

Se proyectaron con toda la fuerza de sus cuerpos fuera de la estancia, arrastrando al hombre pasmado por el horror.

Se encontraron de nuevo en la pequeña habitación que daba sobre la escalinata de piedra. Corriendo a más no poder la recorrieron hasta arriba, donde les esperaba la boca de la chimenea. Una vez llegados al museo, salieron a la carretera.

Afuera, en el exterior, con la lluvia que caía todavía gélida sobre la ciudad, Viola estalló en un llanto liberador mientras abrazaba a Cosimo. Incluso el viejo conserje se despertó finalmente de la pesadilla.

Al poco tiempo llegó un auto de la policía local que, debido a la crisis nerviosa de la muchacha, llamó a Urgencias.

A Viola la hospitalizaron en el hospital de Montefiascone debido al fuerte estrés psicológico. No eran menos graves las condiciones mentales del conserje del museo, al que también hospitalizaron.

La policía abrió una investigación. En primer lugar Osvaldo Carrani –el guardia del museo –contó que pocos minutos después del cierre se había dado cuenta de haber olvidado el teléfono móvil en el cajón del escritorio. Había regresado a su puesto de trabajo y se había dado cuenta de que la alarma estaba deshabilitada.

Sospechando algo, había entrado en la estancia de la chimenea y allí había descubierto el pasadizo secreto. Como buen maestro armero, como había sido en el pasado, no había tenido escrúpulos en abrir la estantería donde estaba guardada la vieja ballesta y armarla. Había descendido las escaleras de aquel pasillo estrecho y oscuro, mientras oía voces agitadas y gritos. Cuando llegó al umbral de la puerta asistió –protegido por la penumbra –a las amenazas contra Lorenzo Putignani y su muerte. Después la tentativa de homicidio de Cosimo Borroni.

En aquel momento decidió utilizar el arma, pidiendo a Dios que aquel viejo hierro funcionase todavía.

También sobre la entrada ilegal en el Museo de Montefiascone se abrió una investigación; este hecho podía ser considerado un delito de violación de domicilio a cargo de los dos Borroni. Además la policía, partiendo de los

análisis de ADN del cuerpo carbonizado de Ladoni, había vuelto al hotel Astoria, donde este había pasado los últimos días. Debido a las sospechosas coincidencias fue inevitable interrogar a Cosimo y Viola, la cual, en la foto de James Ladoni, reconoció al Stefano que los había ayudado a ella y a Lorenzo en la carretera que llevaba a Montefiascone. ¿A servicio de quién estaba el exmilitar americano? La investigación estaba en curso. Y también con respecto a los otros dos pasajeros del jeep quemado: Dragan Kralovich y Karin Satashvily, en cuyas fotos de criminales fichados Viola reconoció a los clientes del Gallo Rosso en Monteverdi Marittimo.

¿Cómo era posible que el cadáver de Ladoni, muerto por estrangulación, se encontrase en el portaequipajes del auto de aquellos dos? ¿Se conocían los tres?

Cosimo y Viola se habían encontrado en medio de un asunto mucho más grande y complicado de lo que podían haber imaginado. Pero no había duda que incluso era mérito de ellos (o la responsabilidad) el haber contribuido a crear aquel embrolladísimo asunto. *De tal padre, tal hija.*

Bajo las indicaciones de Cosimo, los carabinieri de Viterbo, conjuntamente con el equipo de hombres rana de los bomberos⁵², emprendieron una expedición debajo del museo, después de haber reabierto el pasaje secreto detrás de la antigua chimenea. Los acontecimientos suscitaron una gran curiosidad entre los medios de comunicación, con una serie de programas de entretenimiento y debate que fueron organizados por las principales cadenas de televisión, con el objeto de discutir aquel extraordinario descubrimiento.

En los encuentros televisivos participaron expertos en historia medieval, e incluso pretendidos mediums y sensitivos, que sostuvieron estar en contacto con Julio César, con Dante Alighieri o con seres alienígenas venidos de Marte para salvar el Mundo.

Un clamor similar había suscitado la historia de aquellos dos inexpertos protagonistas.

Tanto que hubo quien pensó en escribir un libro sobre la gesta de un fraile, de la hija fiscal y de aquellas páginas perdidas.

A los subterráneos del museo fue enviado un equipo de espeleólogos, que reconocieron la presencia de algunas habitaciones presentes en el subsuelo, y efectivamente la existencia de una piscina con una extraña forma octogonal, muy antigua. Pero todo estaba ahora sumergido por el agua de un lago subterráneo, que justo en aquellos días, por motivos todavía

inexplicables, se había desbordado invadiendo las cavidades del subsuelo.

Otro golpe de escena ocurrió en torno a la muerte de Jean Baptiste Oleaux, el único de los cadáveres recuperado por los buceadores. De las investigaciones se dedujo que la punta de la flecha que lo había atravesado era de la misma forma y dimensiones que aquella que se había encontrado en el corazón de De Fugger.

Los R.I.S. habían incluso dado en el blanco sobre el hecho de que la forja se remontaba a la misma época.

El Gobierno debió interrumpir cualquier otra investigación del subsuelo dado el peligro de desprendimiento subterráneo de naturaleza subacuática. Por lo que –al Estado –todas aquellas hipótesis sobre aquellas misteriosas y antiguas habitaciones, eran plausibles, pero ninguna podía ser demostrada con absoluta seguridad. También sobre De Fugger y su inmortalidad, o cuanto menos sobre su presunta longevidad milenaria, se organizaron debates entre los creyentes en la existencia histórica del obispo y quienes, en cambio, negaban que hubiese vivido nunca, retrotrayendo su figura al fruto de la leyenda.

Alguno sostenía la teoría de que el obispo hubiese podido gozar de unos poderes de milenaria longevidad a consecuencia de su inmersión en el líquido prodigioso, que le había sanado la herida de la espalda. Mientras que Lorenzo Putignani que solo la había bebido cuando todavía no había sido herido, por esto, no había podido beneficiarse de la fuerza taumátúrgica del agua. Esta era la respuesta que los sostenedores de la “fuente de la inmortalidad” esgrimían para combatir a los escépticos. Pero eran solo conjeturas u opiniones que no podían ser comprobadas. Por desgracia las páginas de pergamino de De Fugger habían quedado allí abajo, en la estancia subterránea, perdidas para siempre.

Desaparecían con ellas la posibilidad de traducir el Manuscrito Voynich, custodiado en la biblioteca de la Universidad de Yale. El misterio no se resolvería jamás. De la misma manera que el secreto de aquellas alucinaciones subterráneas que habían impresionado a Viola, Lorenzo, Cosimo y Jean Baptiste. Quizás habían sido producto del olor dulzón que flotaba en la estancia octogonal, o quizás había sido una psicosis colectiva debida a la sugestión de aquel lugar siniestro.

Pero esto ahora ya no importaba. Lo realmente importante era el hecho de que un padre había reencontrado a su hija y viceversa. Quizás ambos le debían algo a De Fugger, hubiese o no existido. El mérito de haberlos

acercado.

Aquella noche, cuando Viola fue dada de alta del hospital, había alguien esperándola a la salida del pabellón de Psicología Clínica. La muchacha vio una sombra familiar debajo de la lluvia que desde hacía días caía sobre toda la región sin descanso. Era Cosimo, que al verla corrió a su encuentro. No se hablaron, fue suficiente un tierno abrazo.

XXVII

Tribunal de Roma, Sección Tercera de lo Penal, sala 121 –2 de diciembre de 2015

“No, Calegari, el artículo sobre la captura de los atracadores de Piazza Gramsci te lo he enviado ya desde mi tablet, controla mejor el correo electrónico, y verás como lo han recibido en la redacción. Ahora debo marcharme, estamos a punto de entrar”

“Vale, hablamos más tarde”

“De acuerdo, le llamo apenas emitan la sentencia”

El periodista del *Tirreno* había recibido en ese momento la noticia de que la Corte, presidida por el juez Raimondo Marri, estaba a punto de volver a la sala, acompañado por el juez adlátere, por el jurado popular y por el secretario, para leer la sentencia del proceso Farmaglast, donde había sido imputado Sauro Reggiani.

El periodista del *Tirreno* no estaba solo. Con él se encontraban al menos unos setenta colegas de sucesos de las principales cabeceras nacionales, además de un nutrido grupo de enviados extranjeros, que se agolparon desordenadamente a la entrada de la sala 121, como un rebaño de ovejas que fuesen dirigidas por un perro pastor para volver al redil. Se necesitaron unos cuantos minutos antes de que los cuatro suboficiales de los carabinieri, pendientes de defender el ingreso de la sala, consiguiesen que entrasen todos con un cierto orden. Un murmullo se difundió en el ambiente; eran los abogados, los comentaristas de televisión, los fotógrafos y los curiosos –en definitiva toda la fauna que llena las salas de justicia en ocasión de un proceso importante –que discutían entre ellos.

De frente al largo estrado central, donde se sentarían dentro de un poco los jueces, las partes contrarias esperaban detrás de sus respectivos escritorios la llegada de la Corte.

De un lado el imputado Sauro Reggiani, vestido con un elegante traje cruzado gris, y su defensa, compuesta por el famoso abogado Sergio Stanich que, para la ocasión, estaba acompañado prácticamente de todo el bufete, entre abogados, abogadas y pasantes. Poco había faltado para que el abogado principal hubiese llevado con él también a la mujer, los dos hijos

adolescentes, la madre y quizás a Margot, su querido Golden Retriever. Entonces el equipo de la defensa hubiese estado al completo.

La ocasión era demasiado golosa para el Príncipe del Foro como para renunciar a su fiel público que sellaría el triunfo que ya se sentía en el ambiente. A decir verdad, no era una cuestión personal lo que sentía contra aquel mastín del Ministerio Público, Viola Borroni. Como dice el dicho: “En el amor y en la guerra, todo vale”

La Borroni había sido golpeada por aquel escándalo rocambolesco que había suscitado una resonancia clamorosa a nivel planetario, que se unía a su intromisión ilegal en un lugar de culto con la profanación de un sepulcro, y en un museo. Cuando los periódicos y los telediarios hablaron sobre esto, contando los asuntos novelescos que atañían a la letrada y a su padre, Stanich había organizado una sobria recepción en su estudio, abierto a todos sus colaboradores, a base de tartaletas con caviar del Volga, langostas a la catalana, tres docenas de ostras del Atlántico y unas cuantas botellas de Epernay que no tenían nada que envidiar al excelente y afamado Veuve Clicquot Reserve.

A decir verdad, en suma, aquella víbora de la Borroni había dado un paso en falso. ¡Y cómo! Y esta noticia había hecho caer las acciones de la fiscal como, tal vez, sólo había sucedido en la depresión del 29 en los Estados Unidos, desacreditándola ante la opinión pública, y no sólo eso. La victoria, pensaba Stanich, se la servirían en bandeja de plata.

Lanzó una mirada retadora a la adversaria que estaba sentada al otro lado de la mesa, mientras daba ánimos a una abogada, su colaboradora, muy aparente y muy maquillada, a que le riese sus bromas más viejas que Matusalén. Quería demostrar a la fiscal –y a los periodistas que llenaban la sala de Justicia –la máxima serenidad con respecto al veredicto. Dio, incluso, dos o tres chupadas al cigarrillo electrónico que pendía de su cuello, a sabiendas de que este hecho estaba prohibido.

Se sentía el dueño del Tribunal. Era la caída de telón perfecta para demostrar al mundo sus capacidades. Después nadie le podría negar la presidencia del Colegio de Abogados de Roma⁵³, estaba seguro.

Desde la parte de atrás de la sala llegaron hasta él tres señoritas muy atractivas que estaban de práctica en su bufete y que fueron a hacerle el agua a su alrededor. ¡Como si pudiera haber habido una fea!

En el otro lado, Viola Borroni, sola. Aterrorizada. Como una niña castigada.

El fiscal asociado, además de ser su jefe, Sergio Ansani, había conseguido mantenerla en aquel puesto para la última audiencia. Pero no se sintió capaz de presenciar el momento decisivo del proceso. Que se las apañase ella, que había hecho y deshecho a placer, poniendo en peligro un complicado y laborioso trabajo de investigación. Si había alguien que debía pagar las consecuencias esta era la letrada Borroni, él no, por supuesto.

La joven permaneció con la cabeza inclinada, casi como si no tuviese ningún interés por lo que estaba a punto de finalizar en la sala. Todo aquel circo mediático la espantaba, y la había cansado. Para recomponerse se puso a leer, con su móvil, una serie de comentarios provenientes del blog *on line* de un importante periódico nacional. Incluso allí los presentimientos no eran buenos.

“Viola estamos contigo. No te dejes amilantar”

“Ya decía yo que la magistratura estaba corrompida. Incluso el Ministerio Público ahora hace lo que le viene en gana. Pero, ¿no la han echado todavía a esa, a la Borroni? ¡Qué país de m....!”

“El bergante de Reggiani es culpable hasta la médula. Si no consigue Borroni mandarlo a la cárcel, espero que alguien más capaz que ella lo haga en la apelación”

“¿No será que el donjuán de Reggiani está de acuerdo con la Borroni? No me asombraría que aquí hubiese un chanchullo. ¡Pobre Italia!”

¡Arrogantes y maleducados! Estaba a punto de llorar. Pero no podía. No estaba permitido, en este preciso momento y lugar. Debía mantener, en lo posible, una actitud serena y controlada, en su calidad de representante de la Fiscalía de la República Italiana. Más fácil decirlo que hacerlo. Los comentarios que llegaban desde Internet eran en su mayor parte contra el imputado. Pero también contra ella. Si hubiese tenido que apostar sobre el éxito del juicio, quizás confiando en un corredor de apuestas de la City londinense, habría apostado todo a la victoria de aquel pavo real de Stanich, con la perilla a lo D’Annunzio y el peluquín.

El vocerío aumentó de golpe para cesar enseguida. El público se había percatado de que desde una de las puertas de detrás del puesto de los jurados estaba entrando el Tribunal de Justicia. Apareció primero el secretario, después el juez adlátere, después los tres jueces populares, y finalmente el Presidente del Tribunal, siguiendo un ritual que no tenía nada de procedimental, pero que se había seguido de cara a los medios de comunicación.

Los ojos de Viola se cruzaron un momento con los de un hombre joven del jurado popular, que la miró severamente. Todos se pusieron en pie, también el Príncipe del Foro que apagó aquel ridículo cigarrillo electrónico. La Armada del Bufete Stanich estaba dispuesta a chocar con aquella balsa a la deriva donde se mantenía a flote a duras penas Viola Borroni. A la muchacha le temblaban las piernas. Se apoyó con los nudillos de la mano –con los puños cerrados –sobre el escritorio. Permanecía en un equilibrio inestable sobre los tobillos, pero no, ciertamente, debido a los zapatos de tacón.

“Por favor, ahora exijo el máximo silencio. No toleraré ningún altercado durante la lectura de la sentencia. Recuerdo a todos que estamos en la sala de un tribunal. Por lo tanto, se os pide no hacer comentarios en voz alta ni tomar fotos con flash”

El Presidente se aclaró la voz: “En Nombre del Pueblo Italiano, el Tribunal de Roma, Tercera sección de lo Penal, en el proceso contra el señor Sauro Reggiani, nacido en Calenzano y domiciliado a los fines del presente juicio en el estudio del abogado Sergio Stanich, vistos los artículos 238 y 239 del Código de Procedimiento Penal y los artículos 61 segundo coma, 412 primero y tercero coma, 416, 521 y 548 del Código Penal, lo declara CULPABLE de los delitos por los cuales se le inculpa con el agravante específico de daño de notable entidad por juzgarse relevante sobre las ya contestadas atenuantes genéricas y, al efecto, lo CONDENA a la pena de reclusión de once años y doce meses y a la prohibición perpetua para presentarse a cargos públicos. En el plazo de noventa días se depositarán en la secretaría los motivos de la sentencia”.

El tribunal había asumido en su totalidad todas las peticiones de la acusación.

Lo que antes de la sentencia fue un rumor fastidioso se convirtió en un estrépito atronador. Incluso se oyeron aplausos de aprobación entre el público. Mientras los jueces ganaban apresuradamente la salida de la sala, los fotógrafos comenzaron a tirar fotos a más no poder al imputado Reggiani – ahora condenado en primer grado –que todavía no se había repuesto del puñetazo en el estómago, a su abogado Sergio Stanich, cuya arrogancia se había disuelto como la nieve en presencia del sol y ahora alcanzaba la entrada del tribunal escondiendo el rostro detrás de un pesado Código de Derecho Penal de color verde, a la fascinante abogada del Bufete Stanich que quizás, ahora que su jefe había puesto pies en polvorosa, podría ofrecer una entrevista a los hambrientos periodistas, ganándose la tan ansiada notoriedad, al menos

por aquel día. Y a Viola, que se había quedado inmóvil en pie, detrás del escritorio, incrédula, como si la sentencia se debiese leer todavía.

Una escena como aquella no se recordaba en un tribunal romano desde hacía muchos años. Parecía un plató cinematográfico con una joven protagonista que ahora se quitaba la toga y la abandonaba exhausta sobre el borde de la mesa de la acusación. Los periodistas y la televisión de medio mundo estaban en su salsa.

La letrada se sentía falta de fuerzas. Después la tensión se relajó y llegaron las lágrimas. Comenzó a llorar.

No tenía ganas de dar entrevistas, de hablar, de sonreír, no tenía ganas de nada. Solo de volver a casa. Micrófonos y entrevistadores no consiguieron pararla. Salió del Tribunal.

Con un taxi llegó en media hora a Via Baldassarre Vitali. Entró apresuradamente en el vestíbulo del edificio donde vivía, cuando el portero del inmueble, dándose cuenta de su presencia, golpeó el vidrio de la garita para llamar su atención: “Abogada Borroni, hay un ramo de flores para usted que ha llegado esta mañana”

Era una espléndida composición de rosas rojas y violetas, colocada en una pequeña cesta de mimbre de color azul.

“Tenga cuidado, son muy delicadas, han viajado desde muy lejos. Llegan desde Australia”

“¿De Australia?”

“Eso me ha dicho el mensajero de Euro Interflora que las ha traído esta mañana a las siete, justo después de que usted saliera”

Viola estaba asombrada y sorprendida al mismo tiempo. Encontró en el interior de la composición floral un pequeño sobre. Contenía una nota de cartón envejecido y perfumado.

Una escritura cuidada, de otros tiempos, decía: “Eres fantástica, Viola, felicidades por la victoria”

Después una firma: C.D.U.

21 de diciembre de 2015

Habían transcurrido cerca de dos meses desde el final de aquella impactante experiencia. Cosimo Borroni había regresado a Todi, al convento de los frailes menores franciscanos de Montesanto.

El padre Ludovico lo había escuchado preocupado, y los hermanos, reunidos para la ocasión en el refectorio, habían temido una llamada al orden en presencia de todos ellos.

Después, sin embargo, el Prior había abrazado al padre Tommaso, emocionado por su vuelta, y había declamado una parte de la parábola del hijo pródigo del Evangelio de Lucas.

“Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo que es mío es tuyo; pero era necesario festejar y alegrarse, porque este, vuestro hermano, estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”

Cosimo, conmovido, se había arrodillado a los pies del Padre decano, y le había besado la mano derecha. El Padre Ludovico, incluso él conmovido profundamente, había hecho un movimiento con la cabeza para indicar que lo perdonaba y lo había hecho levantarse, entre los aplausos de los hermanos.

Al principio la vuelta a la vida monástica se le había hecho un poco dura. Pero, después de los acontecimientos que por algún tiempo lo habían proyectado nuevamente a la vida mundana, el hermano Tommaso se había convencido de que los hechos vividos representaban un signo claro del Omnipotente que, a través de caminos incluso difíciles de comprender, lo había reconciliado con Viola y con la vocación religiosa.

Incluso Giada, la otra hija que vivía en Urbino, había sentido la necesidad de reencontrarse con el padre, y había ido a hacerle una visita una mañana, acompañada por su compañero sentimental. Giada estaba ya en el sexto mes de embarazo y este hecho era visto por Cosimo como una bendición de lo Alto. Estaba a punto de ser abuelo.

El Señor lo había puesto a prueba, sometiéndolo a una de las situaciones más tristes del mundo, la traición de un amigo. Es más, de dos.

Todo había salido bien, y ahora esperaba ansiosamente la llegada de Viola desde Monteverdi Marittimo, donde se había ido de vacaciones durante unos días.

Después estaba la cuestión de la condena que había sufrido años antes debido a un delito que no había cometido. De todos modos, el único que hubiera podido reabrir el caso era Jean Baptiste Oleaux, que estaba muerto. Para la Ley italiana, Cosimo Borroni sería siempre un delincuente, aunque hubiese cumplido la pena. Pero aquello no importaba. Lo que realmente le interesaba era que ahora, finalmente, había reconquistado la estima de su hija. Y no era poco.

Viola. La joven, después del escándalo que explotó a causa de los hechos de Montefiascone, había sido citada ante el Consejo Superior del Poder Judicial⁵⁴ y, cualquier día, llegaría la disposición del Tribunal Supremo. No se hacía ilusiones. Era posible, incluso probable, que el C.S.M. la suspendiese en sus funciones, junto a otras disposiciones disciplinarias que no podía ni imaginar. Se había producido también una intervención parlamentaria proveniente de un pequeño grupo de senadores del grupo independiente, con el objetivo de estigmatizar “la inaceptable prepotencia de la magistratura” y para pedir procedimientos ejemplares en contra de la fiscal. romana. Pero Viola se sentía tranquila. Los hechos vividos, arriesgando su vida, le habían hecho madurar, le habían abierto los ojos sobre lo que era verdaderamente importante.

Quizás su carrera en la Fiscalía no representaba ya su principal meta existencial. La verdad es que no sabía hacer otra cosa. Toda su existencia, al menos profesional, había transcurrido en el estudio y en la interpretación del Derecho positivo. Pero en el mundo no existía solamente la profesión de juez o de fiscal. ¿Por qué no volver, por ejemplo, a ejercer de abogado? Quizás al verdadero servicio del prójimo, de los más débiles e indefensos. ¿Trabajar de abogado de estrada⁵⁵? Bien, se lo pensaría. Mientras tanto sentía la necesidad de estar un poco consigo misma, redescubriendo las pequeñas cosas de una vida normal y, sobretodo, tranquila. El mar en invierno, la buena cocina, correr por las mañanas. Un buen amigo con quien compartir el tiempo libre.

¿Por qué no? El amor, si se presentase la ocasión.

En tanto un buen desayuno era aquello que quería para comenzar de la mejor manera la jornada, y este ritual lo haría en el bar de Giusto Approdo en el centro de Castagneto Carducci, a pocos minutos de Monteverde Maritimo. Después regresaría a su ciudad, y allí se reencontraría con el Asesor de Turismo del Ayuntamiento. Había que preparar el Belén en la Plaza del Convento, como cada Navidad, y se había ofrecido como voluntaria. Los

monte verdinos estaban orgullosos de que una conciudadana –aunque fuese adoptada –fuese tan famosa.

Se enorgullecían, sin pensar en sutilezas como el hecho de que la notoriedad de la fiscal Viola Borroni derivase de aquellos hechos rocambolescos. En el fondo, no hay mal que por bien no venga.

Las emboscadas de los periodistas y de las cadenas de televisión bajo la casa de Viola, o mientras esta intentaba hacer *jogging* por el bosque de pinos o en la playa de Marina de Castagneto, habían dado a conocer el valle de Cornia, pero sobretodo Monteverdi Maritimo, al gran público y a los turistas.

Aproximadamente a ciento ochenta y cinco kilómetros de Monteverdi Maritimo, una nota del arzobispo de Baden Baden comunicaba sus condolencias por la muerte del obispo de la Archidiócesis de Mónaco de Baviera y de Frisinga, Maximilian Köhler. Tenía noventa y dos años. Había sido sor Elizabeth quien había encontrado el cuerpo sin vida sobre el suelo de su apartamento.

La religiosa había encontrado sobre la mesilla de noche del dormitorio, una voluminosa carpeta con recortes de periódicos, donde se hablaba de los hechos ocurridos en Italia entre Todi y Montefiascone, además del Códice Voynich y de la historia de Johannes De Fugger. Había también párrafos basados sobre la leyenda medieval de la fuente de la inmortalidad y otros que se referían a incomprensibles fórmulas alquímicas de Giuseppe Cagliostro.

Y aquellas entrevistas a Viola y Cosimo Borroni, que contaban lo aprendido sobre las páginas perdidas del Manuscrito Voynich. Las plantas, aquellas criaturas femeninas, la sala octogonal, el planeta de la constelación del Cisne.

Pero, sobre todo, encontró notas que hablaban de James Ladoni y una cuenta de banco cifrada.

“¡Maldita obsesión por la inmortalidad!” dijo para sí sor Elizabeth mientras recogía los documentos que, obviamente, hizo desaparecer, antes de que cayesen en las manos equivocadas. El apartamento estaba a punto de ser limpiado por los voluntarios alemanes de Caritas, para que pudiese ser reasignado al nuevo obispo de la Archidiócesis.

El mundo seguía girando. Debía hacerlo.

Justo en aquellos días los periódicos de todo el mundo difundieron la noticia del descubrimiento de una extraña señal luminosa que provenía de la estrella denominada KIC 8462852, distante 1.481 años luz de nosotros, que pertenecía a la constelación del Cisne.

Aquella extraña señal sin embargo había sufrido –en los últimos días – una caída de potencia. Alguien había dicho que era la inevitable muerte del astro, pero otros creían que detrás de este fenómeno se escondiese en realidad una civilización alienígena que había construido receptores de luz para capturar la energía de la estrella. Incluso astrónomos muy influyentes, como James Wrigth de la Penn State, no tuvieron dificultad a declarar que era posible pensar en estructuras realizadas por otras civilizaciones.

Adelaida era considerada por muchos la capital cultural de Australia, por la gran cantidad de museos, actividades y eventos culturales y artísticos organizados anualmente en la ciudad. Para aquel día de diciembre el Welfare and Cultural Centre Inc. Di Perth, había organizado una exposición sobre el arte italiano, denominada “La pintura italiana entre los siglos XI y XV”, con una atención particular a Simone Martini.

Entre las muchas obras del artista renacentista, la Secretaría Italiana de las Bellas Artes, en colaboración con el Ministerio de los Bienes y Actividades Culturales, había concedido –prestado por el Museo de Montefiascone –un precioso retablo que representaba “El bautismo de Jesús por Juan el Bautista”. En el fondo una pila bautismal de forma octogonal.

El Welfare and Cultural Centre Inc., de acuerdo con el Gobierno federal del Departamento de Salud y Tercera Edad, había puesto en marcha esta iniciativa cultural con el fin de ayudar a establecer un contacto entre personas que vivían en las casas de reposo y la comunidad.

El objetivo era el de mejorar la calidad de vida de los residentes que tenían pocas relaciones con las familias y con otras personas, y para quienes estaban en riesgo de permanecer aislados por razones sociales o culturales, o a causa de alguna discapacidad.

Lauren Garrington era una muchacha con una discapacidad grave que, durante su nacimiento, nueve años antes, a causa de la negligencia del equipo médico de obstetricia del hospital, había sufrido una hipoxia cerebral durante dieciocho segundos. Una eternidad. Por esto, el Ministerio de Sanidad y de la Salud Australiano, después de un estudio pormenorizado que había durado muchos meses, le había concedido la pensión de invalidez.

Lauren lo entendía todo. Sin embargo no conseguía manifestar sus pensamientos a otras personas. Este era el problema.

Los Carrington se lo debían todo a una joven profesora, Rebecca

Sander, especializada en pedagogía. Ahora la pequeña, si bien de manera trabajosa, conseguía hacerse comprender, formulando incluso conceptos de una cierta complejidad. Había sido aquella joven profesora la que, con mucha tenacidad y constancia, había conseguido abrir un hueco en la hasta ahora impenetrable barrera psicológica que mantenía apartada a la niña del resto del mundo.

Y era mérito de ella que hubiese sido incluida en aquel proyecto, denominado CVS, donde los pacientes que sufrían discapacidad eran acompañados en un recorrido de aprendizaje comportamental y motor. La participación en aquella iniciativa artística formaba parte del proyecto.

En la sala de exposiciones número 4 una clase de alumnos de bachillerato australianos del programa Erasmus escuchaba con atención las explicaciones de su profesor de Historia, Benjamín Carter, con respecto a la reproducción de un fresco titulado “La leyenda de los tres vivos y de los tres muertos” proveniente de la basílica de San Flaviano, en Italia.

El profesor explicaba que aquella obra era inédita porque en realidad el tercer personaje, ahora ya desaparecido de la pintura, tendría que haber sido representado como una persona viva.

Esto lo testimoniaba la imagen de una mano, preservada de la degradación del fresco, con un vistoso anillo, que demostraba que allí, antes de la caída del yeso, debería haber habido un caballero o un hombre de iglesia.

Carter explicó a los muchachos que lo que había despertado la curiosidad de los expertos eran las tres figuras de los vivos, que muchos decían que eran las de Federico II y su familia. Un auténtico rompecabezas histórico debido a que el fresco había sido realizado muchos años antes del nacimiento del emperador suabo.

Muy pocos fueron los estudiantes que no cogieron los smartphone para fotografiar desde todos los ángulos posibles la misteriosa representación.

Más allá, en la sala 6, Rebecca Sander acompañaba a Lauren, que estaba fascinada por la forma de pintar tan natural de los artistas de hacía tantos siglos.

“Lauren, ¿me oyes?” le preguntó la joven profesora.

“Sí, maestra” respondió, con un poco de dificultad.

“Estos cuadros y estos dibujos que ves vienen desde Italia, un país muy lejano”

Lauren hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

“Observa con atención y dime cuál te gusta más” le preguntó la profesora.

La niña indicó sin dudarle un instante el retablo de Simone Martini.

“No me cabía duda, ¿sabes? Es también mi preferida” respondió Rebecca con una sonrisa.

Después, Lauren, mirando la espléndida túnica de color turquesa que vestía su profesora la sorprendió de nuevo, porque le formuló una pregunta que no le había hecho hasta ahora.

“¿Cuántos años tienes profesora, y cuál es tu nombre?”

La mujer le sonrió de nuevo.

“Lauren, tengo tantos, tantos años como los dedos de tus pequeñas manos multiplicados por cien”

La niña la miró sorprendida.

“Y me llamo Calandra. Calandra degli Uberti”.

Al decirlo, la maestra cogió sus pequeñas manos y las acarició con dulzura.

“Pero este será nuestro pequeño secreto”

Notas del autor

Cuando comencé a escribir *Las páginas perdidas* no podía imaginar qué sentiría al plasmar sobre el papel las ideas que construirían esta historia.

Es mi primer libro. Aconsejaría a todos que probasen, siquiera una vez en la vida, la experiencia de escribir una novela.

Más allá de que se consiga (y de su posible éxito) está el placer del desafío y resultar ameno. La implicación en el trabajo ha sido tal que, no me avergüenza decirlo, debería haber estado allí cuando Viola cenaba en el Gallo Rosso, en Monteverdi, para poder ponerla en guardia sobre los dos asesinos extranjeros.

Y tendría que haberle estrechado calurosamente la mano, incluso abrazarla, cuando concluyó con éxito el juicio en el tribunal contra los políticos imputados por corrupción y malversación de fondos.

Por una vez la Justicia había triunfado, gracias a fiscales preparados e íntegros como ella.

Y que alce la mano quien no habría querido encontrarse en el castillo de Montefiascone, junto a los caballeros sajones invitados al gran banquete organizado por el duque Orsini. Yo, sin duda, habría querido estar junto a ellos. Quizás, de manera inconsciente, incluso al lado del obispo De Fugger, cuando descendió a la tétrica sala octogonal junto con la condesa Vannozza y la enigmática Calandra. Estas son las emociones que espero haya conseguido transmitir a ti, lector, que has tenido la bondad y la paciencia de leerme.

Ha sido necesaria una cierta dosis de fantasía para escribir este libro, quizás sea el precio de quien continúa siendo un poco niño.

También, obviamente, es necesario estar dotado de mucha curiosidad y basarse en la investigación, incluso histórica, de hechos e informaciones que puedan parecer verosímiles, y sumergirse, naturalmente, en el desarrollo del cuento.

En el caso de “Las páginas perdidas”, por ejemplo, la historia que he intentado construir es fruto, principalmente, de mi imaginación. Pero no todo, en honor a la verdad.

En el cuento se han descrito hechos históricos realmente acaecidos, un poco adaptados, si era necesario, con el fin de desarrollar la historia.

El lector espero que me excusará si he modificado algunas fechas, o si algún personaje, que existió realmente, fue colocado por quien escribe en una época diversa a la suya propia, o en un contexto distinto. Esto lo he hecho

siempre de buena fe, y en beneficio de la historia.

Así que, la condesa Vannoza del Cangrande, el consorte Ascanio y, sobre todo, Calandra degli Uberti, son fruto únicamente de mi galopante imaginación.

Pero sospecho que en aquellos tiempos turbulentos, como aquellos vividos por nuestro protagonista De Fugger, no era inusual hablar de magia, emboscadas con puñales y, sobre todo, recorrer pasadizos secretos.

Son también inventados algunos de los nobles que –porque así lo quise – se retaron en combate singular, en el torneo caballeresco de Montefiascone. Pero no todos: Amerigio di Spoleto, Ranuccio Farnese y Egidio Monaldeschi vivieron de verdad, si bien en épocas diversas a las que se refiere la novela. A ellos también mi agradecimiento.

En Montefiascone no me parece que exista un museo de Arte Medieval. Pero si estoy equivocado, invito a quien esté al corriente a darme información con el fin de que pueda hacer una visita rápida por aquellos lares, para verificar si existen habitaciones dotadas con una chimenea milenaria. Nunca se sabe.

Los personajes que en el libro pertenecen al ejército del Tercer Reich son pura invención.

Como Cecilia Liverani Sala –nombre en código “Cleopatra”, Claudio Zavoli, nombre de guerra “Fulmine”, Sandro Pecaroli alias “Comandante Livio”, Pietro Della Riva, llamado “El Nibbio” son fruto de mi imaginación. Pero Luigi Tandura, nombre de guerra “Nibbio” vivió de verdad, fue un militar y partisano italiano, medalla de oro al valor militar.

Bernart de Ventadour, existió realmente. Este pícaro fue un trovador provenzal famosísimo entre la nobleza de la época. Tanto que se dice que había enamorado locamente a Leonor de Aquitania.

Una especie de Rodolfo Valentino *ante litteram* o, si deseamos permanecer en tiempos más modernos, un Brad Pitt medieval... pero dotado de un cierto estilo musical, además de poético.

En el año 1053 ocurrió realmente la batalla de Civitate, a consecuencia de la cual sufrió una dura derrota el ejército papal. Tanto fue así que León IX fue hecho prisionero por Roberto el Guiscardo. Temo que hoy el papa Francisco esté rodeado por más enemigos que aquellos que León IX tenía en su época. Estoy, sin embargo, seguro que nuestro Papa merece toda la admiración y la eterna gratitud por todo aquello que está haciendo por la Humanidad.

También Amalrico de Bena existió realmente. Desde lo alto me perdonará si sólo he adelantado un siglo su nacimiento. Justo para colocarlo temporalmente en la misma época que De Fugger, el siglo XI. En realidad el filósofo y teólogo vivió en el siglo XIII. Pero todo el resto de lo que he dicho sobre él es verdad, comprendiendo –por desgracia –su condena póstuma por herejía.

De Martino, el servidor del obispo De Fugger, se sabe muy poco. La historiografía se inclina por la existencia real de este fiel escudero, tan unido a su dueño que recorrió a lo largo y a lo ancho nuestra península a sus órdenes, de manera incondicional. Un precursor (quizás) del empleado moderno, sobre todo ahora que existe el *Jobs Act*.

También Bobone Orsini existió de verdad. Pero no se casó nunca con (por la mi inventada) Raimonda Cantelmi, hermana de Vannoza. Pero me prometo a mi mismo que, en el caso de que tuviese la ocasión de escribir otra novela, que reservaré a Raimonda un espacio mayor de aquel que le he dedicado en esta historia.

Sobre Santa Valburga he referido una antigua creencia. Hace muchos años se pensaba que el mejor sistema para descubrir a las brujas era el de pararse en un cruce de caminos y hacer poner la barbilla de la desgraciadas entre los dientes de la horca. La leyenda dice que, entre los mejores días para poner en práctica este experimento, fuesen aquellos preferidos por las brujas para congregarse. Dado que entre estos días está la fiesta de San Juan Bautista, que cae el 24 de junio –el día de mi cumpleaños –,consideradlo como un cameo del autor, de la misma manera que –inmodestamente –ocurría con los fotogramas en que aparecía, en sus películas, también el director Alfred Hitchcock. En suma, una manera de estar presente en *Las páginas perdidas*.

La batalla de Civita Castellana en el año 1944 no creo que haya ocurrido nunca. Pero la del alto Lazio, en la localidad de Sassacci y Borghetto, sí. ¡Y de que manera! La Sexta División acorazada Sudafricana ayudada por el Sexto Regimiento Gurka Nepalés destrozó de verdad a la 100 División Paracaidista del Reich y derrotó a la 14 Armada alemana del general Lemelsen.

También existe el Instituto Cartográfico Militar y está en Florencia, por lo que yo sé.

La archidiócesis de Mónaco de Baviera y de Frisinga no ha tenido jamás como obispo a Maximilian Köhler, que es una invención literaria totalmente mía. Debido a esto estoy convencido de no ser querido por los fieles de la

Comunidad Pastoral, por haber utilizado el nombre de aquella diócesis solo para fines de la novela y con la máxima buena fe.

El viaje de María y Juan a Efeso es una creencia antigua, que pasó de generación en generación y está aún viva en Turquía. Allí, según textos antiguos, habría ocurrido “el sueño de María Santísima” y la consiguiente Asunción a los Cielos en la Gloria. En la *Carta del Testimonio* de Nestorio, mandada por los padres conciliares al clero de Constantinopla, parece que existiera una explícita mención de la estancia de Juan y María en Efeso.

El hecho, del cual no conoceremos nunca la veracidad, fue la inspiración para hablar de la auténtica obsesión de De Fugger en la búsqueda del vino que el Redentor ofreció a sus discípulos. Bien, si debo creer en la leyenda de aquel Obispo que buscaba constantemente un tipo de vino, me apetece pensar que fuese este vino sagrado.

El convento de Montesanto de los frailes menores, en Todi, existe de verdad, pero –por cuanto se –no está dirigido por ningún padre Ludovico. Pero incluso aquí me gusta pensar, y estoy convencido de ello, que el prior del convento tenga la misma misericordia y la misma fraternidad de ánimo demostrada por el padre Ludovico con su hermano Tommaso.

Seguimos con los temas eclesiásticos, el padre Giuseppe Strickland, prior del Colegio de jesuitas de Villa Mondragone, vivió realmente. Fue quien vendió el manuscrito sin nombre a aquel viejo zorro, o a aquel *business man* (hoy se diría así) de Wilfred Voynich.

Lo confieso, debo incluso a ellos, la idea que me ha empujado a escribir esta novela. Si los dos no hubiesen estipulado –en el lejano año de 1912 - aquel contrato de compra venta de libros de la biblioteca de Mondragone, entre los que estaba el manuscrito, hoy nadie podría admirar su belleza impregnada de misterio inaccesible. A ellos mi agradecimiento.

Hace tiempo, mientras saboreaba un refresco en un bar y, mientras hojeaba tranquilamente un periódico, leí una extraña noticia. *El Corriere.it*, hablaba del descubrimiento hecho en la Universidad de Yale de unas anomalías registradas en la observación de la estrella KIC 8462852 de la constelación del Cisne, distante de nosotros aproximadamente 1.480 años luz y una vez y media más grande que nuestro Sol.

Las observaciones del telescopio espacial Kepler mostraban variaciones en la luminosidad de la estrella que –cito textualmente –no se pueden explicar con ninguna de las hipótesis conocidas hasta el momento. Tanto es así que distintos estudios proponían la hipótesis de un civilización

alienígena que estaba intentando ponerse en contacto con la Tierra ¿Serían quizás aquellas misteriosas criaturas con semblante femenino que, en mi historia, vivían en la habitación octogonal? Espero que no. Pero confieso que la cosa me inquieta un poco.

También porque –llegamos de esta manera al auténtico protagonista de esta novela –el Manuscrito Voynich, los representa (o mejor dicho: las representa), ¡y de qué manera!

El Manuscrito.

Obviamente no es necesario molestarse en ir a admirarlo a Yale. Existen fotos muy buenas y descripciones minuciosas incluso en Internet. Esta ha sido mi fuente principal. El libro, a mi entender, es muy inquietante y enigmático y no tiene rival como misterio.

Ni siquiera comparándolo con la misteriosa civilización inca o la también enigmática egipcia. Pensad que desde que ha sido descubierto hasta hoy mentes privilegiadas y superiores se han empeñado en descubrir el secreto y traducir el texto desconocido. Hasta ahora sin resultado.

En el caso en que –con mi pequeña contribución –hayáis sentido curiosidad sobre este tema, os invito a leer un óptimo trabajo escrito por Federico Peiretti “Il Manoscritto Voynich”, vale la pena hacerlo.

También es verdad que al manuscrito le faltan catorce páginas. Quizás se perdieran o, quizás, quien sabe, los escondiera para siempre el padre Giuseppe Strickland.

Si fuese esto último, no podría hacer otra cosa que estar de acuerdo con él.

Y también es verdadera la leyenda de los tres vivos y los tres muertos, representada en un fresco que se encuentra en la iglesia de San Flaviano. Si deseáis visitarla observareis que, en efecto, los muertos son dos, ya que falta totalmente la tercera imagen, borrada con el tiempo.

Sobre este tema quiero indicar una reciente teoría de Quinto Ficari que reconocería justo en los tres vivos los integrantes de la familia de Federico II. Un motivo más para visitar Montefiascone.

Obviamente he dejado para lo último al obispo Johannes De Fugger, el hombre que en estos últimos siete meses me ha quitado el sueño muchas noches. No se lo tengo en cuenta. Johannes De Fugger, o Defuk, o para algunos Deuc, parece que vivió realmente entre los siglos XI y XII.

Se cree que murió en el año 1113 pero no cuándo nació. A decir verdad su fecha de nacimiento (inventada) de 1015 ha sido utilizada por mí con

propósito deliberado para poder conceder a nuestro hijo bienamado un milenio de vida.

De Fugger –parece ser –fue enterrado en una tumba de la iglesia de San Flaviano, en Montefiascone. En el caso de que decidáis una noche ir a descubrirla... bueno, no contéis conmigo. No estoy seguro que pudiese encontrar un abogado tan bueno como Viola Borroni dispuesta a defenderos.

Falso (lo inventé de arriba a abajo) que el obispo haya sido mencionado alguna vez por Bernard de Robillant y Anselmo de Aquileia y que incluso fuese considerado un hereje.

El Obispo tendrá que usar un poco de la caridad cristiana demostrada en la historia para ser clemente incluso conmigo. Estoy convencido.

Sin ninguna duda, la leyenda del obispo está ligada al óptimo vino EST! EST! EST!!!. Pero dudo que Defuk se entretuviese en su exagerada degustación –como dicen las crónicas locales –mientras estaba de viaje por la coronación de Enrico V, su soberano. Y que incluso muriera a causa de un exceso de bebida. Sobre este tema –si tenéis tiempo y ganas –podéis leer el increíble trabajo de Quinto Ficari “La leyenda de Defuk y el misterio de Federico II de Suabia”

Hay también teorías que piensan que en la tumba de De Fugger no está él, que es otra persona. Y esto se puede colegir también de la escritura de la lápida. Pero esta es otra historia.

Bien, creo que no he olvidado a ninguno de los protagonistas de la novela.

Si lo he hecho, espero con ansia que mi editor –en el caso de que sea posible –decida una segunda impresión de la historia. Será la ocasión para corregir mi olvido.

¿Y Monteverdi Marittimo? ¿La ciudad medieval donde Viola transcurre en absoluto reposo los días robados al estrés de la ciudad y al trabajo? ¿Existe de verdad? ¡Claro que existe!

Es un burgo de la Alta Maremma, en la provincia de Pisa, entre las provincias de Siena, Livorno y Grosseto.

Si por casualidad un día debéis pasar por allí, os lo ruego, venid a visitarme, estaré muy complacido de conoceros y discutir con vosotros sobre “Las páginas perdidas”. Quizás delante de un buen vaso de vino.

Agradecimientos

A mi amigo Filippo Motta, mi verdadera bestia negra en los enfrentamientos tenísticos –a muerte –sobre las pistas de Tirrenia. Profesor ordinario de Glotología y Lingüística en la Universidad de Pisa, ha sido el primer lector de este libro. Y también un excelente corrector de pruebas además de un valioso colaborador, que sabiamente me ha conducido fuera de las arenas movedizas del Horror para conducirme en las aguas más seguras de una novela de misterio. Gracias de corazón.

A Quinto Ficari, valiente investigador y escritor de Montefiascone. Sin su valiosa contribución –por medio de sus monografías históricas –el personaje de Defuk y la leyenda de los tres vivos y los tres muertos no habría emprendido el camino que ha caracterizado mi novela. También a él mi total reconocimiento.

A mi esposa Valentina y a mi hija Chiara que han tenido la paciencia de seguirme en esta fatigosa aventura y me han alentado en los momentos más difíciles de la redacción de la novela, cuando mis numerosas dudas sobre la trama parecían volverse patológicas.

A todos aquellos que –leo, sinceramente sorprendido –han enviado al sitio web comentarios y críticas a la novela incluso demasiado magnánimas. No las merezco, sinceramente. Deseo dar las gracias también a ellos.

Deseo precisar, en fin, que para la profundización de algunos temas me he servido de Internet, o lo que es lo mismo de páginas totalmente públicas y abiertas a la libre consulta.

Notes

[←1]

Es el trazado de paseo fluvial a lo largo del río Tíber que pone en comunicación la plaza Maresciallo Giardino y la plaza del Fante, en el barrio de la Vittoria. El paseo fluvial está dedicado a la victoria italiana en la Primera Guerra Mundial.

[←2]

Médico Interno Residente.

[←3]

En el texto, en original. Personas que viven en una población y trabajan en otra distinta por lo que se tienen que trasladar todos los días con el coche de un sitio a otro varias veces al día.

[←4]

Aparato utilizado para medir la concentración de dióxido de carbono en el medio ambiente. Utilizando una sonda permite conocer la concentración de CO₂ en la mezcla gaseosa administrada a los pacientes durante la anestesia general.

[←5]

Pequeño tubo de metal que se inserta en una arteria para facilitar la circulación sanguínea.

[←6]

En España equivaldría a la UDEF Central (Unidad Central de Delincuencia Económica y Fiscal).
Es una sección que pertenece a la Comisaría General de la Policía Judicial, dentro del Cuerpo Nacional de Policía.

[←7]

A parti de ahora, M.P.

[←8]

Título de una película del año 1966, dirigida por Dino Risi, e interpretada por Totò y Nino Manfredi, entre otros, donde se cuentan las peripecias de unos ladrones americanos que van a Nápoles para robar el tesoro de San Genaro, y piden ayuda a sus colegas italianos y al final...

[←9]

Policía Nacional

[←10]

Juez de Instrucción

[← 11]
Fiscal General

[←12]
Fiscalía

[←13]

Fue un procedimiento legislativo del Reino de Italia. Aprobada el 13 de mayo de 1871 reguló las relaciones entre Estado italiano y Santa Sede hasta el año 1929.

[←14]

Fecha en que el ejército italiano logra abrir un hueco en las murallas Aurelianas, cercanas a la Porta Pia, una de las vías de acceso a Roma y entrar en la ciudad. La anexión de Roma al Reino de Italia decreta el fin del poder temporal del Papa, esta anexión viene ratificada por medio de un plebiscito el 2 de octubre del mismo año.

[←15]

Los libros antiguos eran compuestos en la imprenta sobre un papel extenso que era doblado varias veces antes de ser encuadernados; para poder leer el libro se debía coger una navaja o un cortaplumas y pasarla por los bordes superior y lateral de las páginas unidas para poder separarlas

[←16]

Con el intestino del cerdo se fabricaban, en la época medieval, hilos delgados y resistentes para unir las hojas de los manuscritos.

[←17]

Oposiciones a Fiscal

[←18]

Ver nota n° 6

[←19]

En el original, ruga buia.

[←20]

En España, Fiscal

[←21]

Máximo exponente del la Judicatura del Estado Vaticano.

[←22]

Oficina del Fiscal

[←23]

Un dios adorado por fenicios, cartagineses y sirios.

[←24]

Se refiere a la verdadera extensión de la estela, ya que la inscripción del fragmento conocido ya fue traducida por Champollion en 1822.

[←25]

Según una leyenda Ugolino Della Gherardesca, un noble italiano del siglo XIII, condenado a morir de hambre se comió a sus hijos para sobrevivir.

[←26]

Oficina del Fiscal

[←27]

En España, es una de las secciones de la Comisaría General de Policía Judicial, y correspondería a la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta

[←28]

En el original, Reparto Investigazioni Scientifiche. En Italia esta sección corresponde al cuerpo de los Carabineros. En España, su equivalente sería Comisaría General de Policía Científica

[←29]

En italiano, en el original Comune; en realidad el significado en castellano sería “ayuntamiento” pero dada la época de la que estamos hablando la palabra “comuna” como la unión de ciudadanos de las primeras ciudades surgidas en la edad media sería más exacta.

[←30]

En arquitectura es el espacio existente entre el arquitrabe de una puerta y el arco superior.

[←31]

Periódico de tirada nacional, de inspiración católica fundado en 1968. Hay edición *on line*.

[←32]

Periódico de tirada regional fundado en 1819. Hay edición *on line*.

[←33]

Dejo la denominación original en italiano para los locales de hostelería donde se sirve pizza y otros conocidos platos italianos.

[←34]

Consejo Superior de la Magistratura, en España Consejo General del Poder Judicial

[←35]

Al contrario que en nuestra sociedad, donde el uso del pronombre de cortesía “usted” ha quedado relegado a ámbitos muy especiales y restringidos, en la sociedad italiana este pronombre es habitual en las relaciones entre personas que no han sido presentadas o no se conocen lo suficiente para tutearse. En consecuencia, las fórmulas de cortesía entre personas desconocidas pero que se hacen un favor son habituales y también obligatorias. Se trata de usted al dependiente de un bar, de una tienda, al conductor del bus, a cada persona de la que no conoces el nombre pero con la que te tienes que relacionar.

[←36]

En el sentido de propietaria de un castillo, de una noble dama que vive en un castillo.

[←37]

Habitante de una villa, un villorrio

[←38]

Palo que remata en dos o más púas hechas del mismo palo o sobrepuestas de hierro, con el cual los labradores hacían las mieses y las meten en el carro

[←39]

Tira con un ancho igual a un tercio del escudo colocada diagonalmente de derecha a izquierda.

[←40]

Pieza con un ancho del tercio del escudo, que lo corta por dos horizontalmente

[←41]

En el siglo XI este tipo de arma ofensiva, en su variante más sencilla, consistía en un astil de madera en el que eran incrustados unos discos de hierro de los cuales salían una especie de pinchos.

[←42]

Espada de doble filo con una longitud máxima de 1 metro

[←43]

Arma que consistía en un astil al que se le añadía en uno de los extremos una simple bola de hierro o acompañada por pinchos que sobresalen de ella.

[←44]

Se refiere al toque de las campanas de las iglesias que anunciaban las doce del mediodía

[←45]

En la esgrima histórica española se sigue utilizando esta palabra de origen italiano para describir un golpe de arriba hacia abajo con una espada de mano y media. Ha sido descrito un par de párrafos antes y no queriendo repetir la descripción he optado por dejar la palabra italiana en la traducción.

[←46]

En el sentido de mujer virgen.

[←47]

La actual región de Puglia, al sur de Italia, también conocida como “el tacón de la bota”. Castel del Monte existe y se encuentra en el ayuntamiento de Andria, en la Puglia Central.

[←48]

Una cadena de televisión estadounidense

[←49]

Mujeres que, sin ser monjas, prometen una vida de castidad, obediencia y pobreza. A partir de aquí la llamaremos “hermana”.

[←50]

En Italia los cursos de bachillerato se cursan por especializaciones, los lugares en que se imparten estos cursos se llaman Liceos.

[←51]

Estantería con las paredes de cristal donde se guardan los objetos expuestos en los museos.

[←52]

En italiano, Vigili del Fuoco

[←53]

En italiano, Consiglio dell'Ordine degli Avvocati

[←54]

En Italia, Consiglio Superiore della Magistratura

[←55]

Estudio legal, formado por voluntarios, que defiende a los sin techo en las causas judiciales.